

La presente novela documentada del escritor e investigador soviético Yákov Gordin es, entre las muchas obras dedicadas al ilustre estadista y prócer mexicano Benito Juárez (1806-1872), uno de los primeros libros de autores de la URSS.

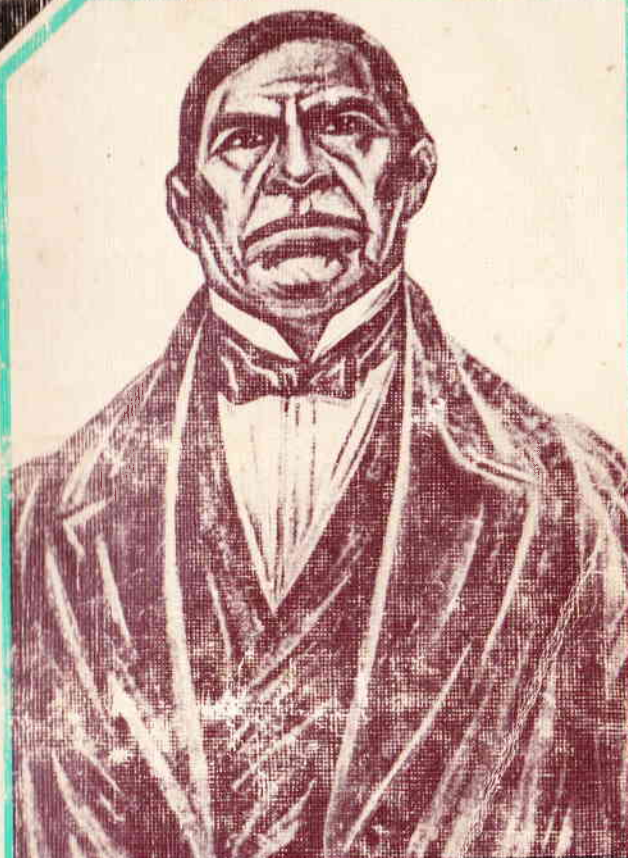
Un copioso material factológico, la compenetración analítica en lo específico de la época y del pensamiento y la acción de sus protagonistas, no siempre comprensibles para el hombre contemporáneo y a veces contradictorios, permitieron al autor trazar un panorama convincente e históricamente verídico de los agitados acontecimientos de mediados del siglo pasado en México.

Particular interés para el lector latinoamericano han de representar las páginas en las que aparece un ruso adicto a las ideas de los liberales mexicanos, testigo y participante de sus luchas, un personaje que brinda la posibilidad de trazar un paralelo entre algunos aspectos del movimiento revolucionario en México y en Rusia zarista durante los años 50 y 60 del siglo XIX.

ISBN 5-01-000615-4

V centenario del descubrimiento
de América: encuentro
de culturas y continentes

Editorial Progreso



Yákov Gordin

**Benito
Juárez**

Editorial Progreso

Siglos y



hombres

V centenario del descubrimiento de América:
encuentro de culturas y continentes

Yákov Gordin

Benito Juárez



Editorial Progreso
Moscú

Traducido del ruso por Pável Boyko



Nota del autor

Al novelista que aborda temas históricos se le plantean dos tareas.

La primera es reproducir el panorama del pasado con un máximo de aproximación a la realidad.

La segunda radica en hacerlo de manera que no aparezca ante el lector un cúmulo caótico de enredados y contradictorios sucesos, como suelen aparentar desde lejos las épocas tumultuosas, sino ordenar los hechos en un sistema que resulte convincente en virtud de su propia coherencia.

A la vez no se puede eludir la necesidad de violentar el material histórico virgen. El novelista actúa como el escultor que desbasta la roca de mármol quitando todo lo que considera superfluo.

Y aquí, si el empeño es coronado por el éxito, surge una nueva realidad: la de la prosa histórica. Sin copiar servil y ciegamente el material original, pero tampoco sin modernizarlo ni remodelarlo al estilo contemporáneo, esta nueva realidad brinda al lector una inspirada imagen de la época y de los personajes históricos, enriquecida por la visión literaria del escritor.

Esforzarse por alcanzar tales resultados es deber de todo novelista que se dedica a los temas históricos.

Pero el cumplimiento de este deber supone asimismo que al escritor se le conceden derechos que lo di-

© Издательство политической литературы, 1984

© Traducción al español y diseño Editorial Progreso, 1988
Impreso en la URSS

Г 4702010200 - 430 174 - 88
014 (01) - 88

ISBN 5-01-000615-4

ferencian del historiador. El más importante de ellos es el derecho a la razonable ficción que no tiene nada que ver con el fantaseo irresponsable.

En la presente novela era muy importante para el autor correlacionar los sucesos de México con los acontecimientos de Rusia y mostrar cómo un intelectual ruso ávido de cambios sentía la Guerra de la Reforma mexicana, llegar a entender qué es lo que pudo haber aprendido un ciudadano de la época de las reformas de Rusia al remitirse a la dura experiencia de Juárez y sus seguidores.

El autor sabía que precisamente durante esos tiempos hubo un egresado de la Universidad de Moscú, opositor perseguido por la policía, políglota, que salió de viaje, visitó México y murió de tisis después de regresar. Así es que sobre esta base —y no hurgando en el vacío— fueron recompuestos los escritos del héroe ruso que aparece en la novela, escritos que en realidad no existieron, pero que sí pudieron haber existido.

En la narración figuran varios partes transmitidos al general Doblado por su agente político en Méjico. Son imaginarios. Pero el agente, en cambio, fue un personaje real; el autor tuvo incluso ocasión de leer el fragmento de uno de aquellos partes y por eso creyó posible, partiendo del estilo y el contenido del fragmento, recomponer una serie de esos documentos.

En la novela hay muchas “recomposiciones” de esa índole. Pero todas ellas están basadas en cartas, memorias y textos oficiales reales. La información que contienen es totalmente verídica: sólo es imaginaria la forma de transmitirla al lector.

De ese modo el autor procuró dar consistencia al material, seleccionar los hechos e imprimir a los sucesos el sentido que consideraba como genuino.

La mayoría de los “documentos recompuestos” sirven a un sólo y primordial fin: mostrar desde distintos ángulos la figura magna de Benito Juárez, a quien el autor considera como uno de los políticos más singulares de los tiempos modernos.

Tan sólo la admiración por el gran mexicano y el

deseo de trazar un paralelo entre su trayectoria y los cambios que se operaban entonces en el régimen político de Rusia, de transmitir a sus compatriotas la sabiduría y hoy mismo nada despreciable experiencia de Juárez indujeron al autor, especialista en historia rusa, a acometer esta difícil y riesgosa obra.

Y. Gordin

La democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad, su indestructible arma; la perfección posible, el fin donde se dirige...

¡Levantaos, pueblos de México!

Juárez

¡Yo te saludo, Juárez, combatiente por la libertad del mundo y la dignidad humana!

Garibaldi

La América tiene dos héroes: John Brown y Usted.

Victor Hugo a Juárez

"Te venimos a ver, Benito..."

El 24 de octubre de 1847 en la ciudad de Oaxaca, capital del Estado que lleva el mismo nombre, ante los adustos diputados del Congreso oaxaqueño comparecía un hombre de escasa estatura y tez muy morena. Había algo geométrico en su rostro: boca, cejas y ojos en líneas paralelas, nariz maciza, casi recta.

Cuarenta días atrás, después de agobiadores combates que se prolongaron durante tres semanas, la infantería norteamericana entró en Méjico. El país estaba desgarrado por los golpes militares. El general Santa Anna, Presidente y Jefe del Ejército, había traicionado a sus soldados y conciudadanos.

Recientemente elegido gobernador del Estado de Oaxaca, el abogado Benito Pablo Juárez, vestido de riguroso traje negro que contrastaba con la blancura deslumbrante de la camisa, con la mirada fija en el amenazante y, tal vez, catastrófico futuro, terminaba de pronunciar el tradicional discurso de posesión del mando.

— Señores: somos llamados a presenciar las angustias de la Patria en los momentos terribles de su agonía; ella reclama nuestro socorro; hagamos los últimos esfuerzos y aún es tiempo de que la salvemos. Pero si por uno de los decretos incomprensibles de la Divina Providencia, estuviere determinado que ella desapareciera de la lista de las naciones libres, trabajemos de manera que al perecer bajo sus ruinas, dejemos a la pos-

teridad gratos recuerdos que honren nuestra memoria...

Luego calló.

Guardaban silencio los diputados impresionados por su discurso. Y no era por las palabras que había dicho. Cualquier aventurero de los que conquistaban el poder en el Estado o en el país, incluso para el más corto tiempo, siempre juraba hacer todo por la libertad, el bienestar público, el pueblo y la Patria y prometía no escatimar sus fuerzas en la empresa. No era por las palabras, sino por la manera en que las expresó Juárez.

Reflexiva serenidad, severo realismo y austera convicción había en la voz de este hombre, cuyo rostro permanecía casi inmutable.

Todos conocían que, siendo un niño de doce años, huérfano de padre y madre, había venido a pie a la ciudad desde un pobre caserío indio no sólo sin saber leer o escribir en español, sino incluso sin poder hablarlo.

Y ahora, al ver a quien había logrado gracias a su tenaz dominar lenguas, teología, jurisprudencia y ascender milagrosamente al sitial donde se encontraba, a este indio zapoteca que llegó a gobernador, los congresales percibieron —y algunos llegaron a comprender— que se aproximaban tiempos nuevos, tiempos en que las palabras empezaban a coincidir con los hechos.

Un hombre de causa y palabra estaba ante el cuerpo legislativo del Estado de Oaxaca, apoyándose con la mano derecha en la mesa cubierta con un pesado paño de color rojo oscuro.

En unos el presentimiento de que surgía algo nuevo se transformó en alegría, en otros se tradujo en miedo...

Tiempo más tarde se presentaron en la casa del gobernador cinco indios. Juárez los recibió y los condujo a la terraza. Al mayor de ellos —un viejo grueso y de baja estatura— lo reconoció. Recordaba que su nombre era Felipe y que vivía al lado de la casa de su tío Bernardino Juárez, al borde mismo de un gran barranco.

Felipe se mostraba turbado, mirando al gobernador con éxtasis y admiración. Los demás se mantenían un poco alejados, cargando en las manos cestas y bolsas

de cuero. Juárez, vestido con su traje negro, aguardaba en silencio. Eran ellos quienes debían hablar. Además, sentía que se le hacía un nudo en la garganta.

Alguien le hizo a Felipe una señal rozándole la espalda. Este sacudió ligeramente los hombros y tendió a Juárez las palmas de sus manos con gordos dedos que se doblaban con suma dificultad.

— Te venimos a ver, Benito, para decirte en nombre de tu pueblo, de San Pablo Guelatao, que nos enorgullecemos de verte gobernador de Estado. Tú sabes lo que nos hace falta y nos lo darás, porque eres bueno y sabemos que no te olvidas de nosotros. Queremos que recibas este presente que te traemos en nombre de todos. Perdona que no podamos ofrecerte nada mejor...

Felipe se hizo a un lado y los que estaban detrás extrajeron de los cestos y alforjas, para dejar en el piso a los pies de Juárez, como una decena de pollos, mazorcas de maíz y unos corpulentos zapallos...

Juárez veía en ese momento cómo el viejo Félix recorría de casa en casa Guelatao y comentaba: “¿Sabías tú? El sobrino de nuestro Bernardino, mi vecino, aquel chicampianillo Benito, que después fue a aprender el sacerdocio, es ahora gobernador de Oaxaca. Deberíamos hacerle llegar nuestro presente para que no piense que nos olvidamos de él... Y que no se sienta ofendido...” Así resultó que cada uno puso algo: una gallina, alguna fruta... Ciertamente, todos ellos vivían casi pasando hambre.

Muy pausadamente el gobernador de Oaxaca —tan despacio como para que nadie advirtiera que de la emoción le temblaban las manos— sacó el monedero y extrajo de allí un peso. Felipe recogió la moneda en la palma de la mano. Tal debía ser el obsequio de respuesta...

— Gracias, tío Félix —dijo el gobernador— Yo te comprendo, a tí y a todos ustedes. ¡Gracias!

No abundó en promesas. Tampoco ellos las esperaban. Conocían bien el valor de las palabras y el valor del silencio.

Y aquí le vino a la memoria aquel verdeamarillento campo de maíz casi maduro cerca de Guelatao, al pie de un cerro abrasado por el sol. En los linderos del

campo, sobre una aplanada piedra negra, yacía un enorme lagarto anaranjado con manchas negras, apoyándose en las patas delanteras y con la corta y roma cola colgando. Girando un tanto la maciza y redonda cabeza, el helodromo fijó su mirada en el pequeño Benito, que llevaba unos polvorientos y rústicos pantalones que apenas le llegaban a los tobillos, y corta camisa blanca. Espanto y exaltación experimentaba el niño, observando la erguida y pesada cabeza del lagarto, sus pequeños y brillantes ojos oscuros en el rostro tieso.

Las montañas, cubiertas por unos arbustos resecos por el sol estival, orillaban los campos.

Inmóvil, como si fuera de piedra, miraba a Benito el altanero saurio amarillo.

“Poco te zurraron, hermano, poco te humillaron...”

El 22 de marzo de 1853 un joven de alta estatura con abrigo de piel de zorro, desabrochado, y con gorra puesta en la nuca se acercó a la puerta de la Cámara judicial de Moscú en lo civil. Antes de entrar se detuvo y, quitándose la gorra, con satisfacción miró la calle por la que, entre islotes de comprimida nieve sucia, se deslizaban hilos de agua que de inexplicable manera permanecían totalmente cristalinos.

Se sonrió por lo tan agradable que era todo alrededor, por la frescura del aire que olía a agua, madera húmeda, estiércol y caballos que, briosos, arrastraban carretelas, calesas y carrozas. Por lo tan alegres que resonaban las voces de los cocheros y el murmullo de los arroyuelos.

Entró en el penumbroso vestíbulo con la sonrisa aún en los labios y preguntó al cuidador dónde se encontraba el Primer departamento. Al subir la escalera pensó con cierta turbación y gozo en lo que le esperaba.

En el cuarto al que se allegó estaban sentados tras las mesas varios jóvenes funcionarios. La luz del sol traspasaba los empañados vidrios de las ventanas.

— Quisiera ver al señor Prizhov —dijo el visitante

mirando a todos. Estaba claro que a Prizhov personalmente no lo conocía.

El registrador Iván Gavrílovich Prizhov, que desempeñaba el cargo de administrador y, como jefe de todos esos funcionarios ocupaba una mesa apartada de las demás, se levantó y dio unos pasos para acercarse a recién llegado. Era también joven, pero su barba áspera y rala y los ojos a medio cerrar, penetrantes tras los lentes parecían negarlo.

El visitante dijo:

— Osip Máximovich Bodianski me transmitió vuestra halagüeña opinión acerca de mi artículo... respecto a la conquista española de México...

— ¡Ah, entonces usted es el señor Gladkói! Perdóname, me olvidé vuestro...

— Andréi Andréievich.

— Sí, sí... Vuestro artículo, estimado Andréi Andréievich, ¿sabe qué tiene de bueno? Que los acontecimientos se dan en él desde el punto de vista de un ser humano... Tendríamos que charlar con usted un poco. ¿Qué le parece si nos vamos por una hora a cualquier lado? Siempre que no tenga nada urgente que hacer.

— Será un gran gusto.

Prizhov hizo un gesto con la mano en dirección a los subalternos que, muy risueños, los escuchaban. Todos ellos al instante se pusieron de pie y, con una solemnidad burlesca, saludaron haciendo las reverencias de despedida...

— Por lo visto, es muy divertido el trabajo en su oficina, Iván Gavrílovich—, dijo Gladkói cuando salieron a la calle.

— Ciertamente, nadie puede decir que soy un ogro, ni que soy un tirano...

Prizhov llevó a Gladkói a una gran taberna de la calle Ordinka.

Allí se sentaron al lado de la ventana, cálida y plena de luz. Vino corriendo el camarero, haciendo con la cabeza repetidos gestos de asentimiento y satisfacción.

— Tú mismo sabes lo que traer, Serafim—, le dijo Prizhov.

Aquél pasó la toalla por la mesa fregando fuerte-

mente las oscuras tablas, se alejó y regresó al momento trayendo un porrón, pan negro cortado en gruesas rebanadas porosas y un plato de repollo.

— ¿Me permite ofrecerle una copita?

— Bien —dijo un poco confundido Gladkói—, aunque tomo muy poco...

— ¿Cuántos añitos tiene usted?

— Cumplí dieciocho.

— Ya... ¡Brindemos, pues, por la vejez!

Una flaca mosca negra se arrastraba lentamente por el marco de la ventana sobre sus patas torcidas, probando fuerzas.

Prizhov, apoyado en el respaldo del asiento, miraba a Gladkói, su alargado y delicado rostro ligeramente sonrosado. Tenía los ojos claros y las cejas oscuras, rubio el cabello.

— A un ucraniano no se parece.

— Mi madre es de Siberia. Mi padre estuvo de servicio en Irkutsk, en la guarnición, y allí se casó.

— ¿Es de la nobleza?

— Sí, de la nobleza. Tenemos en la zona de Chernóv una posesión... No muy grande.

— ¿Campesinos siervos también tienen?

— También...

— ¿Usted estudia en la Universidad?

— En el primer curso...

— ¿Se inspiró en Prescott para escribir el artículo?

— No lo niego...

— ¡Cómo lo va a negar, si se ve tan claro! Entonces ¿lee en inglés?

— Tengo mucha facilidad para los idiomas. En casa tenía un maestro polaco que vivió en Inglaterra, en Francia y en Alemania.

— Seguramente, era de los rebeldes.

— Así es. En el treinta y uno se salvó huyendo a Austria... Luego regresó.

— Le envié a usted. Yo nunca tuve oportunidad de estudiar sin preocupaciones. Siempre lo hice pasando hambre y salvando obstáculos. En la facultad literaria a mí no me aceptaron: mi padre era un campesino, un mujik... Fui entonces a la de medicina. Figuraba allí, pero iba a las clases de Bodianski, Busláiev, Soloviev,

Granovski... * Bueno, al fin y al cabo de la medicina me corrieron... Pero ¿por qué tiene que sonrojarse usted? No es suya la culpa. Su artículo es bueno por la tónica en que está escrito, lo de Prescott no lo tome en serio. Lo sustancial es cómo pudo usted percibir las desgracias de esos indios... ¡Lo importante aquí es sentir las cosas! ¿Sabe? Yo mismo estoy haciendo unos planes... Desde el momento en que supe que toda fiera, toda hierba y hasta todo necio, perdoneme la expresión, tiene su historia —una historia personal, digámoslo así, y no una historia de los lobos en general, o de un prado tal o cual, o de todos los necios juntos de Moscú, sino su historia personal—, desde ese momento me estoy muriendo de vergüenza porque nosotros, los rusos, no tenemos nuestra historia; sí, no tenemos una historia personal de nuestro pueblo. Una historia vívida, una historia que llamaríamos social. Todos escriben la historia de las ideas, la historia intelectual. Pero eso es sólo una parte minúscula de la cuestión. Historia es todo lo que compete a la vida de la gente. Las creencias populares, lo social cotidiano: lo son el pan, el vino, la vida en comunidad, la poesía de eso que es lo social cotidiano... ¿Acaso se puede conocer sin eso la personalidad del pueblo? Y ya después aunar el desarrollo intelectual con ese movimiento social... La vida intelectual va andando... A la vida social, en cambio, se la aplasta, se la retuerce. Y ella genera conmociones entre las masas del pueblo: revoluciones, motines... La actividad intelectual, luchando contra todo despotismo, encuentra en esas conmociones sólo una base en que apoyarse. Las aprovecha, y nada más. ¡Ah, mi querido amigo! ¡Si fuese posible describir el estado primitivo, llamémoslo así, de la vida social de los pueblos cuántas verdades serían reveladas!

El vodka y el calor del sol que venía de la ventana terminaron por desmadejar a Gladkói. La voz de Prizhov le llegaba apagada. Pero por ello no sólo entendía con más fuerza lo que le decía, sino que las palabras de Prizhov parecían envolverlo y le daban ganas de llorar

* Destacados sabios rusos, filólogos e historiadores, del siglo XIX que daban clases en la Universidad de Moscú. Eran conocidos por sus ideas democráticas progresistas.

por el impresionante vigor y justeza de esas palabras.

— Lo comprendo a usted muy bien —dijo, mirando por primera vez durante todo este tiempo a Prizhov y sintiéndose extrañado por sus facciones: nariz corta y recta con pronunciadas fosas, lentes con definidos contornos metálicos, dos hondos surcos perpendiculares en el entrecejo, revelando todo fuerza, rabia, decisión—. Lo comprendo muy bien. Yo mismo ahora me comprendo mejor. Una historia así yo necesito... eso sí vale... ¡El estado primitivo! ¡Cuánto comprendo, Iván Gavrílovich, las verdades de fondo que se pueden extraer!

— Llegamos tarde, diría yo; es mucho el sedimento que se ha depositado en Rusia...

— ¡Pero se puede encontrar otro pueblo: un pueblo joven, puro!

Prizhov observó con atención, como si se tratara de un objeto, el rostro de Gladkói. Este, confundido, esbozó una sonrisa con los labios flojos y que no querían obedecer. Tenía los dientes blancos y grandes.

— Yo estoy pensando, Andréi Andréievich, —Prizhov alzó el porrón exponiéndolo al sol de la ventana y haciéndole girar para ver los reflejos de la luz sobre la mesa—, yo estoy pensando durante cuanto tiempo va a poder mantenerse usted tan puro y limpio... Por una parte hace falta que la vida le de una buena tunda: sin eso no despierta la mente ni adquiere sabiduría el sentimiento; por la otra, es mucho lo que va a perder con ese mismo primitivismo del que ha hablado...

Gladkói vio que la mosca, estirándose en todas las patas, probaba consecutivamente las alas sintiendo el gozo de estar en la cálida mancha de luz.

— ¿Sabe usted, Andréi Andréievich, —preguntó de improviso Prizhov— que Inglaterra y Francia mantienen conversaciones con Turquía?

— ¿Y a nosotros qué nos importa? —respondió Gladkói apartando los ojos soñolientos de la mosca—. Ni les gusta, que lo hagan...

— A ellos les gusta —expresó Prizhov mientras le ponía, solícito, un pellizco de sal a la rebanada de pan—. Pero para nosotros... Todo viene de ese impostor, el nuevo Napoleón. Nos guarda rencor por su tío...

¡Todavía va a mostrar lo que es! Habrá guerra, And Andréievich. ¡Cuánta gente van a matar! Recuerde que le digo... Napoleón Tercero... ¡Como si al mundo le hubiera alcanzado con uno!

Y aquí advirtió que Gladkói dormía, apoyando con el hombro en la pared al lado de la ventana.

"Poco te zurraron, hermano, poco te humillaron. Mal te las verás" —pensó.

Por la libertad

Tenía las facciones típicas del zambo —una pronunciada combinación de rasgos indios y negroides: nariz larga, un poco encorvada como los indios y labios gruesos como los negros.

El general Juan Alvarez había cumplido ya los sesenta y cinco años. Sus tupidos cabellos y sus patillas eran de un color blanco opaco como la leche.

Durante cuarenta y cinco años estuvo participando en todas las grandes guerras en el territorio de México. Y esas guerras eran constantes, casi continuas.

Es difícil que hubiese alguien en el país más comprometido y fiel a las ideas de la libertad que ese viejo guerrillero, arriero de mulas, que siendo un mozo vino a ingresar en los destacamentos del gran Morelos, combatió luego junto con Vicente Guerrero, quien pasó a ser general de los insurgentes, fue elegido legalmente gobernador del Estado que tomó el nombre de Guerrero, pero no llegó a aprender escritura ni recibir fortuna siquiera de lo más modesta.

Empuñaba las armas toda vez que veía que los frutos de la rebelión de turno, de la batalla consecutiva por la justicia eran usurpados por quienes sin ellos tenían demasiado.

El 5 de agosto de 1855 el general Alvarez, con blanca camisa desabrochada, caminaba para aquí allá por el piso de tierra de una casucha india en el pueblo de Texta, en el que se encontraba su cuarte y dictaba una carta al coronel Comonfort. De tiempo en tiempo su alta figura tapaba el orificio que dejaba la puerta abierta y por el que entraba el sol, y entonces

el escriba, un indio entrado en años y vestido con pantalones de lienzo, tenía que hacer una pausa: la casucha carecía de ventanas.

A ambos lados de la puerta, expuestos al sol, dormitaban recostados en la pared caliente dos rebeldes que custodiaban al general. Sus fusiles los tenían a los costados en el suelo. Algo chirriaba al soplo del pereoso del viento, se oía a lo lejos el griterío de los chicos. Pero ni bien a la vuelta de la casucha se dejó escuchar un nuevo ruido, uno de los centinelas se puso silenciosamente en alerta, como un gato, y recostó la mano en la empuñadura del machete...

El hombre con uniforme de oficial que apareció desde un costado de la choza era el coronel Diego Alvarez, hijo del general. Entró en la casa y el general se detuvo mirándolo en silencio. El bronceado rostro del joven coronel reflejaba despecho y perplejidad. En la mano, levantada a la altura del tórax, llevaba un sobre. Tenía la vista fija no en el padre, sino en el indio sentado tras la mesa, el cual había interrumpido el trabajo y le respondía con una mirada que denotaba plena serenidad. Tal vez, la leve sonrisa latente o, mejor dicho, el asomo de una expresión de perspicaz sonrisa en sus ojos entornados eran el indicio de que había comprendido la causa que provocó la sorpresa del joven coronel y apreciado lo infundado de su despecho.

—Aquí está escrito: "Licenciado Don Benito Juárez..." Es una carta del señor Ocampo... Pero Benito Juárez es el nombre de usted ¿no es verdad?

El indio dejó la pluma y se levantó.

—Sí, señor coronel. Es mi nombre.

—¿Acaso es usted licenciado?

El general Alvarez escuchaba la conversación con un asombro que imprimía a su moreno y recio rostro una expresión totalmente infantil. Los licenciados son todas personas bien vestidas, importantes, instruidas...

—Sí, señor coronel, tiempo atrás yo recibí ese título.

—¿Entonces, usted es el Juárez que fue gobernador de Oaxaca?

Padre e hijo observaban a Don Benito como a un ser raro y excepcional: todavía no podían imaginar que

el famoso político sea este indio de aspecto tan des-
cuido.

Don Diego enrojació.

— ¿Por qué no me dijo nada cuando me vino a ve-
Juárez alzó levemente las cejas.

— ¿Qué importancia tiene eso? Usted necesitaba
personas que supieran escribir cartas, y no gobern-
dores.

El general lanzó una carcajada. Abriendo azorad-
sus grandes y brillantes ojos, se dirigió a su hijo pa-
meándole la espalda.

— ¡No podía ser otra la respuesta! ¡Es un puro de
verdad!*

El general se puso delante de Juárez sonriendo ale-
gremente. Le llevaba a Don Benito una cabeza en esta-
tura, pero éste se mantenía tan erguido y con tanta
naturalidad que el coronel, quien los observaba desde
un costado, no notó la diferencia.

— Si usted supiera, Don Benito, cuánto lo necesito.
Hace ya tres días que me está escribiendo las cartas...
seguramente habrá comprendido qué clase de pájaro
soy yo. Cuando ocupé el cargo de gobernador, la cien-
cia, Don Benito, ya no me entraba en la cabeza. Yo no
soy un tarado, no. Pero es tanto lo que tuve que pen-
sar durante mi vida en cómo cercar mejor al enemigo,
cómo conducir mil hombres por la sabana de manera
que ningún gachupín pudiera distinguir los rastros, es
tanto lo que tuve que meditar en lo que debía hacer
con este maldito país que no quiere ser feliz... Tanto
que en la cabeza ya no me quedó lugar para las letras.
Yo tenía esperanzas en el señor Comonfort, él es mi
amigo y una persona respetable, pero lo que dice me
pone en dudas. ¿Es que había que empezar todo esto
sólo para echar al sinvergüenza de Santa Anna de la
presidencia? Así resulta ser si uno escucha al señor
Comonfort... Ninguna otra cosa se puede conseguir...
Tiene buenas intenciones, pero nos van a dejar con él
otra vez con un palmo de narices... Como lo dejarón
a mi amigo Guerrero...

Alvarez se acercó a la puerta y se apoyó con la

* Puros — partidarios de las reformas radicales.

manos en el dintel. Miró a Juárez y a Don Diego por
el hombro. El sol le alumbraba la nuca y la mejilla
derecha, quedando el rostro en la sombra, por lo que
parecía que la voluminosa cabeza del general estaba
rodeada por un nimbo.

— Lo obligaron a ponerse de rodillas —dijo—, y
eso que veinte años estuvo peleando por la libertad,
durante dos años fue presidente legítimo... Fue valien-
te y gallardo... Pero ellos lo obligaron a ponerse de ro-
dillas y le dispararon en la cara... ¿Sabe por qué, señor
Juárez? Porque les creyó. ¡Es una lección para mí
también! Pero, dígame: ¿cómo puedo yo no creer a
las personas que dicen ser mis amigos? Tantos años
que expongo esta deforme cabeza mía a las balas, tan-
ta gente que mandé a la muerte por la libertad... Y
cada vez nos engañan...

Se dio vuelta rápidamente y se acercó a Juárez;
quería ponerle las manos sobre los hombros, pero se
contuvo, no se decidió.

— Lo designo a usted, Don Benito, consejero mío.
Me va a recomendar la política que debo llevar... Yo le
creo. He oído mucho de usted. ¡Y usted no dijo nada
de que era licenciado y gobernador! ¡Mire, cómo ha
confundido al pobre Diego!

Volvió a reír animadamente palmeando otra vez
la espalda del coronel, quien también se echó a reír
con expresión turbada y bonachona.

“Me dan lástima al imaginar —pensó Juárez— en lo
que les espera después del triunfo... ¿Y podré yo
ayudarles?”

*Del libro de notas de Andréi Andréievich Gladkói**

“Hoy mi amigo, el señor Mariscal, seguidor del Pre-
sidente Juárez, me contó la historia del dictador Santa

* Los libros de notas de Andréi Andréievich Gladkói, quien visitó
México “en un momento crucial”, son un fenómeno sumamente peculiar.
Andréi Andréievich se proponía escribir un libro sobre los acontecimien-
tos mexicanos de los que fue testigo y participante. Según cabe suponer,
el libro estaría destinado a la juventud radicalizada rusa como un recep-
táculo de experiencia ajena y en parte extraña, pero valiosa.

Esos tres gruesos cuadernos pasaron con Andréi Andréievich todas
sus vicisitudes y, naturalmente, sufrieron bastante daño. Fueron hallados
en Turkmenia, en los archivos de Piotr Nikoláievich Nikulín, coronel del
ejército zarista, que estuvo de servicio en Turquestán y terminó su exis-

Anna, a quien derrocaron Alvarez y Comonfort. Quiero incluir esta historia en mi futuro libro, pues que la carrera de Santa Anna, según me parece, puede darse en nuestros tiempos sólo en México y hablas muchas cosas. Cuando uno escucha sobre las hazañas de este señor comienza a comprender por qué no podía soportar más.

Aquí no se puede dejar de tener en cuenta que México estuvo trescientos años bajo el yugo español. Y los españoles no sólo saqueaban al país, sino que impedían el desarrollo de sus fuerzas sanas, humillaban su espíritu. De ello salieron —con toda naturalidad— muchas de las deformaciones de hoy. (Reflexionar sobre la analogía con la ocupación de Rusia por los tártaros*). El descontento y las rebeliones eran ahogados en sangre por los españoles. Y contribuyó mucho a ello el entonces joven oficial Santa Anna. Cuando al fin al cabo en 1821 se logró echar a los españoles y el poder fue usurpado por un señor llamado Iturbide también empapado en la sangre de los luchadores por la libertad, Santa Anna decidió ganarse con la lisonja el afecto de este usurpador que se proclamó emperador con el nombre de Agustín I. Pero Agustín no le tenía confianza y de eso no salió nada. En definitiva al emperador lo derrocaron, en el país comenzó un largo período de inestabilidad y fue entonces que nuestro astuto personaje empezó a pescar en río revuelto. Es que en México actúan tres partidos: el de los conservadores, los liberales moderados y los puros o liberales de izquierda. En nuestro medio los puros serían denominados como radicales. Están por la realización más pronta de reformas y son los que más se aproximan, según

tencia a muy avanzada edad en la ciudad de Krasnovodsk, por lo visto en los comienzos de los años veinte del presente siglo. Los archivos Nikulin se conservaron en parte gracias al cuidado de sus descendientes.

Esta anotación de Gladkói fue hecha en agosto de 1860, pero yo permití reproducirla aquí porque relata la prehistoria de la revolución de Juan Alvarez. (Nota del Autor).

* Se tiene en cuenta el yugo tártaro-mongol, un sistema de explotación de las tierras rusas por los feudales tártaro-mongoles establecido en 1243 como resultado de la invasión del Khan Batij y que se prolongó hasta 1480; representó un freno para el desarrollo económico, político y cultural de Rusia y una de las principales causas de su rezago con respecto a los países eurooccidentales.

entendiendo, a los jacobinos franceses. El actual presidente, Juárez, es un puro. El anterior, Comonfort, fue un moderado.

Santa Anna comenzó a jugar hábilmente con estas fuerzas uniéndose primero a unas, después a otras y, según las circunstancias, traicionándolas una por una. Fue promotor de muchos motines y más de una vez ocupó el mando supremo. El señor Mariscal me describió incluso con cierta admiración uno de los encumbramientos de este genio del mal en el desventurado país.

Después de un exitoso combate con los españoles que en 1829 desembarcaron en las costas mexicanas, Santa Anna adquirió una gran fama entre el pueblo y el apoyo de los liberales. En 1833 fue elegido presidente, ocupando la vicepresidencia Gómez Farías, un puro a toda prueba y enemigo acérrimo de la iglesia. Pero los pobres puros no sabían el tremendo error que habían cometido al depositar su confianza en el apuesto general.

El señor Mariscal, con la elocuencia propia de la raza latina, me refirió tan vivamente y con tanta emoción todas las desgracias de su país que me pareció ver todo eso delante mío. Precisamente Santa Anna era quien inspiraba de manera particular a mi interlocutor. "Imagínese —me decía— una selva virgen llena de papagayos multicolores y monos, con árboles entrelazados por las lianas y con enormes corolas de flores. Y usted viaja por un camino en esa selva, en la que de vez en cuando en los claros aparecen manadas de toros negros y chozas de bambú de las que asoman mujeres zambo: mitad indios y mitad negros viven en esos lugares. E imagínese ahora al hombre que posee todas estas tierras junto con los monos, toros y esa gente salvaje. Figúrese que no es un tosco plantador con látigo en la mano, no un despiadado descendiente de Cortés, sino un pulcro señor de mediana estatura, con bellos ojos negros en un rostro pálido y siempre triste, muy bien educado, con refinados y delicados modales y queda voz. Pues bien, este personaje de Byron no es otro que el desvergonzado trastocador de las bases orgánicas de la República Mexicana, capaz de traicionar para alcanzar sus objetivos hasta el mismísimo Dios. ¡Cómo no caer, entonces, en

el engaño! ¡Quién podía suponer que detrás de esa encantadora apariencia se esconde un temperamento y una ansia de poder concordes con la salvaje naturaleza tropical que los engendró!”

Puedo transmitir tan detalladamente las palabras del Mariscal porque durante la conversación tomé breves notas de ella.

Así fue que Santa Anna llegó a la presidencia. Pero resultó ser una cosa mucho más sutil, como diría nuestro Gógol, de lo que se podía suponer. Cuando llegó al momento de ocupar el puesto, se hizo el enfermo y se fue a su hacienda donde estaban los toros negros y los papagayos. Y todo el poder lo delegó a su vicepresidente, Gómez Farías, como decidido liberal puro, de acuerdo a lo ya expresado, se abalanzó inmediatamente contra la iglesia. Abolió el diezmo que se pagaba en favor del clero, concedió a los monjes el derecho de retornar a la vida laica según el deseo de cada uno. Alivió la situación de los indios. Y, lo más importante, es que atentó contra los privilegios del ejército.

Aquí cabe hacer una aclaración. En México los sacerdotes y oficiales gozaban de fueros o privilegios que los exceptuaban del alcance del poder público, pues tenían el derecho de acudir solamente a sus propios tribunales y responder por lo que hacían únicamente ante sus autoridades. Es fácil de imaginar a lo que esto conducía en el ejército. ¡Y Gómez Farías privó a los oficiales de sus fueros!

Claro está, enseguida comenzaron a tramarse confabulaciones y estallar motines.

Y cuando la indignación llegó al extremo, apareció Santa Anna. Apareció con pompa y solemnidad como salvador de la nación sumida en enfrentamientos y camino al desastre. Destituyó a Gómez Farías para alegría de la iglesia y del ejército, anuló todas sus innovaciones y se proclamó dictador. Disolvió el Congreso y la llave de la sala de sesiones, según afirma el señor Mariscal, en acto público y solemne se la puso en el bolsillo. ¿Cómo negar que sea un artista? A los liberales enfurecidos por su traición, los encarcelaba y expulsaba sin piedad.

De esa manera el hombre al que los liberales habían

puesto en el poder diezmó terriblemente sus filas. Es una buena lección para aquellos que confían en los héroes para hacer la historia.

Durante muchos años México vivió en un clima de permanentes disturbios, motines y revueltas. Esto fue aprovechado por su vecino del norte, los Estados Unidos. México perdió un enorme territorio: Texas. Santa Anna, el “Napoleón del Hemisferio Occidental”, como se hacía llamar, intentó recuperar Texas, pero fue derrotado.

Se sucedió luego un sinnúmero de traiciones, engaños, aventuras y, al fin y al cabo, nuestro personaje volvió a tomar el poder. Sus cómplices se vistieron con uniformes de generales, de púrpura y oro, el dictador interpretaba el papel de gran hombre, mientras que la vida seguía su curso: millones de indios vegetaban en la indigencia y la ignorancia. Los dueños de plantaciones oprimían a los pequeños agricultores y se apropiaban de las tierras de las comunidades indígenas, los codiciosos clérigos expoliaban a los parroquianos y perseguían toda expresión de espíritu libre. Turbas de léperos: vagabundos sin techo, páuperos mexicanos recorrían las calles de la capital, listos para el bandidaje y el saqueo... Y otra vez los americanos del norte volvieron a atacar. El “Napoleón de Occidente” perdió la batalla decisiva, y después de sangrientos combates en los accesos de Méjico los intervencionistas ocuparon la capital de la República. México perdió más de la mitad de su territorio y la desconfianza hacia el vecino del norte anidó para siempre en su espíritu.

Después de la guerra aparecieron en el poder los moderados. El país estaba demasiado arruinado como para dedicar fuerzas a las riñas entre los partidos. El partido de los puros volvió a ganar posiciones y obtuvo algunos puestos de gobernadores. Pero a los cinco años Santa Anna derrocó al gobierno legítimo y se proclamó dictador. Comenzó a perseguir con saña a los liberales. Unos sucumbieron, otros se fueron al exilio.

Se autotituló Alteza Serenísima, instaló un palacio al estilo de Napoleón y reclutó una guardia. El dinero corrió a torrentes, pero el país se sumía cada vez más en la miseria.

Entonces un grupo de patriotas, reunidos en el poblado de Ayutla, exhortaron al país a la insurrección. El famoso Juan Alvarez comenzó a reunir un ejército en las montañas del Estado de Guerrero, mientras que un tal coronel Comonfort, hombre honesto pero de ideas muy moderadas, se hizo fuerte en el puerto de Acapulco. Así empezó la revolución de Ayutla que condujo a la guerra actual.

Este triste relato da una idea de cómo vivió el pobre México después de derrocado el yugo español. Mariscal afirma que durante los primeros treinta años de la independencia se cambiaron en el poder treinta presidentes y hubo más de doscientas sublevaciones."

El derecho al poder

El 6 de setiembre la avanzada del Ejército Restaurador de la Libertad llegó a los accesos de la ciudad de Chilpancingo. La guarnición quiso oponer resistencia. Una compañía de soldados levantó en la entrada principal una defensa con bolsas de tierra. El coronel que ejercía aquí el mando había creído, por lo visto, que se trataba de un asalto guerrillero de turno.

Mandó un escuadrón a atacar y repeler al enemigo.

El escuadrón salió a trote largo al candente camino cubierto de amarillento polvo, por el que sin prisa marchaba un destacamento de caballería de la vanguardia de Alvarez. El teniente que conducía el escuadrón, con uniforme rojo y su joven rostro ardiente por la excitación, desenvainó la espada y, pasando al galope, dirigió la fuerza contra los rebeldes...

Casi de inmediato la desapareja columna de sonolientos jinetes cubiertos con oscuros ponchos y montados en caballos que avanzaban lentos y cabezudos se transformó en un torbellino. Segundos antes de que se produzca el choque frontal los jinetes de Alvarez se diseminaron impetuosamente por el campo vecino y empezaron a acometer al escuadrón en pequeños grupos desde los flancos y la retaguardia. La formación de este último se deshizo. Empezó la carrera en la que los adversarios elegían cada uno su presa.

El teniente, ofuscado por lo sorpresivo e inusitado de la situación, rabioso y asustado a la vez, se lanzó detrás de un enjuto indio montado en un caballo de corta alzada y pelaje gris. Después de galopar unos cien metros y al ver que el oficial le daba alcance, el indio giró bruscamente con todo el cuerpo en la montura, la punta de su lanza se desplazó en un semicírculo y el teniente, con el alocado ímpetu de la desenfrenada carrera, la embistió con su pecho... Alcanzó a ver unos pómulos muy oscuros, el brillo de unos dientes en maligna mueca y unos ojos que ardían bajo el ala caída del sombrero. Sintió un insoportable crujido y, tirando hacia atrás la cabeza, quiso dar un grito de dolor y repulsa, pero la sangre del pulmón destrozado le inundó la garganta.

La lanza se quebró, y su punta se quedó en el pecho del teniente, quien dejó caer el sable para aferrarse con las manos muertas en las crines del corcel que prosiguió su carrera.

El escuadrón, disperso, emprendió la huida hacia la ciudad.

Los soldados apostados en la fortificación de tierra no tuvieron ocasión de entrar en combate. El destacamento bajo el mando de Diego Alvarez se infiltró por los huertos a la ciudad y apareció en la retaguardia del enemigo. La compañía se rindió.

Los restos de la guarnición se encerraron ahora en el cuartel y disparaban convulsivamente aunque nadie los atacaba. Los rebeldes se recostaron en las calles vecinas permaneciendo cuerpo a tierra y esperando que el adversario se percatase de que toda resistencia era inútil y deponga las armas.

El general Alvarez, Don Benito y los cinco guardespaldas del comandante iban por una larga y angosta calle que conducía a la plaza central donde debía instalarse la jefatura. De tiempo en tiempo se debían escuchar los disparos del lado del cuartel. El grueso del ejército quedó fuera de la ciudad. El destacamento que la había tomado se dispersó para limpiar las calles de los soldados en fuga.

Juárez estaba otra vez vestido con su riguroso traje negro de siempre que le había remendado y limpia-

do un sastre en Acapulco. Marchaban despacio. Los guardaespaldas observaban atentamente si no se entreabría alguna cortina o no aparecía el caño de un fusil o un revólver en alguna ventana. Sus armas las tenían listas, llevándolas apoyadas en las monturas.

— Y la gente empezará a decir que yo promoví toda esta guerra para instalarme en el palacio. Dirán que este Alvarez, que tiene en su puño a todo el Sur, vendrá con sus salvajes para saquear Méjico, ultrajar nuestras mujeres y profanar nuestros templos. Eso es lo que hablarán. ¿Acaso yo no recuerdo lo que hablaban de Guerrero?

Juárez miraba al general de reojo. Su caballo todo el tiempo se esforzaba por ir costado a costado con el de Alvarez, y Don Benito con firmes y cortos tironeos de la rienda lo mantenía a cierta distancia.

El sol estaba ya bastante bajo tras de sus espaldas y en su densa y acariciadora luz la calle desierta parecía gozar de una paz de mucho tiempo y que prometía ser eterna.

— De todos modos usted tiene que aceptar. Usted y nadie más tiene que ocupar la presidencia. Sí, esa es la modalidad que tenemos: todo general que hoy se impone ocupa el primer puesto en la República. Es una muestra de nuestro salvajismo político. Tratamos al país como a una presa. Pero desde hoy es necesario cambiarlo todo. Y sólo con su ayuda se podrá hacer eso. Usted tiene un rival: el coronel Comonfort. Yo me inclino ante su talento militar y su honestidad. Pero, por lo que sé, él profesa ideas tan moderadas que todo puede quedar tal como está. Cambiarán las personas. El mal será reprimido pero no extirpado. Usted ocupará el cargo de presidente no como general triunfante, sino como jefe de los reformadores, como hombre a quien el país desea ver en ese puesto.

— ¡Si usted supiera, Don Benito, lo que ellos decían de Guerrero! Y lo que escribían... Especialmente después de haberle dado muerte...

Un sentimiento de compasión y pésame hacia este hombre fuerte y sabio, que preveía el amargo peso del futuro poder, se apoderó de Juárez.

— Guerrero se equivocó en la elección de compañe-

ros de filas. No tenía la experiencia que tenemos nosotros. Sin pérdida de tiempo hay que poner en marcha el Plan de Ayutla. Hay que designar inmediatamente a los representantes de los Estados y el Consejo de la Nación. Y que el Consejo nombre al Presidente. Es evidente en absoluto que se le nombrará a usted. Usted combatió no por codicia. Y sería criminal entregar el poder a otras manos, débiles o ambiciosas.

— ¿Por qué a mí, Don Benito? ¿Por qué no a Comonfort?

— Por el derecho al poder, querido amigo. Ese derecho no lo puede tener cualquiera. Sólo tiene derecho a ejercer el poder quien conoce lo que el país espera de él. Sólo tiene derecho a ejercer el poder quien no desea ese poder. Para quien el poder es una carga. Quien toma el poder sin tener derecho a ello siempre lo utiliza para el mal...

— Yo le entiendo, Don Benito. Cuidaré y defenderé a los hombres que llamaré para que gobiernen y hagan justicia. Usted sabe que no tengo capacidad para algo más. Pero lo que dije, me parece, sí lo podré hacer.

Unas dos decenas de jinetes aparecieron delante de ellos desde una calle lateral. Al ver a Alvarez con la custodia frenaron repentinamente los caballos. Los delanteros empezaron a sacar precipitadamente los fusiles que llevaban a la espalda...

Alvarez y sus acompañantes no podían pegar la vuelta: en la calle estrecha como un corredor serían abatidos a tiros por la espalda en el momento de intentar la maniobra.

El desconcierto duró dos o tres segundos.

De pronto el general tomó por debajo de las riendas al caballo de Juárez y, espoleando fuertemente al muyo, se lanzó hacia adelante. Los guardaespaldas siguieron tras él.

Los soldados, atónitos ante este ataque inesperado y suicida, no queriendo atraer la atención de los rebeldes que estaban limpiando las calles de adversarios, se abstuvieron de hacer fuego, dejaron los fusiles y desenvainaron los sables.

Cuando no quedaban más de veinte metros para el

encontronazo, Alvarez dobló repentinamente a una callejuela que había notado antes. Los soldados no los persiguieron. Alvarez, después de hacer varios largos zigzags por las callejuelas, detuvo el caballo.

Aquí la vida seguía su curso corriente; una joven india se dedicaba a preparar la masa en el umbral de su vivienda.

Alvarez con pícara sonrisa miró a Don Benito. El rostro de Juárez permanecía sereno, sólo sus largos y angostos labios estaban más apretados que de costumbre.

—Se parece a la política ¿no es cierto, señor licenciado? —dijo Alvarez alegremente y repitió con el dedo en el aire los impetuosos zigzags que recién habían hecho en la carrera.

—A la mala política, señor general—, respondió Juárez.

En dirección al lugar del que habían escapado estalló y pronto se apagó un presuroso y nutrido tiroteo. Los soldados tropezaron con una de las patrullas que iban a pie del coronel Alvarez.

*Del libro de notas de Andréi Andréievich Gladkói**

“...Me gusta mirar a Don Benito cuando habla. Lo hace no muy fuerte ni muy ligero, tiene una voz baja y muy agradable. Cuando hace preguntas o responde a ellas mira directamente al interlocutor. Pero cuando recuerda algo o relata su mirada se hace distante y, por algunos indicios, me dí cuenta que en ese momento no me ve a mí, sino lo que se está relatando. No hace casi gesto alguno. Los brazos con frecuencia los cruza sobre el pecho, pero con serenidad, sin ninguna pose ni afectación. Don Benito tiene modales tan discretos que ni un solo gesto lo distrae a uno de la conversación...”

Hoy empezamos a hablar de las escuelas para los niños de los indios que él comenzó a abrir cuando fue gobernador y de las que se preocupa ahora que es Presidente. Yo le pregunté sobre su infancia y, después de cavilar un poco y dejando pasar la mirada en torno

* Esta nota fue escrita en 1861, pero yo la transcribo aquí porque ella, de primera fuente, relata sobre el pasado de Don Benito Juárez.

mío, me contó cómo, después de quedar huérfano, estuvo a cargo del tío, un indio pobre, y cómo procuró recibir instrucción primaria. El pueblo en el que nació y creció era mísero y primitivo, y se fue de allí a pie por las montañas llegando hasta la ciudad de Oaxaca. Allí en la casa de un comerciante de origen italiano servía como cocinera su hermana mayor. Y aquí yo me acordé de nuestro Lomonósov...

El comerciante resultó ser una buena persona y le dio albergue al indiecito. Después todo dependió del niño mismo: ingresó en un seminario, lo cual representaba entonces la única vía por la que un indio podía acceder a la educación. La carrera de sacerdote, empero, no le atraía y, aunque estudiaba muy bien, optó por abandonarla. En ese momento se hallaban en el poder los liberales, quienes abrieron en Oaxaca un Instituto de Ciencias y Artes, una cosa nueva e inaudita, pues era independiente del clero y daba instrucción laica. Los hipócritas y fanáticos no soportaban a los estudiantes del nuevo instituto, pero Don Benito no era de los que se podían doblegar. Estudió jurisprudencia e idiomas, recibió el título de abogado. Pero apenas intentó defender a viva voz a los pobres empezó a desencadenarse una lluvia de golpes contra él. Incluso sufrió la cárcel por ejercer sus derechos como abogado. Salió en defensa de unos labradores que presentaron sus quejas contra el cura que les exigía las obenciones y la cosa terminó con la cárcel: para los demandantes y para el abogado. Esto ocurrió estando en el poder, naturalmente, los conservadores. Pero los acontecimientos políticos eran tan vertiginosos que el poder cambiaba cada año...

No me contó nada sobre su carrera política, pero conozco ya por el señor Mariscal que Don Benito tomó decididamente por el partido de los puros, llegó a gobernador y estuvo a punto de perder la vida cuando Santa Anna tomó por última vez el poder. Conoció el confinamiento y el exilio: el dictador lo arrestó y luego lo expulsó del país. Mariscal dice que Don Benito considera los años de exilio como los más negros de su vida. Tuvo que establecerse en Nueva Orleans y aprender el oficio de tabaquero para sobrevivir... Regresó

para combatir junto al general Alvarez.

(Hay que interrogar a los que estuvieron con él en el Ejército Restaurador de la Libertad.)"

Para el bien de México

El Ministro de Guerra de la República, señor Ignacio Comonfort, quien acababa de cambiar su grado de coronel por el de general, expresó:

— El jinete que emprende un largo y penoso camino debe calcular bien, ante todo, la resistencia de su caballo. Si toma la velocidad acertada es seguro que llega sin contratiempos a destino. Pero si empieza a correr para llegar cuanto antes pronto aparece salvando todas las peripecias del que anda a pie y, tal vez, no llega nunca.

Robusto, pesado, permanecía sentado en el sillón tirado para atrás, con las macizas manos cruzadas, y hablaba lenta y ensimismadamente. Parecía que pensaba en algo totalmente distinto y veía algo muy diferente de lo que tenía delante suyo.

Y lo que tenía delante suyo era el espacioso gabinete del Presidente Alvarez y una gran mesa tras la cual estaban sentados Alvarez, Ocampo, Prieto y Juárez. El gobierno de la República se encontraba establecido en la ciudad de Cuernavaca.

— Es posible que yo haya viajado a caballo menos que usted, Don Ignacio—, dijo Ocampo, y su rostro de sátiro sagaz reflejó una expresión de sarcasmo— y no quisiera discutirle cuál es la mejor manera de cabalgar, pero lo cierto es que tendremos que darnos prisa. No emprendemos simplemente un viaje, sino empezamos una carrera. El premio es la libertad de México, en primer lugar, y nuestras cabezas, en el segundo.

— No es tiempo de pensar en la seguridad de uno.

— Si yo pensase en mi seguridad, Don Ignacio, estaría ahora sentado en mi hacienda. Allí no se está mal. Hablo de la seguridad de nuestras cabezas porque ellas, en cierto sentido, son la garantía del éxito de la revolución. Somos pocos, general.

— ¿Qué es lo que usted quiere?

— Usted lo conoce perfectamente. Yo exijo que al clero le sea negada la participación en las elecciones al Congreso. Todo eso es muy serio, señores. El Congreso debe aprobar una Constitución con la que el país se ha de regir, tal vez, durante siglos. Si los clericales, aprovechándose de la ignorancia del pueblo, llegan a tener escaños en el Congreso, junto con los vacilantes impedirán cruzar la línea que hay que traspasar.

Comonfort apretó fuertemente con el mentón el rojo del uniforme que cubría su ancho pecho.

— Yo estoy en contra. Eso sería cometer un error trágico. Nos plazca o no nos plazca, nuestro pueblo profesa el catolicismo. Cree en la iglesia y no se imagina la vida sin ella. No acatará leyes que la iglesia no llegue a aprobar.

Prieto se quitó los lentes, y sus brillantes ojos míopes se ensancharon en una expresión de ira.

— ¿Para qué, entonces, hubo que empezar la revolución? ¿Para qué, general, usted derramó la sangre de sus soldados en Acapulco? ¿Para qué? Si el país recibe una Constitución que de igual manera nos conformará a nosotros y a la iglesia, eso significará que el mundo perdió la cabeza. Pero si el mundo está en su sano juicio, ello no ocurrirá jamás. Yo soy un buen católico, todos lo saben. Pero yo digo: nuestra iglesia está sumida en el crimen. Lleva en su conciencia la carga de infinitos males. Ella perdió el derecho de ser portadora de la palabra de Dios. ¡Yo apoyo al señor Ocampo!

Juárez observaba a Comonfort y veía que una desesperante tristeza anidaba en los bellos ojos del general. Pero la ancha frente del Ministro de Guerra, gacha y en amenazante actitud, se volvió hacia Prieto que, nervioso, se había puesto los lentes y apretaba en el puño su rala y desordenada barbilla.

— La revolución la empezamos para darle al pueblo, señor Prieto, la posibilidad de expresar su voluntad. Y no para imponerle la voluntad de unos soñadores ilusos. La revolución debe conducir al país a la pacificación y no a la división y hostilidad generalizadas.

Los ojos de Ocampo se entrecerraron, los ángulos

de la boca se levantaron hasta la altura de las orejas y su rostro se transformó en una máscara de risueño desprecio.

— Quisiera saber quién de nosotros es soñador iluso. ¿Cómo se imagina usted esa pacificación unánime, Don Ignacio? ¿A costa de quién se va a consumir este espléndido compromiso? ¿Será la iglesia que renunciará a sus privilegios de expoliar al pueblo e inmismiscurse en todos los asuntos vinculados al ejercicio del poder? ¿O seremos nosotros, los reformadores, que aceptaremos confundirnos en un abrazo con los conservadores, monarquistas, sacerdotes y juraremos no afectarles en nada? Y los conservadores, conmovidos por nuestra humildad ¿nos permitirán cambiar alguna u otra cosa en el país? Supongamos que usted encuentre la manera de lograr este idilio. ¿Pero qué ganará con ello el pueblo? ¿Qué obtendrán los hombres que pelearon por nosotros?

— Yo no soy un doctrinario, señor Ocampo. No me propongo contestar de antemano a todas las preguntas. Sé una cosa: no debemos permitir una nueva guerra civil. Debemos escuchar los deseos y las demandas de todos y tratar de conciliarlas. El tiempo dirá si logramos o no hacer eso. Pero yo estoy en contra de las decisiones apresuradas que sólo agravan el caos. La iglesia existe en México, es fuerte y tiene influencia. Y esto hay que tomarlo en cuenta.

Alvarez permanecía sentado apoyando sus flacas y negras manos, con dedos excepcionalmente largos, en el borde de la mesa. Ahora apretó este borde con tanta fuerza que las puntas de los dedos le palidieron.

— Señores —dijo—, nadie saldrá ganando con que sigamos discutiendo. Es hora de tomar una decisión. ¿Qué dice usted, señor Ministro de Relaciones Exteriores y Exteriores?

— Yo estoy contra la participación del clero en los labores del Congreso —expresó Ocampo.

— Señor Ministro de Guerra.

— Estoy convencido de que es un tremendo error —dijo Comonfort—. Insisto en la opinión que expuse antes.

— Señor Ministro de Hacienda.

— Apoyo al señor Ocampo —manifestó Prieto.

— Señor Ministro de Justicia.

— Apoyo al señor Ocampo —dijo Juárez.

— La decisión está tomada. Señor Ocampo, cuando terminemos nuestra conversación haga las disposiciones necesarias.

Comonfort se irguió en el sillón y puso las manos en los costados del asiento.

— Es un error, señores. Yo aprecio y venero al general Alvarez. Yo, como nadie, sé lo que él hizo por la revolución. Pero me apena, señores, y eso no lo niego que la junta que nombró Presidente al señor Alvarez no haya estado en la mitad compuesta por sacerdotes. Eso sería justo y habría eliminado la posibilidad de futuros motines y dudas. Eso sería legítimo. Por cuanto nosotros, los ministros, hemos sido designados por el Presidente elegido sin la participación del clero no me abandona la sensación de ocupar no del todo legítimamente estos puestos, señores...

Todos guardaban silencio. Después Alvarez manifestó:

— Sigamos empeñando nuestro esfuerzo por el bien de México, señores. Don Melchor tiene la palabra.

— No podemos estar tranquilos —dijo Ocampo— mientras nuestro ejército regular es mandado por hombres que sirvieron fielmente al tirano Santa Anna. Considero necesaria una limpieza. Tengo una lista de los generales y oficiales que no sólo no cambiaron de actitud con respecto al dictador expulsado, sino que pronuncian amenazas abiertamente y exhortan a los soldados a no acatar al nuevo gobierno.

Comonfort volvió a cruzarse de brazos y bajar la cabeza.

— Comparto la inquietud del Ministro de Relaciones. En el ejército, particularmente en la guarnición de la capital, hay muchos adversarios nuestros. Pero no sería oportuno expulsarlos ahora de la fuerza. El peligro de un motín todavía no es el motín mismo. Créanme, en caso de amotinamiento procederé con todo rigor y lo sofocaré. Pero no quisiera provocar a los oficiales para que se subleven. Todavía no nos hemos afianzado en suficiente medida. Cuando esta-

blezcamos una base firme esa gente tendrá que resignarse y servir al nuevo gobierno. No le temo a la sangre, pero no deseo la sangre.

—¿Cuántos nombres hay en la lista? —preguntó Prieto.

—Ochocientos nueve.

Prieto suspiró.

—No se olviden, señores, que a todos debemos pagarles sueldo. ¿No es una locura que con la miseria en que estamos mantengamos a ochocientos hombres que lo único que esperan es el momento oportuno para abalanzarse contra nosotros y despedazarnos? ¡Es una locura! Con esos dineros podemos armar y mantener a tres mil miembros de la Guardia Nacional que nos serán fieles.

—La Guardia Nacional existe por ahora sólo en vuestra imaginación —dijo Comonfort—, mientras que esos ochocientos generales y oficiales son una realidad. Mientras tanto, no hay ninguna ley que nos dé el derecho de no pagarles sueldo.

—Cuando ellos nos fusilen —interpuso con sorna Ocampo— moriremos con la grata conciencia de que no les debemos a esas admirables gentes ni un sólo peso. Esto no deja de tener su encanto.

El cuadrado rostro de Comonfort iba poniéndose paulatinamente rojo. Pero no de rabia. Le tenía afecto al inteligente y agudo Ocampo. En general le gustaban estas personas. Lo que pasaba es que le invadía una insoportable tristeza al ver que ellos no lo comprendían. En tales instantes se le presentaba en la mente, como en la miniatura de una vieja crónica que tanto le gustaba contemplar en su apacible y acomodada niñez, la imagen de todo México comprimida en un pequeño espacio. Pero este espacio daba cabida a las montañas, desiertos, selvas, ciudades y poblados. El veía todo eso reproducido en tonos claros y delicados, todo parecía inmóvil e inspiraba quietud. Lo único que no lograba era poblar ese mundo tan caro a sus sentimientos con seres vivos. Ni hombres, ni animales, ni pájaros alcanzaba a distinguir con su visión interna. Y los ríos no corrían. Pero eso no le estorbaba. Amaba tanto a ese tan apacible y hermoso México que a veces contenía

con dificultad las lágrimas que querían asomarse a los ojos.

Nadie conocía el secreto de ese morrudo y decidido hombre cuyo sólo aspecto inspiraba fe en su firmeza y desafecto por lo sentimental.

Nadie sabía de ello. Inclusive la madre de Don Ignacio Comonfort, con la cual solía mantener largas y francas conversaciones. Cuando tenía ocasión de verla.

Ahora también la sangre se le subía a su pesada cabeza y corto cuello por la sensación desesperante de que no sería comprendido.

Unicamente Juárez, observando de sesgo al general, distinguió en sus ojos ese reflejo de dolor interno. Lo percibió y quedó pasmado...

El general Comonfort dijo con sequedad y aplomo:

—Estoy contra la limpieza inmediata en el ejército porque sé a lo que puede conducir eso.

El espacio, cubierto de pequeñas montañas y desiertos de suave color amarillo, se desdibujaba detrás de una densa neblina, se perdía y desmembraba...

—Pero estoy dispuesto a llevarla a cabo si los demás miembros del gobierno y nuestro Presidente insisten en ello. Debo preparar las tropas para el caso de que se produzcan disturbios.

Alvarez hizo con la cabeza un ademán de agradecimiento y se dirigió a Juárez.

—¿Qué dice usted, Don Benito?

Juárez, que todo ese tiempo guardaba silencio, recorrió con la mirada a los reunidos. Su rostro reflejaba serenidad. Parecía que lo que pasaba no le incumbía. Parecía que no llegaba a comprender que detrás de esta disputa tras la mesa, detrás de las expresiones sarcásticas de Ocampo, de la nerviosidad de Prieto y la sufriente tolerancia de Comonfort se avizoraban los futuros torrentes de sangre, multitudes exasperadas de gente y México devastado y desengañado.

—Si no nos ponemos de acuerdo —dijo— las consecuencias pueden ser nefastas.

Alvarez asintió.

—Estoy dispuesto al compromiso —expresó Comonfort.

—La eterna desgracia de los moderados —replicó

Ocampo.

Prieto hizo un gesto de abandono con la mano.

Juárez guardó silencio.

— Nos puede salvar una sola cosa —dijo por fin serenamente—. Nos pueden salvar los hechos. Se está repitiendo la vieja historia: tomamos el poder y comenzamos a hablar en vez de actuar... Estamos hablando del día de mañana. Pero pensemos en el día de hoy. Debemos, antes de acometer nuevas empresas, a consolidar lo ya alcanzado.

— ¿Qué es lo que usted propone? —preguntó sombríamente Comonfort.

— Debemos demostrar a nuestros adversarios que estamos dispuestos a actuar y debemos mostrar al pueblo que nos acordamos de él. Prometimos al país libertad e igualdad. No le podemos ofrecer hoy la libertad que merece. Está llamado a hacerlo el Congreso. Pero estamos obligados a brindarle la igualdad. Esto de inmediato situará la conciencia de la nación a la altura de los acontecimientos. Debemos promulgar una ley que derogue los privilegios del clero y la oficialidad. El pueblo se enterará que todos correrán con la misma responsabilidad por sus actos. Debemos decretar de inmediato la abolición de los privilegios. Entonces podremos seguir avanzando. ¿Qué piensa usted al respecto, Don Ignacio?

Comonfort enderezó los hombros y suspiró.

— Yo pienso —dijo mirando directamente delante suyo— que Manuel Doblado, al que yo con tanto esfuerzo induje a reconocer nuestro gobierno y la preeminencia del señor Alvarez, levantará contra nosotros los Estados del norte. Eso es lo que pienso, mi querido amigo Don Benito.

El espectáculo

El 14 de noviembre de 1855 las fuerzas del general Alvarez, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, entraron en la capital de la República.

El 23 de noviembre el gobierno hizo pública la Ley de Administración de Justicia que abolía los fue-

ros, o sea, los privilegios del clero y la oficialidad. Desde ese día ambos estamentos perdían el derecho de pleitear en tribunales eclesiásticos y militares, que quedaban abolidos, y debían concurrir al juzgado corriente, el civil. Eso privaba a los sacerdotes y oficiales de la posibilidad de mancillar impunemente el poder civil. Desde ese día todos los ciudadanos de la República pasaban a ser iguales ante la ley...

Y todos los moradores de la capital se sintieron igualados ante el temible espectro del derrumbe de las instituciones que había llegado a Méjico junto con los pintos, los guerreros de Alvarez y guerrilleros de las montañas del sur.

Apagados y silenciosos, los pancistas observaban a los indios con sus viejas escopetas, lanzas y machetes y que deambulaban por las calles de la ciudad con los rostros inmutables, pero con una curiosidad de niños en la mirada.

Desconcertados y excitados, los vecinos de la capital se allegaban con cautela a la plaza principal para ver al destacamento selecto que custodiaba ahora el palacio presidencial y relataban a media voz unos a otros sobre el comportamiento salvaje y feroz de los hombres de Alvarez en la guerra...

Incluso la gente pobre, que ingresaba por centenas en la Guardia Nacional, mantenía hacia los forasteros una actitud de sospecha y temor.

Todos esperaban saqueos, vejámenes, destrucciones... Uno tras otro pasaban los días. Y los "bárbaros del sur" se conducían con calma. Pero la tensión no bajaba. Los guerreros de Alvarez eran aquí unos extraños. La capital no deseaba recibir la libertad de esas manos.

El 25 de noviembre Juárez se hallaba parado ante el Presidente en el gabinete de este último, y Alvarez, con los gruesos labios temblando de ira y los ojos inyectados de sangre, decía:

— ¿Para qué me prepararon ese espectáculo? ¿Para reírse de mí? Yo no les pedí, los propios artistas me pidieron asistir al teatro. ¿Para qué? ¿Para que nosotros con usted estemos sentados en el palco, mientras en derredor todo estaba vacío? Yo comprendo el

que no hayan venido esos señores que añoran a Santa Anna... Pero ¿por qué no vino Comonfort? ¿Por qué no asistió? Yo lo consideraba mi amigo. ¿El, qué, se olvidó que sin mí Santa Anna lo hubiera aplastado como a un sapo? Si yo no hubiese aceptado el plan de Ayutla ¿dónde estaría ahora él, Don Ignacio? ¿En Nueva Orleans o en Cuba? ¡En cualquier parte, menos en Méjico! ¡Sería cualquier cosa, menos Ministro de Guerra! ¿Por qué se porta así conmigo?

Juárez se encogió de hombros.

— El está en un embrollo. Tiene demasiados amigos de otra clase que le susurran al oído de que nosotros somos mala compañía para él, un hombre de buena familia y un político tan susceptible.

— ¿Por qué no me lo dice abiertamente?

— Hay que reconocer que Don Ignacio es una persona honrada. Nos lo está diciendo a cada rato, señor Presidente. Con cada palabra suya, con cada intervención en nuestras sesiones nos está diciendo: yo los aprecio y respeto, señores, pero somos diferentes. Usted no oye eso, señor Presidente. Y él sufre. Es que él a usted lo estima.

Alvarez se sentó y cruzó sus largos brazos sobre el pecho, pero sujetándose con las palmas de las manos los hombros.

— ¿Entonces, Don Benito, es buena o mala esa política?

— Mala, señor Presidente, porque no alcanzará los objetivos que persigue. Esa gente, incluyendo a nuestro Don Ignacio, se equivocan pensando que trabajan por el bien propio. De la misma manera se equivocan al considerar que ese bien propio coincide con el bien de México. Trabajan contra México y contra sí mismos.

— ¿Y qué debemos hacer?

— Ya se lo dije en Cuernavaca, cuando presentó la renuncia el señor Ocampo. Yo le dije a usted que era Comonfort quien debía renunciar. Ocampo es acalorado y no siempre prudente, pero sabe lo que quiere. Comonfort, en cambio, sólo cree saberlo. Quiere cosas irreales.

— En esa oportunidad le contesté, Don Benito, y le respondo ahora que no puedo echar a Don Ignacio.

Triunfamos juntos, y juntos debemos gobernar la Nación. Si yo le pido él se va, pero sus amigos no se resignarán a ello. Y yo no quiero una nueva guerra.

Las rectas cejas de Juárez se alzaron.

— ¿Usted está seguro, Don Juan, que no habrá guerra?

— Yo no la quiero. Durante cuarenta años estuve combatiendo. Sé lo que le cuesta eso a la gente. ¡Yo no quiero!

Al otro día Juárez se encontró con Comonfort. Se tenían mutua simpatía, y Comonfort inesperadamente empezó a tratar a Juárez de "tú". Don Benito aceptó el trato.

Se entrevistaron en la casa de Comonfort y permanecieron cierto tiempo en silencio sentados en mullidos sillones y fumando cigarros cubanos.

— Yo no soy ambicioso —dijo Comonfort— y puedo irme. ¿Pero qué pasará después? Igual que antes le soy fiel al general Alvarez, gobernador del Estado de Guerrero y jefe del Sur. Es un gran hombre. Me inclino ante él. Hice todo lo posible para convencer a los norteros que lo reconozcan. ¡Dios mío, lo que tuve que soportar por parte de Doblado! Pero ahora puedo decir que eso fue un error. ¡Fue un error necesario, sí! En la guerra de guerrillas el general no tiene iguales. Es honesto, desinteresado. Pero no puede ser Presidente del país porque pertenece al pasado. ¡Entiéndelo, Benito! Guerrero sucumbió no porque haya sido malo. Simplemente ocupó un lugar que no era para él. Yo me puedo ir, pero en el país al instante se impondrá el caos. ¿Acaso tú no comprendes que sólo la esperanza depositada en mí contiene a los moderados de proclamarse en rebelión? Ellos sueñan con que yo elimine al Presidente y ocupe su lugar. No les digo "no" sólo para evitar que armen un estallido. Si yo hubiese cedido frente a Ocampo la guerra ya habría comenzado. ¿Qué es lo que todavía tú quieres de mí?

— ¿Qué es lo que quiero? Lo mismo que de mi propia persona. Ser consecuente. Y tener claro el pensamiento, claro está.

— ¿Ser consecuente? ¿Qué es eso?

— Es el saber llevar la cosa que se empieza hasta el fin.

— No soy un fanático.

— Tolerancia y fanatismo son cosas distintas. El político debe ser tolerante, pero no tiene derecho al compromiso irrestricto. El compromiso no puede constituir un principio. Es un tributo a la necesidad.

— ¡Pero tú te quedaste en el gobierno después de la salida de Ocampo!

— Y eso fue un ejemplo de consecuencia. Yo sigo haciendo lo mío. Y a pesar tuyo. Hemos promulgado la abolición de los fueros.

— Sí... La ley Juárez, como la llaman... Es lo único respecto a lo cual no tengo formada una opinión y no sé si es oportuna o no. Pero estoy seguro que con esta ley tú cercenaste nuestro pasado. Pasé lo que pase ya hemos atravesado el Rubicón y somos otros.

— Pero el día en que estuvimos examinando el proyecto de ley te fuiste de Méjico. ¿Quieres tener la posibilidad de lavarte las manos?

— Quiero tener libertad de maniobra.

— Quieres tener libertad de compromiso irrestricto. Esto no es maniobrar, es no moverse del sitio. Masas de gente se mueven ahora en direcciones diferentes. Tú quieres plantarte y poner de plantón a todo el mundo. Te van a aplastar.

— Te verías muy bien en el teatro en el papel de razonador.

— Sí, es un papel menos brillante que el de ilustre padre, benemérito padre de la nación al que tú pretendes.

La morada triste en los grandes ojos de Comonfort, después de recorrer la habitación, se posó en el cigarro apagado de Juárez. Comonfort callaba.

Juárez dejó el cigarro y, apoyándose fuertemente con las manos en los costados del sillón, se inclinó hacia Comonfort.

— Yo te comprendo —le dijo—, yo también fui así. Allí, en Oaxaca, yo pensaba que lo más importante era borrar las contradicciones y unir a todos. Recuerda: nos unimos con Santa Anna. Y él nos traicionó. Y no es él quien tiene la culpa, sino nosotros. El político no

debe vivir de ilusiones. Yo tuve tiempo de reflexionar, Don Ignacio. Tú no conoces lo peor: el exilio y la impotencia. Cuando piensas en una sola cosa: ¿cómo pudo haber ocurrido esto? Allí, en el exilio, en Nueva Orleans, pasé los años más duros de mi vida de por sí nada fácil. Pero allí no sólo se estaba mal. Allí daba miedo. Daba miedo porque todo el tiempo pensaba: ¿Y si nuestros errores son irreparables y para siempre estamos excluidos de la vida de México? ¿Y si nuestros errores son de tal índole que no pueden enmendarse? Allí comprendí muchas cosas. Comprendí que no hay nada peor y nada más sombrío que la penumbra del eterno e irrestricto compromiso...

Comonfort se levantó: fuerte, pesado, con recias mandíbulas apretadas en decidido gesto.

— Algo pasó —dijo.

Abajo, desde la puerta de entrada, se dejaban escuchar excitadas voces, las palabras de alguien que hablaba fuerte y rápido.

Comonfort levantó la tapa de un estuche que había en una pequeña mesa ubicada en un rincón y sacó de allí una pistola. La puso en el escritorio, escondiéndola detrás del tintero, y se plantó de pie al lado: ahora podía alcanzarla con sólo estirar la mano.

Entró el teniente de la guardia personal de Comonfort. Este esperaba en silencio. Juárez se recostó en el sillón.

— Pido, por favor, que me perdonen el haberles interrumpido, señores, pero es que...

Comonfort seguía callado.

— Es que el señor arzobispo anunció que todo el que acate la ley de Juárez —perdone, señor, pero así es como dicen— será excomulgado de la iglesia.

— ¿Eso es todo?

— Sí.

Comonfort hizo un gesto con la mano y el teniente se retiró. Luego se volvió hacia Juárez.

— ¿Te imaginas la repercusión que esto tendrá en la sociedad? —le dijo casi entre dientes.

Juárez asintió con aire indiferente.

— Esto los excitará y alarmará —dijo.

— ¿Tú piensas en lo que está pasando en las mon-

tañas de Querétaro? Los indios de allí están dispuestos a degollar a todos en nombre de la santa iglesia. Sabes que Tomás Mejía exhortó a empuñar las armas para salvar "el clero, que hoy no tiene ni los derechos de ciudadano; a la iglesia, cuyos bienes, que pertenecen al pobre, están amenazados; al ejército, cuya clase está destruida y aniquilada y, más que todo, prostituida por la aceptación en su seno de hombres salidos de presidio y bandidos de nota; al propietario, a cuyos bienes en un gobierno sin freno, no da garantías; al artesano, ese hijo honrado del pueblo, que hoy se ve humillado con la presencia en la capital de la República de esa horda soez, presuntuosa e inhumana que la debilidad de unos cuantos ha dejado vomitar sobre México, de las montañas del sur y que amenaza sus vidas y el honor de sus mujeres e hijas". Esta parte del pronunciamiento la recuerdo casi toda de memoria. Mejía es un jefe indio, pero se dirige a todos. Y puedo asegurarte que encontrará eco. Entiéndelo, Benito: por máspreciado que sea un obsequio, no se acepta de unas manos cualquiera. Tú ves que México no quiere recibir la libertad de manos de los bárbaros. Todos estaban entusiasmados con Alvarez hasta que ocupó la presidencia...

Intempestivamente Comonfort se acercó a Juárez y se inclinó sobre él.

— ¡Alvarez debe irse! Me duele decirlo, Benito, pero es la única salida. Te abro todas las cartas, pues confío en tí. He aquí lo que me mandó Doblado. Es una carta de su amigo de acá, de Méjico.

Fue casi corriendo hasta la mesita del rincón y del mismo estuche extrajo una hoja de papel escrito.

— Escucha: "¡Yo no sé que signo maldito nos persigue y que nos hace víctimas del robo, del pillaje, de la prostitución y de la inhumana..., de la ignorancia y aún de la barbarie y de la brutalidad! ¡Oh, te morirías de vergüenza como nos hemos muerto todos, al ver las hordas de salvajes que se llaman Ejército del Sur, y en cuyo poder se encuentra hoy la Capital de la República! ¡Ya querría yo que fuesen los de Atila, porque siquiera nos dominaría el soldado feroz, pero valiente: estos son tan bárbaros y tan brutos como aquellos y, a la vez, tan imbéciles y tan degradados co-

mo el Negro! No entiendo que sucederá con nosotros si la salvación no nos viene de por allá; aquí esto es absolutamente perdido."

Tiró luego la hoja sobre la mesa.

— Si Doblado decide pronunciarse —dijo Juárez— eso querrá decir que es más necio de lo que yo pensaba. Será una pena.

— ¡Pero con los ánimos que reinan hoy día lleva todas las de ganar! ¡Vendrá como un salvador!

— Esos ánimos reinan esencialmente en la capital. Levantarse para expulsar de Méjico a un ejército que llevó al poder a los liberales sería el colmo para un liberal, incluso el más moderado. Significa que tendríamos que recurrir a otra consigna. Dada la actual situación se puede reclutar un ejército sólo bajo dos banderas: o la de "¡Abajo los fueros!" o la de "¡Vivan los fueros!" La primera es la nuestra y sería absurdo acogerse a ella para pelearnos a nosotros. La otra comprometerá irremediabilmente a Doblado ante la opinión de todos los liberales por más que no les guste el ejército del Sur.

— ¡Doblado, sea como es, se pronunciará! ¡Créemelo!

Juárez miró atentamente a Comonfort.

— Te creo. Y no te pregunto nada. Pero dentro de dos o tres días Doblado se enterará de la abolición de fueros que hemos promulgado.

— Eso sólo acelerará los sucesos.

— Veremos.

— Benito, de todos modos Alvarez debe irse. Pasada esta crisis empezará una nueva. Al aplacarse Doblado se pronunciará Vidaurri.

— Si el Presidente decide irse, y yo no excluyo tal posibilidad, la causa no radicará en que ello sea necesario, sino en algunas peculiaridades de su carácter. Y del tuyo, Ignacio. Tú eres el Ministro de Guerra y Jefe de Estado y estarías obligado a apoyarlo.

— No tengo derecho. Recuerda lo que le ocurrió a Guerrero. Tengo miedo por Alvarez. Lo van a matar. Yo no quiero eso.

— No sé la decisión que adoptará el Presidente. Pero recuerda una cosa, Ignacio: el ejército del Sur no

está bien entrenado para operar como un ejército regular y está peor armado que las tropas de la guarnición, pero cuando esa gente se decide a combatir, lo hace a muerte...

— ¿Me estás tratando de intimidar?

— No, quiero que tengas una clara idea de la situación y seas prudente.

Juárez se levantó y extrajo del bolsillo de su chaleco un gran reloj de plata.

— Es un reloj magnífico, Ignacio, aunque viejo. Me lo regaló muchos años atrás mi futuro suegro cuando empecé a practicar la abogacía. Bueno, debo irme.

— Hasta luego, Benito.

Juárez inclinó la cabeza lisamente peinada y Comonfort no vio la expresión de sus ojos que reflejaban un sentimiento de condescendiente desdén. Juárez salió. Comonfort lo siguió con la mirada.

Se le aparecieron unas desérticas arenas amarillas como los polluelos, cumbres nevadas y el suave verdor de las selvas. Suspiró ruidosamente, con tanta fuerza que el uniforme que ceñía su ancho pecho pareció chico, y sacudió la cabeza para alejar la imagen.

Carta enviada desde México a Guanajuato para Manuel Doblado por su agente político

“Estimado amigo:

Días atrás remitimos una carta solicitando tu ayuda. Desde entonces ciertos acontecimientos importantes han cambiado la situación. En primer lugar, corren insistentes rumores de que Alvarez se prepara a sacar a sus soldados de la capital y transferir —para un tiempo o para siempre— el poder presidencial al señor Comonfort. Pero inclusive en el caso de que estos rumores hayan sido difundidos adrede y no llegaran a confirmarse, tú debes abstenerte de emprender acciones decisivas. Lo más importante es que cuatro días atrás fue promulgada la ley Juárez que dispone, hasta ahora sólo por decisión del gobierno, la abolición de los fueros. Hay que decir que Juárez hasta a mí me dejó sorprendido, y eso que yo he visto cosas... Conversé con él el 20 de noviembre. Traté de averiguar que se proponía hacer como Ministro de Justicia. Se portó

muy correctamente y, según me pareció, con ingenuidad. Después de la conversación yo habría jurado que no tiene plan determinado alguno. Decía cosas corrientes y daba a entender que todavía no se había comprometido de la situación y no tenía intenciones de imponernos nuevas leyes mientras no se convencía de que eran necesarias. A mí me dio la impresión de que era un hombre circunspecto y algo remiso. Y me sentía tranquilo en el sentido que te escribí antes. Y... imenuda sorpresa! Si bien circulaban rumores sobre esa ley, nadie esperaba que fuera a aparecer tan pronto. Juárez supo prepararla y llenar los requisitos del caso en un plazo realmente inconcebible. ¡Y todo cambió, mi querido amigo! Ahora quien quiera seguir ostentando el honroso título de liberal tiene que apoyar, lo desee o no, esa ley. ¡Tantos años que estuvimos bregando por ella! Simplemente, no podemos salir contra él sin aparecer en una situación estúpida. ¡Aunque eso nos viene tan de contramano! Nos vemos obligados a apoyar a Juárez, pues precisamente es él quien dio la ley, nos guste o no este zapoteca. Hizo una jugada de extraordinario acierto. Este hombre merece nuestra atención. Todo lo que antes sabíamos de él es un pálido reflejo de sus verdaderas cualidades, créemelo.

Mi apreciado amigo:

Todavía no he recibido noticias tuyas, pero aquí se corrió el rumor de que has levantado la bandera de la insurrección y proclamaste la consigna: “¡Religión y fueros!”. No quisiera creerlo, aunque comprendo tu táctica. Pero te ruego por todos los santos de que si es así que te retractes inmediatamente. Uno de nuestros viejos aliados, no quiero mencionar su nombre, hoy me dijo: “Doblado perdió la oportunidad para actuar. Y si ahora llega a pronunciarse por los fueros, en un santiamén se transformará de jefe de los moderados en un aventurero sin un programa determinado”. Perdona por haber citado estas palabras, pero tú debes saber lo que piensan aquí.

Te imaginarás en que situación engorrosa se encuentra el señor Comonfort. Pero se mantiene firme y sereno como siempre.”

Camino de retorno

Aunque hacía tiempo que el sol se había puesto en las alturas, el padre Francisco no dio orden al servidor para que abra las persianas, y en el fresco aposento con abovedado techo reinaba la penumbra atravesada en varios lugares por los haces de luz provenientes de las hendijas de las celosías.

El padre Francisco, confesor de la madre del general Ignacio Comonfort, repasó en la memoria una vez más lo que le había dicho ayer la señora Isabel Comonfort. "Mi hijo está alborotado... El poder hipnótico de este indio Juárez..." El padre Francisco preguntó: "¿A Don Ignacio no le gusta este Juárez?" — "Al contrario, lo respeta, le tiene simpatía, pues es muy bueno con la gente. Pero dice que Juárez es tentador como el diablo, pues inculca a la gente la idea de que son libres en su proceder, mientras que... Dice que Juárez es inteligente y listo, mientras que mi hijo es confiado... Es un Don Quijote terrible... Convirtió en un fetiche su deber frente a este... con el que combatieron juntos..." El padre Francisco preguntó: "¿Le habló él mismo acerca del poder hipnótico de Juárez?" — "No, así lo entendí yo..." — "¿Usted lo vio a ese Juárez, señora?" — "Sí, da la impresión de ser un hombre modesto y que no llama la atención. Yo no habría reparado en él si no fuera que mi hijo..." — "El diablo es sabio a su manera y conoce como está hecha la mente humana..."

Se oyó desde la calle el repiqueteo de los cascos de un caballo.

El padre Francisco se acercó a la ventana y destrabó las persianas. En los vidrios golpeó la luz del sol.

Y junto con estos rayos blancos, como traídos por ellos, irrumpieron unos gritos y disparos. El padre Francisco frunció el ceño y se puso a escuchar. Algo pasaba en las cercanías, en la plaza de la Universidad...

Una turba tomaba por asalto el arsenal. El destacamento de la Guardia Nacional se vio apretado al portón de entrada y apenas podía contener las primeras filas de los atacantes amenazando con hacer uso de las culatas. Abrir fuego los custodios no se animaban. La

turba era conducida por un joven sin sombrero que, atravesándole la magnífica levita que vestía, llevaba un cinturón con una pistolera. Su chaleco floreado y la camisa blanca estaban salpicados de amarillento barro. Gritaba consignas que la muchedumbre repetía: "¡Muerte a los curas! ¡Abajo Comonfort! ¡Abajo la iglesia!"

En el mismo momento en que el gentío se acercó hasta el lugar mismo donde estaban los defensores del depósito, uno de ellos apretó instintivamente el gatillo. La bala salió hacia arriba, pero la turba quedó un momento paralizada. Ese momento precedió al estallido de furia. Las primeras filas retrocedieron un paso antes del último empuje. En ese instante tras sus espaldas resonó una salva y las balas, después de silbar sobre las cabezas, golpearon sonoramente en las piedras del muro y de rebote hicieron blanco en los atacantes. Se escucharon los gritos de los heridos. Al mismo tiempo, desparramando y aplastando a la gente, penetró en la muchedumbre un jinete que detuvo al caballo frente al hombre de la levita. El jinete era de aspecto delgado y parecía que los músculos del rostro se le contraían.

— ¡Señor Baz! —gritó el de la levita—. ¡Usted debe ir con nosotros! ¡Ellos quieren traicionar la revolución! ¡Usted piensa igual que nosotros! ¡Dénos armas! ¡Llegó la hora de la verdadera libertad!

— ¡Se equivoca, señor Buenrostro, se equivoca! —Dijo Baz—. Yo no comparto vuestras ideas hasta el punto de violar la ley y promover motines. Soy el gobernador del Distrito Federal, y estoy para guardar el orden. ¡Y juro por Dios y la libertad: mientras esté en ese puesto habrá orden en Méjico!

— ¿Y usted va a soportar a ese moderado?

— No le aconsejo pasar los límites de la cordura, señor Buenrostro. Puedo arrestarlo aquí mismo por incitación a la rebelión. El Presidente Alvarez, fundándose en sus poderes extraordinarios, transfirió el poder ejecutivo al ciudadano señor Comonfort. ¡Y el señor Comonfort será Presidente hasta las elecciones generales libres! ¿Me oye usted? ¡Esto lo digo yo, Juan José Baz! ¡Y váyanse para sus casas, pues de lo contrario daré la orden de abrir fuego!

Buenrostro miró en derredor. Una compañía de la Guardia Nacional estaba con las armas listas detrás de la muchedumbre. Los léperos, que constituían el grueso de los atacantes, se estaban disgregando calladamente. Buenrostro giró en los talones y se marchó. El motín no se produjo.

A las dos horas el Ministro de Justicia, Juárez, leía el parte del ciudadano Juan Baz, gobernador del Distrito Federal, en el que se decía que el señor Miguel Buenrostro, conocido por sus ideas extremas, aprovechando la confusión y los rumores provocados por la renuncia del señor general Alvarez...

Y aquí Juárez se sonrió. Juan Baz, condenando las ideas extremas de alguien, le parecía algo divertido. "¡Cuán múltiples son las situaciones políticas! — pensó—. Ayer hubiera jurado que no existe persona con ideas más extremas que Baz. Mientras tanto, hoy éste aparece en la mira de este aventurero Buenrostro como un conservador y legista. ¡Cuántas sorpresas todavía nos esperan!"

Ese día, el 11 de diciembre de 1855, el ejército del Sur abandonaba México.

El grueso de las tropas marchó por la mañana temprano.

Alvarez con su custodia personal cruzó el linde de la ciudad al mediodía.

Iba despacio y sin mirar por los costados, aunque en las aceras se agolpaban turbados y silenciosos aquellos que hace poco habían saludado su entrada.

Desde ese momento habían pasado veintisiete días.

Ni rencor, ni amargura reflejaba su rostro, sino reflexión y cansancio. Había enflaquecido aún más durante esos días, sus labios negroides se hicieron más finos y, los pómulos, más salientes.

Pensaba cómo abriría la puerta de su casa al pie de una colina rocosa, entraría y vería en la pared el retrato de su difunta esposa e inclinaría la cabeza ante la imagen...

Ayer por la tarde, después de una corta y seca conversación con Comonfort, le dictó a Don Diego una carta para Doblado.

En resumidos términos la carta decía:

"Tengo el gusto, como usted habrá visto, de haberme anticipado a los inmoderados deseos de usted que ciertamente no tienden al bien y la felicidad nacional...

Desde mucho antes de la memorable época de 1810 comencé mi carrera militar, demostrando siempre que tengo honor, dignidad y verdadero patriotismo; que jamás he aspirado al primer puesto de la Patria..., porque he estado siempre persuadido de los grandes pesares que produce tan elevado destino...; y si me lancé a una revolución tan justa como necesaria, no fue como otros para prosperar en el cieno vil de nuestras contiendas domésticas, sino para libertar a la gran familia mexicana de una dominación de hierro...

He desempeñado la primera Magistratura de la República con lealtad y forzado por los hombres de todos los partidos, que me demostraron ser el hombre de la época; más conociendo que el puesto era difícil y espinoso, que tenía que luchar con intereses contrapuestos, que las exigencias de tantos alejaban entre ellos y yo todo punto de contacto, pues en mí sólo se encontraba y encuentra el verdadero deseo del bien y felicidad del suelo en que nací, me resolví a dejar ese puesto de amarguras, de sinsabores y tormento para el hombre honrado y deposité el poder y mi confianza en mi hermano y compañero de armas, que partió conmigo las fatigas y sacrificios de la campaña y que juzgo salvará a la Nación si se le ayuda.

Pobre entré a la Presidencia y pobre salgo de ella; pero con la satisfacción de que no pese sobre mí la censura pública y, porque, dedicado desde mi tierna infancia al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener a mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria...

No crea usted que esta manifestación es un desahogo personal... Si cuando usted indebidamente tomó las armas para rebelarse contra mi administración, hubiera querido usar del poder que aún hubiera podido retener en mis manos, yo le habría enseñado cómo se respeta a un patriota y a un gobernante...; pero ya pasó y quiero consignar al olvido un hecho tan punible como escandaloso...

Baste de sangre, baste de contienda que arruinan a la Patria; cñíase cada cual al círculo que le toque en la sociedad y procuremos sostener al Gobierno para que la Nación pueda constituirse y, así, seremos verdaderos ciudadanos y hombres de provecho al país a quien debemos la existencia."

Al dictar el texto veía delante suyo el frío rostro de Doblado con su nariz corva y ojos ubicados uno bien cerca del otro. Pero ahora ya no pensaba en Doblado...

El coronel Diego Alvarez iba junto al padre, y su joven y hermoso rostro permanecía sombrío.

Los guerreros de la custodia miraban, como de costumbre, por los costados manteniendo los largos rifles apoyados en la montura.

El ejército del Sur regresaba a sus montañas. A su libertad. A su pasado...

En el país habrá paz

Comonfort se veía totalmente tranquilo. Esto alegró a Juárez.

El nuevo Presidente hablaba con el ex Ministro de Justicia amigablemente, sin la irritación de la anterior conversación, pero tampoco sin el calor y la emoción que procuraba imprimirle a su voz en las pláticas que había mantenido antes de irse Alvarez.

— Quiero que tú sepas, Benito, que se me podrá acusar de cualquier cosa, pero no de falsedad. Le di mi palabra al señor Alvarez que todas las cosas que se comenzaron durante su administración serían continuadas. Y serán continuadas. Tú mismo comprendes que en las nuevas condiciones te sería difícil permanecer en el cargo anterior. Pero ves que no incorporé al gobierno ni a uno solo de los conservadores. Todos mis ministros son honrados y firmes, progresistas y sensatos. Créeme, Benito, que sé lo valioso que eres y no quisiera que te fueras de la vida política. Te agradezco sinceramente haber aceptado el cargo de gobernador. Vamos a tener que hacer frente a muchos ataques, y necesitamos una base sólida en los Estados.

Yo estaré seguro de que podré contar siempre con Oaxaca.

Juárez alzó levemente las cejas. "Has preparado bien el discurso, mi querido amigo —pensó—. Y pareces esforzarte en hacer las cosas. Eso está bien. ¿Será posible que me haya equivocado en ti y que llegarás a ser, por fin, consecuente?"

— En esa oportunidad prometí no poner trabas a la "ley Juárez" —decía Comonfort— y cumplí mi palabra. Haré todo lo que está enunciado en el plan de Ayutla, pero lo haré paulatinamente y con cordura. No me dirás, por ejemplo, que el señor Lerdo como Ministro de Hacienda es peor que el señor Prieto...

— Es mejor —respondió Juárez.

— ¿Ves? Pues Lerdo está preparando una ley que enseguida privará a la iglesia de su influencia económica. Pero se hará esto de manera que la mayoría nos apoyará. En el país habrá paz, Benito. Y esto excusa el que haya que aguantar...

— En Oaxaca hay un gran desorden. Necesitaré el apoyo del poder central.

— Puedes contar con él... Lamento que no puedas participar en las deliberaciones del Congreso...

"¡En cuanto a esto, Ignacio, permíteme que no te crea!"

— Seré más útil a cuatrocientas leguas de aquí.

— Es posible que tengas razón...

Seguridad y vigor irradiaba la maciza figura de Comonfort. En su mirada había reflexión.

"¿Será posible que me haya equivocado cuando traté de convencer a Alvarez de que se quede? ¿Será el poder que dio serenidad y fortaleza al alma de Ignacio? ¿Es posible que pueda conducir al país y reconciliar a las fuerzas en pugna?"

Se estrecharon las manos al despedirse y Juárez salió no sin sentirse algo perturbado...

El 25 de diciembre de 1855 Juárez cruzó con una pequeña escolta la frontera del Estado de Oaxaca. Iba en una carroza vestido, como siempre, con su traje negro y llevando camisa blanca. Pensaba en que dentro de varios días vería a Margarita y a sus hijos. No los había visto casi durante tres años, desde el día en que

fuera arrestado y deportado.

En Nueva Orleans solía permanecer durante horas en la costa del golfo esperando el navío que traía el correo de México. Incluso ahora, entre el crujido de la arena bajo las ruedas del carro, le parecía escuchar el insistente y desaparejo chapoteo de las olas.

Doña Margarita en esa ocasión se fue muy pronto de la capital del Estado a una pequeña población, a Villa de Etla. La familia Juárez no podía permanecer muy a la vista de las nuevas autoridades...

Si alguien de los que iban a caballo hubiera mirado un instante por la ventana de la carroza, se sorprendería por la expresión del rostro del gobernador: la geometría de sus rasgos se deshizo, la boca se entreabrió y los ojos su pusieron casi redondos. Juárez veía como Doña Margarita iba a su encuentro, sonriéndole con los labios cerrados y frunciendo las cejas sobre los ojos brillantes por las lágrimas, y llevaba delante suyo a los dos niños menores, poniéndoles las manos sobre los hombros, siguiendo tras ella los mayores...

El amaba a esta mujer. No le había podido brindar una vida tranquila, acomodada, segura, nada de lo que cada mujer espera de su marido. Y ella jamás tuvo una sola palabra de reproche. El le trajo penurias, la zozobra por él y por los hijos, la constante espera de alguna desgracia capaz de destruir el alma humana.

El sabía que, cuando él no la oía, ella lo llamaba "mi adorable Juárez".

Ella tenía veinte años menos que él, pero jamás le vino siquiera a la cabeza en los largos años de separación dudar de su fidelidad.

Pronto la verá. A "mi muy amada Margarita". A mi "viejecita"...

Al otro día la noticia de que Juárez ya se encontraba en territorio del Estado llegó a Oaxaca. En la ciudad empezó la caza de los santa-annistas.

El 10 de enero de 1856 el gobernador del Estado libre y soberano de Oaxaca entró en la capital y, al igual que nueve años atrás, se hizo cargo de sus funciones.

Ante todo confirmó la vigencia en territorio del Estado de la ley sobre los fueros poniendo a los oficia-

les y sacerdotes en pie de igualdad ante los tribunales con los demás ciudadanos. Luego decretó la formación de la Guardia Nacional y la organización de cursos de oficiales para la misma adjuntos al Instituto de Ciencias y Artes.

Entre los primeros que ingresaron a esos cursos se encontraban los hermanos Díaz: Porfirio y Félix.

La mecánica de un motín militar

En la noche del 24 al 25 de diciembre, a las dos de la noche, el coronel Benavides, jefe del destacamento que había salido de Puebla rumbo a Sacapoxtla y pernoctado en el pueblo de Tetlauca, fue levantado y sentado de un tirón en la cama. A la luz de varios faroles vio frente suyo el rostro del teniente coronel Miramón, su ayudante. Miramón lo tenía fuertemente asido del cuello de su camisa.

—Perdone, coronel —expresó con sonora voz Miramón—. Los oficiales del batallón quieren hablar con usted.

Benavides antes de eso no había dormido dos días, y del súbito despertar y brusco cambio de posición sintió un insoportable dolor en la nuca, la luz de los faroles dañaba la vista.

—¿Qué pasó? —inquirió roncamente, mientras trataba con sumo esfuerzo ver a quienes lo rodeaban, sin alcanzar a distinguir más que el rostro excitado de Miramón—. ¿Un motín?

—¡Sí, un motín! —dijo Miramón—. Pero no de los que usted piensa. ¡Nos negamos a cumplir las órdenes del impostor que se titula Presidente! ¡Nos adherimos al plan de Sacapoxtla!

Benavides dio una sacudida. Dos oficiales más lo sujetaron de los hombros. Pero no fueron ellos que lo redujeron, pues era un hombre todavía muy fuerte pese a sus cincuenta años. Lo detuvo un agudo dolor en la nuca que pareció atravesarle como un pinchazo por el brusco movimiento.

—Déjese de sacudirme, Don Miguel —le dijo con voz casi imperceptible a Miramón—, me duele terri-

blemente la cabeza. No estoy como para pensar en política...

— Perdone, señor coronel —contestó Miramón confuso, dejándolo libre al tiempo que se levantaba—. Pense que usted iba a resistirse...

— Resistirse... Ustedes son ocho hombres...

— Le pedimos dejar el campamento y no hacer intentos de influenciar a los soldados.

— Dénme una hora ¡una hora! para que pueda recuperarme y entonces me iré.

— ¡Señores! —dijo Miramón dirigiéndose a los oficiales—. Supongo que no necesitamos ningunas otras garantías. ¡Vámonos!

El grupo salió de la habitación.

Con la expresión de dolor que le provocaba cada movimiento, el coronel encendió una vela. Quiso acostarse de nuevo, pero la puerta se abrió silenciosamente y entró Miramón.

— Pido que me excuse, señor coronel...

Con una sorpresa boba y atontado por el dolor de cabeza Benavides observaba como el teniente coronel se quitaba el uniforme para colgarlo cuidadosamente en el respaldo de la silla.

“¿Se habrá vuelto loco?”, pensó.

Miramón se acercó al lecho, haciéndole no se sabe por que una reverencia al coronel, tomó su uniforme, que estaba colgado en la cabecera y se volvió rápidamente hacia la puerta.

— Espérese, Don Miguel —dijo el coronel—. ¿Por qué hace usted eso?... No, no me refiero al uniforme... Eso se entiende... Me refiero a todo esto... Comonfort los va a aplastar...

Miramón regresó hasta donde estaba la cama y se detuvo ante el coronel. La llama de la vela se agitó siguiendo los impulsos del movimiento. En la habitación había un aire sofocante, el obeso Benavides expedía olor a sudor.

Miramón dio un paso atrás. Quería salir al aire fresco. El corazón le latía pesada y espaciadamente.

— Don Federico —dijo—, yo soy un soldado. Peleé contra los americanos y quedé vivo por casualidad. El ejército es mi vida. ¿Y qué es lo que ellos están ha-

con el ejército? Me vi obligado a utilizar todas las artimañas para que no me excluyeran de la lista. ¡Alvarez me dio este grado. ¿Por qué? Porque centenares de mis camaradas tuvieron que quitar sus uniformes. Yo quiero recibir grados luchando contra los enemigos del país y no contra los que protestan por las arbitrariedades que se cometen. Pienso igual que aquellos contra los que nos han mandado. ¿Por qué yo tengo que disparar contra ellos? Soy un buen soldado, Don Federico, y quiero servir en un verdadero ejército. Sólo un ejército verdadero puede salvar ahora a México de la anarquía y la disgregación. Por eso yo procedo así. ¡Mi condición de soldado me obligó a proceder precisamente de esta manera!

Benavides permanecía callado oprimiéndose la cabeza con las manos. La voz alta y excitada de Miramón le causaba dolor. Ahora lamentaba haberle hecho la pregunta.

“¡Dios mío, cuándo se calla y se marcha!”

Miramón siguió parado un instante en silencio observando la cabeza gacha del coronel, giró con soltura sobre los talones y se retiró llevando colgado en la mano izquierda el uniforme de coronel.

Benavides permaneció sentado sin abrir los ojos. Estiró la mano y palpó en el respaldo del asiento el cinturón con la pistolera. “Se olvidaron de llevar la pistola. Tienen prisa. Los alienta un objetivo...” Del dolor en la nuca se le puso tieso el rostro...

Al amanecer Miramón ordenó levantar a formar el destacamento; él, mientras tanto, fue hasta los alrededores del poblado, a una colina no muy alta que allí había. El sol recién había asomado tras el verdor ondulante del follaje, y de las profundas hondonadas en las que crecían orquideas y enormes helechos empezaba a emanar un calor pleno de humedad. El intenso aroma de las flores y de la arcilla recalentada no dejaban respirar a pulmón lleno. De vez en cuando se dejaban escuchar los penetrantes silbidos y voces de los pájaros.

La excitación de la noche había pasado. Don Miguel sentía que el uniforme le quedaba holgado y miraba huraño como el aire encima de las hondonadas to-

maba la apariencia de una capa ondulante de vidrio. Pensó en Benavides, quien todavía no salía de la casa. Don Federico... Y se acordó de su padre, del coronel Federico Miramón. ¡Qué prestancia, qué inteligencia, qué voluntad, cuántos conocimientos del arte militar y de la historia! Y, sobre todo, la costumbre de sentirse soldado... ¡Y un hombre así, con años y años de servicio, no llegó a pasar del grado de coronel! ¡Qué injusticia! Su familia no tiene suerte... Tal vez en Francia, en los tiempos de Bonaparte... No, eso no sería digno de una familia de tan rancia y elevada estirpe. Sus antepasados, caballeros de Navarra, no aprobarían el que se sirva aun presumido farsante por más brillantes que fueren sus dotes. Hizo bien su abuelo en dirigirse a México. ¿Pero ahora? No hacía más que tres días atrás que él, teniente coronel Miramón, había decidido ir a Francia... ¿Y qué encontraría en Francia? Napoleón III es un "parvenú" igual que Comonfort, sólo que mil veces más vulgar. ¡No, hay que torcer el destino aquí mismo! Cuán grandes eran las esperanzas en esas horribles horas en que los cadetes de la escuela militar repelían en el cuarenta y siete los ataques de los gringos en los accesos de Méjico, cuando la artillería del enemigo había removido cada metro de tierra en derredor. "Si llegamos a quedar vivos..." Si llegamos a quedar vivos empezaremos todo de nuevo, haremos renacer nuestro ejército que ha demostrado su entereza. Esa es la finalidad de la vida. ¿Y ahora? Ahora al ejército le escupen en la cara. Ahora el destino de cualquier oficial depende del general impostor Comonfort, ese pelele en manos del indio Juárez. Un zapoteca venido de un pueblucho de mala muerte priva por su albedrío a la iglesia y al ejército de los privilegios concedidos por la historia y la tradición y necesarios para salvar al país... Es la venganza personal de un salvaje desfavorecido por el destino y llevado a las alturas por la corriente... ¿Acaso se puede tolerar tal cosa?

No pretendo a nada, no necesito el poder. Quiero una sola cosa: servir de manera que no tenga que avergonzarme de recibir grados y condecoraciones. Quiero ver a mi lado camaradas nobles y honrados, soldados

valientes y bien entrenados. Quiero que la profesión militar vuelva a ser una profesión hidalga. ¡Yo no puedo de otra manera!

El ordenanza tuvo que repetir varias veces el llamado desde el pie de la colina hasta que su jefe pudo oírlo y descender apresuradamente por la ladera.

Don Miguel montó con ligereza a caballo y presto se dirigió por la ancha y sucia calle hacia la plaza en la que estaba formado su destacamento: cuatrocientos veinte infantes de la XI brigada y alrededor de doscientos dragones.

Paró al caballo frente a la formación. Los soldados lo miraban. Eran verdaderos profesionales que lo consideraban un auténtico oficial y lo querían. Habían acabado de comprender lo sucedido.

Había algo conmovedor en el rostro de Miguel Miramón. Aparentaba ser muy joven, más joven que sus veinticinco años. Tenía las orejas paradas, la nariz un poco respingada, tempranas entradas en las sienes: se había quitado el quepis y lo tenía en la mano. Su cuello era el de un adolescente, muy fino para el duro bies de un uniforme ajeno...

— ¡Soldados! —gritó el joven con uniforme de coronel—. ¡Soldados! El destino ha sido injusto con nosotros. El general Santa Anna nos abandonó, a nosotros, sus soldados, dejándonos al azar de la suerte. ¡Nos traicionó, y no le debemos fidelidad! Ahora nos mandan hombres que no merecen los títulos de generales y presidentes. Han sumido a México en un sin fin de disturbios y conmociones. Han tratado de deshonorarnos privándonos de los fueros. ¡Han atentado contra la santa iglesia! Así han puesto nuestras almas en manos del pecado y la perversión. ¡La nación necesita de nuevos conductores! ¡Soldados! Yo los reuniré con vuestros hermanos que se han rebelado contra la injusticia y el oprobio. Nos han ordenado disparar contra ellos. ¡Pero eso sería disparar contra sí mismos!

Los soldados lo miraban con admiración y cariño.

De pronto el caballo de Miramón lanzó un relincho y se apartó bruscamente a un lado: un hombre diminuto y desgredado se abalanzó hacia donde estaba el orador saliendo de atrás de los infantes. Miramón lo reco-

noció: era el juez local.

— ¡Señor jefe! —balbuceó el juez jadeando—. El señor coronel se suicidó...

En los días del Congreso (I)

A mediados de abril, después de un sitio que se prolongó durante un mes y luego de sangrientos combates callejeros, Comonfort pudo dominar la rebelión de Puebla. Los cabecillas del motín, entre ellos el coronel Miramón, fueron arrestados.

La forma drástica en que redujo a los conservadores hizo que Comonfort volviera a experimentar una sensación, hace tiempo perdida, de confianza y seguridad. Regresaba a Méjico con el corazón tranquilo y esperaba con serenidad el encuentro con el Congreso...

El Congreso Constituyente, surgido de elecciones generales, se había reunido en la capital el 14 de febrero de 1856 para elaborar la Constitución del país. Inició sus sesiones durante el motín, y los dos meses que duró la campaña contra los rebeldes los diputados no se esforzaron mucho en desarrollar una labor fructífera. Demasiadas cosas dependían del resultado de las acciones militares. Trabajaba sólo la Comisión Constitucional, presidida por Ponciano Arriaga, amigo de Juárez.

La victoria del Presidente convenció a los puros de la necesidad de dar un paso decisivo. Los moderados, en cambio, brindaban primordial importancia al hecho mismo de la sublevación, apoyada por tímidos, pero múltiples conatos en todo el país. Habían empezado a vacilar.

Así fue que uno de los diputados del Norte expresó lo que desde el comienzo de la sublevación cundía en la mente de los moderados.

— ¡Señores! —dijo—. Los sucesos de Puebla nos muestran que la situación en el país no es tan favorable como quisiéramos. Debemos privar a nuestros enemigos de su principal argumento y no darles la oportunidad de que nos acusen de atentar contra las instituciones consagradas por la tradición y el modo de ser

del país. No corramos los grandes peligros de formar una nueva ley fundamental. Tenemos ya la Constitución de 1824 y volvamos a ella. La experiencia ha acreditado que un país que ha podido constituirse y que está variando a cada paso sus leyes fundamentales, no obtiene jamás los resultados del sistema constitucional, y vacilante siempre, camina de ensayo en ensayo hasta la anarquía, y desde aquí a su completa disolución. Por eso ha dicho un político con verdad y profunda sabiduría, que un país sólo una vez se constituye.

La sala lo escuchaba con tensión y alarma. Si la propuesta llegaba a ser aprobada, las sesiones del Congreso dejaban de tener sentido. Si se volvía a la Constitución de 1824, las reformas radicales serían irreales.

Para los puros esto significaría una completa derrota. Para los moderados representaba un último intento de detener el giro a la izquierda sin acudir a la presión política que podría llevar a la escisión del Congreso.

Gómez Farías, quien presidía el Congreso, se levantó con pesadez para anunciar el comienzo de la votación...

En esos instantes Ocampo y quienes estaban con él se sintieron espoleados por una misma idea: "¿Qué dirá Juárez? ¿Qué dirá Juárez si llegamos a perder tan neciamente?"

— Señores diputados —se escuchó al momento desde el lado en que se encontraba Ocampo una voz que trataba de ser lo más indiferente posible—, claro está, hay que discutir la propuesta de nuestro honorable colega. Pero nos olvidamos que tenemos una cuestión urgente que tratar, sin cuyo examen no tenemos derecho a seguir adelante.

Gómez Farías, a quien le costaba esfuerzos seguir de pie, volvió a sentarse. Ocampo dirigió la mirada hacia Arriaga y le pareció que aquél con dificultad contenía una sonrisa: había entendido la jugada...

— ¡Señores! Lo primero que debemos hacer —tal es nuestra obligación ante el pueblo y la gloriosa revolución de Ayutla— es ratificar la ley Juárez.

El orador levantó la voz, hasta parecía que gritaba.

— El país espera que hagamos esto, señores. El paso

grande y decidido que ha dado el señor Juárez, con el que ganó para el gobierno los corazones de todos los ciudadanos honestos y amantes de la libertad, este paso, gracias al cual el pueblo nos confió decidir los destinos de México, este paso, señores, necesita ser confirmado en primer término por nosotros en su legalidad.

Se inició un debate que sólo terminó cuando Gómez Farías volvió a levantarse para decir:

— Yo supongo que la propuesta de ratificar la ley Juárez es justa. Además —siguió expresando con su voz baja y senil—, aprobando la ley Juárez consolidaremos la victoria de nuestro Presidente sobre la sublevación levantada en defensa de los fueros y expresaremos nuestros parabienes al ciudadano Juárez, quien lucha ahora por la libertad en Oaxaca. ¡Votad, señores!

La ley Juárez fue aprobada casi por unanimidad. Hubo un solo voto en contra. La ley se transformó en un símbolo del triunfo liberal. Derogarla habría significado retornar a la situación existente antes de la revolución de Ayutla. El Congreso lo sabía.

Llegó el turno de tratar la propuesta anterior.

Tomó la palabra Francisco Sarco, un puro inquebrantable, brillante periodista y magnífico orador.

— ¡Señores! —dijo con una expresión de risueña perplejidad—. Hemos ratificado la ley Juárez que abolió los fueros. ¿Cómo podemos hablar ahora con seriedad de la Constitución de mil ochocientos veinticuatro que aprueba los privilegios de sacerdotes y oficiales? ¿En qué situación nos ponemos?

Los diputados quedaron atónitos. Quedó pasmado el público en las galerías. Recién ahora todos comprendieron lo que había pasado. Recién ahora los moderados se percataron de la acertada jugada que había hecho Ocampo.

Y sólo después de la votación quedó en claro cuán necesaria había sido esa jugada y qué cercanos estaban los radicales de la derrota.

En el momento en que estaban por ser anunciados los resultados de la votación los puros pegaron un salto en sus asientos. No era en los bastiones de Puebla, sino aquí donde se decidía el destino de la revolución. Si

la mayoría del Congreso hubiera rechazado la necesidad de las reformas, los radicales tendrían que afrontar disyuntivas muy graves: o someterse a las decisiones del Congreso legítimamente constituido y sepultar sus esperanzas de justicia social, o iniciar una nueva guerra civil y luchar por lo suyo con las armas en la mano. Ambas perspectivas infundían horror...

La Constitución de 1824 no pasó por un sólo voto.

Los soñadores (I)

El 20 de mayo de 1856 por la mañana el coronel Miguel Miramón pasó con marcada arrogancia ante los centinelas que custodiaban el portón de la fortaleza de Loreto en la que se hallaba recluso después de ser derrotado y arrestado, tomó asiento en el carruaje que lo esperaba y, entornando y guiñando los ojos por la luz del sol, dijo al indio que estaba en el pescante: "¡A Méjico!"

La orden de Comonfort disponiendo su libertad no fue para Don Miguel una sorpresa. Sabía que tenía que ser deportado. Y ahora iba a la capital para obtener el retiro y el pasaporte extranjero. Sabía que después de la ferocidad con que los adversarios pelearon en Acatlán, después de la tenaz resistencia de los sitiados en Puebla, que duró veintiocho días, al Presidente le exigían ser severo. Conocía que Juárez había enviado desde Oaxaca una carta a Comonfort en la que insistía en un tribunal militar. Pero Miramón no le tenía miedo al castigo. En general no tenía miedo. Por lo demás estaba convencido que Comonfort no se decidiría por medidas torvas. No creía en la generosidad o visión de este general que se nombró solo. Simplemente sabía que este hombre, que procuraba aparecer como un gran jefe militar y que fuera promovido por ingenuos abogados, deslumbrados por su momentáneo triunfo, no se decidiría a fusilar a los verdaderos conductores de la nación.

Y se dijo que cuando llegara para él la hora de decidir el destino de Comonfort, entonces no le quitaría el grado dudosamente adquirido de general, no lo

deportaría ni lo retendría en un fuerte. Lo transformaría simplemente en una persona privada y, al anunciarle esto, le transmitiría un saludo a la madre... Con eso sería suficiente.

El 30 de mayo el coronel Miramón obtuvo el retiro. Pero el pasaporte extranjero no le fue necesario. Don Miguel desapareció.

Se alojó en una apacible calle en la mansión de su viejo amigo; por las tardes salía a pasear.

No fue buscado. Era una figura demasiado insignificante para un gobierno cargado de preocupaciones.

Don Miguel leía. Leía en latín a César, y todo un mundo de ideas claras y valientes surgía ante él. César conquistaba Galia, el país que a él, Miramón, lo tenía ocupado. Con César vinieron allí nombres serenos, decididos, de cabello castaño, que inyectaron la rancia sangre de un pueblo de estirpe en las venas de bárbaros ingenuos e intrépidos. Pensaba en César como en un antepasado suyo...

Comenzó a leer la historia de las Guerras Púnicas. Las primeras frases de Tito Livio lo dejaron admirado. Tuvo que aspirar y contener la respiración para aplacar los latidos desenfrenados del corazón. "He de escribir sobre la más memorable de entre todas las guerras que jamás hubiere, sobre la guerra que los cartagineses sostuvieron contra el pueblo romano... Y tan veleidosa fue la fortuna militar que los que más cerca quedaron de la catástrofe fueron aquellos que estaban venciendo."

Con la cabeza echada para atrás Miramón andaba por la habitación repitiendo: "... los que más cerca quedaron de la catástrofe fueron aquellos que estaban venciendo". Eso estaba escrito sobre él, el coronel Miramón, y sobre ese usurpador de Comonfort. La catástrofe era lo que esperaba a los vencedores por casualidad. Los avarientos y detestables mercaderes cartagineses estaban condenados desde un principio, pese al indudable talento de Aníbal y el coraje de sus soldados. Pues no son esas cosas que deciden los destinos de los pueblos y las naciones. La grandeza del espíritu es la garantía de la victoria. La grandeza del espíritu y la nobleza del objetivo. Lo bello y noble que tiene una

tradición son los verdaderos valores que no permiten a quienes son sus portadores salir vencidos.

El espíritu de hidalguía siempre sabrá zafarse de las redes chabacanas de la democracia y volver al mundo su belleza.

El 20 de julio de 1856 en la habitación repleta de libros y mapas militares de Don Miguel entró el padre Francisco Miranda. Ellos habían oído hablar uno del otro, pero se encontraron personalmente por primera vez.

Miramón quedó sorprendido por el aspecto fornido y algo pesado del sacerdote, por su rostro grueso y orejas grandes y aplastadas. El coronel no se imaginaba que así podía ser un predicador del ideal conservador.

A Miranda le causaba extrañeza la fisonomía infantil de Miramón, esa nariz respingada, el lunar en la mejilla, que sentaría bien a una mujer, pero no a un oficial, el fino cuello y toda esa fragilidad...

Se sentaron en los sillones frente a frente y encendieron sendos cigarros.

Miramón esperaba el encuentro con el padre Francisco. En las últimas semanas se le agotó de pronto el deseo de seguir siendo un táctico. Le vinieron ganas de convertirse en estratega. No, el deseo de combatir no se le había agotado. Sabía que ese era su misión directa. Pero los objetivos que ellos habían proclamado en Puebla le parecían ahora sumamente estrechos y de poca trascendencia. Y su propio papel en los acontecimientos lo veía tan diminuto que el panorama comenzaba a desdibujarse, a esfumarse ante su visión interna, pues dejaba de distinguir los detalles: sus artilleros arrastrando los cañones a las cimas de las colinas bajo el fuego del enemigo, él mismo corriendo hacia el puente con el asta de la bandera en la mano — todo eso dejaba de ser una realidad.

— Usted lee a los antiguos —dijo el padre Francisco—. Muy a tiempo. Esos paganos tenían una cabeza de las más despejadas y, por eso, una idea clarísima del objetivo.

Miramón quedó sorprendido por la coincidencia con lo que él mismo pensaba.

— Una pureza extraordinaria en las líneas —prosi-

guió el clérigo—. ¡Extraordinaria! No llevaban la carga de nuestros conocimientos ni nuestros padeceres. ¡Sí, sí, coronel! ¡No se sorprenda! El sublime resplandor que iluminó nuestra conciencia con la prédica de Jesús no nos hizo la vida más fácil ni más comprensible este mundo. Por el contrario. Lea a los padres de la iglesia, Don Miguel, es una lectura difícil. Pero nosotros hemos empezado a confundir la grandeza y complejidad de la doctrina de la iglesia con una cosa tan elemental como la política. La política debe ser simple. Hay que aprender política por las enseñanzas de los antiguos.

— ¡Sí, sí, sí! ¡Tiene razón! Política y arte militar. La maniobra de Aníbal en Cannes fue genial. Simple y sin riesgos. ¡En dos mil años nadie pudo concebir nada mejor! "

— Está usted en lo cierto, Don Francisco. Me sorprende y complace la coincidencia de lo que pensamos. Hay que explicarle al pueblo verdades simples y bellas por su sencillez misma. ¿No es así? Entonces el pueblo entenderá y nos seguirá. ¿Qué es lo que sirvió de atractivo en los liberales para los almas de la gente ingenua? La sencillez irreprochable de la ley de Juárez. Todas las nebulosas prédicas no valen un comino. La ley Juárez, en cambio, es una joya de falsa sencillez. La gente no se percató a lo que conduce la denigración de dos seculares estratos. Ven solamente una simple —demasiado simple— expresión de justicia. Miramón remataba cada frase con un gesto cortante de la mano en la que estaba el cigarro. Las fosas de su corta nariz palpitaban, los delicados ojos de color café empezaban a mirar torcido.

— ¡Ellos no entienden —y no sólo los indios y peones ignorantes, sino también todos esos abogados y leguleyos—, no entienden lo que representan el clero y la oficialidad! ¡Lo que han dado a la gente! Todos los principios que rigen hoy la existencia del hombre civilizado son un don del clero y la clase militar. El ascetismo, el arte de dominar la pasión y de someter a la vil natura para exaltar lo divino en el hombre. El militar es el hidalgo, el heredero de la ética hidalga. Esos necios no destruyen unos privilegios de casta,

sino los fundamentos de la sociedad humana. ¡Miserables!

Miranda, que no miraba a Miramón, sino a un costado, puso el cigarro sobre la pesada base de un candelabro de plata.

— ¿Sabe en qué consiste el trágico error del plan de Sacapoaxtla, por el cual usted combatió en Puebla? Pues, en que no tenía nada de nuevo.

— No comprendo —dijo Miramón, lanzando de costado, con el ojo redondo como un pájaro, una furtiva mirada al clérigo.

— Los mexicanos constituimos una nación a la vez antigua y joven. Y en general, Don Miguel, en una revolución hay que proponerle al pueblo algo fuera de lo común que encienda esperanzas. Cuando al pueblo le dicen que vaya a luchar y morir para que todo quede igual, no se puede esperar que lo haga aunque esté desconforme con su situación. Mientras tanto vuestro plan se diferenciaba poco del de Ayutla y, además, removía la ley Juárez. Ustedes estaban condenados a la derrota pese a vuestro coraje y a que la justicia estaba de parte vuestra. México está guerreando desde hace ya demasiado tiempo y demasiado tiempo oye unas mismas palabras. Se ha cansado. Necesita oír algo que ilumine su imaginación y, por otra parte, que guarde parecido con lo que anhela... Comofort se mantiene gracias a que tiene detrás suyo hombres de imaginación clara y vivaz, aunque no comparta sus puntos de vista. El es un prisionero de esos hombres, puesto que sin ellos estaría perdido. Por sí solo no puede proponer nada interesante.

— Espero vuestro consejo, Don Francisco.

— ¡Oh, no! Yo no soy un consejero. Soy un soñador. Pero mis sueños pueden inspirar a los hombres de acción. A vuestro jefe, a vuestro héroe, el señor Haro y Tamariz, no se le pudo ocurrir nada mejor que proponer como emperador al vástago de Iturbide o a su propia persona. En la historia nada se repite. ¿Oye usted? Quien espera que se repita está perdido. ¡Nuestro Señor ha creado el mundo para que se mueva! El mundo marcha hacia adelante, hacia el juicio final. Pero hasta entonces tenemos que experi-

mentarlo todo en búsqueda de formas perfectas. Son unos necios quienes piensan que el objetivo de la iglesia es conservar sus privilegios y sus tesoros. No son nuestros. Nos pronunciamos contra los liberales no por interés. Vemos lo falso que es su camino y queremos retener a México en la senda de la verdad. No hay que inventar nada. En las enseñanzas del Salvador están indicados todos los caminos... Los liberales hablan de igualdad y no saben que es eso... A Ocampo y Arriaga los tildan de comunistas. ¿Pero qué comunistas son esos? Cien años atrás los descabellados Borbones de España destruyeron el Estado de los padres jesuitas en Paraguay, un gran ensayo del comunismo cristiano, en el que reinaba la verdadera igualdad: la igualdad del espíritu. ¿Y qué vino a relevarlo? La oprobiosa dictadura de ese hipócrita de Francia y el triunfo de la falsa igualdad: la igualdad en la ignorancia y en la carencia de derechos. ¡La igualdad en lo alto del espíritu y la igualdad en lo bajo del mismo, tal es la antítesis! Juárez con su ley nos lleva a la igualdad en lo bajo del espíritu. Pero tiene un objetivo por delante. Usted también lo debe tener.

— Pero el Estado de los padres jesuitas está en el pasado...

— No hablo de la forma, sino del espíritu. El poder espiritual sobre iguales en el espíritu, ese es el ideal. Un grande Estado en lo espiritual: ese es el futuro de México.

Un corto mechón retorcido se había pegado a la frente del padre Francisco. Sus párpados estaban bajos. Las anchas palmas de sus manos las tenía recostadas sobre los brazos del sillón.

— ¿Qué es lo que debo hacer? —preguntó Miramón mirando al sacerdote con los ojos muy abiertos.

— En Puebla lo están esperando. Hay que comenzar por allí. Allí lo esperan.

Miramón se levantó y abrió la ventana. Una rama con pesadas y duras hojas apareció colgando directamente frente a su rostro. Estiró el cuello y pegó un mordisco en el borde de una de las hojas: el jugo amargo se mezcló con la saliva. “La amargura es signo de nobleza”. El corazón quedó por un instante en sus-

penso para seguir latiendo con fuertes y espaciados golpes. “Acabo de entender para qué he nacido...”

En los días del Congreso (II)

Antes de presentar al Congreso el proyecto de la nueva Constitución, el presidente de la Comisión Constitucional, el señor Arriaga, pidió la palabra.

Cierto tiempo permaneció parado en silencio, mirando por encima de las cabezas de los diputados en dirección a las galerías, donde la gente esperaba cuchicheando en baja voz. Permaneció en silencio porque se disponía a decir una cosa inaudita no sólo para el presidente de una Comisión Constitucional, sino para un ciudadano común que creía en el sistema que el Congreso se proponía institucionalizar.

— Señores diputados —comenzó pausadamente cuando ya no se podía seguir sin hablar—. Experimento una extraña sensación al prepararme para anunciar el fruto de muchas jornadas de labor: la Constitución de México nuevo y libre. Siento que, queriendo liberar a nuestro pueblo de las penurias de la opresión política, estamos por cometer al mismo tiempo una enorme injusticia...

Volvió a callar y recordó la modesta habitación del emigrante Juárez en Nueva Orleans, a sí mismo, sentado en un rincón sobre una silla coja y sin decir palabra, a Ocampo, paseándose por la habitación, y a Don Benito parado al lado de la pared y con las manos cruzadas sobre el pecho...

— Los liberales siempre se veían perdidos por exceso de imaginación —decía Juárez—. Son tantas sus ansias de levantar una hermosa edificación que no pierden el tiempo en una cosa tan despreciable como excavar la tierra y echar los cimientos. Por eso las paredes se caen ante el sople más leve del viento.

Ocampo se detuvo frente a él.

— Estoy escribiendo una carta a Comonfort. Insisto en que las tierras de la iglesia, ante todo, sean confiscadas y distribuidas entre los campesinos que no las tienen. Cuando cada uno de los mexicanos sea propie-

tario de su parcela se sentirá una persona y un ciudadano. Esa es la base.

— Por lo que conozco a Comonfort, él no lo va a aceptar— contestó con voz pareja Juárez.

Eso fue a comienzos de 1854...

Arriaga suspiró, volvió a mirar las galerías, enderezó los hombros y prosiguió en tono alto y firme.

— Se proclaman ideas y se olvidan las cosas. La Constitución debe ser la ley de la tierra; pero no se constituye ni se examina el estado de la tierra.

Lanzó una impulsiva mirada a los diputados.

— ¿Hemos de practicar un gobierno popular, y hemos de tener un pueblo hambriento, desnudo y miserable? ¿No habría más franqueza en negar a nuestros cuatro millones de pobres toda participación en los negocios públicos, toda opción a los empleos públicos, todo voto activo y pasivo en las elecciones, declararlos cosas y no personas, y fundar un sistema de gobierno en que la aristocracia del dinero, y cuando mucho la del talento, sirviesen de base a las instituciones? ¿A quién queremos engañar, señores? En la comisión dictaminadora fueron desechadas todas las reformas conducentes a definir y fijar el derecho de propiedad, a procurar de un modo indirecto la división de los inmensos terrenos que se encuentran en poder de muy pocos poseedores, a corregir los infinitos abusos que se han introducido y se practican todos los días, invocando aquel sagrado e inviolable derecho, y a poner en actividad y movimiento la riqueza territorial y agrícola del país, estancada y reducida a monopolios insupportables, mientras que tantos pueblos y ciudadanos laboriosos están condenados a ser meros instrumentos de producción en provecho exclusivo del capitalista... En esos casos empiezan a alzarse voces contra el comunismo, o la promiscuidad, o las extravagancias del socialismo utópico del día. Pero yo estoy hablando de otra cosa. Quédense todos estos sistemas para el porvenir; la humanidad fallará si son quiméricos, y si en vez de seguir la realidad, sus autores han corrido tras una sombra. En el estado presente, nosotros reconocemos el derecho de propiedad y lo reconocemos inviolable. ¡Pero inviolable para todos!

En las pausas se escuchaba sólo el chirrido de las sillas.

— Mientras que en las regiones de una política puramente ideal y teórica, los hombres piensan en organizar cámaras, en dividir poderes, en señalar facultades y atribuciones, en promediar y deslindar soberanías, otros hombres se ríen de todo esto, porque saben que son dueños de la sociedad, que el verdadero poder está en sus manos, que son ellos los que ejercen la real soberanía. Con razón el pueblo siempre siente ya que nacen y mueren constituciones, que unos tras otros se suceden los gobiernos, que se abultan y se intrincan los códigos, que van y vienen pronunciamientos y planes y que después de tantas mutaciones y trastornos, de tanta inquietud y tantos sacrificios, no queda nada de positivo para el pueblo, nada de provechoso para esas clases infelices de donde salen siempre los que derraman su sangre en las guerras civiles, los que dan su contingente para los ejércitos, que pueblan las cárceles y trabajan en las obras públicas, y para los cuales se hicieron, en suma, todos los males de la sociedad, ninguno de sus bienes.

Gómez Farías levantó la cabeza y preguntó:

— ¿Qué es lo que usted propone?

— Sabe bien el soberano Congreso que al proclamar la República en la revolución francesa de 1848, se suscitaron sobre el derecho de propiedad, el principio de asociación, la organización del trabajo, la suerte de las clases pobres y mil objetos de igual trascendencia, cuestiones tales y tan graves, que hicieron estremer en sus cimientos la sociedad.

— Los republicanos del cuarenta y ocho tuvieron que preocuparse de la suerte de los obreros de las ciudades y no de los pobres del campo, como es el caso nuestro —dijo el presidente.

— Es correcto lo que usted dice. Pero yo hablo de la esencia de la cuestión. Muy a menudo he oído discutir proyectos de colonización extranjera, propuestos como remedio para la pobreza de la tierra. Pero yo me he preguntado: ¿Acaso no es posible repartir las tierras feraces y hoy incultas de la República entre sus compatriotas? ¿Acaso es difícil, dándoles semillas y herra-

mientas, y declarándolos exentos de toda contribución por un determinado número de años, y dejándolos en aptitud de trabajar y de vivir en libertad, sin policías, sin esbirros, sin cofradías, sin obvenciones parroquiales, sin derechos de alcabala, ni derechos de estola, ni derechos de juez, ni derechos de escribano, ni derechos de papel sellado, ni derechos de capitación, ni derechos de carcelaje, ni derechos de peaje, ni tantos otros derechos que yo me he olvidado, pero que no olvida el pueblo; acaso es difícil, entonces producir dentro de poco tiempo en esos desiertos inmensos, en esos montes oscuros, poblaciones nuevas, ricas y felices...?

Una voz con tono afligido le interrumpió:

— ¡Déjese a esa gente sin vigilancia y mañana mismo acabarán por vender sus parcelas y aperos para comprar aguardiente, todo volverá a ser como antes!

Arriaga con furia se volvió en dirección de donde provenía la voz.

— ¡Sí, es lo que dicen! Se cree o se afecta creer que los mexicanos todos son inmorales y perezosos, enemigos del trabajo e incapaces de todo bien, y se olvida cómo y con qué gente se ha poblado Australia, cómo y con qué gente se pobló California, cómo y con qué gente se está poblando Texas. ¿Se piensa que nuestra gente es la peor de todo el mundo? ¿Se piensa que nuestros mexicanos, hoy tan dóciles y tan sufridos, estando en la ociosidad y en la miseria, no mejorarían en su educación y en su parte moral, teniendo una propiedad, un bienestar, que son elementos tan moralizadores como la misma educación? Hagamos algo, pues, para cumplir nuestra obligación frente a ellos... Algo hay que hacer, y sin tardar. El sistema económico actual de la sociedad mexicana no satisface las condiciones de la vida material de los pueblos... Y cuando un mecanismo económico es insuficiente para su objetivo debe perecer. La reforma para ser verdadera debe ser una fórmula de la nueva era, una traducción de la nueva faz del trabajo, un nuevo código del mecanismo económico de la sociedad futura.

Tomó un respiro y se dirigió con paso rápido a su asiento.

Gómez Farías levantó la mano y detuvo el rumor ascendente que cundió en la sala y en las galerías.

— ¡Señores! ¡El Ministro de Hacienda, Don Miguel Lerdo de Tejada, quien se encuentra presente en calidad de espectador, me ha solicitado que tranquilice al señor Arriaga, pues el gobierno ya ha pensado en esas incoherencias económicas y está preparando una ley especial!

Carta de Melchor Ocampo al gobernador del Estado de Oaxaca, Benito Juárez, que pudo haber sido escrita

“Mi querido amigo:

Usted conoce mi carácter y toda mi incapacidad para concentrarme fanáticamente en los problemas, incluso en aquellos en los que pienso toda la vida. Soy un hombre alegre y despreocupado. Hasta el presente había un sólo personaje político que me sacaba de quicio. Ahora apareció uno más. Comonfort y Lerdo son los dos personajes que pueden hacerle perder el juicio a cualquiera. ¡Cuántos años hace que voy repitiendo de que la salvación de México sólo está en la formación de una clase de pequeños propietarios libres! Esto no lo inventé yo por más que quisiera vanagloriarme de ello. Jamás me atribuiría los méritos de otro ¿no es cierto? Esto lo decía el gran Proudhon; por lo demás, me lo decía personalmente. Era una idea por la que se inclinaba nuestro común maestro Mora. ¡Es algo tan evidente, mi indeclinable amigo! ¿Y qué es lo que vemos ahora?

Cuando leí el primer artículo de la muy docta ley Lerdo empecé a colmarme de júbilo: “Todas las fincas rústicas y urbanas que hoy tienen o administran como propietarios las corporaciones civiles o eclesiásticas de la República, se adjudicarán en propiedad a los que las tienen arrendadas...” Por fin, pensé, esa maldita propiedad raíz se corrió del lugar que no debía ocupar en general dentro de nuestro sistema económico. ¿Pero qué es lo que leo más adelante?

¿Qué Lucifer del conservatismo y el idiotismo inculcó a Lerdo la idea de la indivisibilidad de las fincas urbanas? ¿Acaso él (nuestro sabio Presidente para ello no cuenta!) no comprendía las desgracias que iba a

traer esta prohibición y las deducciones que harían toda clase de aventureros y asaltantes?

De hecho resultó que pueden adquirir las grandes propiedades de la iglesia sólo las personas que disponen de enormes sumas, es decir, la ley reporta nuevos beneficios a los ricos y de ninguna manera a los pobres. ¡Si esas propiedades tuviesen que ser repartidas sería otra cosa! Pero no se las puede dividir. Por lo tanto, no generamos productores libres, que siempre han sido nuestro apoyo y podrían constituirse en los pilares de la libertad, sino que multiplicamos la clase de los grandes propietarios con los que jamás nos podremos poner de acuerdo. ¡Mas eso no es todo! Este nuevo Adam Smith no pensó en una cosa totalmente sencilla: desde el punto de vista puramente jurídico las tierras ejidales de los indios también son propiedad corporativa y quedan sometidas al alcance de la nueva ley. Los indios, que se encuentran en posesión de esas tierras desde tiempos inmemoriales, aparecen ahora en la condición de arrendatarios. Y, por lo tanto, deben formalizar en un plazo determinado la adquisición (¡de su propia tierra!), pagar toda clase de impuestos absurdos, alcabalas, derechos de escritura, etc. No hay necesidad de explicarle a usted cuántos de ellos no alcanzarán a llenar todos esos requisitos y cuántos son los que en general no saben como eso se hace. Quedarán, naturalmente, privados de la tierra. Me escriben desde Michoacán que toda clase de canallas corrompen con el aguardiente a los indios que pudieron formalizar a tiempo la adjudicación y les compran la tierra a mitad de precio o, simplemente, les roban los documentos y después los echan.

Sé que únicamente en Oaxaca los indios no se vieron afectados. Pero, en primer lugar, un gobernador Juárez hay sólo uno para todo México y, en segundo lugar, usted, mi querido letrado, está violando de esta manera la ley. La ley del sabio y docto señor Miguel Lerdo de Tejada protege los intereses de los acaparadores y especuladores, mientras que usted los coarta.

¿Está dejando usted de someterse reverentemente a las leyes, señor abogado? Esto me infunde alegría y esperanzas.

Nuestro amigo Guillermo al escuchar la palabra "Lerdo" se pone inmediatamente de pie, inclina la cabeza y su melena revuelta adquiere (¡sólo en esos instantes!) una forma ordenada: la forma, precisamente, de cuernos de toro, y se pone a correr por la habitación como el toro por la arena. Y le transmite a usted sus saludos. Y él, y yo, que b.s.m."

Juárez todo eso lo sabía. Sabía también que los indios mayas del Yucatán habían vuelto a sublevarse. Que se sublevaron los indios en Querétaro, Michoacán, Puebla, Jalisco... Sabía que a veces la ley Lerdo era sostenida por la fuerza militar...

Todo eso lo sabía.

Carta de Ponciano Arriaga a Benito Juárez, que pudo haberse escrito

"Le escribo, mi querido amigo, para comunicarle que hemos perdido. El artículo referente a la tolerancia religiosa recibió en la votación 44 votos a favor y 65 en contra. Algunos se fugaron de la sala antes de ella. Debía haberle escrito a usted todavía en el día de ayer, pero no pude hacerlo: me temblaba la mano de la indignación. No les perdonaremos por mucho tiempo este día a nuestros moderados compatriotas. ¡Burros, son unos burros cobardes que no quieren ver otra cosa que algo de pienso delante de sus narices! ¡Políticos que no se atreven a pensar en el día de mañana! Les basta con sentirse tranquilos el día de hoy, y eso a Dios gracias... Ya ve, querido amigo, que no puedo aún recobrarle.

El día de la votación esos bandidos del partido clerical aparecieron en las galerías con sus emblemas verdes y blancos y sus consignas de "¡Viva la religión, muera la tolerancia!" Por primera vez entre el público había un ruido descomunal. Los sacerdotes sacaron a las calles a las mujeres, asustándolas con la maldición, la excomunión y no sé con que cosas más. Yo soy una persona creyente, pero, ciertamente, esos días clamaba porque los relámpagos del cielo caigan sobre las cabezas de esa hermandad con sotana.

Y lo que jugó, tal vez, el papel decisivo fue la constante desaprobación de nuestros esfuerzos por parte

del señor Comonfort. No se pronunció abiertamente ni una sola vez, pero su posición es bien conocida. Recuerde lo que le digo: todavía se va a pasar para el lado de los clericales, y entonces habrá que ver las sorpresas que nos deparará.

Cuando anunciaron los resultados de la votación yo me alegré que usted no se encontrara aquí. Nuestros nombres están sellados por la derrota, y el suyo permanece incólume. Usted vendrá como una fuerza nueva y fresca. ¿Pero cuándo?

Muchos festejan el hecho de que, si bien el artículo sobre la tolerancia no pasó, tampoco se ha legalizado la intolerancia. ¡Necios! Hemos obtenido el mal peor: la indefinición. ¡Cómo me vienen a la memoria nuestras veladas de Nueva Orleans y lo que usted decía sobre la penumbra del compromiso irrestricto! Sí, querido amigo: volvemos a edificar nuevamente sin echar los cimientos, pues no hay una verdadera solución del problema de la tierra; no hay una solución verdadera del problema religioso.

No puedo dejar de relatarle cómo Sarco les escupió en la cara a esos charlatanes. Se contuvo durante todos estos meses, pero en vísperas de la votación no aguantó. Respondiendo a una de las juiciosas trivialidades de turno, se levantó y, en un rugido de león, les espetó: "Prodigar insultos al pueblo llamándolo fanático, ignorante, supersticioso, es todo el arma que emplean nuestros adversarios para retardar la reforma que proclamamos. Nuestro pueblo es como todos los pueblos. No hay un pueblo sin supersticiones, no hay un pueblo de filósofos, de teólogos, de literatos y abogados... Vosotros los hombres sabios, los hombres superiores, los que véis en México una tribu de salvajes, debéis ruborizaros de tener que representarlos. Si yo pensara como vosotros me avergonzaría de ser diputado..."

Eso fue dicho tan acertadamente y con tanta sinceridad que reinó un silencio de muerte. Y cuando fueron anunciados los resultados de la votación empezó el delirio. ¡Qué era lo que no gritaban: "¡Mueran los herejes! ¡Viva la iglesia! ¡Dios hizo entrar en razón a los apóstatas!" Hace tiempo que no se sentían tan ufanos.

El pobre Patriarca* se esforzó como un campanero de la iglesia hasta que logró aplacarlos un poco.

Temo que nuestra derrota infunda ánimos al padre Miranda y a sus amigos. ¡No por algo es el confesor de la madre del Presidente!

Hasta pronto, mi querido amigo. Quedo de Ud. su seguro servidor y adepto, que b.v.m.

Ponciano Arriaga"

Los soñadores(II)

Por la mañana temprano del 15 de octubre de 1856 el padre Francisco Miranda en traje civil salió de la diligencia al lado del correo de la ciudad de Puebla.

El padre Francisco amaba a Puebla, ese himno a la armonía con sus calles rectas de ideal trazado y limpieza, con los azulejos en las paredes de las casas que repetían a ojos vistas las fastuosas obras de masa y crema del gran confitero Alfeñique, con su catedral rodeada por una reja en cuyos polares de hierro se distinguían, en lo alto, unos ángeles negros con las alas abiertas.

Para el padre Francisco era Puebla la expresión del espíritu mexicano. Precisamente mexicano, y no español. No fue España, sumida en el pasado, sino México, antigua por sus piedras y joven por su espíritu, que había creado esta luminosa ciudad.

Puebla protegía los accesos a la capital desde la puerta marítima, Veracruz. Quien dominaba en Puebla dominaba en México. Y la habían dominado muchas veces en esta turbulenta mitad de siglo, pero nadie pudo deshonrarla, como no se puede deshonrar a una mujer verdaderamente pura, cuyo espíritu no se presta al dictado de la carne...

El padre Francisco, sumergido en esos pensamientos, no dejaba, empero, de mirar cuidadosamente por los costados desde debajo de las anchas alas de su oscuro sombrero. Sería una estupidez caer apresado en vísperas de la victoria. El no dudaba que ahora la sulevación barrería con Comonfort y su banda. Porque

* Así llamaban los puros a Gómez Farfás.

había venido allí donde se decidía de verdad la suerte del país...

Diez días atrás estuvieron sentados con Tomás Mejía, jefe de Sierra Gorda, un indio de treinta y cinco años; con el general Mejía; fue en algo parecido a un banco de piedra colocado sobre una ancha saliente en la montaña. Mejía lo había conducido hasta allí por un serpenteado y abrupto sendero cubierto por tupidos matorrales de enebro. Vinieron del pueblo donde se encontraba refugiado Mejía, con su escolta, esperando la señal para entrar en acción. Mejía, vistiendo un maltrecho uniforme de oficial sin signos de graduación y blancos pantalones de paño, permanecía sentado con los codos apoyados en las rodillas y, sin parpadear, miraba delante suyo. Frente a ellos, adelante y hacia abajo, yacían en la sombra del atardecer las montañas con su tono marrón verduzco. A la derecha, por encima de un pico parejo y largo, se extendía la franja roja del crepúsculo.

El padre Francisco miró de soslayo a Don Tomás, observó su chato perfil y de improviso vio como de las raíces de un enebro asomó una serpiente, con escamas que despedían un destello rojizo, para arrastrarse a una redonda piedra caliente y allí enroscarse, poniendo encima de los anillos su plana cabeza en forma de triángulo. Esta miraba en la misma dirección que Mejía.

Miranda rozó ligeramente a Don Tomás con el codo y señaló con la vista la dirección en que se encontraba la serpiente. Mejía giró un tanto la cabeza, y su rostro se animó, sus grandes labios se entreabrieron. Luego los estiró y lanzó un agudo silbido.

La serpiente al instante levantó en vilo una tercera parte del cuerpo, a la manera de un tallo, y los miró. Sus ojos brillaban a rojo. Mejía observaba este elástico ser presto para el combate y sonreía con satisfacción.

— Ella es fría —dijo—. Rápida, fuerte y fría. Quisiera yo tener unos soldados así.

La serpiente bajó la cabeza hasta el declive de la piedra y se movió, empezó a deslizarse para escurrirse de allí como un rojizo hilo de agua.

Miranda se estremeció, como si percibiera el lúgu-

bre frío de sus escamas. La serpiente desapareció.

— Don Tomás —dijo Miranda—, ¿por qué combate usted contra el gobierno?

— Santo padre: ¿debe alguien defender a la santa iglesia y la dignidad del ejército o no? Esa gente vino y empezó a quebrantar la vida a su antojo. Creen que al quitar los fueros quitan lo que tienen de más los sacerdotes y oficiales. Locos... ¡Le están quitando el alma al país! ¿Acaso no es así? Quieren que dejemos de ser mexicanos para pasar a ser no se sabe quién. ¿En qué nos vamos a diferenciar de un gringo, un francés o un alemán? ¿Por el color del cabello? ¿Y lo que han hecho con las tierras indígenas? Ese idiota de Lerdo ¿no pensó que las tierras ejidales irían a caer bajo la vigencia de la ley? ¿Y quién tiene que pensar por él? ¿Por qué ese pavo vestido con fraque se metió a ministro si no sabe pensar? ¡Hay que correrlos a todos!

— Todo es cierto —dijo Miranda asintiendo con la pesada cabeza que lucía un corto peinado—. Pero hay algo también importante... Yo no afirmaré que nuestros liberales son gente mala. No. Son gente buena. Pero son gente débil. Su fe resultó débil, y el diablo se apoderó de ellos. Creen sinceramente en que obran bien. Y en eso, Don Tomás, está el peligro principal. No son cobardes. ¡Y eso es peor! Precisamente es con su sinceridad y su disposición al sacrificio que siembran la tentación en el pueblo. El pueblo es confiado, es como un niño, y necesita de pastores. Los liberales creen que ellos pueden ser los pastores. ¡Están poseídos por la soberbia! Ayer se enteraron de la democracia, hoy quieren enseñársela al pueblo. Mientras tanto, nuestra iglesia pronto va a cumplir dos mil años. Sí, hay jerarcas indignos, hay sacerdotes proclives a la codicia. ¿Y qué? ¿Vamos a destruir por eso la iglesia? Entre las esposas las hay malas y licenciosas. ¿Y qué? ¿Echamos a todas las mujeres tras los confines del país? Y dejará de existir la raza humana en México. Destruyamos la iglesia y dejará de existir el espíritu humano. Recuerde, Don Tomás: en la iglesia lo más importante no son las cualidades de tal o cual sacerdote. Lo más importante es la idea con la que el Señor creó y bendijo nuestra iglesia. Esta idea, este objetivo es la

felicidad general, Don Tomás. ¡Una ciudad del Señor en la Tierra!

— Pero, santo padre... —Mejía sintió en las palabras del clérigo algo extraño, desconocido.

— Sí, comprendo. El Jerusalén celestial hoy existe y existirá siempre. Pero transitando el camino del dolor y del sacrificio, venciendo lo que nos tienta y seduca marchamos hacia el Jerusalén terrenal, a la ciudad del Señor, purificada por la sangre de toda inmundicia. ¡Y todos serán felices, Don Tomás!

“¡Señor! ¡Perdóname estos discursos herejes, pero de otra manera ellos no me entenderían! ¡Carga sobre mí este pecado!”

— Y le haré una revelación, general. A nuestro México, a la martirizada Patria nuestra, le está destinado ser el primer palacio en esa ciudad. Y sus sufrimientos son sufrimientos extraordinarios.

La estrecha franja que ardía en el poniente iba apagándose y se hacía difusa con suma rapidez. Una profunda sombra negra se extendía debajo de ellos. Mejía se levantó.

— Yo lo sabía, padre, yo siempre sabía eso. Y le juro a usted... —sus puños se abrían y se cerraban— ¡le juro que no dejaré de matar en nombre de nuestro Señor y de la santa iglesia hasta que el último hereje desaparezca de nuestra tierra!

Cayó de rodillas y golpeó la frente en la piedra cubierta con rugoso liquen. Permaneció varios minutos rezando en silencio, sólo moviendo los labios y frunciendo la estrecha frente, luego se alzó de un salto con la rapidez y soltura de una serpiente. Miró al sacerdote y su boca se entreabrió: por el rostro de Miranda corrían lágrimas.

— ¡Qué pena, qué pena —dijo Don Francisco— que no haya otro camino! Vamos a matar, pero le suplico, Don Tomás, que lllore en su alma por cada muerto.

El crepúsculo llegaba a su fin, avanzaba la oscuridad. Mejía tomó al sacerdote de la mano y lo condujo con firmeza por el sendero hacia abajo. En la lejanía aparecieron unas luces: eran los guardaespaldas que, inquietos por la larga ausencia del general, iban, lle-

vando faroles, al encuentro...

Y hoy, el 15 de octubre de 1856, yendo por las claras y rectas calles matinales de Puebla y recordando los rostros de los indios, que con solemne fidelidad miraban embelesados a Mejía, el padre Francisco pensó con alegría y satisfacción que el Estado de Querétaro, que desde el norte se proyecta sobre Méjico, por una exhortación de Don Tomás acudiría en ayuda de la Legión sagrada de Puebla. Los indios, estos desdichados en los que siempre se apoyaban los liberales, irían ahora a pelear contra ellos, contra quienes les habían prometido mucho, pero que les trajeron sólo más penurias aún y confusión. ¡Querétaro se transformará en la Vandea mexicana, pero en una Vandea triunfante!

Los soñolientos transeúntes de la madrugada no prestaban atención al señor entrado en años que caminaba apresuradamente vestido con una larga levita de viaje y sombrero oscuro.

Miranda se detuvo frente a una casa de dos pisos con azulejos rajados de color celeste oscuro y estiró la mano hacia el llamador de bronce. Pero la puerta se abrió sin golpear. Al huésped lo estaban esperando. Un lacayo de alta estatura, después de hacer una reverencia, con un gesto de la mano invitó al viajero a pasar.

En la habitación, yendo al encuentro de Miranda, se presentaron tres oficiales.

— Felices de verlo en Puebla, Don Francisco—, saludó con voz sonora Miramón.

— Tenemos que ganarles de mano —respondió Miranda—. Si logran antes hacer pública la Constitución todo se va a complicar mucho. ¡Tenemos que ganarles de mano!

Quehaceres administrativos

El alcalde de la ciudad de Tavehua, Don Martín Canseco, estaba muriendo. Permanecía acostado en la espalda mirando el blanco techo que, por primera vez en la larga vida del dueño de la casa, empezó a animarse y moverse como las olas, ora yendo para arriba, ora bajando hasta casi el rostro mismo de Don Martín. Y

entonces éste cerraba asustado los ojos. La terrible pesadez en el pecho que lo torturaba los últimos días casi había desaparecido. Ya no le parecía que le removían ahí adentro con un hierro. Y el costado izquierdo también dolía menos. Sólo respiraba con dificultad y no podía moverse.

Permanecía acostado sin fuerzas para levantar la mano y secarse el sudor frío de la frente y la garganta. Podía llamar a la sirvienta, pero no quería verla. No quería ver a nadie, excepto al padre Jiménez, el sacerdote párroco. Ya habían mandado a llamarlo. Pero él tardaba en venir.

Don Martín no le tenía miedo a la muerte. Siempre sabía que ella llegaría, tarde o temprano. Su larga y monótona vida, desde el momento en que murió su esposa, a la cual no le fue infiel incluso después de muerta, desde el momento en que el vino dejó de tener para él algún gusto, desde ese entonces esa vida sólo se interrumpía con las fiestas que ofrecía a otros. La muerte fue un infalible adorno de esas fiestas: esqueletos bailando, calaveras de azúcar, fuegos artificiales imitando seres de ultratumba... La muerte era algo habitual. Particularmente en los tiempos presentes, cuando una guerra sucedía a la otra y cuando cada día te podía pegar un tiro cualquier oficial malhumorado o, simplemente, algún soldado borracho.

La muerte no lo asustaba a Don Martín. Le causaba horror, y desde hace tiempo, la idea de que podía morir, como solía ocurrir con algunos desafortunados, en algún lugar ignoto o repentinamente. Y su amigo Don Andrés no podría comulgarlo. La cabeza se le ponía fría cuando le venía esa idea y él se esforzaba en librarse de ella... Y ahora que estaba muriendo de verdad y Don Andrés no aparecía. Don Martín experimentaba una indecible tristeza.

Por fin sonó la puerta de la entrada. El padre Jiménez penetró lentamente en la semioscura habitación y se acercó al lecho de Don Martín.

Este volvió los ojos hacia el recién llegado y vio la pena dibujada en el flácido rostro de su amigo.

— Ya me temía que usted no iba a hacer a tiempo, Don Andrés —murmuró.

El padre Jiménez guardaba silencio.

— No pierda tiempo, mi amigo —susurró sofocándose Don Martín—. Los sacramentos...

De pronto vio como la abultada cabeza del sacerdote hizo un movimiento de derecha a izquierda y viceversa. Aspirando con dificultad un poco de aire el penitente balbuceó:

— ¿Qué...?

El sacerdote se retiró un paso atrás y posó las manos en las grandes y oscuras mejillas.

— No puedo —dijo apenado—. No puedo dárselos, Don Martín. Es que usted juró fidelidad a este gobierno hereje... El obispo... No puedo, mientras usted no reniegue del juramento...

Un dolor en los ojos obligó al penitente a cerrarlos.

— No comprendo, amigo mío —murmuró—, yo me estoy muriendo... ¿Qué juramento...? Si yo no soy más que un funcionario...

— No, no puedo —contestó apenado igual que antes el padre Jiménez—, no puedo... Al jurar usted renunció a la santa iglesia... Retráctese, mi amigo, retráctese...

Don Martín hizo el esfuerzo de mover los labios para expresar que no sabía lo que decir para retractarse... Y aquí comprendió que ya no podía pronunciar una palabra más porque la vida lo estaba dejando. Un pavor tan indescriptible y tan desesperante desgarró su alma que cada partícula de su ser gritó con todas las fuerzas, sollozó, aulló; un pozo negro tan horrendo con bordes que se movían se abrió frente a él en el cielo-raso... Y lo más insoportable era que no podía pronunciar ni un sonido ni hacer algún movimiento con el que alcanzaría a expresar este pavor, manifestarlo al padre Jiménez; yacía inmóvil, callado, y sólo su alma gritaba y lloraba con una pena indecible. Sabía que ahora toda la eternidad sería así; este grito en silencio y esta insoportable pena; será así toda la eternidad porque moría sin recibir los sacramentos...

Yacía inmóvil, y sólo gruesas lágrimas le corrían por el rostro desde los ángulos de los ojos, mezclándose con el frío sudor de la agonía. Y lo único que sentía en medio de esa pena y ese horror era el calor de esas lágrimas.

El ya había muerto, pero ellas seguían corriendo.
Y el padre Jiménez, grande, fofo, permanecía parado ante él y lloraba, lamentando la soberbia y obstinación de su amigo...

Tres días después de la muerte de Don Martín Canseco, que expiró sin recibir la extremaunción, el gobernador del Estado de Oaxaca, Don Benito Juárez, vestido con traje negro y camisa blanca que le había cosido Doña Margarita, se encontraba sentado en su despacho tras el escritorio.

En un sillón al lado de la pared, con las piernas estiradas y los brazos cruzados, se había ubicado el capitán de la Guardia Nacional Porfirio Díaz. Esperaba que el gobernador terminara de escribir.

Este se hallaba redactando una carta al obispo de Oaxaca.

“Ilmo. señor:

Constando a este Gobierno que el cura párroco de Zoochila, Don Andrés Jiménez, ha negado los sacramentos al finado alcalde de Tavehua, no queriendo que se le diese sepultura, so pretexto de que dicho funcionario no quiso retractarse del juramento que prestó a la Constitución Política de la República, y en virtud de las instrucciones que tengo del Supremo Gobierno de la Nación, he tenido a bien disponer que el expresado Sr. Jiménez sea traído preso a esta ciudad y remitido fuera del Estado, al lugar que el Excmo. señor Presidente determine.

Este Gobierno no puede ver con indiferencia hechos que, alarmando las conciencias de los ciudadanos, llegarían a alterar el orden público y, decidido a hacer respetar las leyes, no teme providenciar lo que el bien de los pueblos demande: si ve con aprecio y estimación al sacerdote evangélico que cumple religiosamente su santa misión de paz y moralidad, no vacila un instante en castigar al inquieto, que con sus actos predica odiosidades y trastornos; porque lo contrario importaría abandonar la sociedad a los destructores embates del primero que se interese en su ruina. Separado por tal motivo, dentro de pocos días el Sr. Jiménez, suplico a V.S.I. se sirva remitir a Zoochila otro eclesiástico que se encargue de aquella parroquia.

Protesto a V.S.I. mi aprecio y atenta consideración.
Dios y Libertad. Oaxaca, junio 22 de 1857.

Benito Juárez”

Juárez volvió a leer la carta y la puso en una carpeta especial de la cual el secretario extraía la correspondencia que debía ser remitida. El gobernador miró al capitán de la Guardia Nacional y Díaz, apoyándose con las manos en los brazos del sillón y con un fuerte y ágil movimiento, se puso de pie. Sonaron las espuelas.

— ¿Pues cómo piensa usted, amigo mío? — inquirió Juárez—. ¿Ya es hora?

— Hace tiempo que es la hora, Don Benito. Los rumores ya han llegado hasta él, pero él no cree que vayamos a decidírnos. Parece un medio muerto... Siempre cavilando...

— ¿Cuántos hombres ha alistado usted?

— Ochocientos.

— ¿Nada más? El tiene dos mil soldados entrenados.

Díaz se sonrió bonachona y condescendentemente. Esa sonrisa se veía rara en su rígido rostro gatuno.

— ¡El número no hace la fuerza, Don Benito, créamelo!

— ¿Cómo piensas hacer eso?

Díaz se acercó a la mesa, tomó una hoja de papel y la pluma y se puso a dibujar.

— Aquí está el cuartel, aquí la plaza, a la plaza salen tres calles chicas. Desde estas calles, particularmente desde los techos, vamos a tener en la mirilla las salidas del cuartel. No son más que dos. Tengo un centenar de buenos tiradores. Quiere decir que estarán impedidos para salir a la plaza, formar filas y entrar en acción. Ciertamente es que el cuartel tiene todavía una puerta de reserva: hacia el patio, pero éste es muy chico, ahí no tienen lo que hacer, y desde allí sólo se puede llegar a un estrecho pasaje sin salida. Estoy seguro que es allí adonde se lanzarán, romperán los cerros y empezarán a formar filas en los huertos. ¡Y aquí es donde les vamos a retorcer los cogotes!

— No quisiera, Porfirio, que se mate a alguien.

— Ellos tampoco lo quieren, Don Benito, puede

estar seguro. Depondrán las armas, otra cosa no les quedará por hacer.

— Pero es todo un regimiento.

— Los que están fuera de la ciudad, cuando se enteren, seguro que no van a patalear.

— ¿Quién irá conmigo?

— Yo, Don Benito. Félix desarmará a los soldados.

— Está bien.

Juárez extrajo del chaleco el reloj.

— El batallón de Félix debe bloquear las salidas del cuartel a las doce menos cuarto. Al mediodía en punto vamos a lo del señor Landa. Anda, Porfirio, imparte las órdenes. Todavía tenemos dos horas.

Juárez volvió a colocar pausadamente el rejoy en el bolsillo. Díaz salió.

Justo al mediodía el ayudante del coronel Landa, comandante de las fuerzas regulares del Estado de Oaxaca, hizo entrar al despacho de este último al gobernador del Estado, a Don Benito Juárez y al capitán de la Guardia Nacional, Don Porfirio Díaz.

El coronel Antonio Landa, un enjuto y canoso criollo de rancia estirpe militar, miraba con triste perplejidad a estos indios. Con Juárez por razones de servicio se veía constantemente. Ellos dos, propiamente hablando, eran los que personificaban el poder. Por lo demás y según la tradición él, como comandante de las tropas, era el poder real, mientras que el gobernador gobernaba en la medida en que él, el comandante, no se lo impedía. El señor Landa había recibido una educación estupenda y apreciaba sobremedida en otros el buen comportamiento. El menudo zapoteca con su invariable traje negro era en ese sentido irreprochable. La delicadeza algo rígida de sus movimientos, su entereza y conocimiento de la etiqueta epistolar y del trato hacían que el coronel transara con la descendencia del gobernador y la irresponsabilidad de su postura política. Que transara, claro está, hasta cierto punto. En todo caso no tenía la intención de emprender acciones fuera de lo común mientras los liberales seguían en el gobierno central.

Pero Díaz irritaba al coronel hasta más no poder. Ahora estaba ahí, al lado de la puerta y, parecería,

no hacía nada malo, con la cara impenetrable y los ojos respetuosamente bajos; estaba como se debía estar ante un superior, pero todo tenso, moviendo desapercibidamente los hombros por el exceso de vigor y el esfuerzo por frenar sus impulsos significando que podía abalanzarse sobre tí en cualquier instante... Juárez era un extraño; pero éste era más que un extraño, algo difícil de expresar...

El coronel señaló al gobernador la silla. Juárez, sin sentarse, miró inquisitivamente primero al coronel y después a Díaz. Aquél comprendió y con un corto ademán de la mano propuso asiento también al capitán.

— La acción que yo me propongo llevar a cabo como gobernador —dijo en tono sosegado Juárez— de ninguna manera está dirigida contra usted personalmente, Don Antonio.

— Me sorprende, Don Benito. Seguramente la acción de que usted habla se refiere a la situación de las tropas en el Estado. ¿No es así? Conociendo su alto respeto de las leyes y su fina sensibilidad para apreciar la situación, la nobleza que caracteriza su persona, yo tenía la convicción de que cualquier acción de tal naturaleza, Don Benito, sería acordada conmigo. Usted, mientras tanto, lo que quiere es, si no he comprendido mal, comunicarme simplemente su decisión.

— Precisamente de eso se trata, amigo mío, que por tradición y no por ley, por tradición precisamente es que en la mayoría de los Estados hay una dualidad de poderes. Con vuestro gentil permiso yo me extenderé un poco. Sé que usted es un patriota sincero y no dudo en que me comprenderá.

Juárez calló. El coronel se dispuso a escuchar inclinando respetuosamente su plateada cabeza. Díaz observaba con curiosidad infantil a los interlocutores.

— Me permitiré recordarle, Don Antonio, que muchas de las desgracias que soportó México durante los últimos treinta y cinco años se debieron a que en el país existían de hecho tres poderes a la vez: el poder civil, el militar y el eclesiástico. El único poder legítimo siempre fue el poder civil, que precisamente resultó ser el más débil. Eso conducía a las dictaduras tiránicas de los generales apoyados por la iglesia. El Pre-

El **residente** Alvarez alejó a la iglesia de la intromisión en los asuntos del gobierno. Llegó el momento de poner fin a la dualidad de poderes en los Estados.

Al principio el coronel escuchaba al gobernador con bastante serenidad. Pero el nombre de Alvarez lo puso furibundo. Levantó la cabeza; su rostro había perdido la expresión de respetuosa predisposición. Miró a Díaz y vio que aquél se puso en tensión al instante, apoyó las manos en las rodillas y recogió las piernas como disponiéndose a dar un brinco en cualquier momento. Juárez hablaba sosegada y desapasionadamente.

“Me va a volver loco con su elocuencia de abogado”, pensó Landa. “¿Cuándo se va a acabar este sinfín de trivialidades?”

El mayor deseo del coronel en este instante era llamar al ayudante y ordenarle poner bajo vigilancia a estos dos: al demagogo y al bandido. Y después comunicarle a Comonfort que el gobernador había planeado un motín... ¿Comonfort no le creería? ¡Pues, al diablo con él! No podía soportar más esta humillación de escuchar banalidades.

“Ya ha perdido el equilibrio. ¡Magnífico!”, pensó Juárez.

Lo que más temía era que el coronel se comportara con serenidad, firmeza, reclamara una orden del Presidente a nombre suyo, apelara al Ministro de Guerra. En una palabra, que iniciara un largo procedimiento legal. Sería difícil negarle eso. Someter sin suficiente fundamento a arresto al jefe de las tropas del Estado Juárez no deseaba en extremo, pues ello sacaría de quicio al generalato y sentaría un peligroso precedente de violación de la ley.

Pero parecía que la cosa se aproximaba a una culminación favorable.

— Todo lo que usted ha tenido a bien exponerme de manera tan extensa yo lo conozco —dijo Landa con reserva—. ¿Pero qué es lo que usted quiere de mí?

— Propuse al Presidente retirar de Oaxaca las fuerzas regulares.

— ¿Usted quiere abolir el ejército mexicano?

— ¡Cómo puede ser eso, mi amigo! —expresó Juárez con voz casi insinuante—. Lo que yo quiero es que

el ejército cumpla su función directa: la de defender al país del peligro exterior. Y que del orden interno se encarguen la policía y la Guardia Nacional. Oaxaca no está amenazada por ningún enemigo exterior y por eso yo consideré que la permanencia de vuestra brigada aquí es innecesaria.

— ¿Y qué es lo que le contestó el Presidente?

— El decidió de otra manera: suprimió el cargo de comandante poniendo las unidades militares bajo el mando del gobernador. Usted debe marchar a Méjico para una nueva designación. Está demás decir que yo enviaré al residente una carta oficial con la más alta conceptualización de vuestras dotes y vuestra fidelidad.

El coronel se levantó. Díaz también. Juárez miraba con serenidad al seco rostro de Landa que acababa de experimentar un tique.

— Yo no recibí del Presidente ninguna clase de indicaciones de esa índole —dijo Landa mirando por encima de la cabeza del gobernador.

“¡Cuidado! ¡Ahora va a entrar en cuenta qué es lo que tiene que hacer!”

La mirada de Juárez chocó con la del coronel.

— La carta del Presidente la tengo aquí en el bolsillo, Don Antonio. ¿Se la muestro o alcanza con lo que le dije?

“¡Por el amor de Dios!”, lanzó Landa en lo interno un quejido de indignación. “¡Este indio sucio me está provocando!”

En voz alta dijo:

— ¿Y si doy la orden de arrestarlo por agraviar al ejército?

— Eso no sería sensato, amigo mío. Cerca de aquí nos espera una compañía de la Guardia Nacional. Pronto empezarán a preocuparse por nosotros...

— ¡Una compañía...! ¡Yo llamaré al Primer regimiento!

Díaz se estiró y juntó los talones. Sonaron las espuelas.

— Los cuarteles del Primer regimiento están bloqueados, señor coronel.

— ¿Es una rebelión?

— No, es el cumplimiento de una orden del Primer Magistrado de la República, amigo mío —dijo Juárez con suavidad—. Yo no dudaba de vuestra lealtad, pero conocía también el vigor de vuestro temperamento. Quería resguardarlo de un mal paso.

— ¿Estoy arrestado?

Juárez se levantó.

— Parece que usted no me entendió, señor coronel. Junto con usted estamos cumpliendo una orden del Presidente. ¿De qué arrestos está hablando?

Landa se dejó caer en el sillón y se aferró con los dedos trenzados al borde de la mesa. Tenía los dedos largos, finos y hermosos.

— No se moleste en escribirle cartas al señor Presidente, mi querido amigo —dijo—. Yo pasaré a retiro. Estoy cansado. Cansado de los abogados, indios, mestizos que se han convertido en grandes personajes. Estoy cansado de tener que consentir el desenfreno de mis soldados para que me hagan caso. Estoy cansado de servir a quienes detesto. Cansado de ver que el glorioso virreinato erigido con las manos de mis antepasados se ha transformado en un teatro de feria. Ayer ese payaso de Santa Anna, hoy estos charlatanes. ¡Al diablo todo! ¡Me voy!

Acompañó a Juárez y a Díaz hasta la puerta del despacho, haciendo una reverencia en señal de despedida.

El gobernador y el capitán salieron a la calle. Los guardias nacionales, al verlos desde lejos, les saludaron agitando los quepis blancos.

De pronto Días se detuvo. Una sonrisa feliz hizo que su rostro pareciera más ancho y bonachón.

— ¡Don Benito! ¡Usted todavía no ha visto mi nuevo revólver!

Forzó la pistolera y extrajo el arma.

— ¡Mire! ¡Un revólver del sistema Colt! No hace mucho que los empezaron a fabricar en Estados Unidos. Pude conseguir uno para mí y otro para Félix. ¿Ve? El tambor gira, y cada vez se puede hacer el disparo sin necesidad de volver a cargar.

Se sentía dichoso. Juárez lo miraba risueño alzando las cejas.

— ¡Te felicito, Porfirio! ¡Cuánta suerte! ¡Una nueva pistola!

— Un revólver, Don Benito —corrigió Díaz...

El 22 de octubre por la madrugada el Presidente Comonfort recibió de Puebla un parte en el cual se le hacía saber que el comandante militar general García Conde había sido arrestado esa noche en el momento del sueño por los oficiales del Segundo regimiento de línea hermanos Montesinos. El coronel Miramón, amenazando con armas, obligó al general a dar la orden a que la guarnición cesara la resistencia que oponía a los rebeldes. El primer batallón del Segundo regimiento de línea bajo el mando del capitán Leonidas de Campo, decía más adelante el parte, se plegó al motín. Al momento las fuerzas rebeldes no pasaban de 1500 hombres.

Comonfort leía el parte parado, en bata, al lado del escritorio. Su rostro cuadrado, hinchado después del sueño, se constreñía en una mueca de desprecio. Después de la lectura entrecerró los ojos y tiró el papel sobre la mesa. "Aventureros... Jugadores de poker... Juárez tiene razón: renunciar a los fusilamientos va a ser imposible... ¡Dios mío! ¿Cuándo acabará todo esto?"

¿Qué quieren ellos?
(22 de octubre de 1856)

Después de haber sido derrotados en la votación sobre la tolerancia, los radicales no perdieron los ánimos. A fin de cuentas era la única derrota. Todo lo demás había resultado bien... Todo lo demás, a excepción de...

El diputado Olvera era una persona desconocida para muchos. Estuvo guardando silencio durante muchos meses. Pero ese día de octubre de 1856 pidió inesperadamente la palabra.

Ese día en las galerías destinadas al público apareció la imponente figura de Comonfort. Trajéronle al Presidente un sillón, y él se puso a escuchar los discursos de los diputados apoyado en el respaldo y

con el mentón clavado en el pecho.

El diputado Olvera, de baja estatura y alargada cara inexpresiva, antes de comenzar permaneció largo rato mirando con toda atención al Presidente. Comonfort, al percibir su mirada y extrañado por el prolongado silencio, alzó la cabeza.

Entonces Olvera empezó con voz grave y pausada:

— Es sorprendente lo bien que sabemos olvidarnos de cosas totalmente indispensables pero difíciles de cumplir. ¿Hace mucho que escuchamos las sabias palabras y propuestas del señor Arriaga para olvidarnos de ellas? ¡Es asombroso, señores!... Desde que fueron muertos los Graco, las leyes agrarias eran un recurso al cual los legisladores acudían con menos frecuencia, a medida que se difundían la cultura y el respeto por los derechos del hombre... Pero negar la reforma mínima en 1856 es el modo más seguro de provocar en lo sucesivo una crisis que realizará la reforma máxima por una revolución global... Hace más de diez años que en escritos, anónimos unos y firmados otros, estoy inculcando a los ricos la idea de que ellos mismos, si fuese posible, dirigieran el drama, sacrificando una corta porción de sus intereses para salvar el todo, en vez de gastarlo en necias revoluciones y resistencias armadas, buenas a lo más para disminuir temporalmente la acción, pero nunca para aniquilarla; y creo firmemente que, si me hubieran escuchado, dormirían hoy con la conciencia tranquila y seguros en la posesión de sus haciendas.

Olvera, sin parpadear, fijó su mirada en los ojos de Comonfort, y éste se inclinó hacia adelante, frunció el ceño y apretó las mandíbulas.

— Lo mismo he dicho a gobiernos pasados, y lo diré con más razón al actual. Si el gobierno se para, tendrá su jefe la suerte de Luis XVI, sucumbiendo a la execración de todos los partidos que representan la revolución. Ha de saber el señor Presidente y el Congreso también que las providencias parciales son contraproducentes y las revoluciones a medias, catastróficas. El enemigo combatirá la mitad con la misma terquedad que el todo. Tanto las promesas como las amenazas de la reforma flamean ya y se ha avanzado dema-

siado lejos para retroceder. La política contemporizadora es, pues, la más peligrosa de todas... Vuestra soberanía y el gobierno mediten seriamente sobre los peligros y la necesidad de conjurarlos, y los ricos, meditando también sobre sus verdaderos intereses y sobre la parte de justicia que hay en sus riesgos, ayuden al poder público y a la Patria con la mejora de la clase pobre y con resolver definitivamente una cuestión social que va tomando proporciones tan gigantescas como amenazantes... La coalición es siempre posible, pero a condición de no aplazar las concesiones hasta el día fatídico en que se han de efectuar por la fuerza. Pero hay que dejar bien claro: de agravarse el problema hasta tal punto, la responsabilidad será de los contemporizadores.

Comonfort se levantó. Apoyándose con sus manos en la balustrada de la galería se puso a mirar sin apartar la vista, de arriba abajo, al menudo y ensimismado personaje, al diputado Olvera, que apareció por un instante en la abigarrada página de la historia para pronunciar su sentencia y desaparecer.

— Sí, las promesas flamean... —dijo con una expresión despectiva y triste a la vez Comonfort—. Sí, se han hecho mucho más promesas de las que México puede dar. Pero las promesas no las hice sólo yo, no las hizo sólo el gobierno... ¡Las promesas las hicieron todos! Esa es la desgracia. Eso no es generosidad, es irresponsabilidad. Se está discutiendo la Constitución del país, y yo soy el primero que tendrá que prestarle juramento. ¡Y como quisiera hacerlo con el corazón contento y no apretando los dientes! Hay que tener juicio. La Constitución no puede prometer más de lo que puede dar...

Se irguió y apartó la mirada de Olvera.

— ¡Señores diputados! Lamento tener que comunicarles que debo vestir nuevamente el uniforme y montar a caballo. En Puebla ha estallado un motín. El coronel Miramón avanza sobre Méjico. Les deseo éxito en la continuación de los debates.

Luego se dio vuelta. Los ayudantes empezaron a abrirle paso entre el gentío...

— El no me escuchó —dijo Olvera a Melchor Ocam-

po—. Piensa que lo más grave es Miramón.

— A Miramón lo aplastará. ¿Pero hasta cuándo seguirá esto?

— Hasta que extirpe la raíz del mal.

— El no está en condiciones de hacerlo. Está bajo el hechizo de su idea sobre la conciliación universal.

— Entonces sucumbirá.

Esa noche Arriaga habría escrito a Juárez: "El doliente discurso de Olvera no produjo ninguna impresión en el Presidente. Mentalmente éste ya se encontraba allí, en Puebla, en el campo de batalla. Pienso que ni siquiera oyó algo. En general, de todos nosotros al único que escucha es a usted, querido amigo mío. No dudo que regresará con la victoria. Pero es imposible vivir en permanente estado de guerra civil. La Constitución será casi perfecta, pero me temo que nuestro absurdo sistema económico la reducirá a la nada. Y es precisamente el sistema que el Presidente no desea tocar. Temo que nuestros meses de batalla hayan sido vanos. ¿No es hora de que usted regrese, entrañable amigo mío?"

Juárez sonreiría con esta frase. La noticia del motín le había llegado un día antes. Llamó al capitán Porfirio Díaz y dio la orden de poner en estado de alerta a la Guardia Nacional.

Pero se habría sonreído porque el mismo no sabía si quería o no regresar ahora a Méjico. Por primera vez después de muchos años estaba viviendo en su casa con su familia. Doña Margarita esperaba un niño. Mas no era por eso...

¡Cuántos años hace ya —casi medio siglo— que Méjico era empujado, exhortado, orientado, arrastrado! Y el país con fe y pasión respondía a las exhortaciones, se sometía a la presión y creía en las promesas. Ahora a Juárez le daba la impresión que, desde los tiempos de Hidalgo y Morelos, nunca tuvo la ocasión de expresar sus verdaderos deseos. Cuando a Hidalgo, y después a Morelos, apoyaron decenas y centenares de miles de personas, todo estaba claro. Nadie las obligaba a incorporarse a los destacamentos guerrilleros, ni tampoco se esforzaba mucho en convencerlas de que lo hicieran. Iban solos porque querían ique-

rían de verdad! acabar con el poder de los gachupines. ¿Pero después? ¡Cuánta demagogía, amenazas y promesas hubo! ¿Qué es lo que de verdad quiere México?

Regresaba del palacio gubernamental al atardecer. Cenaba. Y se iba a su gabinete. En la casa había silencio. Los niños ya iban a dormir. Le parecía haber alcanzado la cima y prepararse a hacer un recuento de la vida. Había cumplido cincuenta años. Escribía sus notas biográficas y pensaba. En estas dos horas de sosiego se distraía de sus preocupaciones cotidianas de gobernador y pensaba sobre cosas más generales.

Y hoy, depositando a un lado la carta de Arriaga, volvería a pensar que, tal vez, era hora de darle a Méjico la posibilidad de expresar su voluntad. ¿De qué manera? Esto todavía no lo sabía. Si se pudiera hacer callar a todos los políticos ¡a todos! por varios meses... o siquiera a los más influyentes y activos... ¡Es una fantasmagoría! Y sin embargo... Por primera vez en su vida el horizonte llegó a cubrirse de una niebla irritante y aprensiva. Aquí al lado, en su Estado, todo era claro. Pero más allá, donde estaba la capital, el país... La irreductible tenacidad de los radicales en el Congreso, que otra vez condujo a un triunfo ilusorio, por lo demás infundado; la porfía igualmente irreductible de los conservadores convencidos de su infalibilidad; la ingenuidad heroica de Comonfort al cual, empero, la mayoría reconocía como líder suyo, y, por último, la comprensión de que todo eso no era más que la tormenta sobre la superficie del agua; eran las ondas, rizos o, si se quiere, las olas de la marejada; pero debajo de ella, en las capas inferiores, se extendía una oscura e impenetrable sima. ¿Y qué hay allí? El siempre tuvo fe en su intuición de indio de Guelatao, en su conocimiento de esos seres, pues era uno de ellos. Pero esa fe ahora vaciló. Veinte años hace que no vivía con ellos, sino por encima de ellos, enseñándoles, defendiéndolos... Se hizo político. ¿Puede fiarse en sí?

Si se pudiera apartar a un lado y mirar desde la distancia a este bullir de pasiones e ideas...

Sabría que tras la puerta, en el dormitorio, Margarita, sentada frente al espejo y con ayuda de una muchachita india, recogía para la noche sus largos y pesa-

dos cabellos negros. Claro está, ella no era ya la joven-cita fuerte y alegre de los tiempos en que se casaron. Tenía ahora treinta años, y le había dado siete hijos. Se hizo más pesada y lenta, pero seguía siendo bellísima: su rostro que revelaba seriedad y bondad, su fina tez sonrosada y morena, sus hombros lisos y brillantes, que aparentaban ser duros, pulimentados, pero que en realidad eran tan tiernos y cálidos, todo su cuerpo bien plantado...

Don Benito golpeó con fuerza con el cigarro apagado en el borde del cenicero, sacudió la ceniza y volvió a encenderlo. Las fosas de la nariz se dilataron, oliendo con placidez el humo. Los buenos cigarros era el único lujo que se permitía.

Miró la puerta del dormitorio. No, todavía era temprano.

Esas últimas semanas de 1856 dejó de reconocerse a sí mismo, se desacostumbró de sí. Hasta hace poco se sentía contento de no sesionar en el Congreso. Ello daba la posibilidad de evaluar la situación sin meterse en disputas y reyertas, sin mediar cuestiones de satisfacción o disgusto personal. Ahora dudaba de la bienaventuranza de esta posición. De repente y sin razones vistas perdió la orientación. Su intuición le decía que termina algo: una época, un período, que terminan los destinos de unos y comienzan los de otros, que la vieja política se agotó. Ahora la vida del país se le presentaba no en la forma de una impetuosa corriente, sino como un agitado y oscuro remolino en el cual, entrelazándose, circulaban con brío corrientes grandes y pequeñas, iban al fondo y afloraban a la superficie, pero todo eso en un reducido espacio, era eso una bulliciosa inmovilidad. Presentía con la intuición del pequeño indio de Guelatao que se aproximaba una pausa. ¿Una pausa? ¿Con tantos acontecimientos? El Congreso, los motines, las reformas... No podía explicarse esa sensación, pero ella no lo abandonaba y martirizaba. Exteriormente era activo, firme, enérgico. Pero en sus adentros sabía: ahora lo que más domina en él es la perplejidad y la confusión. Cada vez con mayor frecuencia se le aparecía el enorme lagarto anaranjado sentado en la caliente piedra negra. Todo lo que se

quisiera podía leerse en su escamosa faz: oculto rencor, sabiduría, bondad, indiferente desprecio. Del entre-cerrar de los ojos o del giro de la cabeza de quien miraba dependía qué era lo que se podía leer en el rostro del lagarto.

El campo verdeamarillento del maíz por madurar, las laderas calcinadas de las colinas y un candente y seco silencio rodeaban a Benito Juárez. Nunca había sido tan fuerte la tentación de quedarse al amparo de ese silencio: estaban la casa, el cigarro, los niños, el entrañable rostro severo y los brillantes hombros morenos de Doña Margarita... Nunca antes con tanta excitación, lindante con el horror, no había sentido Juárez ese misterioso giro que se estaba operando en los destinos del país. Y a él, Juárez, le correspondrá tomar decisiones antes inalcanzables y desconocidas... Así como en la niñez sentía el andrajoso niño que andaba por las montañas los cambios de tiempo y de estaciones del año, de la misma manera percibía ahora Don Benito ese cambio.

No le alcanzaban más las fuerzas para soportar la angustia y el miedo ante los acontecimientos que se avecinaban. Puso el cigarro en el cenicero, se levantó, se ajustó el cinturón de la bata, se acercó a la puerta del dormitorio y golpeó.

Doña Margarita, que estaba sentada sola frente al espejo, se dio vuelta, le sonrió con su boca grande y de ángulos algo levantados y apretó con la mano el encaje del camisón al lado de la garganta.

El rostro de Don Benito perdió su rigidez geométrica. Sólo expresaba un éxtasis infantil y pícaro benevolencia...

Los jugadores de poker

El 25 de octubre al mediodía las tropas rebeldes formaron fila en la plaza frente al palacio. Los soldados llevaban crucifijos colgados por encima del uniforme, algunos tenían prendidas imágenes santas de papel. Después que el coronel Miramón con sus acompañantes pasó revista a la tropa, en la plaza se presentó una

procesión de monjas. Llevaban una bandera blanca con una ancha cruz roja. La turba gritaba. Después tenía que oficiarse una misa.

Alrededor de la una a Miramón se le acercó el ayudante y le susurró algo al oído. El rostro alegre e infantil del coronel quedó de repente tieso. Dio vuelta la cabeza hacia el lado donde se encontraba parado el teniente coronel Reyes y le dijo:

— Se están acercando...

No se había imaginado que Comonfort pudiera reaccionar con tanto brío...

Miramón no pudo marchar sobre Méjico.

Comonfort en veinticuatro horas reunió cuatro mil bayonetas y sables con treinta cañones y los enfiló a marcha forzada hacia Puebla.

Por la tarde del 25 de octubre se escucharon en la ciudad los primeros cañonazos y las primeras balas hicieron blanco en los muros de las casas. El general Zuloaga hacía entender que, en caso de resistencia, no se daría cuartel a los obstinados.

Comenzó el segundo sitio de Puebla...

El 19 de noviembre Zuloaga emprendió un asalto al monasterio de la Concordia, uno de los principales puntos de apoyo de los sitiados. Miramón sacó hacia adelante defensas de tierra con la intención de sangrar al enemigo antes de que el combate se desplazara al interior del monasterio.

La bandera blanca con la ancha cruz roja flameaba sobre una larga trinchera ocupada por los soldados del primer batallón del Segundo regimiento de línea, los preferidos de Miramón.

Este iba por la trinchera intercambiando frases con los soldados y mirando de vez en cuando en dirección al adversario. El retumbar de los cañones era cada vez mayor. Las balas se hundían con fuerza en los parapetos o sobrevolaban las trincheras.

Miramón llegó al lugar donde se encontraba clavada en el parapeto el asta de la bandera. Prestó oído a lo que pasaba en derredor y pegó un salto ganando el borde de la trinchera para mirar hacia atrás, en dirección al monasterio. El muro gris, de piedra, aparecía aquí o allá despidiendo nubecillas blancas de polvo:

una de las baterías de Zuloaga había trasladado el fuego hacia allí.

— Hace poco ellos destruyeron en Méjico el monasterio de San Francisco —gritó Miramón— en el que nuestros antepasados rezaban durante siglos, en el que hablaban santidades... Si no los detenemos acabarán por destruir todos los templos de México, destrozará todas las campanas, hollar las tumbas de nuestros padres, matar a todos los sacerdotes y prohibirnos llevar el crucifijo. ¿Qué ha de pasar con nuestras almas, amigos? ¿Qué le diremos al Señor en el momento de comparecer ante él cuando nos llegue la muerte? ¿Que por cobardía y por falta de fe no pudimos defender su morada y a sus servidores? ¿Qué le decimos a San Jorge, nuestro general en los cielos? ¿Que no fuimos dignos de llamarnos soldados y varones? ¿Qué me dirá?...

En ese instante una bala de cañón partió con un fino crujido el asta de la bandera y, zumbando, pasó al lado de Miramón.

Los soldados miraban con horror el emblema tirado en la arena.

Dando un fuerte salto Miramón apareció en el otro lado de la trinchera, salió al parapeto y levantó la bandera tomándola por lo que quedaba del asta. La sostenía no muy alto, con las manos dobladas, y el paño le cubría el hombro izquierdo.

— ¡Traed un nuevo asta! —gritó.

Dos soldados se lanzaron en dirección al monasterio.

El extraño abanderado no dejó de ser percibido en las filas del adversario. Las balas empezaron a caer cada vez más compactas en la parte del parapeto en cuyo centro se encontraba el hombre con la bandera.

— ¡Don Miguel! ¡Bájese! —gritó corriendo por la trinchera De Campo y tratando de alcanzar con el caño del fusil la bota de Miramón— ¡México lo necesita! ¡Bájese!

Miramón no lo miraba. Sentía el golpeteo de la bandera flameante al lado de su oreja. Le parecía escuchar el susurro de múltiples voces fuertes y delicadas. "No me pueden matar. No lo mataron a Bonaparte cuando corría aquella vez por el puente... con la ban-

dera... Tampoco me mataron a mí la vez que ascendía al cerro allá en Acatlán... Están sólo probando puntería, en cambio los míos ya llegaron al monasterio... No les permitiremos que nos arrebaten las moradas del Señor... No les permitiremos... Si me matan es mejor que sea con la bandera..."

El coronel Miguel Miramón apretaba con las manos tiesas el asta quebrada tratando imperceptiblemente de apoyar en la cadera la filosa punta del trozo. Miraba directamente allí, frente suyo, donde se hallaban sin ninguna cobertura en un pequeño claro del follaje tres baterías de Zuloaga. Se encontraban sin cobertura porque él, Miramón, no tenía artillería, porque sus seis cañones estaban diseminados por todas las posiciones, y eso era lo mismo que nada... Miraba directamente delante suyo y se veía a sí mismo parado inmóvil con la bandera en la mano, veía cada rasgo de su rostro, el lunar en la mejilla izquierda, la estrecha barbilla oscura que se había dejado ya durante el sitio. Veía con qué orgullo y coraje se encontraba parado en el parapeto donde silbaban las balas el coronel de 25 años Miramón que había tomado conciencia de su misión... "A mí no me pueden matar... No me pueden matar... A él no lo pueden matar..." Los soldados, encogidos, tiraban del asta quebrada que él tenía en las manos.

-- Señor coronel, aquí está... Hay que poner en él la bandera... Señor coronel...

Miramón abrió despacio los dedos y bajó del parapeto.

A las dos horas la infantería de Zuloaga había ocupado la posición que el primer batallón del Segundo regimiento de línea tenía en su poder. Después de emplazar sus baterías allí donde recién había estado con la bandera el coronel Miramón, Zuloaga empezó a perforar con fuego concentrado el muro.

Al atardecer el combate se trasladó al interior del monasterio; se luchaba en las galerías, en las celdas.

En derredor de la iglesia destruida por el impacto de los cañones yacían desparramadas en el suelo las figurillas de ocho pulgadas de los santos hechas con arcilla calcinada. Los soldados se arrastraban bajo el fuego hacia el lugar y juntaban éstas para guardarlas en sus

mochillas y rezar ante ellas...

El 5 de diciembre de 1856 Puebla cayó.

En ese mismo tiempo los escuadrones indios de Tomás Mejía fueron desalojados de Querétaro y volvieron otra vez a las montañas.

El padre Francisco Miranda, con el fusil al hombro, marchaba al lado del general al frente del ejército en retirada.

La vieja lógica

En octubre de 1857 en las elecciones celebradas en base a la nueva Constitución Comonfort fue elegido Presidente y Juárez salió Presidente de la Corte Suprema de Justicia, lo cual lo transformaba automáticamente en Vicepresidente de la Nación.

El 23 de octubre el gobernador del Estado de Oaxaca recibió de Comonfort una carta reclamando urgentemente su presencia en la capital. En ella le solicitaba ocupar sin tardanza el puesto de Ministro de Gobernación.

Esto era algo más que inesperado. La policía y la Guardia Nacional, que dependían del ministerio, ponían a Juárez en una situación exclusiva. ¿Para qué necesitaba esto Comonfort?

Juárez veía clara una cosa: Comonfort, igual que él, Juárez, presiente los sucesos futuros y el instinto de conservación lo impulsa a dar ese paso. Quiere tener al lado un hombre que no lo traicionará y en el que pueda depositar plena confianza. Tiene fe en mi honestidad. Y yo no lo defraudaré. Me podré ir, pero no traicionar.

¿O sabe de algo que le inquieta y quiere asestar el golpe con ayuda mía? ¿Un nuevo motín? ¿Una conspiración en la capital? ¿Una conjura militar en la guarnición? Entonces le es necesario un hombre fiel que controle la Guardia Nacional. A Baz lo tendrá que sacar del puesto: la Constitución no permite que un diputado del Congreso ocupe cargos... Baz es decidido, pero alocado. Es por naturaleza conspirador y no un político. Pero ¿acaso un conspirador no puede ser un hombre político? No. Son seres distintos, mentalidades

diferentes. La conspiración es un recurso de los débiles. El político debe saber medir las fuerzas. El conspirador puede triunfar, pero no puede crear un sistema, una sociedad, un estado. O después de la victoria los conspiradores ceden el lugar a los políticos que gozan de apoyo, o siguen comportándose como conspiradores, y entonces el país comienza a vivir conforme a los principios de la conjura y la conspiración. Eso deforma las almas y la mente de los ciudadanos. La sociedad que vive como una enorme conjura no es una sociedad ni es un estado. El conspirador puede tomar el poder pero no puede gobernar. Dejemos, sin embargo, esto a un lado. En la carta, dicho sea de paso, está dicho: "Me ayudarás también a calmar algunas pretensiones de la familia liberal, peligrosas en la difícil crisis que atravesamos; y, por último, para que estés al tanto de la situación y el conocimiento de ella que facilite el despacho de los negocios para cuando como Presidente de la Corte Suprema, tengas que encargarte del Mando supremo de la Nación, porque así lo exija mi falta de salud o alguna otra causa grave..."

Tiene miedo. Tiene mucho miedo. ¿De qué? ¿Ahora que triunfó en las elecciones? ¿Ahora que los conservadores han sido derrotados?

Juárez recordó el rostro de Comonfort que revelaba confianza en sí mismo y su comportamiento sereno durante la última conversación que tuvieron antes de marcharse él, Juárez, a Oaxaca. Entonces parecía que el Presidente se había hecho dueño absoluto de la situación. Desde entonces pasaron casi dos años: se sucedieron motines que quedaron aplastados mostrando a los conservadores que en el aspecto militar no tenían posibilidad alguna; un agitado, pero totalmente exitoso para los liberales Congreso... ¿Qué es lo que pudo asustarlo? ¿Las pasiones que dominaron en el Congreso...?

Juárez no quería marcharse. Los asuntos en el Estado iban bien. El amor de Doña Margarita, sus hijos hermosos y buenos... Si no fuera por el miedo de Comonfort habría recapacitado más de una vez antes de aceptar el portafolio de ministro... Pero la carta del Presidente, con la rúbrica de "confidencial", reflejaba una sensación de soledad tan horrenda y un presentimiento

de tales catástrofes futuras que él, simplemente, no podía quedarse en Oaxaca, lejos del nudo de los acontecimientos. La zozobra le carcomía el alma.

Le torturaba el vago presentimiento de que llegaba a su fin la existencia que estaba llevando. Todo lo vivió: el exilio, la guerra, el desempeño como ministro y después como gobernador lo veía como desde lejos, como unas pequeñas figurillas, y todas ellas eran él, Juárez, pronunciando discursos, cabalgando, escribiendo... Y todo eso era insignificante y nada peligroso en comparación con lo que le esperaba por delante.

Estaba sentado tras su amplia y limpia mesa en el gabinete de la casa. Era una tarde avanzada, una de esas muchas tardes avanzadas de este año, y el manuscrito de las notas que componía para sus hijos lo tenía delante suyo. Estaba sentado y, forzando la vista, trataba de ubicar el nombre de aquél que podría ser el escudo que lo resguardaría del futuro, del papel, de la carga que le esperaba: ¿Ocampo? ¿Prieto? ¿Degollado? ¿Lerdo? No, no, no...

Iba dando vueltas con los dedos el cigarro apagado. Dos velas ardían en pesados candelabros de plata. Detrás de dos paredes —pasando a la habitación contigua— dormían sus hijos. La mayor, Manuela, tenía catorce, mientras que el pequeño Beno recibía el pecho de Margarita.

Doña Margarita entró en el gabinete con su largo camisón blanco, lo besó, inclinándose, en su fuerte y corto cuello, extrajo de los dedos el cigarro, lo tomó por la mano y lo condujo atrás suyo. El iba sonriendo confuso y alegre.

En los tres días que pasaron después de recibida la carta presidencial ella le cosió dos nuevas camisas de tela...

El 27 de octubre de 1857 el Vicepresidente de la República, Don Benito Juárez, salía de la carroza en la plaza principal de Méjico frente al palacio presidencial. Antes de entrar se detuvo un minuto mirando atentamente este largo edificio gris, sus balcones y ventanas.

La plaza estaba repleta de gente, al lado pasaban los carruajes. Nadie prestaba atención al indio de baja

estatura que, con la curiosidad del hombre de provincia, contemplaba el palacio.

Los soldados de la guardia lo conocían y le saludaron levantando los fusiles cuando él cruzó la entrada.

Comonfort lo soltó después de estrecharlo en sus potentes brazos y Don Benito, dando un paso atrás, fijó los ojos en el rostro del Presidente. La expresión de esperanzada alegría que apareció por un instante en este rostro en el momento del encuentro cambió muy pronto por la que le era corriente y ahora ya inalterable de irritante zozobra. Juárez se sintió mayor, más firme y más fuerte que este poderoso hombre plantado ante él en sus macizas piernas.

— ¿Tú ves algo? — preguntó Comonfort mostrándole las anchas palmas de sus manos — ¿No ves? ¡Nadie ve nada! ¡No ven que estas manos están encadenadas! Soy impotente. Hemos hecho la revolución de Ayutla y ganado la guerra sólo para privar al Poder Ejecutivo en el país de todo significado. ¡Para lo que sirvió el esfuerzo!

— El Congreso recién acaba de concederte facultades dictatoriales en caso de crisis.

— ¿Crisis? ¿Y quién va a decidir si ha llegado esa crisis o no? ¡Ellos! ¡Esos charlatanes que no responden por nada! ¡Mientras tanto México vive en estado de crisis casi 50 años, desde el momento en que Hidalgo hizo sonar su famosa campana!

— Señor Presidente ¿usted, parece, se atreve a ironizar sobre cosas santas para la Nación? En presencia del Ministro de Gobernación ello no está exento de peligro.

— ¿Te ríes? ¿Te viniste de tus lejanos lares muy contento? ¡Veremos como te sentirás dentro de tres días!

Comonfort se aproximó a Juárez.

— ¡Estamos en la miseria, Benito! ¡Somos unos pordioseros! ¡No tengo con qué pagar al ejército! Es una suerte que Zuloaga me es fiel y los soldados lo quieren...

— Eso no tiene nada de bueno, mi querido amigo. Eso es malo.

— No comprendo tus bromas.

— No hago bromas. No se puede gobernar la República en 1857 en base a la fidelidad personal de quien sea al Jefe de Estado. El ejército debe ser fiel a la Constitución, al principio y no a la persona.

— ¡Esas son palabras! ¡Puras palabras! ¡La Constitución...! ¡Pesa sobre mí como una piedra! Vidaurri, que en su Nuevo León se siente como un rey, conquista y se anexa a Coahuila. ¡Confunde el principio del federalismo con el feudalismo! Yo mando entonces al general Garza a poner orden. Vidaurri envía contra él a un condotiero suyo, al coronel Zaragoza, y éste derrota las fuerzas gubernamentales. ¡Fuerzas gubernamentales ¿me oyes?! Es una rebelión que hay que aplastar por todos los medios. ¿Y qué? ¡El Congreso se pone del lado de los rebeldes! Tu estimado Ramírez, ese diablo ateo, pudo convencer a los sesudos guardianes de la libertad que Vidaurri actuó en bien de la República. ¿Y yo debo soportar eso? ¡Ellos pueden partir la República en pedazos y siempre van a encontrar quien los defienda en esa pandilla de charlatanes!

— Pero el Congreso no te impidió pacificar a Puebla.

— ¡Cómo iban a hacerlo si estaba de por medio el propio pellejo! Si Miramón hubiese llegado a la capital, no podrían seguir sesionando mucho.

— La democracia tiene sus inconvenientes para el Poder Ejecutivo. Pero Vidaurri es nuestro aliado. Se plegó de inmediato al plan de Ayutla y salió en el cincuenta y cuatro a ayudarte...

— Piensa sólo en sus propios intereses...

— Es posible que el Congreso haya actuado en este caso imprudentemente. Pero su presencia es la única garantía contra la dictadura. Tú ya tuviste que elegir una vez entre el despotismo y la democracia. Elegiste la democracia y luchaste por ella. El Congreso es tu prohijado.

— ¡Sí! ¡Y ahora ellos hacen recordar a los fratricidas.

— Pero la alternativa es una: el despotismo.

Comonfort clavó el mentón en el pecho.

— A veces —dijo en voz baja— comienzo a envidiar a Santa Anna y pensar que tenía razón.

Miró a Juárez, pero nada pudo leer en el rostro de Don Benito.

— ¿Por qué no dices nada?

— La prueba de la ley suele ser más difícil que la prueba de la ilegalidad.

— ¿No te parece que Santa Anna introducía en su gobierno muchos vicios personales que nosotros tomamos por vicios de un fuerte Poder Ejecutivo?

— Pues la desgracia reside precisamente en que después no se pueden distinguir los unos de los otros.

Comonfort callaba.

— ¿Qué piensas hacer en primer lugar? —preguntó secamente.

— Trataré de que se imponga la seguridad en los caminos. Mientras venía para aquí tuvimos que repeler a tiros dos intentos de asalto. Yo soy un personaje importante y tengo custodia. ¿Pero el ciudadano común? México se ha transformado en un paraíso de bandidos.

— Necesitarás para eso dinero. Mientras tanto nuestro sabio Ministro de Hacienda, el Señor Payno, abandona el puesto dejándome de recuerdo las arcas vacías. ¿De dónde sacarás el dinero?

— Cuando por primera vez pasé a ser ministro, en el 55, de inmediato obtuve un préstamo de 100 dólares otorgado por mi secretario Romero. No era más que un Ministro de Justicia. ¿Acaso no encontraré acreedores ocupando un puesto como el de Ministro de Gobernación?

Comonfort inesperadamente se puso a reír. Su rostro henchido se hizo más liso.

— ¡Qué contento estoy de que hayas venido, Benito! Todavía no has comprendido lo que nos rodea. Pero cuando lo comprendas espero tu consejo. Algo hay que hacer sin pérdida de tiempo. ¿Tal vez cederte la presidencia? En el puesto de Presidente conseguirás créditos con más rapidez aún.

Otra vez se puso sombrío, su boca se estiró en una mueca maléfica. Juárez nunca antes había visto en él una mueca así.

— Cuando Santa Anna necesitaba dinero vendía a los vecinos un pedazo de nuestro territorio. ¡Pero no puedo yo proceder de la misma manera!

— No puedes.

— Podría encontrar la posibilidad... A fin de cuentas en el país hay dinero. ¡Y hay gente que debería compartirlo con el estado! ¡Pero no puedo imponer el más insignificante impuesto sin que sea sancionado por esos charlatanes!

“Se acuerda con mucha frecuencia de Santa Anna. Esto tiene su lógica, la de nuestra historia desafortunada y absurda... La corriente lo está llevando, y eso es terrible. He comprendido: no se puede fiar de la lógica de las circunstancias. ¡Ahora es tiempo de una nueva lógica, por fin lo he comprendido! ¡Y esa es la revolución: la nueva lógica! Pero él no alcanzará a sobreponerse...”

— Debo ocuparme de las cosas, Don Ignacio. Comonfort lo despidió en silencio.

Asuntos internos

Los primeros días después de la llegada a Méjico se confundieron para Juárez en una abigarrada y uniforme sucesión de partes atendidos y órdenes impartidas. La tarea que fue anunciada por él a sus subalternos como prioritaria al tomar posesión del cargo era la de limpiar los caminos de conservadores y bandidos comunes. Se trataba, en primer lugar, de los caminos del Distrito Federal. La preocupación por la tranquilidad en los Estados era competencia de los gobernadores. El Distrito Federal, el centro del país, los accesos a la capital debían mostrar un ejemplo de vigencia de la ley y el orden. La cantidad exacta de bandidos, naturalmente, no pudo ser determinada por el ministro. Pero, al analizar los datos procedentes de diferentes Estados, no dudaba de que se trataba de decenas de miles... Eso significaba que el número de hombres armados y sumamente decididos, que pululaban por los caminos y parajes de la República y que no reconocían autoridad alguna, superaba en varias veces el plantel del ejército regular y de la Guardia Civil que se encontraban a disposición del gobierno...

Comprendía que no estaba en condiciones de resol-

ver esa tarea de manera radical, sino dar respuesta a algunas acciones aisladas y controlar los caminos principales.

Entendía que esa guerra chica sería interminable, mientras no cambie la situación en la República, mientras el gobierno no logre convencer a cada mexicano —o siquiera a la mayoría— que vela por la justicia y la ley. No por la ley en general, sino precisamente por la ley justa.

Comprendía a esa gente que había perdido la fe en cualquier administración y decidido excluir su destino del destino del estado y, por su cuenta, valiéndose del fusil, la pistola y el machete, luchar por la justicia para sí, y sólo para sí. Era imposible e innecesario exterminar a esos hombres. Había que convencerlos. Era ya tarde para hacerlo con las palabras. Las palabras perdían en México toda credibilidad, pues habían sido pronunciadas en demasía. Hacían falta hechos, hechos y más hechos. Nuevos hechos. Hacían falta reformas radicales. Mas para ello la propia situación en el país debía llegar a ser una situación nueva y nunca antes vista, algo debía moverse de lugar, algo debía pasar... Sentía que no podía salir del círculo de las preocupaciones menudas, que sus quehaceres no concuerdan ya con su nueva percepción de la vida. Eso lo martirizaba. Pero la salida no estaba clara, tangible...

— Combatieron con una furia inigualable —comentaba un joven teniente de la Guardia Civil que recién acababa de regresar de Toluca, donde su destacamento rodeó y derrotó a medio centenar de guerrilleros—. Todos jóvenes. Sólo dos viejos.

— ¿Prisioneros?

— Sólo cuatro.

— ¿Qué dijeron?

— Les pregunté por qué habían abandonado sus hogares y fueron a los caminos. No me lo pudieron explicar... Ocuparon un poblado y vivieron allí tres días. Violaron a todas las mujeres, a excepción de las viejas. Si los maridos oponían resistencia, los mataban. Despojaban de todo lo que era de valor: alhajas, armas, vajillas de plata, a quien las tenía. Pero lo que más me pasmó no fue eso. Eso siempre ocurre. Pero ellos ma-

taron al sacerdote. Se negó a bendecir sus armas cuando comenzó el combate. Y lo degollaron. No querían gastar municiones. Es sorprendente. Antes eso no pasaba: ılevantarle la mano a un sacerdote! Le pregunté a uno cómo es que se atrevieron a hacerlo. A ello me contestó presto y seguro que el Señor quiso premiarlos por todos los sufrimientos y les dio derecho a gozar de la vida, querer a todas las mujeres y llevar la mejor comida. El sacerdote, en cambio, fue contra la voluntad de Dios. Y ellos lo castigaron. Tal era la voluntad del Señor. Nunca antes escuché semejantes alocuciones. El cura se llamaba Andrés Jiménez. Era nuevo en ese poblado. La gente decía que era muy bueno y justo. Las armas las entregamos al depósito. Los prisioneros intentaron huir durante la noche y fueron muertos.

El Ministro de Gobernación Don Benito Juárez felicitó al teniente y lo despidió.

Estaba sentado tras la mesa en un espacioso despacho. Mucho más amplio que su despacho de gobernador en Oaxaca o el gabinete casero, con la puerta al dormitorio. Estaba sentado repasando los escritos que le dejaban después de cada informe y no tenía más que dar vuelta la cabeza hacia la izquierda para ver por la ventana la extensa plaza repleta de gente a pie y a caballo, de alegres y andrajosos léperos y arrogantes galanes criollos, de pausados y tranquilos indios emponchados mirando el palacio presidencial y de mensajeros siempre presurosos corriendo no se sabe para dónde. En el movimiento de la muchedumbre, los caballos y carruajes no había sistema ni sentido.

El Ministro de Gobernación respiraba muy parejo, con movimientos cortos y precisos separaba las hojas con los escritos. Recordaba perfectamente al sacerdote Andrés Jiménez. Recordaba a ese viejo obeso y enfermo que él había expulsado del Estado de Oaxaca por haberse negado a administrar los sacramentos al alcalde de una pequeña ciudad, un alcalde que había prestado juramento al gobierno del Presidente Comonfort. El clérigo se había presentado ante él para tratar de explicarle y rogando que se le deje seguir en la ciudad en la que había servido tantos años, casi toda la vida...

Es señor Matías Romero, secretario privado del mi-

nistro, entró en el despacho, serio y concentrado como siempre, y depositó ante Juárez un pedazo de papel. Juárez pudo notar la blancura fámélica de su mano.

El ministro permaneció mirando la nota durante largo tiempo, como si no viese lo que estaba escrito en ese papel todo borronado.

— ¿Está seguro, amigo mío, que eso es verdad?

— Claro que no, pero es fácil de comprobar. Mandar a los guardias...

— No. ¿El señor Baz sigue aún en sus funciones?

— Sí, pero ya está por hacer la transferencia.

— Pídale que venga a verme. Inmediatamente.

A la media hora Juan Baz se desplazaba por las calles de Méjico en una carroza negra para dos personas seguido por una decena de guardias nacionales.

Las prácticas del arresto por sorpresa habían sido elaboradas por Baz con el mayor esmero. En esta circunstancia también dejó a su destacamento tras la esquina y, a pie, avanzó con premura hasta la casa de dos pisos del señor Mario Cervantes, capitán retirado, y golpeó con el llamador. Apartando al mayordomo que vino a abrir la puerta, se precipitó hacia la escalera. Sabía de la habitación que le era necesaria por la esquila que había leído en el despacho de Juárez.

A los dos minutos de haber traspasado el gobernador del Distrito Federal el umbral de la puerta y desaparecer en la oscuridad y al rato de haberse cerrado aquélla, los guardias nacionales rodearon la casa...

Ni temor, ni cólera, sino enfado y nada más experimentó el coronel Miramón al ver a Juan Baz entrando en la habitación. Se preparaba al otro día abandonar la capital. Lo estaban esperando doscientos arrojados hombres acampados en un paso de las montañas del norte de México... ¡Y tenía que ocurrir este contra-tiempo!

Después de huir de Puebla destruida, después de largo trajinar al frente de un destacamento de caballería por los Estados del interior, después de intrépidos combates e invariables victorias sobre las fuerzas gubernamentales que traían, empero, nada más que la amargura de resultar inútiles y sin sentido, después de que su destacamento tuvo que ir replegándose cada

vez más hacia las fronteras del Estado de Guerrero, en donde caería infaliblemente en las manos del viejo Alvarez, el coronel Miramón fue gravemente herido en una pierna cerca del poblado de Zultepec. Corría el peligro de que se la amputaran, pero los amigos lograron hacer llegar al herido a la capital, donde médicos experimentados y una magnífica atención consumaron un milagro. La pierna ya casi no dolía, y estaba seguro de que podría montar a caballo. ¡Y ahora este contra-tiempo...!

Con un gesto de irritación y desaire Miramón arrojó sobre la mesa el tomo de Jenofonte que tenía en la mano y se levantó.

Baz adelantó su flaca pierna y puso la mano sobre la pistolera.

Miramón se encogió de hombros despectivamente y se fue hacia la ventana. Los quepis de los guardias nacionales resaltaban su blancura, expuestos a la luz del sol.

Baz callaba.

Miramón se puso el uniforme y empezó a abrochar con lentitud los grandes botones de cobre.

Entró el dueño de la casa.

— ¿Qué pasa, señor? Mi huésped está enfermo...

Baz lo detuvo con un gesto de la mano.

— No se tome un cargo más de conciencia diciendo mentiras, señor Cervantes. Yo decidiré qué hacer con usted.

Cervantes se apoyó con su recta espalda de militar en el quicial de la puerta.

— Encontraré al delator y lo mataré.

— Y será fusilado — dijo Baz sin girar la cabeza. La mano seguía apoyada en la pistolera.

Miramón se puso el libro bajo el brazo y se dirigió hacia la puerta. El y Cervantes se despidieron con una breve inclinación de cabeza. Baz bajaba la escalera casi pegado a Miramón, mirando su nuca redondeada de adolescente y la hendidura en el cuello por encima del rígido bias del uniforme.

La carroza negra para dos los esperaba afuera. Baz y Miramón se sentaron en ella. Los guardias rodearon el carruaje.

La carroza se puso en movimiento. Miramón, en lo que le fue posible, se apartó de Baz arrimándose a la puerta.

— No puedo soportar la presencia de un liberal tan cerca — dijo con despectiva ironía—. Por lo común solía tenerlos a la distancia de un tiro o, en el peor de los casos, del arma blanca.

— Aguante. Espero que este sea su último paseo en una carroza. Es hora de responder por la sangre derramada.

— ¿Usted tiene en cuenta mi herida? — Miramón miró burlonamente de soslayo con su redondo ojo al gobernador.

— Tengo en cuenta la sangre de los ciudadanos honestos que usted mató. Y la de aquellos infelices que usted engañó y arrastró al crimen.

— Se ha derramado mucha sangre — consintió Miramón y golpeó con las uñas de los dedos en la encuadernación de cuero de Jenofonte que tenía sobre las rodillas, imitando la señal de un ataque de caballería—. Mucha sangre... Pero usted, señor Baz, con su mentalidad plebeya no puede comprender que la cuestión radica no en la sangre misma, sino en la causa por la que se derrama. Con la sangre derramada uno puede ensuciarse, pero puede también purificarse. A ustedes la sangre que derraman los ensucia, a nosotros nos purifica. Nosotros peleamos por una causa sagrada, y no fusilamos a hombres de bien en los patios de las cárceles.

— ¡Causa sagrada! Un país ignorante, oprimido; unos generales poseídos por la soberbia y la impunidad; unos clérigos sin escrúpulos y llenos de codicia que especulan con el nombre del Señor...

— Todo es cierto — expresó Miramón, mirando con satisfacción la flaca mejilla de Baz que se contraía en un tique nervioso—. Todo es cierto. Y si no nos estorbaran unos diletantes locos como usted, habríamos limpiado a México y le reintegraríamos los ideales de la fe y del deber. Nosotros estamos derramando sangre por un ideal, señor liberal. Ustedes, en cambio, lo hacen para enredar las almas en la repugnante telaraña de vuestra abyecta democracia. ¡Uf...! ¡Cuando pien-

so en esto me dan ganas de lavarme de pies a cabeza!

— ¿Con la sangre de los conciudadanos?

— No, con agua caliente. ¿Usted, seguramente, no conoce como se hace eso? ¡Es claro! Como lo va a saber si vuestro ídolo, ese Juárez, recién acabó de bajar de los árboles y de inmediato, sin pasar por nada, se puso el fraque de abogado. ¿Será posible que les haya quitado la costumbre de lavarse a todos sus adeptos?

La carroza dio una sacudida, empujándolos uno sobre el otro.

— He aquí el México de vuestros sueños, señor liberal: un hacinamiento sofocante, y en el que cada sacudida lo tira a uno sobre el vecino indeseable. O viceversa. Y en el que no hay adonde meterse.

Baz se rió.

— He oído mucho de usted, Don Miguel, pero no imaginé que fuese tan risueño. ¿O es que con toda su charlatanería quiere apagar el miedo ante el juicio y la condena? No le molestaré. ¡Prosiga, pues!

Miramón calló.

Lo primero que vio cuando le hicieron entrar en la guardia de la cárcel La Acordada fue el rostro desconcertado del teniente Trejo, su ex ordenanza de la XI brigada...

Don Benito ordenó al señor Romero no dejar entrar a nadie en el despacho. Fumaba aspirando con fuerza el humo. No sabía pensar en abstracto. Confrontación de ideas, lucha de partidos políticos, procesos económicos... ¿Qué era eso? Era imposible imaginar a toda esa gente peleando, llorando, cavando la tierra... Un enorme remolino negro había del otro lado de la espaciosa mesa ministerial. El agua bullía despacio en él, potentes corrientes se alzaban desde las profundidades para golpear las negras piedras de la orilla y volver a las honduras. Era un movimiento circular pausado, indefinido... A veces la superficie del remolino se inflamaba, se ponía lisa y redondeada, despidiendo un vidrioso brillo volcánico. Entonces parecía que de un instante a otro tenía que ocurrir algo que iba a alterar ese correr sin sentido del agua, pero unas franjas turbias volvían a aflorar muy pronto a la superficie,

nistro, entró en el despacho, serio y concentrado como siempre, y depositó ante Juárez un pedazo de papel. Juárez pudo notar la blancura fámélica de su mano.

El ministro permaneció mirando la nota durante largo tiempo, como si no viese lo que estaba escrito en ese papel todo borroneado.

— ¿Está seguro, amigo mío, que eso es verdad?

— Claro que no, pero es fácil de comprobar. Mandar a los guardias...

— No. ¿El señor Baz sigue aún en sus funciones?

— Sí, pero ya está por hacer la transferencia.

— Pídale que venga a verme. Inmediatamente.

A la media hora Juan Baz se desplazaba por las calles de Méjico en una carroza negra para dos personas seguido por una decena de guardias nacionales.

Las prácticas del arresto por sorpresa habían sido elaboradas por Baz con el mayor esmero. En esta circunstancia también dejó a su destacamento tras la esquina y, a pie, avanzó con premura hasta la casa de dos pisos del señor Mario Cervantes, capitán retirado, y golpeó con el llamador. Apartando al mayordomo que vino a abrir la puerta, se precipitó hacia la escalera. Sabía de la habitación que le era necesaria por la esquila que había leído en el despacho de Juárez.

A los dos minutos de haber traspasado el gobernador del Distrito Federal el umbral de la puerta y desaparecer en la oscuridad y al rato de haberse cerrado aquélla, los guardias nacionales rodearon la casa...

Ni temor, ni cólera, sino enfado y nada más experimentó el coronel Miramón al ver a Juan Baz entrando en la habitación. Se preparaba al otro día abandonar la capital. Lo estaban esperando doscientos arrojados hombres acampados en un paso de las montañas del norte de México... ¡Y tenía que ocurrir este contra-tiempo!

Después de huir de Puebla destruida, después de largo trajar al frente de un destacamento de caballería por los Estados del interior, después de intrépidos combates e invariables victorias sobre las fuerzas gubernamentales que traían, empero, nada más que la amargura de resultar inútiles y sin sentido, después de que su destacamento tuvo que ir replegándose cada

vez más hacia las fronteras del Estado de Guerrero, en donde caería infaliblemente en las manos del viejo Alvarez, el coronel Miramón fue gravemente herido en una pierna cerca del poblado de Zultepec. Corría el peligro de que se la amputaran, pero los amigos lograron hacer llegar al herido a la capital, donde médicos experimentados y una magnífica atención consumaron un milagro. La pierna ya casi no dolía, y estaba seguro de que podría montar a caballo. ¡Y ahora este contra-tiempo...!

Con un gesto de irritación y desaire Miramón arrojó sobre la mesa el tomo de Jenofonte que tenía en la mano y se levantó.

Baz adelantó su flaca pierna y puso la mano sobre la pistolera.

Miramón se encogió de hombros despectivamente y se fue hacia la ventana. Los quepis de los guardias nacionales resaltaban su blancura, expuestos a la luz del sol.

Baz callaba.

Miramón se puso el uniforme y empezó a abrochar con lentitud los grandes botones de cobre.

Entró el dueño de la casa.

— ¿Qué pasa, señor? Mi huésped está enfermo...

Baz lo detuvo con un gesto de la mano.

— No se tome un cargo más de conciencia diciendo mentiras, señor Cervantes. Yo decidiré qué hacer con usted.

Cervantes se apoyó con su recta espalda de militar en el quicial de la puerta.

— Encontraré al delator y lo mataré.

— Y será fusilado — dijo Baz sin girar la cabeza. La mano seguía apoyada en la pistolera.

Miramón se puso el libro bajo el brazo y se dirigió hacia la puerta. El y Cervantes se despidieron con una breve inclinación de cabeza. Baz bajaba la escalera casi pegado a Miramón, mirando su nuca redondeada de adolescente y la hendidura en el cuello por encima del rígido bies del uniforme.

La carroza negra para dos los esperaba afuera. Baz y Miramón se sentaron en ella. Los guardias rodearon el carruaje.

La carroza se puso en movimiento. Miramón, en lo que le fue posible, se apartó de Baz arrimándose a la puerta.

— No puedo soportar la presencia de un liberal tan cerca — dijo con despectiva ironía—. Por lo común solía tenerlos a la distancia de un tiro o, en el peor de los casos, del arma blanca.

— Aguante. Espero que este sea su último paseo en una carroza. Es hora de responder por la sangre derramada.

— ¿Usted tiene en cuenta mi herida? —Miramón miró burlonamente de soslayo con su redondo ojo al gobernador.

— Tengo en cuenta la sangre de los ciudadanos honestos que usted mató. Y la de aquellos infelices que usted engañó y arrastró al crimen.

— Se ha derramado mucha sangre — consintió Miramón y golpeteó con las uñas de los dedos en la encuadernación de cuero de Jenofonte que tenía sobre las rodillas, imitando la señal de un ataque de caballería—. Mucha sangre... Pero usted, señor Baz, con su mentalidad plebeya no puede comprender que la cuestión radica no en la sangre misma, sino en la causa por la que se derrama. Con la sangre derramada uno puede ensuciarse, pero puede también purificarse. A ustedes la sangre que derraman los ensucia, a nosotros nos purifica. Nosotros peleamos por una causa sagrada, y no fusilamos a hombres de bien en los patios de las cárceles.

— ¡Causa sagrada! Un país ignorante, oprimido; unos generales poseídos por la soberbia y la impunidad; unos clérigos sin escrúpulos y llenos de codicia que especulan con el nombre del Señor...

— Todo es cierto—expresó Miramón, mirando con satisfacción la flaca mejilla de Baz que se contraía en un tique nervioso—. Todo es cierto. Y si no nos estorbaran unos diletantes locos como usted, habríamos limpiado a México y le reintegraríamos los ideales de la fe y del deber. Nosotros estamos derramando sangre por un ideal, señor liberal. Ustedes, en cambio, lo hacen para enredar las almas en la repugnante telaraña de vuestra abyecta democracia. ¡Uf...! ¡Cuando pien-

so en esto me dan ganas de lavarme de pies a cabeza!

— ¿Con la sangre de los conciudadanos?

— No, con agua caliente. ¿Usted, seguramente, no conoce como se hace eso? ¡Es claro! Como lo va a saber si vuestro ídolo, ese Juárez, recién acabó de bajar de los árboles y de inmediato, sin pasar por nada, se puso el fraque de abogado. ¿Será posible que les haya quitado la costumbre de lavarse a todos sus adeptos?

La carroza dio una sacudida, empujándolos uno sobre el otro.

— He aquí el México de vuestros sueños, señor liberal: un hacinamiento sofocante, y en el que cada sacudida lo tira a uno sobre el vecino indeseable. O viceversa. Y en el que no hay adonde meterse.

Baz se rió.

— He oído mucho de usted, Don Miguel, pero no imaginé que fuese tan risueño. ¿O es que con toda su charlatanería quiere apagar el miedo ante el juicio y la condena? No le molestaré. ¡Prosiga, pues!

Miramón calló.

Lo primero que vio cuando le hicieron entrar en la guardia de la cárcel La Acordada fue el rostro desconcertado del teniente Trejo, su ex ordenanza de la XI brigada...

Don Benito ordenó al señor Romero no dejar entrar a nadie en el despacho. Fumaba aspirando con fuerza el humo. No sabía pensar en abstracto. Confrontación de ideas, lucha de partidos políticos, procesos económicos... ¿Qué era eso? Era imposible imaginar a toda esa gente peleando, llorando, cavando la tierra... Un enorme remolino negro había del otro lado de la espaciosa mesa ministerial. El agua bullía despacio en él, potentes corrientes se alzaban desde las profundidades para golpear las negras piedras de la orilla y volver a las honduras. Era un movimiento circular pausado, indefinido... A veces la superficie del remolino se inflamaba, se ponía lisa y redondeada, despidiendo un vidrioso brillo volcánico. Entonces parecía que de un instante a otro tenía que ocurrir algo que iba a alterar ese correr sin sentido del agua, pero unas franjas turbias volvían a aflorar muy pronto a la superficie,

salían unos globos que se deshacían en pequeñas corrientes caóticas y de nuevo se levantaban del abismo potentes y estériles flujos...

Algo tiene que ocurrir. El país se cansará de la monotonía de esas intrascendentes reyertas políticas, sobrevendrá lo más temible para una revolución: la indiferencia del pueblo; a nosotros mismos se nos empezará a dar vueltas imperceptiblemente la cabeza; el interminable mareo después de una fiesta alegre y cruda con bailes y machetazos hace que sea repugnante mirar un machete, que no se tengan ganas de sacarle las manchas de costra parecidas a la herrumbre, de trabajar y pensar en fiestas futuras... Todo eso es muy conocido y no promete cambios.

Algo debe pasar. La revolución no se dejará agotar por esta rutina.

Romero miró por la puerta.

— Sí, sí, pase, mi amigo. Ya he descansado.

Romero se acercó con su andar flácido y silencioso a la mesa y puso ante el ministro un pequeño fajo de hojas escritas.

— He sumado todos los datos que ingresaron desde el momento de su llegada, Don Benito... Se trata del movimiento anticonstitucional.

— Está bien, mi amigo.

Romero inclinó el rostro pálido y concentrado con una frente acentuadamente elevada por las tempranas entradas en las sienes.

— Todo es muy extraño y muy serio, Don Benito.

— Está bien, amigo mío. Lo voy a mirar.

Romero salió.

Juárez empezó a repasar pausadamente las hojas. Ya antes se había imaginado... ¡Ah, señor Presidente! ¡Ah, querido Ignacio, con tus prominentes y delicados ojos que tanto gustan mirar hacia adentro, hombre débil que quiere aparentar un monumento, buen general y mal político! ¿Sabes tú lo que pones en riesgo?

— ¿Y tú, Juárez, el muchachuelo de Guelatao, sabes lo que pones en riesgo tú? No sólo tu honor y la propia cabeza, no sólo la vida de Margarita y los niños... Sí, lo sé... Pero ha llegado la hora. No la mía, sino la de México. Debo arriesgarme. En este juego ya no se pue-

de jugar siguiendo las reglas. Yo, el leguleyo Juárez, jurista por excelencia, yo, preso de este fraque y del almidón blanco, debo romper este círculo. Perdona, Ignacio, tú marchas hacia el abismo, te has metido en camisa de once varas. No puedo salvarte. No puedo seguirte. Me quedaré e iniciaré una verdadera revolución... Perdonenme todos los que aún sucumbirán... Tal vez yo sea el primero... Así no se puede seguir. De lo contrario México terminará destruido por una explosión... ¡Debo correr el riesgo! Por eso vine de Guelatao, por eso no me morí al morderme la serpiente, no me morí de hambre, todo por eso!

El Ministro de Gobernación, licenciado Don Benito Juárez, tiró de la campanilla. Entró el pálido Romero. Juárez encendió un cigarro. Arrojó el fósforo y extendió con la mano izquierda los papeles al secretario.

— Llévelos, mi amigo— dijo con serenidad—. Es mucho lo que hay de extraño. Pero no está por ahora todo claro. Veremos...

Romero miraba con perplejidad, tan rara en él, el moreno rostro inmutable. Los ojos de Juárez revelaban una atenta solicitud y condescendencia. Y nada más.

— Tome medidas para que estas notas no caigan en manos ajenas. Podrían ser interpretadas de manera demasiado antojadiza. ¿Hay alguien en la sala de espera?

— Sí, Don Benito, un capitán de la Guardia Nacional de Oaxaca.

— Estoy listo para recibirlo.

Romero, sin apartar los ojos de Juárez, dio paso atrás.

Los extremos que se tocan

El señor Juan José Baz era un radical empedernido. No se puede decir que se considerase una gran figura. Pero jugaba cierto papel. A muchos causaban impresión su carácter enérgico, a todas luces decidido y lo definido de sus opiniones.

Alvarez lo había designado gobernador del Distrito

Federal, en el que entraba la capital de la República. En octubre del cincuenta y siete fue elegido al Congreso. La Constitución prohibía a los diputados ocupar puestos gubernamentales. A Baz le dolía mucho tener que despedirse de un puesto tan importante. Pero Comonfort insistió en que la ley fuese observada. Desde ese momento las relaciones entre Baz y Comonfort quedaron deterioradas.

Baz no era un vulgar ambicioso o carrerista. No, era un hombre de idea. Y esa idea comprendía todas las opiniones extremas expresadas por los diputados puros. Era tan anticlerical como Ramírez, tan fanático de la reforma agraria como Arriaga; odiaba los fueros y el diezmo, el clero y la propiedad de la iglesia sobre la tierra, la esclavitud de la deuda y la carencia de derechos para el pueblo. Esta mezcla explosiva estaba provista de una mecha muy efectiva: Don Juan consideraba que para ganar la justicia social había que ir derecho y empujar sin torcer. Su natura nerviosa y apasionada requería de una acción inmediata y constante, satisfacer enseguida la sed de justicia social.

Estaba seguro que la revuelta social podía ser llevada a cabo sólo por un Poder Ejecutivo fuerte y exento de limitaciones. La Constitución lo decepcionó, igual que a Comonfort, precisamente porque al Presidente le ataba las manos. El Presidente que a cada paso tiene que estar atento a lo que dice el Congreso no puede impulsar reformas rápidas y radicales.

Don Juan estaba seguro que en esta situación Comonfort, desconforme con la presión de los radicales, no se atrevería siquiera a intentar futuras reformas. Y cuanto más éstas eran aplazadas, tanto más sólidas posiciones pasaba a ocupar la iglesia. Comonfort ya estaba prometiendo observar la inviolabilidad de los bienes de la iglesia, conservar los conventos y llegó a insinuar que estaba dispuesto a restablecer los derechos electorales para el clero.

Baz estaba desesperado. Pero cuando supo que a Méjico venía Juárez y que el Presidente lo había designado Ministro de Gobernación, en la mente afiebrada de Don Juan surgió una combinación que le parecía genial...

El 16 de noviembre de 1857 el Presidente Comonfort recibió una carta del general Lemberg, quien comandaba una brigada en Toluca. Lemberg escribía que el confesor de su esposa le transmitió a través de ella un mensaje del Ministro de Hacienda Payno. En ese mensaje el ministro le proponía al general pensar la manera en que se podría cambiar la Constitución con ayuda del ejército. "Temo haber sido muy áspero con mi pobre mujer—expresaba Lemberg—, la cual aceptó transmitir la nota sin conocer su contenido, pero tales propuestas siempre me llenan de furor".

Medio año atrás Comonfort sin titubear habría tirado la carta a la chimenea. Pero los últimos meses lo hicieron muy desconfiado. No les temía a los conservadores, que se calmaron después de haber experimentado dos veces en Puebla el peso de su mano. No les temía a los radicales, sabiendo que ellos no lo traicionarían, en primer lugar, por razones de nobleza y, en segundo lugar, por razones de cordura.

Le tenía miedo al Congreso, que le estorbaba y contra el cual no podía hacer nada, y le tenía miedo al ejército el cual, desilusionado no tanto con los ideales de la República como con su capacidad de pago, podría desear nuevas leyes.

En las arcas no había dinero. Santa Anna en esos casos vendía al vecino del norte una porción del territorio mexicano. El, Comonfort, no podía proceder de la misma manera. El dinero que se había reunido con la venta de las tierras de la iglesia conforme a la ley Lerdo se esfumó en un santiamén. Los ingresos de aduana de los puertos eran muy pocos para cubrir los gastos. Por otra parte, el Congreso no quería imponer a la población, arruinada por la guerra, nuevos tributos.

Sólo la iglesia disponía de dinero. Y en cantidades enormes.

La iglesia podía darlo sólo a cambio de concesiones de principio. Pero cualquier ley en ese sentido sería bloqueada por el Congreso.

Se podía acudir a la confiscación. Pero esto provocaría la furia de los conservadores y provocaría una rebelión. Entonces se tendría que implantar el estado de sitio. Eso, de nuevo, dependería del Congreso.

Al ejército no había con que pagarle.

Un callejón sin salida.

Para que el país salga de ese callejón se necesitaba el poder dictatorial. Y tal poder podía ser alcanzado únicamente mediante un golpe. Pero éste significaba una alteración del equilibrio y una nueva guerra. Otra vez un callejón sin salida...

No había de donde esperar ayuda. Su sabía y bondadosa madre callaba y rezaba. El sabía lo que ella iría a aconsejarle, pero constataba con dolor que no podría seguir ese consejo.

Juárez se sumergió de lleno en el quehacer diario: por todo el país se sucedían los desórdenes, grandes y pequeños, los bandidos azotaban los caminos.

Nunca antes Comonfort se había sentido tan solo y tan desfallecido. Sabía que era necesario hacer algo, cambiar algo. ¿Pero qué y cómo hacerlo?

Cada vez con mayor frecuencia recordaba su última conversación con Alvarez, la amargura y el despecho que aquél quería contener, la expresión de indignación impotente con la que el viejo luchador había escuchado las palabras pronunciadas por él, Comonfort, sobre la necesidad de cambios...

No había resultado nada. El quería darle al país un gobierno firme y justo. Pero le estorbaban. ¿Y quién? Pues el Congreso, que se había reunido bajo protección suya.

Quería darle al país la paz. Pero le estorbaban. ¿Y quiénes? Pues, sus propios amigos y compañeros de filas, que con sus decretos prematuros enfurecieron a los sacerdotes y oficiales.

Ahora a él, igual que antes a Alvarez, le amenazan con una rebelión sus propios compañeros.

¿Será posible que haya que retirarse sin pena ni gloria y tan insostenidamente?

Alvarez tuvo suerte. Se fue, hallándose en la cima de su gloria militar. Tomó el poder y renunció a él sin alcanzar a mostrar su debilidad.

¿Y él, general Comonfort, presidente sabio y justo, padre de todos?

No ocultaba su desconformidad con la Constitución y el deseo de modificarla. Tampoco ocultaba su

actitud acre hacia el Congreso que le estorbaba aplicar una política firme y a la vez moderada. Había recibido múltiples cartas con solicitudes y demandas de devolver a la iglesia su anterior significado y de separar a los puros del gobierno. No ocultaba su simpatía por tales ideas.

Y se sentía ofendido porque esa gente que, con toda evidencia, estaba tramando algo, no le transmitía sus planes, no lo comprendía y no confiaba en él.

La carta de Lemberg lo alarmó. Era inquietante por el hecho de que Payno acababa recién de dejar el cargo de Ministro de Hacienda y estaba enterado como nadie del estado catastrófico de las finanzas del gobierno. Podría venirle a la cabeza la idea de emprender acciones urgentes y decididas.

Era inquietante también el que Zuloaga, viejo camarada con el que combatieron juntos en Acapulco y en Puebla, las últimas semanas rara vez aparecía en Méjico, pasando todo el tiempo en Tacubaya, en los cuarteles de la brigada, y cuando aparecía dejaba sorprendido por su aspecto sombrío que nunca le fue propio.

Comonfort decidió tomar medidas en seguida y personalmente.

Ordenó traer el caballo y, pese a lo avanzado de la hora, marchó con una escolta de dragones a Tacubaya, donde vivía Payno en la casa de su propiedad.

Cuando el mestizo que servía de camarero introdujo a Comonfort en el gabinete del ex ministro, el Presidente vio los sorprendidos rostros del dueño de casa y de su tardío huésped: el diputado Juan José Baz. La presencia de este revoltoso impactó dolorosamente a Comonfort. Donde está Baz está la intriga. Varios segundos permaneció guardando silencio en el umbral, luego, incómodo y sombrío, saludó con una inclinación de cabeza. Ellos le respondieron. En la enjuta cara de Baz, contraída por el tique, se notaba irritación: no podía comprender qué estaba pasando. Payno salió al encuentro del Presidente, mostrándole un sillón. Comonfort lo detuvo con un corto gesto de rechazo.

— Señores —dijo, y tosió—. Pido a ustedes hacer

junto conmigo una visita a mi amigo el general Zuloaga. Es aquí cerca.

De verdad que no era lejos. El palacio del arzobispo, convertido en asiento de la brigada selecta, se alzaba en las inmediaciones.

Los centinelas apostados en la entrada saludaron con precisión presentando armas. El espacio inmediato al acceso al Estado Mayor se hallaba iluminado, y el oficial de guardia, al ver por la ventana al Presidente, se lanzó adonde estaba Zuloaga. Y cunado ellos pisaron las anchas escaleras, éste, estirándose el uniforme, ya salía a su encuentro. Pasaron a las habitaciones del general. Comonfort no tenía ningún plan de acción determinado. La apremiante zozobra, que lo obligó a correr de noche a Tacubaya, ahora, cuando vio los ojos de Zuloaga plenos de fidelidad y el rostro desconcertado y bonachón de Payno, dejó de martirizarlo. Empero, había que explicar el motivo de su visita tan extraña.

Zuloaga puso en la mesa una caja de cigarros.

Todos empezaron a fumar. El Presidente permanecía callado. Los demás lo observaban. Por su propia indeterminación, por las miradas alertas y expectantes de Zuloaga y Payno y por la de Baz que denotaba rencor, Comonfort volvió a experimentar el sordo dolor que no cesaba en su alma durante las últimas semanas. La sofocante sensación del callejón sin salida volvió a apoderarse de él con tanta fuerza, que se levantó de un salto del sillón y avanzó hacia la puerta...

— ¡Irme, marcharme de aquí! ¡A casa, ponerme en la capilla de rodillas junto con mi madre y decir...! ¿Pero qué pasará mañana? ¿Qué van a pensar ellos? ¿Cómo le voy a mirar en la cara a Zuloaga? ¿Qué va a pasar mañana? ¿Qué va a pasar?"

— ¿Qué va a pasar mañana, señores? —dijo el Presidente con gravedad y peso apuntando a Payno con el cigarro humeante—. ¿Qué es lo que nos espera? Entiendo que ustedes —prosiguió mirando a Payno y a Baz— tienen algunos planes. ¡Esperen! Por ahora no culpo a nadie de nada. Cualquiera que no sea ciego no puede dejar de tener planes... ¿Pero cuál es su sentido? ¿Adónde quieren llevar ustedes el país? ¿En

quién pueden apoyarse?

Zuloaga permanecía sentado, habiéndose estirado de la sorpresa. Payno y Baz miraban con desconfianza uno al otro. Las preguntas del Presidente los dejaron aturridos. Ellos, realmente, antes de aparecer Comonfort estaban discutiendo las medidas posibles que podrían salvar la situación, y aquél apareció como un fantasma por obra de sus evocaciones. Baz no había comunicado a nadie su idea. Y ahora las insistentes preguntas de Comonfort mostraban su acierto.

Comonfort seguía con el cigarro humeante en la mano. Todos guardaban silencio. Por fin Payno, no pudiendo soportar más, se recostó en el respaldo del sillón y expresó con indecisión.

— No tenemos ninguna clase de planes determinados —dijo, y solicitó con la mirada el apoyo de Baz, quien mantenía una despectiva inmovilidad—. Pero, claro está, hablábamos entre nosotros de los problemas que debe enfrentar el gobierno. Eso es natural.

Comonfort, que tenía el cigarro en la boca, asintió. Cada vez que aspiraba el humo, se le estiraba el fraque en el pecho. Había empezado a engordar.

— Aquí está el señor Zuloaga —prosiguió Payno mirando esperanzado al general— que puede decir cómo están los ánimos en la tropa, mientras que Don Juan, con su acostumbrada franqueza, expresará cómo aprecia la situación...

Zuloaga abrió con lentitud la boca, pero Baz se le adelantó.

— No se trata aquí de evaluar la situación —dijo irritado—, está clara para todo el mundo. Tan clara como mi actitud política. Soy desde años atrás un partidario ciego de las reformas. En mi opinión no deben existir los frailes; el clero no debe tener bienes, sino que debe dedicarse para la dotación de los curatos. A las monjas debe dárseles lo que puso cada una de dote, reducirlas a uno o dos conventos, y cerrar los noviciados de ambos sexos. En una palabra, no debe tolerarse que en una República haya fueros ni jerarquías, ni distinciones, ni tampoco monopolios ni estancos. Esas ideas las he manifestado en los puestos que he desempeñado y todo el mundo las sabe bien.

Comonfort, apretando los dientes, alzó la mano con el cigarro. Este loco radical lo ponía fuera de quicio.

— Perdone, señor Presidente, todavía no he terminado —dijo Baz sin volver siquiera la cabeza en dirección a Comonfort, sino mirando directamente a la pared entre Payno y Zuloaga—. Así, pues, mis ideas son conocidas. Y no me proponga renunciar a ellas. Pero ahora no se trata de ello, sino de hablar como habla un estadista, pues estamos entre hombres que tienen en sus manos los destinos de la República. ¡Sí, sí! Usted es el Presidente; el general tiene bajo su mando las tropas de la capital, y nosotros con el señor Payno no somos de los últimos en la política. Ahora bien, las preocupaciones de la multitud ignorante están en contra de esas reformas, que sólo con el tiempo pueden irse planteando. Y así aunque como partidario pienso como he dicho, tendría que prescindir algo de mis ideas y transigir con el clero.

Esto fue tan inesperado que Comonfort se sacudió su pesada cabeza.

Zuloaga se metió un dedo en la boca y lo mordió con sus desaparejos dientes blancos.

Payno frunció la cara tratando de entender que juego pretendía llevar Baz.

— **Sí, sí, señores, únicamente una transacción con el clero, que en el confesionario, en el púlpito, y de cuantas maneras puede, hace una guerra sin tregua al gobierno, hará posible salvar la República. Si la iglesia deja de provocar motines y cede dinero al gobierno, todos los problemas serán resueltos. Claro está que, cuando nos hagamos fuertes, la volveremos a poner en su lugar.**

— ¿Pero quién nos permitirá materializar semejante transacción? Imagínese la reacción del Congreso al anunciarse... Y la Constitución...

— Ahora diré algo sobre la Constitución —manifestó Baz, inclinándose con aire triunfal en dirección a Comonfort—. La Constitución —como no he tenido embarazo en decirlo públicamente, es de tal naturaleza que no se puede gobernar con ella. Si se trata de seguir el camino del progreso y de las reformas, tiene ta-

les trabajos y tales inconvenientes, que es imposible que el ejecutivo pueda marchar porque para todo tiene las manos atadas; si, por el contrario, hay necesidad de hacer algunas concesiones al partido que durante dos años ha combatido al gobierno de Ayutla, tampoco se puede, porque ya ha elevado a preceptos constitucionales la ley Juárez y la ley Lerdo, contra los cuales han protestado los obispos. Así, por cualquier camino que se deba marchar, la Constitución es un estorbo y no hay otro remedio, sino hacerla a un lado. Estamos en un atolladero, con las arcas vacías y las manos atadas.

A Comonfort de la tensión se le puso tieso el cuello. Con dificultad volvió la cabeza hacia Zuloaga: este seguía sentado mordiéndose el dedo.

— ¿Qué es lo que usted propone? —preguntó el Presidente tomando aliento con pesadez.

Baz se afirmó en el respaldo y puso una pierna sobre la otra. Gozaba pensando en el efecto que iba a producir. Un tique nervioso le atacó el ojo izquierdo.

— ¡Propongo revocar la Constitución y quitar también el Congreso!

Comonfort tomó una vela y con aire ausente encendió otro cigarro.

— La ley Lerdo no se podrá derogar —dijo Payno titubeando—. Se han transferido ya tantas propiedades bajo sus disposiciones que resulta imposible revocarla.

— No hace falta revocarla. Basta con suspender su vigencia. Si nos mantenemos tercios lo perdemos todo. El Congreso es muy heterogéneo para comprenderlo. Con sus discursos se marean la cabeza los unos a los otros. Yo quiero reformas. ¡Por eso insisto en un fuerte ejecutivo!

Comonfort, sin mover la cabeza, fijó la mirada en Payno.

— ¿Y qué opina usted, Don Manuel?

— El que las arcas se encuentran vacías lo sé mejor que nadie, señor Presidente. Por eso es que me fui del cargo, porque no veo el modo de llenarlas. En cuanto a la Constitución, Don Juan tiene razón: con ella no se puede trabajar. Pero revocar la Constitución es algo muy arriesgado. Yo en su lugar, señor Presidente, presentaría la renuncia. Tal vez eso podría atemperar las

mentes afiebradas de la una y la otra parte.

Comonfort miró a Zuloaga, sentado con un aire de honda cavilación y una expresión exasperante en el rostro. Zuloaga sintió esa mirada y sacó, por fin, el dedo de la boca.

— ¿Y qué opinas tú, compadre?

— Estoy haciendo todo lo posible para que en los regimientos haya orden y para que apoyen al gobierno... Pero la verdad, señor Presidente, es que los soldados se sienten muy doloridos que no les entierren en terreno sagrado, ni los den los auxilios espirituales a la hora de la muerte. Han jurado al gobierno y por eso se consideran excomulgados... Están muy apenados. De mis oficiales puede fiarme. Pero me temo que la noche menos pensada los soldados se pronuncien saliendo de los cuarteles con Miramón al frente... El es muy hablador, muy valiente, los soldados lo conocen, les promete montañas de oro y el paraíso en vida... ¿Y qué puedo prometerles yo? ¿Retraso en los sueldos y muerte sin auxilio espiritual? Para ellos todas esas habladurías sobre Constitución y libertad son palabras huecas. Lo que dice Miramón y los curas les resulta mucho más comprensible y más de ellos... Usted sabe como yo luché por la República. Pero hay algo que no anda bien...

Comonfort se levantó y empezó a caminar por la habitación, girando cuidadosamente la cabeza para sentir como estaba el cuello. Su rostro denotaba fatiga y congoja. Procuraba imprimirle la firme expresión de siempre, pero no le resultaba.

— Bien —dijo—. Yo veo que tenemos encima una tormenta deshecha y que es preciso adoptar un camino...

¡Dios mío! Si no era para eso que él había venido aquí... Pero ¿para qué había venido!

¡Dios mío! ¿No has sido tú que me has traído hasta acá a estas horas para que yo pueda recapacitar? ¿O estas gentes, este hombre, Juan Baz, tan convencido de su certeza, convencido que lo sagrado de su causa, y él cree en ella, le da el derecho a una maniobra tan demencial, y este hombre me ha sido enviado como un ejemplo, un desafío, una amonestación? Mi sabio amigo, Don Benito Juárez: ¿Qué dirás tú cuando te revele

estos planes? Tan seductores, tan alocados, tan peligrosos, tan atractivos... ¿Y Santa Anna? ¿Para qué se hizo la revolución de Ayutla? ¡Pero es que yo precisamente quiero conservar los frutos de la revolución, no dejar que sucumba!

— Vamos —dijo, y su rostro adquirió la majestuosa expresión habitual— a examinar con calma los elementos que tenemos... pero no vayamos a equivocarnos. Veamos: en primer lugar, es menester contar con Veracruz, este es el punto más importante de la República no sólo por sus recursos, sino porque es una plaza fortificada y cuenta con gente activa... Si Veracruz con los dineros que le da la aduana y su gente nos apoya, se podrá actuar. Si no, la cosa es inútil.

— De Veracruz me encargo yo —dijo Baz—. Zamacona es mi amigo. Mañana por la madrugada mandaré a un hombre para comunicarme con él. Yo conozco como piensa Zamacona.

— La importancia decisiva la tiene Doblado. Es un hombre activo y atrevido, y cuenta con un pie de fuerza muy bien organizado, tiene la llave del interior. Y por donde vaya Doblado irán otros Estados.

— Usted sabe la manera en que se comportó durante la crisis pasada. Seguramente le brindará su apoyo también ahora. Es partidario de un ejecutivo fuerte, pero, por las dudas, podremos sondear su opinión.

— Y en tercer lugar, el Distrito Federal: la Guardia Nacional está en manos de los puros. ¿Qué les decimos?

— Si les doy la garantía de que el compromiso con el clero es una maniobra, una medida provisional, estoy seguro que se mantendrán en todo caso, neutrales... Toda esa gente estuvo bajo mis órdenes... cuando yo era gobernador del Distrito Federal, señor Presidente...

— No pude actuar de otra manera —refunfuñó Comonfort—, no podía hacer excepciones.

Zuloaga se levantó y arregló el uniforme. Sus pequeños ojos miraban con extravío.

— Yo aseguro el apoyo de la guarnición —dijo.

— Yo hablafe con los amigos —expresó Payno—, muchos estarán de nuestra parte. El país necesita de orden y paz y no del caos, la violencia y la miseria sin

fín. Es demasiado el precio de una Constitución altisonante.

Comonfort cerró con fuerza los ojos, permaneció así un rato y volvió a abrirlos.

— Pues bien. Mis amigos me hablan contra la Constitución y los veo en eso conformes a los hombres de todos los partidos. Ustedes me han dicho lo mismo. Así no me empeño en sostenerla. Pero es menester explorar la opinión de la Nación. Si ella es contraria a la Constitución no hay que imponérsela a la fuerza, pero si los hombres influyentes opinan que deben sostenerse, yo la sostendré a todo trance o, en el último caso, presentaré mi renuncia al Congreso.

El mismo no creía en sus palabras, pero no podía dejar de pronunciarlas.

Tomó del respaldo del sillón el cinturón con el revólver que se había quitado al comienzo de la conversación y se lo puso. Eran las tres de la mañana del 9 de noviembre de 1857.

Salieron del arzobispado transformado en cuartel. Los dragones de la escolta estaban a la espera del Presidente. Ahí mismo estaba el caballo de Baz.

Iban a Méjico bajo un cielo sembrado de enormes estrellas aspirando con fruición el aire fresco después de la habitación llena de humo de tabaco de Zuloaga.

Don Juan José Baz iba estribo a estribo con Comonfort sin experimentar ahora hacia él rencor alguno. Don Juan José Baz, quien había aparecido en la arena histórica a la manera de la explosión de un petardo; Don Juan Baz, este radical nervioso con un tique en la mejilla, apóstol del extremismo, mal político y presuntuoso maestro de la intriga, de insignificante personalidad, empujó, puso en acción un gigantesco mecanismo dando comienzo a un proceso en igual medida catastrófico y benéfico...

Don Juan José Baz pensaba: "La cosa está hecha. Ahora todo depende de Juárez. Si va a estar con nosotros, habremos ganado. ¡No puede negarse, es una persona inteligente!"

Don Ignacio Comonfort, el moderado clásico, el genio de la moderación y el compromiso pensaba: "¿Cómo explicarle a Benito? ¿Podrá creer en la sinceridad de mis intenciones? ¡Debe creerlo, pues me lo conoce!"

Juárez en sueños escuchó el ruido de unos cascos de caballo, tembló y se despertó. Reinaba completo silencio. Doña Margarita levantó la cabeza.

— Duerme —le dijo Don Benito—. Duerme, querida. Todavía es de noche...

Así no puede seguir

En esa temprana hora del 9 de noviembre de 1857, cuando Comonfort, agobiado por las dudas, las conversaciones y la travesía nocturna entraba en su dormitorio del largo edificio gris en el centro de Méjico, de la cárcel La Acordada salía junto con la patrulla de turno el coronel Miramón, vestido con el uniforme de su ex ordenanza y ahora oficial del ejército republicano, Trejo.

Tres días Don Miguel estuvo oculto en la capital, y al atardecer del cuarto marchó hacia el norte para asumir el mando del destacamento que lo estaba esperando.

A la media hora de viaje desde Méjico se cruzó en el oscuro camino con dos decenas de jinetes, quienes, a juzgar por el andar cansado de sus cabalgaduras, venían de lejos. Acercándose y tirando las riendas para hacer girar en un instante al caballo, Miramón se fijaba con atención en los que pasaban. En la oscuridad no pudo reconocer a nadie, aunque uno de ellos le era conocido.

El señor Manuel Doblado, gobernador del Estado de Guanajuato y liberal famoso, iba presuroso a la capital para un encuentro con el Presidente.

A la mañana siguiente se efectuó la entrevista.

Doblado, procedente de familia pobre y que pasó privaciones y hambre en la niñez y la adolescencia, en el fondo de su alma despreciaba a quienes pasaron la vida entre comodidades y cuya carrera no presentaba contratiempos ni dificultades. Al estudiar en el seminario se ganaba la vida relatando a los alumnos más ricos toda clase de historias. Estos le regalaban cigarrillos. El los vendía y compraba comida. Pero cuando el maestro sacerdote, que se había enterado de eso, le

pidió a Manuel que le escribiera una de esas historias, el ingenioso seminarista le presentó un tratado del que era autor y que demostraba la existencia de Dios...

Al mirar a la hinchada cara de Comonfort, a sus inquietos dedos, Doblado sonreía con su habitual sonrisa condescendiente y callaba. Los ojos, por estar ubicados uno cerca del otro, le imprimían a su rostro pálido y con larga nariz una expresión casi maléfica. El sabía la impaciencia con que el Presidente esperaba sus palabras y permanecía callado.

Comonfort sentía irritación viendo el elegante fraque de Doblado, sus grandes manos blancas, la indulgente sonrisa y que aquél callaba burlonamente.

— Usted lo sabe todo, Don Manuel —dijo Comonfort, y Doblado notó que éste masticaba algo con los labios, como los viejos, durante las pausas—. Puedo decirle francamente: su actitud puede jugar un papel decisivo...

Doblado acariciaba con placer la fina solapa del fraque.

— En el año cuarenta y seis fui legalmente elegido, por primera vez, gobernador de Guanajuato... Tenía veintiocho años. Y el gobierno se negó a reconocer los resultados de la elección alegando de que yo era muy joven... Yo sabía que sólo yo podía poner orden en el Estado y salvaguardar la seguridad y libertad de los ciudadanos. La mayoría de ellos querían verme precisamente a mí en ese cargo. Los argumentos contra mí eran ridículos... Yo podía apelar a mis adictos para que tomaran las armas y obligaran al gobierno a respetar la voluntad del Estado... Yo no lo hice: esperé dos años, combatí contra los yanquis y demostré a todos de que soy un patriota...

— ¿Y si usted supiera que por culpa del gobierno —dijo Comonfort— el Estado que a usted lo eligió se verá obligado a pasar por infinitos sufrimientos? ¿Si usted supiera que los que sufren tienen su mirada puesta en usted? ¿Si usted oyera sus voces diciendo: “Hemos confiado en tí, bríndanos tu protección”? ¿Qué haría entonces?

— Toda la cuestión reside, Don Ignacio, en lo que le va a seguir a vuestra decisión. ¿Acaso ha llegado ese

momento fatal cuando no existe ningún otro camino? La violación de las leyes de la República sólo puede justificarse cuando no existen otros medios para salvar a la Nación. ¿Usted está seguro...?

Parecía que Comonfort ya no tenía fuerzas para soportar el peso de sus potentes hombros y brazos: se encorvó en el sillón dejando caer las manos por los costados.

— ¿Quién puede decirlo con seguridad...?

— Es precisamente lo que yo tengo en cuenta, Don Ignacio. Comprendo las dificultades de su situación. Pero no estoy convencido de que sea este el caso extremo que justifique las modificaciones arbitrarias de la Constitución. Procure hacer los cambios por la vía constitucional. Trate de convencer al Congreso. En este camino yo siempre le brindaré mi apoyo.

— ¿Y si se presenta una situación extrema?

— Si se presenta una situación extrema usted tendrá que tomar medidas. En este caso también usted puede contar con mi ayuda. Pero sólo en el caso de que la situación sea extrema...

Doblado se levantó: alto, corpulento, vistiendo un costoso traje. Miraba a Comonfort encorvado con expresión indulgente y triunfal. “Está desconcertado. No podrá aguantar y se lanzará a esa locura. Y entonces estará perdido. Así es. Así no se puede seguir. Yo haré lo que sea mas conveniente... Pronto todo cambiará y las posibilidades serán enormes... La era de Comonfort está terminando de la misma manera como terminó la era de Santa Anna y luego la de Alvarez... Todo cambia demasiado rápido. No hay que perder la cabeza y no apurarse... Tengo sólo cuarenta años...”

— Nuestra situación en el aspecto militar es firme como nunca, Don Ignacio. A Tomás Mejía y a sus bandidos les brindé una lección tan fuerte que no asoman la nariz de las montañas. Pero llegaré también hasta allí.

A mí no me asustan los rebeldes, Don Manuel. Los rebeldes son un mal comprensible y posible de salvar. Me asusta el hecho de que nosotros mismos destruimos la revolución y nos destruimos solos, Don Miguel —dijo Comonfort y se enderezó en el sillón.

A los tres días, cuando Doblado abandonaba la capital, el destacamento del coronel Miramón ocupaba una pequeña villa cerca de Toluca.

El subescuadrón asentado en la villa fue tomado de sorpresa y derrotado. Los prisioneros por orden de Miramón fueron puestos en libertad. El alcalde, un puro conocido en la región, se escondió y ahora los hombres de Miramón lo estaban buscando. Este último ordenó a uno de los casuales vecinos de la villa conducirlo a la casa del alcalde. Llegaron a un estrecho edificio de dos pisos. La puerta estaba abierta. Miramón recordó como había entrado a su habitación Juan Baz. Miró a los dos guardaespaldas que lo acompañaban y al vecino y les indicó con el dedo que permanecieran en el lugar.

Escuchó unos ruidos imprecisos y algo parecido a un mugido, abrió la puerta en una de las habitaciones y vio la nuca tensa de un soldado y el rostro echado hacia atrás de una mujer pleno de dolor.

Miramón entró en la habitación, las espuelas sonaron. El soldado, al escuchar el sonido metálico, recogió bruscamente las piernas y se levantó de un salto.

Entonces Miramón vio que no era una mujer, sino una niña con un claro vestido hecho trozos. La falda estaba rota a girones y dejaba al descubierto totalmente sus muslos con rasguños y convulsionadamente apretados. El soldado, ajustándose el cinturón, la miró y se rió. Tenía la cara ancha y los labios gruesos. Una hora atrás Miramón lo había visto en combate y lo alabó por su coraje.

La niña gemía.

Algo había pasado tras las espaldas del coronel. Este, al instante, se dio vuelta. En la puerta estaba el vecino que le acompañó con el rostro petrificado por el terror.

— ¡Madre de Dios, es la hija de nuestro alcalde! — apenas pudo susurrar y enrojeció sin fuerzas para respirar.

Miramón con furia hizo un gesto con la cabeza y aquél desapareció. El soldado confuso, pero risueño, miraba en los inmóviles ojos redondos de su caudillo. El quería a su apuesto y arrojado coronel, quien siem-

pre vencía y les daba la posibilidad de vivir tan alegremente.

Miramón extrajo el revólver y, apoyando el codo en un costado, disparó.

El soldado se tambaleó hacia atrás, golpeó con las espaldas en la pared, se inclinó luego hacia adelante, su boca se abrió dejando entrever un vacío oscuro, rojo y dolorido; los ojos empezaron a girar en la órbita hasta ponerse totalmente en blanco. No se cayó de espaldas, ni boca arriba; fue deslizándose poco a poco y encogiéndose como un bulto...

Miramón se dio vuelta haciendo sonar las espuelas. La niña gemía. Miramón se puso de rodillas.

Se abrió la puerta y en el marco quedaron plantadas inmóviles las figuras de los guardaespaldas.

Miramón rezaba. Pero le resultaba difícil: en las acostumbradas, queridas y tranquilizadoras palabras irrumpían unas mismas extrañas frases. "Guerrilla eterna y sin sentido... ¿Seguirá siempre? Así no puede seguir... Así no puede seguir... ¡Dios mío, así no puede seguir...!"

Luego se levantó.

— Reúnan a la gente. Nos vamos.

Conversación confidencial

El 5 de diciembre de 1857 Grigori, el sirviente de Andréi Andréievich Gladkói, quien egresara de la facultad de lenguas de la Universidad de Moscú, se asomó al gabinete de este último cuando Andréi Andréievich estaba tomando el té, ubicando la taza y la dulcera con dulce de guindas azucarado entre las pilas de libros y los papeles de su escritorio.

— Andréi Andréich —susurró con bastante fuerza el criado, revelando en la cara confusión e insistencia al mismo tiempo, ya que le estaba dicho que no se debía molestar a Andréi Andréievich en el momento en que tomaba té, leía los periódicos o pensaba—. Andréi Andréich, han venido a verlo...

Se trataba de un caso no sólo inesperado, sino también sin precedentes. Gladkói ya hacía tiempo que había acostumbrado a sus amistades no visitarlo antes del

almuerzo los días en que trabajaba en casa.

— ¿Qué novedad es ésta? —hizo tiempo de decir Gladkói con enfado, pero la cabeza rubia y el rostro sonrosado de Grigori ya habían desaparecido, y en la puerta semiabierta entró un hombre del todo desconocido, vestido con fraque oscuro y chaleco claro.

— Tales son estos tiempos, estimado Andréi Andréievich: cada día hay una novedad—, dijo sonriendo el visitante e inclinándose ligeramente en señal de saludo.

Andréi Andréievich, arreglándose la bata, se levantó para ir a su encuentro.

El desconocido era bajo de estatura, media cabeza más bajo que el dueño de casa, tenía ojos claros, bigotes castaños, tersos, y una frente plana. Parecía estar lavado con particular esmero, con agua fría y, tal vez, haber recibido incluso masajes hechos por hábiles manos: tan animosos y sueltos eran sus movimientos. Gladkói sin particular ánimo le indicó la silla que se encontraba al lado de la parte más angosta del escritorio.

Antes de tomar asiento el desconocido examinó atentamente el estrecho gabinete, los estantes y las montañas de libros en derredor, incluso intentó mirar por la ventana, pero los vidrios se encontraban cubiertos compactamente por la escarcha. Entonces se sentó, poniendo con ligereza una pierna sobre la otra. Los pantalones eran bastante holgados, claros, del color del chaleco.

Gladkói se sentó en su lugar tras el escritorio, girando la silla en dirección al visitante. Estaban sentados mirándose mutuamente, los separaba el borde de la mesa lleno de libros. La luz del sol, pasando por los vidrios cubiertos de escarcha de la ventana y obteniendo por eso un particular matiz suave, caía sobre sus rostros desde la izquierda.

— A mi me ha sorprendido una cosa —dijo el huésped—, usted, en lo que sé, es de Ucrania, mientras que su criado en nada se parece a un hombre del sur: cabello rubio y tez clara...

— En las leyes del Imperio Ruso no está escrito que yo tenga que valerme, para que me sirvan, de gente procedente sin falta de la hacienda patrimonial. Grigori

vino a Moscú desde Vólogda, y aquí yo lo empleé. Prefiero el servicio de los criados a sueldo.

— ¿No sería una impertinencia de mi parte si le preguntara por qué? —inquirió el visitante con una sonrisa suplicante.

— No se preocupe, puedo contestarle —expresó Gladkói sin responder a la sonrisa—. Todo es muy sencillo: en los criados a sueldo hay menos servilismo y, por otra parte, menos familiaridad. Estas cualidades de nuestros sirvientes de casa rusos no me gustan.

— Tiene un gabinete estrecho, Andréi Andréievich —dijo el huésped—. Pronto los libros lo desplazarán hasta el recibidor. ¿Por qué no alquila una vivienda más espaciosa?

— Pues, verá usted, yo no soy muy rico —contestó secamente Gladkói—. Pero ¿en qué puedo servirle, muy señor mío?

El huésped bajó la pierna que tenía cruzada y, poniendo las palmas de las manos en las rodillas, se inclinó hacia el dueño.

— Lo incomodé con mi visita... Lo incomodé —dijo pensativamente—. Lo siento profundamente, créamelo. Pero mi visita no es por capricho y no carente de utilidad. Mi nombre es Iván Ivánovich Neplúiev; usted, como historiador, conoce, me atrevo a pensar, ese nombre. Me lo pusieron en honor a mi retatarabuelo*. Soy un hombre de armas, igual que mi antepasado, que fue marino. Durante la última guerra serví en Sebastopol, tengo condecoraciones. Hoy día ocupo un cargo de funcionario para misiones especiales, adjunto a... una persona, aquí en Moscú... Después de ser herido pasé a la función civil...

— ¿No quisiera té?

— No me negaría, después del frío de la calle...

Aquí Gladkói comprendió qué es lo que desde el primer momento le parecía que le faltaba al huésped: éste no hacía los gestos obligatorios en un hombre venido del frío, no se frotaba las manos, no encogía los hombros.

Gladkói entreabrió la puerta.

* Iván Ivánovich Neplúiev: relevante estadista ruso del siglo XVIII.

— ¡Grigori! Una taza de té y rosquillas.

— ¿Cómo es que usted, Andréi Andréich, contrariando las costumbres moscovitas, en vez de poner el samovar sobre la mesa, pide traer el té en tazas... ¿Qué rebelión es esa contra la madre de las ciudades rusas?

Gladkói se sonrió por primera vez, mostrando sus blanquísimos dientes.

— ¿Rebelión? ¡Qué va! Yo soy un hombre tranquilo...

Vino Grigori y puso ante el huésped, apenas encontrando lugar, una taza y rosquillas sobre el plato.

— Aquí tiene usted la respuesta — dijo Gladkói—. ¿Adónde puede haber aquí un samovar? Así es que me acostumbré. No es cosa de que cada vez deba sacar los libros de la mesa.

El visitante hizo un sorbo de la taza y la volvió a poner en el lugar.

— ¿Azúcar?

— No, gracias...

El huésped se apoyó en el respaldo de la silla y ahora, totalmente a destiempo, hizo un ademán estremeciendo los hombros y frotándose las manos.

— Por lo que veo, Iván Ivánovich, mi té le hizo venir el frío...

— No, Andréi Andréievich, no es el té, es la obligación con la que debo cumplir...

A Gladkói se le endureció la cara: "La carta..."

— Su carta — dijo Neplúiev—. Usted, hombre tranquilo, muy imprudentemente escribió una carta y con menos prudencia aún la remitió aprovechando una ocasión muy insegura... Bueno, la carta está aquí...

Extrajo del interior del fraque un sobre y lo puso con ligereza sobre el escritorio encima de un fajo de papeles escritos.

Gladkói, con los dedos helados, tomó el sobre y sacó su carta.

— ¡Si usted se ha decidido a mantener correspondencia con Hertzen*, señor mío —dijo Neplúiev con

* Alexandr Ivánovich Hertzen (1812-1870): revolucionario ruso, escritor, filósofo, con cuyo nombre está vinculado un importante período en el desarrollo del movimiento revolucionario en Rusia. Después de derrotada la revolución de 1848 en Europa, elaboró la teoría del "socialismo ruso".

desprecio—, elija, pues, mejor a sus correos!

Gladkói sintió como que algo le crujía sorda y secamente en el pecho, como se le ponía roja la cara; apretó los dientes tratando de contener la tos que lo ahogaba y, sin fuerzas para hacerlo, apretando los labios con un pañuelo extraído del bolsillo de la bata y tragando espesa y salada saliva, salió corriendo del gabinete.

Neplúiev con despectiva compasión meneaba la cabeza. Miró los libros tirados sobre la mesa y posó la vista sobre una publicación bastante gruesa en forma de revista.

Guando regresó Gladkói pasados unos minutos, Neplúiev, otra vez cruzado de piernas, leía esa publicación.

— ¡Qué descuidado es usted, Andréi Andréich, qué descuidado! —dijo cerrando el libro y poniéndolo sobre la mesa—. *La estrella polar**, sin duda, es muy tentadora, yo mismo me estaba deleitando con su lectura, pero ¿para qué tenerla tirada? Decembristas...** ¿Con lo que a usted le hacen falta...!

Gladkói se sentó.

— Usted ha dicho que vino a cumplir con su obligación. Sus agentes lo estarán esperando tras la puerta... ¡Cúmplala, pues! ¿Qué espera?

— Aunque tuviera los agentes: ¿para qué apurarnos? Por lo demás, no tengo ningunos agentes conmigo. No tengo agentes bajo mi mando. Y hablé de mi obligación humana, señor, y no administrativa...

— ¿Es obligación humana leer cartas ajenas?

Neplúiev frunció la cara y meneó, irritado, con la cabeza. Sus suaves bigotes con la grima se pararon y

* *Poliárnaia zvezda* ("La estrella polar"): almanaque social y político editado por Hertzen en 1855-1862 y en 1868 en Londres y Ginebra. Denominado con ese nombre en honor de un almanaque decembrista homónimo.

** Decembristas: revolucionarios de la nobleza rusa que el 14 de diciembre de 1825 intentaron una sublevación contra la autocracia zarista y el régimen de servidumbre (forma de dependencia feudal de los campesinos, atados a la gleba y sometidos al poder administrativo y judicial del señor feudal; se estructuró en Rusia en los siglos XV y XVI y se prolongó hasta la reforma campesina de 1861). La insurrección de los decembristas constituyó el primer pronunciamiento de los revolucionarios en Rusia y ejerció una gran influencia sobre el desarrollo del movimiento revolucionario ulterior.

él, por lo visto, se dio cuenta de ello, pues los empezó a alisar con los dos dedos índices.

— ¡Qué gruñón es usted...! ¿Acaso sería mejor que yo, sin leer, le hubiera dado curso mostrándola a los jefes? ¿Sería mucho más noble, no?

— No comprendo vuestras intenciones, señor Neplúiev.

— Eso porque no quiere mirarme como a un ser humano. Usted no se ha dado el trabajo de reflexionar por qué un antiguo noble ruso, por lo demás con una fortuna apreciable, con un apellido histórico, va de pronto a servir como funcionario para misiones especiales. ¿Acaso no podría vivir habiendo pasado a retiro? En la zona de Pskov tengo una hacienda frente a la cual la suya de Chernígov no tiene nada que hacer. ¡Créamelo!

Gladkói vio que su huésped se ofendió de verdad. Empezó a parecerle interesante. El dolor en el pecho se había calmado, y esperaba con curiosidad la continuación de la plática.

— ¿Y qué fue lo que le impulsó a proceder como usted hizo, Iván Ivánovich? —preguntó, tratando de imprimirle a su mirada una expresión de condolencia.

— Me impulsó, Andréi Andréievich, el deseo de comprender la esencia vital del acontecer de nuestros días. Ha llegado un momento extraordinario, inaudito; Rusia no lo tuvo ya hace más de medio siglo, desde la muerte del emperador Pablo*. Quiero comprender qué es lo que está pasando y hacia dónde van las cosas.

— ¿Y no pudo encontrar ninguna otra manera de satisfacer su curiosidad?

— No pude, señor, aunque usted lo tome a mal... El estar sentado en un gabinete o incluso asistir a la universidad sólo proporciona la referencia exterior, mientras yo prefiero la referencia interna. Después de la desgraciada guerra de Crimea** nuestro ancestral caos ruso, al que nuestro malquerido —¡sí, sí, mal-

* Se tiene en cuenta al emperador Pablo I de Rusia, que gobernó desde 1798 hasta 1801. Implantó en el país un régimen policial militar.

** Guerra de Crimea (1853-1856): guerra entre Rusia y Turquía (que entró después en alianza con Gran Bretaña, Francia y el Reino de Cerdeña) por el dominio en el Oriente Medio. Terminó con la derrota de Rusia y la paz de París.

querido! — emperador Nikolái Pávlovich trató durante treinta años de meter bajo tierra, ese caos ha irrumpido a la superficie —lo que cabía esperar— y ahora está amenazando a la existencia misma del Estado. Puedo estar en contra de muchas cosas, pero cuando se llega a la existencia misma... aquí ya es diferente.

Gladkói ciñó con dos dedos su delgado mentón y observó la transparencia demencial de los ojos de Neplúiev. “¡Vaya un entusiasmo el de este hombre! ¿Pero cómo repercutirá este entusiasmo sobre mí? Y hay algo en él, aunque aparente fresca, algo insano...”

Neplúiev, mientras tanto, se había puesto más amarillo, su fresca, pulcritud, habían sido consecuencia, por lo visto, del paseo matinal.

— Y vine a verlo a usted, apreciado Andréi Andréich, porque me pareció que hay entre nosotros, hasta un determinado punto, cierta afinidad de espíritu. Su carta, además, no tiene nada que ver con política, es de índole puramente científica, es curiosa. Por eso me arriesgué a cometer un delito administrativo porque entendí que nos mueven los mismos motivos. Por lo que ví, usted se dirigió a Herten no como a un revolucionario, sino como a una persona que posee datos de archivo ¿no es así?

— Tal vez así sea...

— El tiempo más terrible lo pasé en Sebastopol*, todo lo comprendo y veo... Ví como miran nuestros soldaditos y marineritos a sus oficiales: ¡los comerían crudos! ¿Y dónde mejor que en la guerra se puede apreciar el latrocinio y el desorden que reinan entre nosotros? Todo lo comprendo, y lo deseable de los cambios también; pero asimismo veo otra cosa... ¿Sabe lo que yo leía en el bastión? Pues, la historia de Karamzín**. La solicité especialmente. ¿Y sabe lo que comprendí? El panorama general de nuestra historia: la autoridad, poniendo en tensión todas las fuerzas, mantiene de la rienda al pueblo, en la moderación. Todos, por lo tanto, la pasan mal. El pueblo sufre y acumula

* Se tiene en cuenta la defensa de la ciudad rusa de Sebastopol en 1854-1855 durante la guerra de Crimea.

** N. M. Karamzín (1766-1826): escritor ruso, historiador, autor de la *Historia del Estado Ruso*, de 12 tomos.

rabia porque no le permiten erguirse, y la autoridad emplea sus mejores fuerzas no para el desarrollo, sino para el freno, y también se pone rabiosa y pierde la medida. Pero llega un momento en que el brazo de la autoridad se debilita. Es el momento en que todos deberían tener un respiro y armonizar. ¡Pero no! El pueblo y sus defensores empiezan a sentir tal exacerbación, su espíritu y sus deseos se excitan tanto que se muestran dispuestos a hacer todo pedazos... Y la autoridad, aterrorizada, vuelve a abalanzarse y apretar para que no se produzca una catástrofe. ¡Y así continuamente! ¿Dónde está la salida, pregunto yo? ¿Qué hacer, si incluso la sola insinuación de un debilitamiento provoca la necesidad de una mayor rigidez?

Gladkói alzó su largo y delgado brazo.

— ¡Permítame! Yo le diré: ¡el miedo hace malograr cualquier emprendimiento! ¡La falta de confianza mutua! Este verano estuve en mi aldea y les fui a hablar a mis mujiks de que, tal vez, bajo ciertas condiciones, no estaría en contra de concederles la libertad... ¡Se empezaron a reír de mí! Estaban seguros de que se me había ocurrido alguna treta para engañarlos... ¡Y ello es fácil de comprender! Usted dice: excitación, catástrofe... Imagínese que yo lo tengo a usted aferrado de la garganta; bien aferrado, ya que mis manos son fuertes. (Neplúiev tragó saliva haciendo un respingo.) Lo tengo tan fuerte como para que constantemente sienta que le falta el aire y apenas pueda respirar. Y, de repente, aflojo la mano. ¿Usted empezaría, entonces, a respirar con pausa, tranquilamente? ¡De ninguna manera! Aspiraría lo más hondo posible, afiebradamente, con pasión, agitando los brazos para colmar los pulmones. Y así, hasta que el organismo se cargue de oxígeno. Yo, mientras tanto, al ver esos impulsivos movimientos y pensar que me son hostiles, vuelvo a aferrarme a su garganta y dejarlo otra vez desfalleciente. ¡Tal es vuestro panorama general! ¡Hay que darle siquiera una vez al organismo la posibilidad de que se cargue de oxígeno, que después todo se arregla! Pero no: tenemos miedo. Y los mujiks, sabiendo que volverán a apretarles la garganta, espontáneamente tampoco quieren creer en concesiones voluntarias nuestras de

ninguna clase. Usted dice que no hacen falta los decembristas... ¡Si fueron los únicos que comprendieron eso! Usted sabe por que yo le escribí a Hertzen. Como historiador quiero formarme una opinión sobre el programa que tenían en determinados aspectos. Y él dispone de materiales...

Neplúiev, mientras Gladkói hablaba, iba inclinándose cada vez más hacia su interlocutor. La cara se le hizo más puntiaguda, con las manos abrazaba las rodillas.

— ¡Es posible! ¡Acepto! —rumoreó exaltado—. Acepto como una suposición. Pero ¿dónde están las garantías? Esto, sabe, no son los tubos de ensayo del doctor Fausto: si no se cocinó en uno se cocinará en el otro. ¡Aquí no se puede errar, señor mío, porque no quedará quien pueda enmendarse! ¡El caos barrería con todo! ¡Barrería y arrasaría! No por nada en Rusia el Estado se constituyó con tantos sacrificios: la resistencia ha sido enorme al propio principio, y no a una u otra de sus formas. Estoy de acuerdo en que los decembristas pensaban precisamente así: poco a poco, con cordura, con ayuda de la guardia disciplinada... Pero bien: ¿adónde está la garantía de que esa misma guardia no se creería con derechos a decidir el destino? ¿Y los mujiks? Usted no tiene idea de los rumores que circulan ahora entre el pueblo. Lo sé por el servicio en que estoy. ¡Uno más inverosímil que otro! Que les serán entregadas todas las tierras de los señores, que el zar va a desligarse de los nobles que entregaron Rusia a los turcos y a los franceses, y se rodeará de gente de origen humilde... ¿Usted dice que se rieron de las condiciones que les proponía? ¿Cómo no se van a reír si están esperando de un día para otro que los van a dejar libres sin ningunas condiciones vuestras y que la tierra que hoy le pertenece les será entregada a ellos? Las reformas, muy señor mío, son buenas a su debido tiempo; en cambio nosotros hemos dejado pasar ese tiempo sin aprovecharlo no se sabe cuándo... ¿Y qué hacer ahora?

Dejó caer la cabeza; sus bigotes se pusieron flácidos, los ojos transparentes miraban sin ver.

— En cambio Hertzen...

— ¿Y quién es Herten? —Neplúiev interrumpió con un dejar de la mano—. ¿Usted estuvo en el extranjero? ¿No? Yo en cambio viví allí, y por mucho tiempo. Allí, señor mío, pasado un mes o dos pierdes la noción de lo que es Rusia. Todo aparece color de rosa... Yo en el cincuenta y cinco, al pasar a retiro, me fui a Alemania para curarme: había sufrido, sabe, una fuerte contusión. Regresé al medio año ¡y empecé a emborracharme! ¡Empecé a tomar, mi querido amigo! Por no corresponder lo que uno imaginaba con la realidad. Y eso que pasó tan sólo medio año... Por lo tanto vuestro Herten... Es un cuentero... Así es que me apresuré a entrar en servicio, si no...

Volvió a repetir el ademán con la mano y de improviso se sacudió, mirando ya con los ojos videntes a Gladkói.

— Ahora, contradiciéndome a mí mismo... ¿Usted, por lo que sé, estudia a México? He leído sus artículos... Y, sabe, me sorprendieron. Cómo es que usted escribe sobre el pasado de México sin haber estado allí. Y vea lo que yo le voy a decir, Andréi Andréievich: es el mejor momento para que usted salga a viajar. La carta yo la saqué, es cierto, pero se interesan por usted amén de ella... ¿Por qué, pues, no salir de viaje? Con tanta mayor razón que usted...

Con el dedo se dio unos golpes en el pecho.

Gladkói volvió a sentir que se le enfriaba el rostro. "Vaya el giro que ha tomado la cosa..."

— Por las ocupaciones que tengo para mí es temprano ir a México —expresó mirando atentamente a Neplúiev, que se alisaba con los dos dedos el bigote—. Calculaba hacerlo dentro de unos dos años...

— ¿Dos años? ¡Vaya a saber que pasará aquí dentro de dos años! Por otra parte, si llega a pasar algo interesante, siempre se podrá retornar. Con los actuales medios de comunicación en un mes o dos se puede estar en casa... Además, le voy a decir francamente: si aquí algo llega a pasar, nosotros con usted no haremos falta. En tales ocasiones actúan en Rusia hombres decididos, y no razonadores como nosotros. ¡Hombres decididos, Andréi Andréich, de los que proviene en Rusia todo el mal! Por lo tanto, váyase tranquilo.

Aquí, en cambio, le va a ser la vida difícil; y la salud también hay que cuidarla...

Neplúiev se levantó. Tenía el amarillento rostro fatigado, los ojos alucinados, encendidos...

— No me acompañe... Es posible que no nos veamos más.

Y salió con rapidez.

Gladkói hizo un intento de seguirle, pero se detuvo, tomó de la mesa la carta, mas no se puso a mirarla.

“¿Cómo entender todo esto? ¿Habrá venido solo? ¿O lo mandaron? ¿Y por qué? Podría achacarse a una pérdida de juicio: empezó a tomar, dice; pero la carta... la carta está aquí... ¡Todo esto tiene un sentido, sí! ¿Pero qué sentido? Hombres decididos... No sé como será la cosa en nuestra sacrosanta tierra, pero en México hoy, a juzgar por los periódicos, los hombres decididos no escasean...”

Oyó como se cerró la puerta de la escalera. No daban ganas de seguir sentado tras el escritorio, el huésped lo dejó inquieto.

A la media hora salió con su pesado abrigo y la gorra a la calle; el sol y la deslustrante blancura de la nieve lo enceguecieron. El sol, despidiendo un tinte rojo por el frío; el celeste pálido del cielo; la escarcha del color de la leche en los árboles, centelleante; el equino del cochero, con hocico gris, expidiendo, al resollar, grisáceas nubes de vapor: todo eso parecía tan plácido y tan familiar. Iba despacio, tratando de no entreabrir la boca para que no entrara el aire frío.

“En México, seguramente, hace calor... calor... mucha calor...”

El conspirador no puede ser político

Comonfort estaba excitado sobremanera.

— ¡Es una salida contra mí! —decía apretando con su enorme mano el crucifijo de vieja plata oscura, obsequiado por su madre, al que siempre tenía en la mesa.

Juárez permanecía sentado con una pierna puesta sobre la otra.

— No hay que ser tan desconfiado, Ignacio. En los gobiernos representativos las interpelaciones del cuerpo

legislativo son una cosa ordinaria. La situación se agravó, efectivamente, después de la sublevación del general Cobos en Oaxaca. Pide tú poderes extraordinarios. Sabremos explicarles a los diputados que en tales circunstancias el Presidente debe tener las manos libres...

Miró las manos de Comonfort, que jugaban nerviosamente con el crucifijo, y sus cejas se alzaron.

Comonfort comprendió y puso, fastidiado, el crucifijo sobre la mesa.

— Tú siempre bromeando —expresó—, mientras que el gobierno está por caer...

— No creo.

— Los acontecimientos siempre tienen su lógica, Benito. Tus correligionarios están exigiendo seguir con las reformas. Pero entiéndeme: ¿cómo podré mirar a mi madre si destruimos la iglesia y la fe?

— La iglesia y la fe no son una misma cosa.

— Para la mayoría de los mexicanos son inseparables. Tu sabes el respeto que le tengo a mi madre. Y me enorgullezco de ello. Yo soy un ser humano, mientras que ustedes exigen que me convierta en una estatua parlante.

— Por ahora no...

— Tú bromeas... Te envidio. Oyeme, yo soy un soldado, tengo relaciones de amistad con muchos jefes del ejército. Y ellos no aprueban lo que está pasando. ¿Qué hacer? ¿Renunciar?

— Eso sería un error.

— Es posible.

Y aquí Juárez percibió que algo había cambiado. Se irguió en el sillón. Comonfort lo miraba atento y expectante.

— Te quería yo comunicar hace días —dijo Comonfort— que estoy decidido a cambiar de política, porque la marcha del gobierno se hace cada día más difícil...

Juárez hizo un corto gesto de asentimiento.

— Alguna cosa sabía yo. Pero, supuesto que nada me habías dicho, yo tampoco quería hablarte una palabra.

— Ya... La crisis ha llegado, y el desenlace está cerca. Incluso de haberlo querido, no habría podido ha-

cer nada, Ignacio... Será lo que ha de ser".

Comonfort lo miraba con los ojos anchos, tratando de descifrar qué es lo que había detrás de esa serenidad sobrenatural, infrahumana.

— Ahora te lo digo todo: es necesario que cambiemos de política y yo desearía que tú tomaras parte y me acompañaras...

Juárez respiraba profunda y sosegadamente.

— ¿De veras? —expresó—. Te deseo muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas a seguir, pero yo no te acompaño en él.

Comonfort se recostó con el pecho sobre el borde de la mesa, y ésta crujió.

— ¡Benito, piénsalo! ¡Debemos estar juntos!

— Ya lo he pensado. Toma el partido que te parezca, porque yo ya he tomado el mío... Por de pronto ten en cuenta que dentro de poco el Congreso reclamará de nosotros que arrestemos a Payno si no se presenta voluntariamente ante el juzgado...

"El político confía en los acontecimientos y escoge el camino entre ellos. El conspirador trata de quebrantarlos. Adiós, Ignacio..."

Bien avanzada la noche del 16 de diciembre Baz trajo a Comonfort el plan de Tacubaya. En él se expresaba:

"Considerando: Que la fuerza armada no debe sostener lo que la Nación no quiere, y sí ser la defensa y apoyo de la voluntad pública, bien expresada ya de todas maneras, se declara:

Artículo 1º. — Desde esta fecha cesará de regir en la República la Constitución de 1857.

Artículo 2º. — Acatando el voto unánime de los pueblos, expresado en la libre elección que hicieron del Excmo. Sr. Presidente don Ignacio Comonfort, para Presidente de la República, continuará encargado del mando supremo con facultades omnímodas, para pacificar a la Nación, promover sus adelantos y progreso y arreglar los diversos ramos de la administración pública.

Artículo 3º. — A los tres meses de adoptado este plan por los Estados en que naturalmente se halla dividida la República, el encargado del Poder Ejecutivo convocará un Congreso Extraordinario, sin más objeto

que el de formar una Constitución que sea conforme con la voluntad nacional y garantice los verdaderos intereses de los pueblos. Dicha Constitución, antes de promulgarse, se sujetará por el Gobierno al voto de los habitantes de la República..."

Baz esperaba con impaciencia hasta el momento en que Comonfort terminara de leer. Este levantó la cabeza. En sus ojos prominentes no había más que dolor.

— Acabo en este momento de cambiar mis títulos legales de Presidente por los de un miserable revolucionario —dijo.

Baz empezó a guiñar los ojos de la sorpresa. Su mejilla derecha se estremeció en una sacudida.

— ¿Usted habló con Don Benito?

— Sí. El no quiso.

— Eso es malo. Pero los oficiales de la Guardia Nacional prometieron mantenerse neutrales...

Comonfort lanzó un fuerte suspiro y cobró dominio de sí mismo otra vez.

— Lo que está hecho, en fin, ya está hecho y no tiene remedio —dijo levantándose—. Acepto todo y Dios dirá por qué camino debemos seguir... Transmítale a mi compadre que es hora de actuar...

En la noche del 16 al 17 de diciembre de 1857 la brigada del general Félix Zuloaga emprendió la marcha por las oscuras calles de México.

Por la mañana todas las dependencias gubernamentales estuvieron en manos de los sublevados. Resistencia no hubo.

Al amanecer el Ministro de Gobernación, Benito Juárez, entró al palacio para cumplir sus funciones y fue arrestado por dos oficiales. Lo encerraron en una pequeña habitación del segundo piso, poniendo a un centinela en la puerta.

Después de mirar alrededor, sacó del bolsillo interior del fraque el cuaderno de notas que usaba como diario, y escribió: "Día 17. Fui aprehendido en Palacio".

Carta a Manuel Doblado de su agente político desde México (1 de enero de 1858)

"Mi muy estimado amigo:

Pasaron dos semanas desde que nuestro Hamlet ordenara a su Horacio revocar la Constitución y se adjudicara poderes dictatoriales. Tantas eran sus quejas de que tenía las manos atadas por la Constitución y el Congreso que ahora todos esperaban acciones rápidas y eficientes. Pero no pasó nada de eso. Como dicen, al servirse a la mañana el café traza grandiosos proyectos de transformaciones; durante el almuerzo, al mediodía, comienza a dudar de ellos y, por la noche, después de comer helados, lo revoca todo. Y así todos los días. Está evidentemente desconcertado y no sabe por qué decidirse. Para todos está claro que no es que sea mala la Constitución o reacio el Congreso, sino que es la absoluta falta de vocación del Presidente para ocupar este cargo. Al abolir la Constitución, el Sr. Comonfort firmó su propia sentencia.

Otra vez pude convencerme, mi muy estimado amigo, de tu sabiduría. El que no te hayas comprometido asumiendo obligación alguna te brinda ahora la posibilidad de interceder como quien está llamado a salvar a la Nación. Creo que la presentación de una solicitud por parte de lo más representativo que tenemos para que te hagas cargo de la dirección del país es cosa de unos días.

Al Presidente lo dejó anonadado la noticia de que ocho gobernadores formaron una liga para defender la Constitución. ¡Y qué gobernadores! Comrende que Baz lo engañó vilmente al prometerle el apoyo de los Estados centrales, o que resultó un mentecato. Tú ya sabrás, seguramente, que Veracruz se ha negado categóricamente a apoyar el golpe. Si además de esto se toma en cuenta que por la Constitución estás tú, Degollado, Parrodi y Alvarez, resulta fácil de imaginar en qué estado se encuentra el Presidente. Me dijeron que, al enterarse de la aparición de la Liga, se puso a correr por el despacho gritando que le traigan a Baz. ¡Seguro que le pegaría un tiro ahí mismo! Pero Baz tuvo el cuidado de ocultarse.

¡No quisiera yo estar ahora en la situación del Sr. Comonfort! Sus amigos conservadores, que muy pronto engatusaron al sabihondo de Zuloaga (¿sabes que en su juventud fue cajero en una casa de juegos?),

exigen del Presidente que revoque las leyes sobre los fueros y sobre la desamortización de bienes de la iglesia. Supongo que su distinguida madre no lo deja en paz ni en su propia casa. Los radicales, por su parte, a los que Baz convenció no oponerse a la revuelta prometiéndoles reformas inmediatas, ahora están esperando el cumplimiento de esas promesas. Así es que el Presidente está comprometido con dos cosas que excluyen la una a la otra. La violación de cualquiera de los compromisos lleva a la guerra. Por eso prefiere no hacer nada. Pero si los radicales por ahora se mantienen fieles, los conservadores, particularmente los correligionarios del padre Miranda, aprietan a todo lo que se puede.

La crisis, repito, se producirá dentro de varios días y la única salida será tu arribo a la capital.

Nuestro amigo Juárez sigue todavía bajo arresto, y no se proponen ponerlo en libertad. Se negó tan rotundamente a colaborar con el nuevo régimen, que su aparición en libertad puede conducir a consecuencias muy indeseables para el Presidente. Pero el Sr. Comonfort se verá obligado a decidir sobre esta cuestión también: no puede tener al vice-presidente eternamente encerrado en una habitación. ¡A fin de cuentas eso sería ridículo! Pero tampoco puede soltarlo: después que él dejó de observar el juramento prestado, Don Benito, propiamente hablando, pasa a ser el presidente legítimo. Y si llega a comenzar la lucha, los radicales saldrán de su inmovilidad.

El Presidente encargó al Sr. Payno vigilar a Juárez y responder por su vida. Teme un atentado contra la vida del vice-presidente. Nada hay de imposible en eso.

Claro está, es mucho lo que se habla del comportamiento de Juárez, como Ministro de Gobernación, durante las últimas semanas. Nadie cree que no estuviese enterado del complot. Si se hubiera plegado al Presidente o siquiera quedado en libertad, todo estaría claro y su prestigio de demócrata intachable habría sucumbido para siempre. Pero está bajo arresto y, por lo tanto, no fue cómplice. ¿Por qué, entonces, no tomó ningunas medidas para conjurar el golpe? ¡Esta es la cuestión! Puede alegarse que tenía pocas fuerzas. Es cierto. Pero de todos modos las tenía. Y tenía la posi-

bilidad de notificarle al Congreso y a los gobernadores acerca de lo que se avecinaba. Eso podía obligar a los sediciosos a no emprender la acción. El no lo hizo. ¡Es incomprensible!

Podría suponerse que su intención era que el Presidente, al dar el golpe, quedara desprestigiado y, por lo tanto, se viera obligado a transferir el poder al vice-presidente. ¡Pero Don Benito no podía saber que lo irían a encerrar, simplemente, en una habitación y que no lo iban a matar en la calle! Su vida, como ya dije, se encuentra en peligro, y no se sabe como va a terminar para él todo esto. Por lo tanto es difícil considerar lo sucedido como una hábil maniobra política suya.

Dicen que él, sencillamente, quedó desconcertado y no sabía lo que hacer y, por eso, con el fatalismo propio de la raza india esperaba el desenvolvimiento de los sucesos para someterse a ellos. ¡Tonterías! Hemos conocido demasiado bien a este hombre durante los últimos años como para creer en esta estupidez. El nunca se desorienta, y todos sus actos tienen su sentido. ¿Pero qué sentido tenían en diciembre? Algún día lo sabremos.

No sé si te habrá llegado la proclama que lanzó el Presidente. En ella sostiene que el futuro que se abría ante nuestros ojos amenazaba no sólo con la guerra civil, sino con algo peor: con la disolución completa de la sociedad. También afirma que el pronunciamiento del ejército que inició el movimiento de Tacubaya no es la expresión de los puntos de vista de un grupo cualquiera ni el arribo al poder de uno u otro partido, sino que todo el pueblo rechazó la nueva Constitución, y que el ejército sólo se hizo intérprete de la voluntad popular. Estoy seguro que ahora, cuando la mayoría de los ministros presentó su renuncia, cuando los principales Estados se pronunciaron en contra, este documento provoca genuina repulsa en el propio Sr. Comonfort. Demostró una vez más no comprender lo que está pasando.

¡Que sea ese su epitafio político!

Espera, pues, mis noticias y prepárate a asumir la responsabilidad por los destinos de México.

Tu afectísimo amigo y seguro servidor..."

Carta que Manuel Doblado pudo haber escrito a su agente político en Méjico, el 8 de enero de 1858

"Amigo mío:

Veo que aprecias en forma totalmente acertada la situación en la capital y el estado del Presidente.

Pero la cuestión sobre quién debe encabezar ahora la Nación no es tan simple.

Acabo de recibir una carta del general Parrodi en la cual, en particular, me expresa que no debemos hacer caso de ninguna otra propuesta que no sea la de que demandemos del Sr. Comonfort la transmisión del mando presidencial al Sr. Juárez, tal como lo estipula la Constitución. Sólo ese paso, me dice, puede servir de base para llegar a un acuerdo entre los insurrectos y nuestra coalición, traer la paz y cohesionar a todos contra los adeptos de Santa Anna que anhelan retomar el poder.

No vayamos a parecernos a quien, mi querido amigo, tú llamas irónicamente Hamlet. Seamos políticos realistas: el general Parrodi no sólo es el Gobernador de Jalisco, sino también el propulsor de la creación de la Liga. Ya no hablo de que tiene bajo su mando ocho mil soldados que necesitamos para aplastar la insurrección, si se llega a las armas. Su opinión merece ser escuchada también porque ahora la legalidad es la mejor de las consignas. Atengámonos a sus preceptos. Con todo el respeto que profeso hacia el Sr. Juárez, debo decir que es una figura transitoria. Es una personalidad muy indicada para transferir el poder, una vez terminado el conflicto, sobre bases legales. Pero a quién se lo transferirá, eso lo ha de decidir el pueblo de México.

Sigo a la espera de tus mensajes. Tu agradecido amigo y seguro servidor..."

Carta a Manuel Doblado de su agente político desde Méjico (11 de enero de 1858)

"Mi apreciable amigo:

Hoy por la noche recibí tu carta, y a la mañana ya todo cambió. El general Zuloaga declaró que "su com-

padre lo traicionó" y que a todos los quería entregar a los puros. Recién acaban de traerme la proclama suscrita por el general De la Parra, el ayudante de Zuloaga. Esas proclamas fueron pegadas durante la noche por todas las paredes de la ciudad. En el texto se expresa que veinticinco días atrás la guarnición de la capital proclamara el plan restaurador de Tacubaya que fue unánimemente aceptado por la mayoría del pueblo. Sin embargo, se dice a continuación, el titular del Poder Ejecutivo que había apoyado con gran entusiasmo este plan comenzó, lamentablemente, a mostrar un comportamiento pleno de vacilaciones, lo cual provocó inquietud entre todos sus adictos y la desconfianza respecto a las promesas formuladas.

Por último se consigna que todas las unidades militares que se encuentran bajo el mando del autor de la proclama están decididas a llevar hasta el final la causa que emprendieron con toda responsabilidad y se considera imprescindible modificar el Artículo 2 del plan de Tacubaya alejando al Excmo. Sr. Presidente Don Ignacio Comonfort del mando supremo y proclamar Jefe Supremo del Ejército Restaurador al General Don Félix Zuloaga. Ya ves el cariz que han tomado las cosas.

Me han comunicado que los seguidores del general Zuloaga ocuparon el centro de la ciudad, los conventos de San Agustín y de Santo Domingo, mientras que las unidades fieles al Presidente se hicieron fuertes en el Palacio, en la cárcel La Acordada y en las ruinas del Monasterio de San Francisco (el mismo Comonfort lo había destruido).

En la ciudad resuenan disparos, la situación no está clara.

Si los sublevados (ahora ya dos veces sublevados) llegan a imponerse, a Comonfort le espera el exilio, y lo que pasará con Juárez es difícil de prever... Repito: ¡Prepárate a encabezar la Nación, mi querido amigo! La cosa es seria.

Te seguiré comunicando las novedades, tu seguro servidor..."

Hoy trabé conocimiento y conversé con un hombre admirable: el Sr. Matías Romero, diplomático mexicano que representa los intereses de Juárez en los Estados Unidos de América.

Es muy joven, casi un adolescente. Tiene rostro pálido, unos enormes ojos negros y una frente grande; pero, cuando uno mira bien nota que se debe en parte al comienzo de una temprana calvicie. Da la impresión de ser un hombre flegmático, se mueve sin prisa, pero en los ojos siempre se nota reflexión y fuego. Para ocultar su juventud se dejó crecer una gran barba.

Estuvimos hablando largo rato sobre la situación en México y sobre las relaciones con este desventurado país de parte de su vecino del norte.

El señor Romero habló mucho sobre el Presidente Juárez, al que venera como un hijo que se inclina ante un padre sabio y bondadoso. Por cuanto la personalidad de Juárez me interesa sobremanera, traté de preguntarle lo más detalladamente que pude.

Me relató sobre el inicio muy divertido de su amistad con el Presidente. Tenía sólo 18 años cuando vino a la capital desde la ciudad de Oaxaca, donde estudió en la universidad local que lleva el nombre de Instituto de Ciencias y Artes. En ese tiempo en que el señor Romero había llegado a México, su paisano Juárez era Ministro de Justicia en el gobierno revolucionario. Nuestro joven viajero tenía la esperanza de que Juárez iba a ayudarlo, aunque entre ellos no se conocían. Durante el tiempo en que el señor Romero estudiaba en el Instituto, Juárez se encontraba en el exilio.

Romero se presentó directamente en el ministerio y propuso al ministro sus servicios. Este recibió al joven con cortesía, pero también con indiferencia, y lo puso a transcribir papeles y redactar cartas. "Transcurridos unos cuantos días —dice el señor Romero— comprendí que era inútil esperar que podía cobrar un sueldo. Había notado que no sólo el gobierno carecía de

* Esta nota fue hecha más tarde, en 1860, pero la cito aquí porque describe la situación de crisis y da la idea sobre un importante protagonista de los acontecimientos.

dinero, eso lo sabían todos, sino el propio ministro tenía los bolsillos vacíos. Yo no estaba seguro de que tendría algunos pesos para un buen almuerzo. Y entonces decidí: le propongo un préstamo, pues tenía ahorrada una pequeña suma, y si lo acepta me quedo a servirle, y si no, paso a otro empleo. ¿Una puerilidad, dirá usted? No del todo. A mí me gustan las personas con comportamiento natural y franco, mientras que el señor Juárez me pareció ser petulante y cerrado. En una ocasión en que me estaba dictando le propuse, de improviso, cien dólares. ¿Y qué cree usted? Ni pestañeó siquiera. Los tomó, agradeció y dijo que los devolvería dentro de diez días. Y, realmente, a los diez días los devolvió. Pero mis dólares fueron invertidos no sé en qué necesidades del ministerio, pero de ninguna manera en almuerzos para el ministro".

A juzgar por lo que dice el señor Romero, el Presidente Juárez es un hombre bondadoso y delicado, muy modesto, pero duro como una piedra.

"Tiene una mente muy particular", dijo el señor Romero. "El ve lo que nosotros no vemos aunque observamos el mismo objeto. En las cartas que leemos juntos él encuentra totalmente otras cosas que las que encuentro yo. Y, como regla, sale teniendo razón. Conoce a México. Y esto no es nada sencillo. ¡México es tan múltiple y variado! El campesino indio y el mestizo comerciante son dos Méxicos diferentes. También son dos Méxicos diferentes el arriero de mulas, grosero y terco, y el abogado soñador. Don Benito (así llaman al Presidente Juárez) los conoce y comprende a todos. Por eso lee e interpreta correctamente sus ansias y deseos allí donde nosotros juzgamos a todo el mundo por igual. Vivió una vida difícil que lo hizo sabio. Pero no sólo es eso. El, como ya he dicho, posee una mente muy especial. No siempre, ni mucho menos, alcanzo a comprender sus actos. ¡Cuántas habladurías, acusaciones y suposiciones hubo a raíz de su impasibilidad ante el golpe de Comonfort! Es que él era el Ministro de Gobernación, tenía en sus manos a la Guardia Nacional y a la policía, pero, sabiendo que se preparaba el golpe (yo mismo le resumía los datos), seguía esperando sin adoptar medida alguna. Cuando lo arresta-

ron yo pude conseguir del Presidente Comonfort permiso para verlo a Don Benito. Hablamos unos cuantos minutos, después me echaron. Le pregunté por qué él no había intentado conjurar lo que había pasado. El me dijo una frase cuyo sentido comencé a comprender recién ahora, cuando la victoria en la guerra civil empieza a estar del lado nuestro. El dijo: "No hay nada peor que una enfermedad permanente".

Claro está, que mucho de lo que cuenta el señor Romero no me resulta claro porque desconozco esos acontecimientos. Todavía tendré que conocerlos y describirlos.

¡Adiós, Presidente Comonfort!

En la madrugada del 11 de enero Juárez escuchó unas descargas de fusilería. Se dirigió a la ventana, aunque ésta salía al patio interior y nada de lo que pasaba afuera se podía ver. Miró hacia arriba, al soleado cielo.

Se abrió la puerta. Juárez dio una vuelta, siguiendo con las manos atrás.

Entró Comonfort.

Se acercó en silencio hasta la mesa para sentarse pesadamente en la única silla que había.

Juárez se hallaba parado teniendo a sus espaldas la ventana y la luz lo rodeaba imprimiendo a su silueta precisión y rigidez.

— Buenos días, Ignacio.

— ¿Qué? ¡Ah! Sí, sí... —expresó Comonfort. Sus ojos miraban distraídos a un lado de Juárez.

— ¿No hay demasiado ruido de fusilería en la capital? Ahora que eres dictador: ¿por qué no hay orden y tranquilidad?

— Ahora no soy nadie. Peor que nadie. Soy un presidente que ha infringido la ley y que no supo con sus actos justificar esa infracción... Por mí se perdió todo lo que habíamos conquistado, Benito. Por mí se perdió la revolución de Ayutla.

— La revolución. Ignacio, si es, naturalmente, una revolución y no un golpe perpetrado por ambiciosos

y aventureros, no se pierde tan fácilmente.

— Eres un optimista incorregible.

— En modo alguno. Confío en la vida que nos rodea. En cambio tú y tus nuevos amigos confían solamente en sí mismos y quieren imponerle a la vida sólo los canones y conceptos propios. Ella no soporta eso.

— No tengo amigos de ninguna clase: ni viejos ni nuevos... Todos me traicionaron, Benito. Estoy sólo.

— Si hubieras venido a verme no hoy, sino el día en que me arrestaron, creo, con tu consentimiento; pues ese día te habría predicho todo lo que tenía que pasar. Para ello no se necesitaba mayor sabiduría y perspicacia. Tú querías estar por encima de todos y ser para todos. Y tenías que quedarte solo. Tú querías ser un presidente por encima de los partidos y te quedaste como un presidente sin partido. Querías estar por encima de la ley y desataste la arbitrariedad. Todo es muy sencillo, Ignacio.

— Yo quería el bien.

— ¿Hace falta recordarte a tí con lo que está sembrado el camino al infierno...? ¿Particularmente para los gobernantes?

— Fui sincero conmigo mismo. Hacía lo que debía hacer un hombre honesto y justo. Tres eran los caminos que se me presentaban. El primero era dejar las cosas en el mismo estado en que se encontraban cuando triunfó la revolución de Ayutla, lo que era un absurdo y un crimen. El segundo era arrojar en brazos del principio revolucionario e introducir todas las innovaciones exigidas por él, lo que también era otro absurdo y otra iniquidad. Yo no podía innovarlo todo de repente, sin consideración a ningún derecho, a ningún interés, a ninguna opinión, ni a ninguna clase. Tú dirás que hubo ejemplos. Sí, los hubo. En Francia, en Inglaterra... Los hubo. ¿Pero cuánta sangre costó eso? Esto es lo que nunca hacen los gobiernos que merecen este nombre, es lo que nunca hacen los hombres justos. Si el mundo moderno debe algo a esos tremendos cataclismos, no por eso han dejado de ser grandes iniquidades ni en ningún caso se pueden adoptar como sistemas de política. ¿Acaso no hay entre estos dos extremos un medio prudente y justo para que el país

llegue al término de sus deseos?

— ¿Y adónde te ha llevado? ¿A la necesidad de abolir la Constitución y usurpar el poder?

— ¡Sí, abolir la Constitución era una necesidad! ¡Estaba conduciendo al país al desastre!

— Parece que te has olvidado que afuera suenan disparos. Dicho sea de paso ¿qué es lo que está pasando?

— ¿Qué está pasando? El general Zuloaga está matando a los que procuran defender la sensatez y la moderación.

— Magnífico resultado.

— Este país no tiene vocación para la vida en paz.

— Por el contrario. La está anhelando y por eso combate ya hace medio siglo. Está anhelando una revolución verdadera, por cuanto sólo una revolución auténtica conduce a la tranquilidad y a la paz. Tú no comprendiste, Ignacio, que la Constitución que ponía tantos obstáculos al ejecutivo es algo natural para un país cansado de las arbitrariedades del mismo. La Constitución fue el primer engendro de la revolución, lo mejor que ella dio a luz. Tú procuraste eliminar a la Constitución, y la revolución se vengó de tí. Todo es muy sencillo...

— Comienzo a pensar, Benito, que todos estos cincuenta años la sangre se derramó en vano. ¡Qué presunción: llamar al pueblo a la guerra!

— Estás cansado, Ignacio. Sólo tu cansancio puede explicar estas palabras. El pueblo jamás se levantará si puede no levantarse. Cuando la gente fue tras Hidalgo, cuando miles de mexicanos anónimos fueron a combatir en los ejércitos de Morelos, eso significaba que no podían no ir, no podían no combatir. No es que dos valientes y generosos sacerdotes convocaron al pueblo a las armas. Es el pueblo que los convocó a ellos. El pueblo nos ha convocado a nosotros también. Seguimos los pasos de Hidalgo y Morelos porque los mexicanos demandan que lo hagamos...

— Todo eso son frases declamatorias... No quiero discutir... Efectivamente, estoy cansado. Me moriría, Benito, si Dios no me lo impidiera. Vamos a resolver nuestra discusión de otra manera...

Comonfort se levantó. Sus dolientes ojos negros miraban hacia la ventana, hacia el celeste radiante del cielo.

— No vine a discutir contigo. Vine a decirte que estás libre. Di la orden de liberar a todos los que están bajo arresto. La cárcel, hasta ahora, se encuentra en nuestras manos. Según la ley te debes hacer cargo de la sucesión presidencial. Pronto lo anunciaré oficialmente... ¡Estás libre! Veremos que podrás hacer.

Cuestión de amor propio

En las ruinas del monasterio de San Francisco tomaron posición centenar y medio de soldados y guardias nacionales que permanecieron fieles a Comonfort.

Cuando el 11 de enero el Presidente exhortó a las unidades que se mantenían fieles a hacer frente a los rebeldes, disponían en ese momento de unas cinco mil bayonetas. A las veinticuatro horas ya no eran más de tres mil. Se fugaban de él. Ya no le creían.

Ahora, el 12 de enero, Matías Romero se encontraba junto al coronel Zaragoza en el campanario que había quedado en pie, teniendo el caño del fusil recostado sobre la verja y mirando hacia abajo por un costado de la ventana de piedra desgajada por el impacto de una bala. Zaragoza se hallaba al otro lado de la obertura.

— ¿Por qué no se fue usted? —preguntó Zaragoza.

Romero desvió la vista de la calle que debía observar y miró al coronel: joven rostro redondo y risueños ojos tras de los lentes.

— ¿Por qué no me fui? Porque tenía mucha curiosidad por saber que había tenido en cuenta Don Benito. Ahora algo he comprendido... ¿Y usted hace mucho que está en el ejército, Don Ignacio?

— ¿Usted piensa que soy muy joven para ser coronel? Pero yo sólo aparento ser tan joven por las mejillas redondas, malditas sean. Tengo ya veintiocho años... Y en el ejército ingresé a los diecisiete, en un regimiento de caballería. Por aquel entonces comenzó la gue-

rra con los yanquis. No me proponía seguir la carrera militar, aunque mi padre fue oficial de carrera. Enseguida que terminó la guerra salí a retiro y empecé a ocuparme de lo que soñaba: del comercio... Después volví otra vez al ejército, y el grado de coronel me lo concedió mi general, el sr. Vidaurri, cuando combatimos contra Santa Anna cerca de Monterrey... Cuando se adoptó la nueva Constitución, ella me satisfacía plenamente, pero tuve que cumplir una orden muy desagradable para mí del señor Vidaurri; es nuestro gobernador y mi comandante... La orden la cumplí, pero decidí salir a retiro. Me casé, tengo una esposa bellísima...

— ¿Por qué no está con su esposa, sino en el campanario?

— Pues verá, Don Matías: es una cuestión de amor propio...

Zaragoza se rió.

— Sí, sí. Una cuestión de amor propio más que de principio político. Me molesta mucho vivir en la tiranía. Me parece algo denigrante para un varón. ¿No le parece? Yo eso le expliqué con tanto ahínco a mi Doña Rafaela cuando todavía era mi novia que ahora me es simplemente incómodo delante de ella: permanecer sentado con las manos cruzadas y mirar como esos aventureros comienzan a empujar el carro para atrás. Es difícil que podamos expulsarlos de la capital con nuestras fuerzas, pero estoy seguro...

Una bala hizo impacto en la pared de piedra del campanario, cerca de la obertura, y el polvo y partículas desprendidas del muro obligaron a Romero a cerrar por un instante los ojos. No podía entender de donde venían los tiros.

— Es del piso superior de la casa azul, allí, a la izquierda —dijo Zaragoza—. Y de la casa de enfrente...

Volvieron a escucharse los impactos de otros disparos.

— ¡Oh...! Son muchos —dijo Zaragoza—. Le pido por San Matías que no vaya a asomarse. El santo no me perdonará si le pegan a usted un tiro... Ahora van a atacar. Esta es la cobertura... Voy para abajo. ¡No se asome, señor secretario!

Sujetando los lentes, corrió escaleras abajo hacia el oscuro vacío.

Y ya desde allí gritó:

— ¡Y el señor Juárez tampoco me perdonará...!

De los pisos inferiores del campanario comenzaron a dar respuesta al fuego. De las paredes de las casas saltó el estucado. Los vidrios rotos por las balas resonaban con ruidos cortos y vibrantes.

Romero apuntó desde la obertura, pero no hizo a tiempo para disparar. Unos sonidos raros lo obligaron a bajar el fusil y alertar el oído. Desde lo lejos llegaban el silbido y chisporroteo de fuegos artificiales, y de inmediato sobre los techos de las casas brillaron pálidamente, aplacados por la luz del sol, los fuegos de los cohetes. Gritos de júbilo se oían desde allí de donde fueron disparados los cohetes.

En las posiciones rebeldes festejaban la llegada a la capital del general Osollo y del famoso coronel Miramón.

Jóvenes, risueños, en brillantes uniformes recorrieron al galope la línea quebrada que dividía la ciudad en dos bandos opuestos.

El coronel Miramón dijo al general Osollo, su compañero de estudios en la escuela militar y de la guerra con Norteamérica:

— La cosa se puede prolongar y los gobernadores llegar a tiempo para bloquear la ciudad. Hay un medio de terminar rápido. Bonaparte, claro está, fue un farfante, pero el arte militar lo conocía bien.

— ¿La artillería?

— ¡Naturalmente!

La república necesita de republicanos

El lugar donde estaba la estación le agradó mucho a Andréi Andréievich: la estrecha quebrada de un río, las suaves curvas de las orillas cubiertas por una gruesa capa de nieve recientemente caída, el ancho puente con bajas barandillas, también cubierto todo de nieve, y los árboles cercanos de baja altura aparentando bolas blancas. Todo eso, bajo la tenue luz del crepúsculo, irra-

diaba placidez y parecía algo irreal.

Gladkói saboreaba de antemano la delicia del paseo nocturno, al que invitaba el caminito ya abierto que se divisaba en la nieve.

Andréi Andréievich se dirigía desde Moscú a su hacienda de Chernígov.

Llegaba a su fin el día 14 de enero de 1858.

Después de salir del vehículo, entró en la casucha pintada de blanco de la estación para encargarle a la dueña la cena. La patrona, entrada en carnes y bonita, también le agradó. Terminó de charlar con ella y pasó a echar una ojeada a la habitación en la que comúnmente cenaban los viajeros, y distinguió allí a ese hombre.

Era ya entrado en años, robusto y esbelto. Permanecía sentado derecho y leía el periódico, manteniéndolo un poco a la distancia. Miró a Gladkói sin cambiar de posición la mano con el periódico, y le causó a aquél de inmediato buena impresión. Por su rostro se parecía a un perro grande y de noble raza: frente baja y saliente rematada por una cabellera corta, espesa y canosa; la punta del labio superior encimada sobre el inferior; nariz ancha y arremangada; pequeños ojos claros con oscuros párpados arrugados.

— Acomódese, mi distinguido señor —expresó con voz ronca y profunda y dejó a un lado el diario.

“Está claro: es un coronel retirado o, tal vez, un general. Escucharemos algo sobre la toma de Crimea...”

Gladkói decidió no ir a pasear y dejó el abrigo en un ancho banco al lado de la puerta.

— Permítame presentarme: Andréi Andréievich Gladkói, sin ocupación, estoy de viaje a la aldea por asuntos personales —dijo sonriendo para ganar la predisposición del viejo soldado.

El veterano señor se puso de pie, saludó inclinándose un poco y volvió a sentarse.

— Piotr Avdéievich Jlébnikov, no viajo por cuestiones personales, pero tampoco por razones de servicio.

— ¡Qué interesante!

— En lo más mínimo. Yo, amable joven, soy cirujano. Y vengo de atender a un paciente... a un herido,

mejor dicho. Murió hace unas tres horas...

Hinchando los labios, meneó la cabeza.

— Un hombre joven. Más o menos como usted... También todo delgado... Sólo que tenía barba y bigotes... Una especie de Don Quijote, en una palabra...

Pronunció todo eso mirando directamente en los ojos de Gladkói. Este, bajando por un instante los párpados, imaginó, rodeado por una especie de nimbo gris, su rostro echado para atrás con una barbilla que empezaba a asomar por las mejillas.

— ¿Y qué es lo que le había pasado a ese Don Quijote?

El cirujano se apoyó con la mejilla en su ancha mano y expresó:

— Pues nada extraordinario dentro de la realidad rusa de nuestros días: lo mataron los mujiks. Nada más que eso.

— ¿Era un terrateniente? —preguntó con suspenso Andréi Andréievich.

— Sí, un terrateniente. Un señor joven y soñador... Vino de Petersburgo a sus aldeas, reunió a la gente y empezó a explicar a los mujiks como se proponía transformar sus vidas... Según entendieron ellos —aunque no estoy seguro, porque nuestro mujik muchas cosas las entiende a su manera—, según entendieron y según lo que ahora le dicen a la policía, su señor, el teniente retirado Judiakov, se proponía dividir entre ellos todas las tierras comunales y una parte de las de él. Pensaba introducir el sistema fármier, no sé si se dice así, para que los fuertes y laboriosos vayan creciendo, y los que son más tontos y holgazanes cedan sus tierras a los más fuertes y se empleen en sus fincas por un buen sueldo. Y para que no haya arbitrariedades él, Judiakov, se comprometía vivir en la aldea y vigilar todo... Los mujiks se asustaron y se pusieron a suplicarle que dejara todo como estaba. Estuvieron discutiendo hasta entrada la noche... Y en la oscuridad, cuando todos salían, alguien cerca del portal de la casa le dio con un garrote por la cabeza... Pero ¿por qué está usted parado? Siéntese, amigo mío, descanse... Bueno, están buscando al culpable, pero vaya uno a encontrarlo...

Y aunque lo encuentren y lo condenen ¿qué soluciona eso?

Gladkói se sentó a la mesa. Los pies y el estómago se le pusieron de pronto fríos, no podía respirar con profundidad. Se imaginaba como él, Andréi Andréievich, reunía a la gente —que es lo que efectivamente tenía intención de hacer— y les decía... Todavía no tenía decidido qué es lo que les iba a decir... La experiencia del año pasado había sido desafortunada...

— ¿Y usted, Andréi Andréievich, no viaja con la misma cosa? —preguntó el viejo alzando sus cejas cortas y tupidas—. Explíqueme entonces bien el camino, como podré encontrarlo, pues ahora perdí tanto tiempo en llegar hasta lo del teniente por no saber bien el camino, que éste ya había fallecido... Me avisaron de la ciudad, pero cómo se llegaba no supieron explicármelo debidamente... ¿Y qué podía hacer yo? Había que coserle prácticamente una cabeza nueva...

— ¿Pero por qué no quieren ellos hacer la prueba? —inquirió Andréi Andréievich con tono apagado y desesperante—. Pues si alguien les desea el bien...

— ¡Estimado amigo mío, no quieren ellos de nosotros el bien! ¡No quieren! En todo ven un engaño y una treta. ¿Y quién puede decir que no fuimos nosotros mismos que los acostumbramos a ello? Nosotros, la nobleza, la capa instruida no hacemos otra cosa que experimentar con ellos... El primero en empezar fue nuestro Piotr Alexéievich*, guarde Dios su memoria... No, yo no digo que las reformas hayan sido un capricho suyo. Por la misma ocupación a la que me dedico soy, como usted imaginará, un categórico partidario del progreso y de la civilización, pero es que... Si a un enfermo se le administra en exceso incluso el más bueno de los remedios, el enfermo se muere o queda inválido para toda la vida. ¡De eso se trata! Mientras tanto Piotr quiso alcanzar de un sólo golpe por la vía del progreso sus confines extremos.

— ¿Y qué cree, entonces, qué hay que hacer?

* Se tiene en cuenta a Pedro I el Grande (1672-1725), zar ruso (desde 1682) y primer emperador de Rusia (desde 1721); llevó a cabo toda una serie de reformas y amplias transformaciones, «nombradas a superar el atraso de Rusia con respecto a los países avanzados de Europa.

El viejo movió el rostro: la frente, las cejas, los labios.

— Lo que yo pueda creer no tiene importancia. Pero unos veinte años atrás en el Cáucaso un confinado —por los sucesos del 14 de diciembre, era un hombre muy alegre— me relató cómo un amigo suyo supo de la muerte de su madre que vivía en su hacienda patrimonial y lo que hizo... Fue allí —y era un oficial todavía muy joven—, se inclinó ante la tumba, montó la carretela y ya se disponía emprender el regreso cuando llegaron corriendo unos mujiks que se ponen de hinojos, le besan la mano, etc. El les dice: —“¿Ustedes qué, son los siervos míos?” —“¡Vuestros, padrecito, vuestros!” —“¡Entonces, hermanitos, váyanse al diablo; yo no los he visto ni los quiero ver!” Y con eso se marchó... ¡Era de ver lo felices que se pusieron los mujiks!”

— ¿Usted supone...?

— Yo no supongo, sino que se lo digo con toda precisión: ellos lo único con lo que sueñan es que nosotros los mandemos al diablo y nos esfumemos o que ellos puedan marcharse lo más lejos posible de nosotros... Durante la guerra de Crimea al formarse las unidades con los reclutas —esto lo ví con mis propios ojos— los campesinos de la región sudoeste pidieron todos ser incorporados a los cosacos... ¡A los cosacos, usted sabe por qué! Hubo que tranquilizarlos a cañonazos... Y después del pogrom de Crimea —fui testigo de ello— masas enteras de las provincias del sur se lanzaron a cruzar el Dniepr, y si lograban hacerlo antes de un plazo fijado —estaban convencidos de que así lo había dispuesto el zar— quedarían libres... Marcharse lo más lejos posible de nosotros... Somos extraños para ellos. Y nuestra sapiencia les es extraña, y nuestra solitud también...

— ¿No piensa usted que el quid de la cuestión está en nuestro régimen injusto? —expresó con cautela Gladkói—. El mujik eso lo siente...

— ¡Cómo no lo va a sentir! Sólo que para él ese régimen comienza y termina en la tierra que labra. El nombre que lleve esa pirámide nuestra esté un zar o un presidente en la cima, querido amigo, le interesa muy poco... Hace poco tuve una conversación con un oficial

de la guardia, del regimiento Preobrazhenski... Y ¡qué le parece! Es un republicano y un constitucionalista. A veces se dan cosas así... ¿Qué le podía decir? Que para un gobierno republicano hacen falta republicanos, y que para un gobierno constitucional se necesitan genuinos representantes de las necesidades y los intereses de la sociedad. Eso es todo. ¿Y de dónde los sacamos nosotros? En el Occidente, en los tiempos de revolución y de revuelta, o siquiera de reforma, para suplantarlo a la nobleza venía el tercer estado, experimentado y activo, que permanecía a la espera de su oportunidad... ¿Y qué tenemos nosotros? No tengo en cuenta a los jóvenes instruidos, sino al estamento. ¡Al estamento! ¿Adónde está?

— ¿Y qué hacer entonces? —preguntó dolientemente Gladkói.

— ¡No sé! ¡No lo sé, mi estimado amigo! Llegué a los setenta, obtuve el título de consejero civil, pero no lo sé. ¿Tal vez, no hacer nada y ver lo que se le ocurre a nuestro pueblo? No hay en el mundo, le aseguro a usted, otro país donde la capa instruida estuviera tan alejada del pueblo, tan extraña y hostil para él... Es demasiado grande la distancia que ahora nos separa. ¡No sé yo qué es lo que hay que hacer!

Todo su rostro se puso lánguido, flácido y más viejo.

Entró la patrona y tras de ella una niña. Cada una llevaba una fuente. Se extendió un aroma a sopa de col y pastel de carne.

El pan de cada día

Hacía casi tres años atrás que había venido a Tuxtla a lo del general Alvarez vistiendo pantalones de lienzo y poncho. Desde entonces estuvo desempeñándose como escribiente en el Estado Mayor, consejero político del comandante, Ministro de Justicia, gobernador, Ministro de Gobernación, Presidente de la Corte Suprema y Vicepresidente... Ahora él, Presidente constitucional, se hallaba marchando por un oscuro camino, humedecido por la reciente lluvia, vestido con unos

pantalones de lienzo y un poncho igual que aquella vez.

La noche anterior, del 13 al 14 de enero, la había pasado al raso en un campo de maíz. Aquí cerca de Méjico, donde en todas las ciudades y pueblos se sabía sobre la rebelión, alguien de los funcionarios podía reconocerlo y delatarlo al puesto militar más cercano.

Marchaba descalzo. Por haber perdido la costumbre le resultaba difícil. Pero ¿acaso podía un viejo indio ser visto andando en un camino con zapatos? Eso podría provocar sospechas en cualquiera.

Al lado del camino notó una fogata que antes se encontraba oculta por los matorrales, las siluetas de unas mulas pastando. Era una caravana que se había detenido para pernoctar. En su mochila Juárez no tenía más que dos tortillas. Salió del camino y enderezó hacia la fogata.

Los arrieros contestaron su saludo, y el mayor de ellos le señaló un lugar al lado del fuego. Nadie preguntaba de donde venía ni para donde iba. Tales eran los tiempos que corrían y era mejor no plantearle al viajero preguntas, si el mismo no se ponía a relatar sobre sí.

La caravana había hecho alto hace poco. Los arrieros preparaban la cena.

Uno de ellos sostenía sobre el fuego una sartén de gran tamaño esperando que se calentara. La tenía por el largo mango envuelto con un trapo húmedo. En la mano izquierda sujetaba una botella con grasa de cerdo que no se solidificaba por el calor. Cuando la sartén empezó a crepitar, el arriero vertió el contenido de la botella. La grasa, entre chisporroteos y estallidos, se derramó sobre el metal. Al mismo tiempo otro de los que estaban allí, después de extraer con la palma de la mano abierta una porción de arroz desde un saco, comenzó a echar los granos en la grasa burbujeante. Moviendo rítmicamente la mano con la sartén el primero de ellos sacudía ésta, y los granos de arroz empapados de grasa saltaban girando en el aire para caer nuevamente en el espeso líquido hirviente.

El arroz se impregnaba y, poniéndose oscuro, paulatinamente se iba cocinando. En ese momento el segundo pasó a agregar agua de una cafetera metálica

que se estrechaba hacia arriba como un cono.

Juárez, sin apartar la vista, miraba el vapor que salía de la sartén. Hace cuarenta años, desde su infancia en Guelatao, desde su salida del pueblito natal a Oaxaca no había visto este grandioso espectáculo: la preparación de la comida campestre.

Intentó imaginarse a sí mismo pronunciando un discurso ante el Congreso, dando órdenes y firmando decretos, y no pudo. Veía las imágenes, pero le parecían muertas, inanimadas, como los dibujos de un mal libro que uno lee con dificultad por el aburrimiento...

Permanecía sentado al lado de la hoguera, sobre el césped, con las piernas dobladas para que nadie pudiera notar sus pantorrillas y dedos demasiado delicados para un indio errante.

— Si la grasa se enciende y el arroz se llega a quemar —dijo el más viejo—, tú y tus hijos se harán presas del diablo.

— No se encenderá —contestó el arriero, frunciendo y apartando el rostro del calor de la fogata y de las salpicaduras de la grasa.

Cuando era un muchachito zapoteca de doce años había estado sentado de noche frente a una fogata mirando como los arrieros preparaban la comida. Hace cuarenta años que no se acordaba de eso... Ahora, en cambio, recordó todo: cocían frijoles, preparaban tortillas y café. Resulta que recordaba perfectamente bien como preparaban el café...

El mayor de los arrieros tomó la cafetera en forma de cono, vertió en ella agua de otra cafetera más grande, echó allí un puñado de café grueso molido que había tomado de una lata redonda, después dos pedazos de azúcar crudo y puso el recipiente al borde de la fogata, cerca del caldero en el que se cocían los frijoles, sobre unos carbones...

Juárez miraba y reconocía cada uno de los gestos. En esa ocasión, cuarenta años atrás, estuvieron tomando aquel espeso café, sin filtrar, todavía en el Virreynato de Nueva España. Desde entonces México se hizo independiente, había surgido y venido abajo el imperio de Iturbide, iban muriendo los próceres, cambiaban los gobiernos, se sucedían las guerras, pero los frijoles, el

arroz y el café seguían siempre preparándose de la misma manera...

— Come —le dijo el mayor a Juárez.

Este extrajo sus tortillas, puso sobre una de ellas una cucharada del pardo, grasiendo arroz y comenzó a comer, mientras que la otra se la tendió al vecino. Este la aceptó.

Después de haber cenado el mayor le arrojó a Juárez una gruesa frazada. Se cobijó en ella alejándose un poco de la fogata y cerró los ojos. Estaba muy cansado.

Debía llegar hasta una ciudad que se mantenía fiel al gobierno legítimo, reunir a los ministros y diputados liberales, establecer contacto con los gobernadores de la Liga para la defensa de la Constitución, ocupar su cargo de Presidente y emprender una verdadera revolución.

Ella debía comenzar aquí, al lado de esta hoguera en la que cocinaban arroz con grasa de cerdo y preparaban café en una cafetera toda cubierta de hollín. Todo dependía de si estas gentes llegarían a entender lo que él quería. Estas gentes que le dieron comida y frazada, no preguntaron de dónde viene ni adónde va, que hace tiempo dejaron de entender qué es lo que pasa y que con extrañeza y reproche observaban las sangrientas reyertas entre los gritones señores que tanto prometían y tan poco daban. ¿Sigue viviendo en estos callados hombres el sentimiento de la libertad que los llevó a engrosar los ejércitos de Hidalgo y Morelos, o en los últimos cincuenta años les hicimos perder la fe en todo y les inculcamos un sólo anhelo: el de la tranquilidad? "El país está anhelando una revolución verdadera", le había dicho a Comonfort aquella vez, hace mucho, hace tres días, durante los lejanos tiempos de esa alienada vida. ¿La estará anhelando? ¿Sabrá distinguir una genuina revolución de una pendencia de turno entre los gobernantes?

Encerrado en la pequeña y sofocante habitación del palacio recordaba el triste rostro de Alvarez y las palabras —más que palabras, el gemido de un hombre pleno de compasión por los desheredados— que había vertido en su manifiesto. Alvarez había señalado que la mayoría de los dueños de las haciendas y sus allega-

dos especulaban y se enriquecían a costa de la más cruel miseria de los trabajadores, los envolvían en las redes de la esclavitud. El apetito insaciable de los dueños, decía Alvarez, va aumentando más y más, y ellos van apropiándose paso a paso de las parcelas de otra gente y de las tierras ejidales y dicen que son suyas sin presentar ningún documento. Los pueblos, expresaba, piden protección y justicia, pero los jueces permanecen sordos a esos ruegos...

El viejo insurgente había lanzado su manifiesto después de regresar a su Estado y de quedar horrorizado otra vez frente al cuadro de injusticia que se le presentaba... Todo es cierto. Mientras el pueblo carezca del derecho a la justicia, no habrá paz en el país. Pero cuánta sangre todavía tendrá que correr...

Juárez sintió como el corazón se le estremecía en el pecho y parecía que iba a dejar de latir: Margarita, mis hijos, Margarita...

Los generales

La artillería decidió la situación.

Expulsados con el fuego de los cañones de sus reductos, los escasos partidarios de Comonfort abandonaron la capital.

El presidente derrocado salió para Veracruz por el mismo camino por el que siempre salían al exilio los líderes rechazados por el país.

El coronel Zaragoza y Matías Romero partieron de Méjico en una misma carroza.

Al día siguiente el Presidente Félix Zuloaga, ex cajero de una casa de juegos, ex general del ejército revolucionario, convocó la primera reunión de gobierno en el ex despacho de Comonfort.

— Ante todo quiero agradecer en nombre de la República a dos jóvenes heroicos: al señor general Don Luis Osollo y al señor general Don Miguel Miramón. ¡Sí, sí, Don Miguel, lo felicito por su ascenso al grado de general de brigada!

Miramón inclinó la cabeza. En derredor aplaudían.

Hasta el presente sólo habían tenido encuentros

como adversarios en el campo de batalla.

A Miramón le parecía extraño mirar al hombre que en dos ocasiones, en medio del polvo, la sangre y el fuego, intentó aniquilarlo a él, a Miramón, y ahora le otorgaba solemnemente el grado de general. No experimentaba alegría: no era de Zuloaga que pensaba obtener el uniforme con las anchas solapas de general... Permanecía parado con los hombros erguidos y los labios apretados, pero en los ojos redondos se traslucía desconcierto.

En el rostro de Zuloaga, de piel dura con arrugas bajo el agudo mentón, afloraba una incierta sonrisa. Esa expresión, el movimiento de sus brazos largos y flacos revelaban indefinición. No se sentía seguro de nada. No alcanzaba a tomar conciencia del hecho de que él, Félix Zuloaga, pasó a ser Presidente de México. ¿Es este su destino o una absurda casualidad? No estaba seguro de nada y con toda razón podía esperar que ese niño hermoso con lunar en la mejilla, habiendo demostrado, sin embargo, ser un indomable guerrillero, le arrojaría a la cara esa patente de general... No, la aceptó... Todo está bien...

— Con mis primeros decretos, señores, voy a revocar inmediatamente las llamadas ley Juárez y ley Lerdo. Esos criminales atentados contra los derechos de la santa iglesia y del glorioso ejército no tienen razón de ser. Recuperarán inmediatamente sus puestos quienes fueron separados por negarse a prestar juramento a la Constitución actualmente derogada... Los enemigos de la libertad y del orden no depusieron las armas. Contrariando las leyes, seis Estados formaron una coalición contra el gobierno de la República. Están reuniendo fuerzas y armándose. Debemos estar listos para batir al enemigo. Designo comandante del ejército, destinado a restablecer la paz y la libertad, al señor general Don Luis Osollo; subcomandante, al señor general Don Miguel Miramón.

Zuloaga hablaba con frases cortas, tajantes, y tratando de poner el acento en la última palabra. Eso causaba una impresión de seguridad y firmeza.

— ¿Con qué piensa pagarles usted al ejército y a los funcionarios, su excelencia? —inquirió un clérigo de

anchas espaldas con un mechón liso atravesado en la frente que acompañaba al arzobispo de la capital—. La aduana de Veracruz se encuentra en manos de los liberales. No podemos contar con créditos del exterior mientras la situación en el país no se aclare. Eso no ocurrirá muy pronto, no nos engañemos...

Zuloaga lanzó un impropio para sus adentros. "Si ustedes se sacudieran la bolsa y prestaran dinero al gobierno no habría que romperse la cabeza. Pero hacé la pregunta precisamente porque quiere oír hablar sobre garantías..."

— La situación financiera, padre, es grave —dijo Zuloaga, y las arrugas en el cuello se le pusieron duras, como a un lagarto—. El gobierno tendrá que elevar los impuestos y acudir a los empréstitos internos...

— Señor general —siguió más adelante el padre Miranda con insistencia—, vuestro coraje, que nos permitió tan pronto y tan favorablemente mudar la situación en el país, que os dio fuerzas para romper con el pasado y derogar los criminales, como vosotros bien dijisteis, decretos del gobierno anterior, es digno de admiración y, sin duda, os ha sido inculcado por el cielo. Pero —dijo mirando furtivamente a Miramón, que seguía tieso—, con la derogación no alcanza. Hay que perfeccionar lo anterior y proponer al país algo nuevo que sea una continuación de las tradiciones de nuestra Patria. Pero lo nuevo... El líder de la Nación, que lo sois vos en este momento por la voluntad de Dios y del pueblo, debe crear...

Zuloaga recorrió con la vista a todos los que estaban sentados alrededor. Todos esperaban. "¡Santísima virgen! El cuartel es un paraíso en comparación con este palacio... Pero no es nada... Yo les voy a demostrar..."

— Estoy seguro, padre, que la santa iglesia sabrá explicar a todos los mexicanos cuál es su deber...

El padre Miranda estiró su robusto cuello y se inclinó en dirección a Zuloaga.

— ¡Si la suerte de México ha retornado a manos devotas y nobles, si obtuvimos la esperanza de retornar del caos y la destrucción, del abismo de la blasfemia y

de la penumbra espiritual al orden, el bienestar, la devoción y la luz, eso ha sucedido sólo porque la iglesia, señor Presidente, se esforzaba en ello noche y día y sin temer el martirio! La iglesia no dejó que las almas de los mexicanos perecieran definitivamente y les suministró el antídoto contra el veneno que se ha sembrado y se sigue sembrando... La iglesia cumple con su deber ante Dios y ante los hombres. ¿No es hora de que también el poder civil cumpla el suyo sin pedir ayuda en lo que la iglesia no puede inmiscuirse hoy...? A Dios lo que es de Dios, y a César lo que es de César...

Cuando ya viajaban hacia los cuarteles, encorvándose con gracia y pescando de reojo las miradas de las mujeres, Osollo expresó riendo:

— No quisiera estar yo en el lugar de Su Excelencia, y en general en ese lugar... Lo nuestro es más simple y alegre.

— Sí... Las trincheras de la avanzada, incluso bajo el cañoneo, son un paraíso en comparación con ese palacio... Que suerte que no somos políticos, financieros ni diplomáticos... A mí aunque me fusilen no me obligan a ocuparme de todo eso... ¡Eh, Luis, por fin empieza una vida verdadera...!

Los caballos marchaban con soltura y acompañadamente. El sol iba al ocaso y se respiraba bien. Los nubes, con el balanceo, golpeaban en la caña de la botella, a veces tintineaban al rozar las espuelas...

El ex Presidente Comonfort viajaba en una carroza por el camino a Veracruz entre un sofocante bosque tropical. Unos pájaros lanzaban penetrantes sonidos.

Iba por el camino por el cual treinta y cinco años atrás fuera el derrocado emperador Agustín I y, casi tres años atrás, el también derrocado dictador Antonio López de Santa Anna. Derrocado por él, coronel Comonfort. Iba por el eterno camino del exilio. En algo se equivocó y pasó a ser igual que ellos... En algo se equivocó terriblemente...

No era viejo ni pobre, tenía ante sí todo un mundo, ahora estaba libre. Pero no se sentía aliviado.

Comonfort corrió las cortinas de la carroza y em-

pezó a mirar afuera, a la sofocante penumbra. Y no pudo ver ni los desiertos del delicado color de los polluelos, ni el bonito marrón de las montañas, ni el fresco verdor de las selvas. A ambos lados del camino se levantaban unas selvas malolientas y asfixiantes de bruscas e hirientes tonalidades. El no las quería ver...

Recordó como varios días antes del final mandó a llamar a Ocampo y le propuso: él, como Presidente, retornaría a la forma constitucional de gobierno, permitiría a los puros hacer entrar al palacio dos regimientos de los que ellos consideraban confiables a cambio de que lo dejaran de hostilizar y le prestaran una leal ayuda... Toda la vida recordará la sonrisa diabólica de Ocampo... Ellos nunca congeniaron el uno con el otro, y por eso Comonfort había mandado llamar precisamente a él para que los puros entendieran que el Presidente era sincero...

— La política no es un telar, Don Ignacio —dijo Ocampo y representó con la mano el movimiento de vaivén de la lanzadera. Los ángulos de su boca se alzaron, pero los ojos siguieron reflejando tristeza e irritación—. Usted, señor Presidente, eligió su camino: recórralo ahora hasta el final...

El sacerdote de robusta espalda, confesor de su madre, decidido e inteligente, se encontraba ante él, general Comonfort, y lo observaba con una persistente expresión de lástima. Por su parte él expresaba:

— ¡No puedo, no puedo! No puedo convertirme en verdugo de los mismos que me han acompañado. No puedo desterrar a Juárez ni a Ocampo. No puedo combatir con Doblado y Parrodi. ¡Si lo haría, yo no sería Comonfort!

Pero el sacerdote no le creía.

Todos lo martirizaban con su desconfianza y su insistencia.

No le creían. El único que le había creído fue Benito. ¿Pero en qué había creído? En su sincero cansancio...

Recordó el oscuro rostro de Alvarez, reflejando en los ojos el despecho de un niño, y arrugó la cara de embarazo. Todo se terminó. No hay más vida... Da vergüenza.

Líder del pueblo

Poco a poco se reunieron todos en Guanajuato.

Santos Degollado pudo salir de Méjico escondiéndose entre las bolsas en un gran carro.

Cuando Prieto, vestido de arriero de mulas, vino con la caravana a la plaza del mercado, vio a Degollado, que pasaba cerca montado en un caballo, y se lanzó hacia él. Degollado, entornando los ojos escondidos tras unos gruesos lentes, clavó la vista en el peludo arriero cubierto de polvo, que no se sabe por qué lo estaba tirando de una bota, y le preguntó:

— ¿Qué es lo que quieres, amigo?

Entonces Prieto sacó de la cartera sus lentes envueltos en un trapo y se los puso solemnemente, luciendo la fina montura metálica de aquéllos.

La cara de Degollado empezó a convulsionar al esforzarse éste por contener la risa. Con su voz suave y sonora dijo:

— Le felicito, señor Prieto, ayer usted ha sido designado Ministro de Hacienda de la República.

Y observó con satisfacción los rostros sorprendidos de los arrieros, que todo el camino habían tratado a Guillermo como a uno de los suyos.

El gobierno había sido formado con la llegada de Ocampo, al que Comonfort dejó salir de la capital con antelación. Don Melchor obtuvo los puestos de Ministro de Gobernación e, interinamente, también los de Relaciones y de Guerra.

— Si pudiera todavía sustituir con mi propia persona al ejército, la policía y una decena de diplomáticos —dijo torciendo sarcásticamente su ancha boca—, la victoria estaría asegurada...

El 27 de febrero, después de arribar a Guanajuato el general Parrodi, el nuevo gobierno celebró su primera reunión amplia.

El general Anastasio Parrodi, apuesto criollo nacido en Cuba, observaba a los presentes con amoroso orgullo. El fue el promotor de la Liga de gobernadores en defensa de la Constitución, en sus manos tenía el ejército que, él no dudaba de ello, aplastaría la sublevación de Zuloaga en un futuro inmediato y restablecería

el gobierno legítimo. El nombre del general Parrodi, entonces, quedaría en la historia de México como el de un prócer que salvó la libertad y la democracia. El Presidente y los ministros eran sus protegidos.

— Alegra pensar que todo esto es un prólogo a la gran labor que nos espera después de la victoria — dijo Manuel Ruiz, Ministro de Justicia.

Ocampo se rió.

— La especialidad de los liberales es el talento de los prólogos: las obras quedan truncas, pero los prólogos son divinos.

Romero, el secretario del Presidente, anotó estas palabras. Prieto las recordó para introducirlas después en sus memorias.

Todos miraron a Juárez: era hora de comenzar. Les parecía notar algo nuevo en Don Benito, aunque no llegaban a comprender qué era. Sólo Romero más o menos lo intuía...

Juárez se levantó pensativo y con la mirada ausente: en los tiempos idos no solía aparecer así en público.

— Diez años atrás lejos de aquí, en Oaxaca, pronuncié un discurso al hacerme cargo de la gobernación... Lo recuerdo muy bien. Entonces tenía la certidumbre que nuestra principal preocupación debía ser la de pacificar al país, detener esa carrera y conservar lo mejor que todavía quedaba... Ahora, pasados diez años, estoy convencido de otra cosa: todo debe ser cambiado. La suerte lamentable corrida por el señor Comonfort demuestra que la aspiración a la inmovilidad, al equilibrio y a permanecer parados hoy es delictuosa y perjudicial. En una cosa estoy de acuerdo con él: la Constitución debe ser perfeccionada. Pero no en el sentido que Don Ignacio quería...

Pensativo, se puso a caminar a lo largo de la mesa, tras la cual estaban sentados los ministros. Una y otra vez... Estos lo observaban callados.

— No debe ser un prólogo —dijo—. Cincuenta años es un plazo suficiente para encontrar el camino acertado o, de lo contrario, renunciar a los intentos de cambiar los destinos de México. La crisis llegó a su punto culminante. Ahora comienza el restablecimiento, o si

no, el camino por la pendiente, hacia la muerte de las ideas liberales, hacia el último ocaso de la revolución.

... Caminaba mirando hacia adelante, y las cabezas giraban siguiendo sus pasos.

— No tenemos más derecho a montar experimentos. Basta ya... La gente paga con sufrimientos por nuestros tímidos intentos y no recibe nada como premio. Debemos actuar con decisión, pero sopesando cada paso. Tengo fe en la salud de la Nación. Tengo fe en la cordura de los jefes de nuestro partido. El hecho de que, pese al quebrantamiento de la legalidad en la República, haya sido llamado el candidato constitucional, es una señal que muestra el triunfo de la disciplina sobre las ambiciones personales. Soy consciente de no ser el más digno de los que podrían ocupar este puesto. Y por eso mi posesión de este cargo significa el comienzo de una nueva era. Ruego a todos reflexionar sobre este hecho: ocho gobernadores, ocho conocidas personalidades públicas proponen voluntariamente el mando supremo de la República a un hombre que no dispone ni de tropas ni de resonante nombre. Lo proponen sólo por el hecho de ser ello lo legítimo. Significa que llegaron tiempos nuevos... Significa que el país está preparado para la renovación. Y ahora dependerá sólo de nosotros el que México tome el camino señalado por los revolucionarios reformadores, cuyas vidas nos demandan firmeza y responsabilidad... Los exhorto, señores, a llevar hasta el fin la revolución de Ayutla.

Se acercó a su lugar y tomó asiento.

Prieto se dirigió a Don Melchor.

— ¿Qué pasa con él? —preguntó con una voz apenas perceptible.

— Nada de particular —contestó Ocampo con el mismo tono. Parece que se transforma en un gran hombre ante nuestros propios ojos...

Prieto también asintió en señal de que había comprendido, mientras lo miraba a Juárez.

"Ahora sí entiendo, pensó Romero. He podido entender lo que en él ha cambiado. Se ha vuelto triste. ¿Se le pasará?"

— Pido perdón, señores, que les quité tiempo con

estas reflexiones. Pasemos ahora a examinar nuestros asuntos.

—Inglaterra y Francia reconocieron al gobierno del General Zuloaga —dijo Ocampo—. Necesitamos una victoria, una victoria militar aunque sea en un pequeño combate para que mis agentes diplomáticos puedan emprender una campaña en favor nuestro...

—Tendremos la victoria —expresó Parrodi—. Ahora, señores, les voy a exponer el plan cuya ejecución traerá la derrota indudable y definitiva de los rebeldes.

Se puso de pie. Estaba a un costado de Romero, y éste veía el perfil del general sobre el fondo brillante de la ventana. La nariz recta y el mentón saliente de Parrodi, su cabellera espesa y alzada sobre la frente eran magníficos. Romero recordó al coronel Zaragoza, su sonrisa y lentes, las bromas que hacía bajo el fuego cuando una lluvia de trozos de estucado, azulejos y ladrillos les caía sobre las cabezas: Miramón los estaba expulsando con ayuda de los cañones de todas las fortificaciones que ellos intentaban conservar... ¡Qué lástima que Zaragoza no se quedó en Guanajuato! Siguió más adelante, hacia el norte, adonde estaba el general Vidaurri.

En el llano es agradable ir al galope

En la noche del 12 al 13 de febrero de 1858 el gobierno del Presidente Juárez abandonaba Guanajuato. La situación se hacía allí peligrosa.

Las centenas de cartas enviadas a través de mensajeros vestidos de arrieros, vagabundos, vendedores ambulantes; centenas de cartas escritas por los ministros y el Presidente a detachados liberales de todos los extremos del país, debían dar sus resultados. Mientras tanto, la situación aparecía muy indefinida...

El Presidente, los ministros y secretarios tomaron asiento en carrozas con las ventanillas cubiertas por negras cortinas. Estas los protegían del polvo de los caminos y, por otra parte, no había necesidad de que todos vieran quienes eran los que iban con una escolta tan reducida... En torno del vehículo estaban los ordenanzas alumbrando con antorchas.

—Más que todo, ésto se parece a una procesión fúnebre —dijo Ocampo—.

—Vea a la gente —respondió Prieto—, parece que hubieran venido a sepultar la libertad.

Los vehículos se pusieron en marcha camino a Guadalajara...

El 12 de febrero la brigada de Miramón ocupó Querétaro, ubicado a tres días de viaje de Guanajuato.

Parrodi, en varias etapas más al norte, completó sus fuerzas. Haciendo ascender su número hasta siete mil trescientos bayonetas y sables y treinta cañones, inició un juego de maniobras cubriendo a Guanajuato y atrayendo al mismo tiempo al enemigo hacia el norte para alejarlo de la capital... En la madrugada del 10 de marzo de 1858 el general Parrodi observaba desde el campanario de un viejo convento sito en la ciudad de Salamanca la agradable plaza que tenía a sus pies, rodeada de galerías, y, mucho más adelante, un extenso llano cultivado en su mayor parte y rodeado por bellas montañas y los rastros de antiguas erupciones volcánicas.

Parrodi veía a sus batallones formados de espaldas a los accesos de la ciudad y, más adelante, cómo llegaban las tropas de los conservadores y formaban filas en posición de combate. Con experta mirada el general notó la extraña falta de regularidad con la que se distribuía a lo largo del frente la artillería. Tras el flanco izquierdo ondulaba una masa oscura. En el anteojo de larga vista Parrodi vio las líneas siniestras de las lanzas indias: era la caballería de Tomás Mejía... El general frunció el ceño y miró de soslayo al coronel Calderón que se hallaba a su lado. Calderón tenía toda la mejilla marcada por una horrible cicatriz que le había dejado hace tiempo un golpe de lanza.

—En este paraje la principal esperanza es usted —le dijo Parrodi.

Calderón, un hombre de edad, corpulento, asintió lúgubrememente. Ambos sabían cuántos errores habían sido cometidos: la pérdida de Silao, donde quedó un depósito de municiones que ahora eran tan necesarias; el que permitieran a Osollo, Miramón y Mejía unificar sus huestes y recibir refuerzos de la capital en vez de

aplastarlos uno por uno. Ambos sabían en cuánto los soldados del adversario eran más disciplinados y estaban mejor entrenados que los batallones y escuadrones recién formados por ellos.

Únicamente ahora, al observar desde el campanario del antiguo monasterio el llano por el que se desplazaban las tropas, Parrodi comprendió que del combate de este día iba a depender el destino de la Liga, la esperanza de que se lograra pronto aplastar el motín y, tal vez, toda la causa constitucional. Comprendió la responsabilidad que sobre él recaía y se horrorizó. Más aliviado se sentiría si tuviera que comunicarle la noticia del triunfo o de la derrota a cualquier otro, pero no a ese pequeño, fino e inmutable hombre vestido con fraque negro y de quien emanaba una confianza serena y benevolente; a quien Parrodi llegó a querer en esos cortos días que estuvieron en Guanajuato, y quien para él, general Parrodi, personificaba ahora todo el arriesgado encanto, no del todo comprensible para el general, de las reformas, la revolución y la democracia...

El general y el coronel descendieron del campanario y salieron al galope a sus posiciones...

Después de un duelo de artillería de cuatro horas, los cañones de los liberales callaron. Las cargas se estaban por agotar y, además, los artilleros de Osollo, mucho más experimentados y aprovechándose de que sus piezas no estaban distribuidas por todo el frente, sino concentradas en fuertes baterías, centraron el fuego en los puntos débiles de las posiciones del adversario.

Entre los nuevos reclutas de Parrodi comenzó el pánico que pudo ser reprimido con dificultad.

El general Miramón, quien ejercía el mando sobre el centro de los conservadores, permanecía sentado en un tambor observando la agitación que reinaba entre los oficiales en las líneas de frente de la infantería liberal. Estiró las piernas con placer. "Una hora más que sostengamos el fuego, y echarán a correr". Y aquí vio como hacia el flanco izquierdo, allí donde se hallaban los batallones del general Canova, avanzaban a trote largo los escuadrones del enemigo, saliendo desde

atrás de la infantería, unos seguidos de otros, en grandes rectángulos desaparejos. El llano presentaba una pequeña inclinación hacia las posiciones de Canova, y los escuadrones, quebrando las filas y pasando al galope, tomaban cada vez más velocidad para el ataque.

Miramón pegó un salto. La caballería de Mejía se hallaba en el flanco derecho. Se necesita tiempo para trasladarla al lugar del contraataque... Para ello había que golpear el flanco de los atacantes... ¿Y si Parrodi lanza la infantería contra el centro debilitado? ¿Arriesgarse o no? Canova no resistirá...

El coronel Calderón galopaba al frente del escuadrón portando junto a la bota derecha el largo sable que en su familia había pasado de manos del padre al hijo. Los dragones se lanzaron tras él con ímpetu, al unísono. "Si el general me apoya a tiempo, terminaremos la cosa de un sólo golpe".

Parrodi iba despacio a lo largo de los batallones. Las filas, devastadas por el fuego de la artillería, permanecían sombrías. Las balas empezaban a caer más densamente. Una de ellas, después de impactar en una piedra que sobresalía de la tierra, pasó con un repetido gemido al lado del hocico mismo del caballo del general que se puso en las patas traseras, y después con un sordo ruido perforó el pecho de un soldado parado en la primera fila.

Osollo, apreciando debidamente la situación, mandó concentrar el fuego sobre el centro del adversario.

Parrodi, después de tranquilizar a su corcel, observaba los rostros. "Es peligroso mandarlos adelante ahora. Si el ataque no resulta, empezarán a huir... Atacamos cuando Calderón llegue a la retaguardia y provoque allí pánico..."

El coronel Calderón, plantándose en toda su altura en los estribos, miró para atrás: la infantería de Parrodi seguía sin moverse. A la derecha las posiciones artilleras de los conservadores aparecían envueltas en incandescentes llamaradas y nubes de humo: todos los 40 cañones disparaban a fuego graneado contra el centro de los liberales.

Y todavía vio Calderón cómo, atravesando el hu-

mo, avanzaban contra sus flancos los infantes de Miramón...

Los dragones empezaron a retener a los caballos perdiendo la velocidad del ataque.

Ya se acercaba, haciéndoles frente y acelerando la carrera, la caballería ululante de Tomás Mejía; como centenares de opacas centellas brillaban las puntas metálicas de sus lanzas...

Cuando una bala de cañón quebró las patas del caballo, Calderón fue lanzado por sobre las crines para dar con el rostro, el pecho y las rodillas en el duro suelo arcilloso cubierto con cortantes cascajos de piedra. Estando aturdido aún, se levantó apoyándose en las manos: la sangre le cubría el rostro y, entre una neblina roja distinguió una mancha negra que se le aproximaba y el estruendo del suelo arcilloso bajo los cascos de un caballo. Ensordecido, esperaba el desenlace, levantando la cabeza y el pecho sobre las manos. La basta punta de una lanza le golpeó la clavícula izquierda y, perforando los tejidos, penetró hacia adentro: hacia el corazón...

Los valientes no asesinan

El 13 de marzo de 1858 en Guadalajara, hacia donde llegó desde Guanajuato el gobierno, Juárez se enteró de la derrota de Parrodi en las cercanías de Salamanca.

Estaban desayunando con Prieto y Ocampo cuando entró todo polvoriento el ayudante del comandante en jefe y le entregó al Presidente un sobre. Juárez despidió al mensajero, apartó la taza de café, abrió esmeradamente el sobre y leyó con atención la carta. Luego, dirigió una sonrisa a Prieto, quién estaba sentado frente suyo.

—Guillermo —le dijo alzando las cejas—, nuestro gallo ha perdido una pluma.

Prieto pegó un salto y, con los pelos en punta, empezó a andar por la habitación.

—¿Qué le quedó? —preguntó Ocampo, poniendo a calentar sobre la cafetera sus dedos ateridos de repente por el frío.

—Alrededor de tres mil hombres y cinco cañones.

—Por lo menos algo quedó...

• Prieto golpeó con la palma de la mano sobre la mesa, y las tazas tintinearón.

—¿Cómo pueden ustedes?! —gritó—. ¡Ahora la guerra es inevitable! ¡Una nueva guerra!

—Pero, Guillermo —expresó Ocampo con voz perezosa—, ganar de golpe no es interesante.

Intentó sonreír, pero le salió una mueca, la máscara de un sátiro que asustó a Prieto.

—Tranquilícese, señor Ministro —manifestó Juárez—. Tenemos que escribir un manifiesto. Acepte que escribir un manifiesto hablando de victoria es algo más fácil que hablando de derrota. Piense sobre eso.

Pasada una hora en el palacio gubernamental comenzó a sesionar el gobierno.

Juárez se hallaba a la cabeza de la mesa animoso, sereno, con el fraque bien planchado y camisa almidonada. Escuchaba atentamente al general José Silverio Nuñez, comandante de Guadalajara, que reportaba sobre las posibilidades de la defensa de la ciudad.

Cuando Nuñez terminó, el Presidente le dijo:

—El gobierno confía plenamente en su experiencia, general. Yo también pienso que los trabajos de fortificación deben ser iniciados de inmediato. Independientemente de cual sea la dirección del siguiente golpe del enemigo, Guadalajara tiene que ser inaccesible. Es posible que en lo inmediato sea nuestra principal base. El general Parrodi espera estar aquí dentro de tres o cuatro días. Usted determinará junto con él las medidas futuras, pero hay que proceder inmediatamente a fortificar la ciudad.

El hombre que irrumpió en este momento en el salón de sesiones era el nuevo gobernador del Estado de Jalisco que había sustituido a Parrodi al ser designado éste comandante en jefe.

—¡Señores —dijo Jesús Camarena, tratando de recobrar el aliento—, el Quinto regimiento del coronel Landa se ha insubordinado y amenaza con un motín. La vigilancia del palacio está a cargo de este regimiento.

Juárez miró a Ocampo.

— Se enteraron de lo de Salamanca —dijo en voz baja Ocampo.

“Landa... No sabía que se encontraba aquí. ¿Y si lo hubiese sabido? No había fundamentos para relevarlo aquí y ahora”.

— Señor Nuñez —dijo el Presidente—, sea tan amable de averiguar qué está pasando allá.

El general hizo una inclinación y salió.

— Debemos comunicarle al país sobre lo que pasa. Podremos discutir la situación militar y las medidas que hay que adoptar para mejorarla sólo cuando venga el comandante del ejército. Nos relatará como transcurrió el combate y nos dirá cuales fueron las causas del fracaso. Pero ahora nuestro deber es comunicarle al pueblo lo que sabemos. Nuestro gobierno no debe ocultar nada, yo insisto en ello. Que el pueblo sepa que le decimos toda la verdad y sólo la verdad.

Juárez hablaba en forma sosegada y clara, pero sus ojos brillaban con un opaco esplendor vidrioso, muy conocido para las personas que le eran cercanas. Juárez pensaba en otra cosa, pensaba en que pasada tal vez una hora podían aparecer todos frente al paredón de la cárcel ante un pelotón de soldados con los fusiles listos para disparar. Veía el rostro enjuto y altivo de Landa, quien levantaba el brazo con la espada para dar la orden, al bajarla, de: “¡Fuego!” Pensaba en cuantos años la muerte de todos ellos podría aplazar la reforma. Si estaban predestinados a morir, había que hacerlo de manera que el país pudiera hablar de ello con respeto.

Se mantenía sereno. Incluso a Melchor Ocampo que miraba todo el tiempo al Presidente, le parecía advertir en su rostro cierta alegre animación.

— Propongo encomendarle al señor Prieto redactar el proyecto del manifiesto —dijo Juárez.

Todos aceptaron, y Prieto salió al pasillo para buscar una habitación silenciosa y vacía... Al salir al corredor escuchó como resonaban los pasos de decenas de soldados que irrumpieron en el recinto. Excitados y desesperados, abrían las puertas a culatazos mirando al interior de las habitaciones y seguían corriendo a los gritos de: “¡Viva el ejército! ¡Viva la religión!”

Vieron a Prieto cuando se acercaron a su lado y se detuvieron. Este hombre flaco y con lentes, con barba desordenada y el cabello despeinado y levantado los dejó perplejos con lo inesperado de su aparición y el furor con que los miraba a ellos: fuertes, armados y numerosos.

— ¡Atrás! — exclamó Prieto. Sus lentes brillaban. — ¡Atrás! ¿Quién les ordenó irrumpir aquí durante la sesión del gobierno? ¿Quién les ordenó?

El coronel Landa, apartando con un ligero movimiento de la mano a los soldados que se arrimaban a la pared para dejarle pasar; el coronel Landa, tan flaco como Prieto, pero esbelto, bien peinado y canoso pasó al lado de Don Guillermo, como si lo atravesara, y le dijo al oficial que venía detrás:

— ¡Aprehenderlo!

El oficial se dio vuelta hacia donde estaban los soldados y señaló con el pulgar a Prieto que estaba detrás de sus espaldas. Dos de los soldados, después de apoyar los fusiles en la pared, lo sujetaron de las manos por detrás.

A Prieto lo encerraron en una pequeña pieza llena de trastes viejos y con una diminuta ventana. La pieza estaba en tinieblas, la ventana se encontraba cubierta de polvo. Desde afuera llegaban unos gritos salvajes. Prieto se acercó a la ventanilla, que daba al patio de la cárcel y vio a presidiarios desguindándose de la azotea, con cuchillos entre los dientes. En la azotea se divisaba un grupo de presidiarios con fusiles en las manos. Un oficial, que se había desprendido de la azotea, empezó a apostar a los que bajaban en diversos lugares.

“¡Pusieron en libertad a los bandidos, canallas!”

Un grupo de soldados pasó corriendo y prorrumpiendo gritos. No lejos se escucharon disparos.

Todo eso pasó como un tumulto ante los ojos de Don Guillermo, llenándolo de horror y frenesí. Se imaginó a Juárez y a Ocampo abatidos y ensangrentados y a la soldadesca borracha golpeando con las botas sus cuerpos sin vida... Se lanzó contra la puerta; cayó al enredarse entre los trastos, volvió a levantarse y con todo su cuerpo arremetió contra la puerta. Algo crujió.

Volvió a golpear con el hombro la polvorienta madera, sujetándose con la mano los lentes. La silla que trababa por afuera la puerta (la habían puesto con el respaldo sosteniendo la manija) se hizo trizas y Prieto cayó en el corredor. No había nadie, pero se escuchaban voces desde un lugar cercano. Fue corriendo por el pasillo y apareció en el vestíbulo donde estaba la escalera principal. Frente a la entrada de la sala mayor se agolpaban un contingente de soldados y varios oficiales. Todos se dieron vuelta azorados para ver al hombre que corría por el pasillo.

— ¿Quién es el jefe...? —gritó Prieto con voz alta y fiera—. ¡Soy el Ministro de Hacienda de la República! ¡Quiero correr la suerte del Presidente!

— Es un justo pedido —dijo con indiferencia uno de los oficiales e hizo una señal con la mano a alguien que se encontraba detrás del ministro. Al instante Don Guillermo sintió un sonoro golpe y cayó sujetando instintivamente con las manos los lentes...

Don Guillermo abrió los ojos y vio, como a través de una neblina, ante sí, el rostro inclinado de Juárez. Alguien se apresuró a colocarle los lentes. La neblina se esfumó. Por primera vez vio el desconcierto reflejado en este rostro. Pero al instante comenzó a endurecerse para transformarse en el semblante impasible de siempre. La cabeza de Prieto yacía sobre las rodillas de Juárez. Al lado, reclinado sobre ellos, se encontraba Ocampo.

— Don Benito se conmovió mucho cuando te arrojaron aquí como a una bolsa y dijeron que querías compartir nuestra suerte; pero yo estoy indignado. ¿Qué romanticismo es ése? ¡Tenías la posibilidad de huir y hacer algo útil! ¿Pero decidiste ayudarles a estos bandidos a eliminar el mayor número posible de ministros?

Prieto se sentó apoyándose con las palmas de las manos en el frío piso de piedra. Juárez y Ocampo le ayudaron a levantarse y lo acompañaron hasta el banco. La cabeza casi no le dolía, pero la extraña excitación que había experimentado en aquella piecita seguía dominándolo. Tenía deseos de correr y de decir cosas.

Afuera sonaban los disparos. Lanzó en derredor una mirada interrogativa. Ocampo se sonrió.

— Nos aprehendieron, pero ellos mismos han aparecido en una trampa. El gobernador y el alcalde con la Guardia Nacional ocuparon los edificios contiguos. Es poco consuelo para nosotros, pero estos señores también se ven obligados a rascarse.

Prieto empezó a mirar la sala: una sala grande con columnas, dos puertas angostas que franqueaban el paso, por lo visto, a habitaciones de servicio; vio también varias decenas de personas, entre las cuales había gente desconocida; todos caminaban, estaban parados o permanecían sentados.

Prieto volvió a mirar con aire interrogativo a Ocampo.

— Como gente educada que son no querían dejar a los ministros sin compañía, y por eso metieron aquí a todos los liberales lugareños que tenían a mano. Como ves, no todos los presentes se sienten encantados por semejante giro de los acontecimientos... Dicho sea de paso, antes de tu aparición triunfal nos anunciaron que dentro de una hora nos fusilarían. Por cuanto mis asuntos familiares y patrimoniales presentan mayores complicaciones que los tuyos y de Juárez, no estará de más redactar el testamento...

— ¿Dónde está Benito?

— Se fue a la habitación. Vayamos allí; el ambiente es aquí demasiado solemne para recibir la muerte. Yo quisiera que me fusilaran bajo un árbol...

Ocampo tomó a Don Guillermo de la mano, y ambos penetraron en una de las habitaciones del fondo. Allí se encontraron varios hombres que Prieto no conocía. Juárez, sereno y pensativo, iba de un lado para otro con las manos a la espalda. En la mesa había un juego de escribir. Ocampo extrajo un cuaderno de notas, arrancó dos hojas y empezó a redactar.

Prieto se sentó en un rincón en el piso. Notó que la manga derecha de su fraque se encontraba manchada con un grasiento polvo y procuró limpiarla con las uñas.

Ocampo escribía ensimismado.

Juárez cruzó la habitación en diagonal y siguió andando a lo largo de las paredes...

Tres años atrás, cuando el Ejército restaurador de la Libertad marchaba a Méjico, Alvarez le hablaba durante las largas travesías a su consejero sobre Morelos. "Siempre lo atormentaban las dudas, eso lo sé. Pero cuando adoptaba una decisión, arremetía para adelante como un toro".

Morelos huía al galope hacia una colina boscosa que se veía adelante. La caballería española iba detrás suyo persiguiéndolo. Con unas cuantas decenas de guerrilleros estuvo largo tiempo conteniendo al enemigo aferrándose a cada árbol, a cada loma. Quería que los miembros del Congreso nacional revolucionario, a los que trataba de salvar, pudieran alejarse lo más que se podía... Ahora casi todos sus hombres habían sido aniquilados, y él galopaba hacia la colina boscosa, donde era más fácil contestar a los disparos, y los españoles corrían detrás siguiéndole los pasos. La pendiente era escarpada; por eso saltó del caballo y empezó a subir a pie. Las espuelas se enredaban en unas hierbas rastrojeras que impedían avanzar. Entonces se detuvo para desabrochar y quitarse las espuelas. Se quitó una de ellas. Los arbustos crujían, le estaban dando alcance. Los soldados eran más jóvenes, y él estaba tan cansado...

Eso fue cuarenta y tres años atrás. El, Juárez, tenía entonces nueve años. Cuidaba su rebaño y esperaba el momento en que iría a aparecer nuevamente en el lindero del campo de maíz el lagarto anaranjado. Pero éste no aparecía...

Alvarez gustaba relatar sobre Morelos y Guerrero. "Pues vea, Don Benito, los hombres más dignos de México murieron de rodillas ante los chacales que no valían una escupida suya ¡se lo juro! Nosotros le pagamos buen precio a un soldado que vio como fue ajusticiado nuestro general, y él nos contó. Lo condenaron después del juicio en una carroza totalmente cerrada a San Cristóbal de Ecatepec y le dijeron que ahora lo iban a matar. En respuesta pidió un cigarro y lo fumó sin prisa. ¿Para qué necesitaba apurarse? Los otros, en cambio, lo apremiaban: temían que pudiera suceder un milagro y él escaparía. El general se confesó, pues muchos años fue sacerdote, y un buen

sacerdote. Era un verdadero cristiano... Le preguntó al oficial: él mismo quería ver... Tomó el crucifijo y dijo: "Señor, si he procedido bien, tú lo sabes; si he obrado mal, confío en tu misericordia infinita, Señor". No le quitaron siquiera las cadenas. Le ataron las manos, lo sacaron, todo eso fue en el palacio del Virrey... Lo pusieron de rodillas... ¿Oye, Don Benito? ¿Lo pusieron de rodillas... ¿Por qué les gusta tanto matar a la gente arrodillada? Ni siquiera pudieron ultimarlo en el acto, canallas. Dispararon varias veces..."

Morelos, hombre de baja estatura, ancho de espaldas, con el cabello rizado y rostro redondo, permanecía arrodillado frente al paredón del palacio con los ojos vendados, y los sombríos soldados españoles le apuntaban los fusiles... Hidalgo y Morelos, los dos hombres más grandes en la historia libertaria nuestra, fueron sacerdotes... Pues nosotros no perseguimos ni a los sacerdotes ni a la religión... Margarita y los niños reanudarán por mí... Yo nunca recé por mi padre y mi madre: no los recuerdo.

Morelos fue muerto a las tres de la tarde.

Juárez extrajo el reloj: eran las tres y veinte... Les trajeron de comer.

Afuera seguían los disparos. Empezó a oscurecer. No respiraba con más facilidad.

Al atardecer apareció en la habitación un soldado y llamó a Juárez.

El coronel Landa lo esperaba en la sala: se saludaron con una ligera inclinación de cabeza. Desde el momento en que Landa se había marchado de Oaxaca no se habían visto más.

— ¿Entonces usted no se fue a retiro, Don Antonio? — preguntó Juárez cortésmente.

— No, Don Benito. Pensé que todavía podría ser útil a México. ¿Y dónde está vuestro fiel Porfirio? Pensé que siempre lo acompañaba.

— Don Antonio, si usted ordena a sus subordinados deponer las armas y volver a los cuarteles, ello, naturalmente, no lo eximirá del tribunal militar, pero le atenuará su culpa.

— Le agradezco, Don Benito. El tribunal militar está por verse, pero quisiera evitar derramamiento

inútil de sangre. Por eso le aconsejo impartir la orden a esa gente... allí... alrededor... cesar el fuego. Entonces podremos conversar sobre la situación creada.

— Mientras estoy preso, Don Antonio, carezco de autoridad para dictar órdenes.

— Don Benito, preferiría que lo juzgara un tribunal legal. No quisiera verme obligado... Yo no monté el motín, sólo lo encabezé para que no tomara contornos indeseables. Los soldados están muy descontentos con su gobierno. Lo consideran a usted un usurpador y un hereje. No tengo plena seguridad de poder contenerlos. Ellos no le perdonarán los ultrajes al ejército y a la iglesia...

— Soy el Presidente de la República, coronel. Yo puedo tratar con usted la situación sólo en el caso de que usted ponga a todos los que fueron arrestados arbitrariamente en libertad y haga retornar a sus soldados a los cuarteles. No me interesa la forma en que tenga que hacerlo. Usted está al mando del regimiento, responda por él.

El coronel Landa observaba la camisa blanca, que había perdido por el polvo su brillo, del maduro indio que tenía frente suyo. Sus bonitos dedos flacos se movían. Juárez miraba por encima de su canosa cabeza con corto peinado.

Landa giró sobre los talones y salió de la sala. Juárez retornó a la habitación.

Ocampo estaba sentado en la silla con las piernas estiradas y los ojos cerrados. Prieto otra vez se limpiaba con la uña la manga. Juárez tocó a Ocampo en el hombro, y aquél abrió los ojos; se acercaron Prieto y uno cuantos hombres más. Juárez les contó sobre la conversación con Landa.

Los prisioneros estaban inquietos. Hace ya horas que no les daban de comer. El hambre y la incertidumbre excitaban los nervios. Los soldados trajeron candélabros con velas encendidas. Muchas velas no habían pero los centinelas podían ver qué hacían los presos.

De pronto resonaron disparos en el exterior, acompañados y cada vez más intensos. Entre el fragor de la fusilería se alcanzaban a distinguir el ruido de las balas al golpear las paredes de piedra del edificio y el de los

vidrios rotos. Y si se prestaba atención, se podía percibir algo más: el rumor prensado de voces humanas.

Todos comprendieron: los liberales preparaban el asalto.

Y en respuesta a esta tempestad de sonidos en el salón se oyó un grito:

— ¡Vienen a fusilarnos!

Hasta en la habitación se podía escuchar ahora el tropel de pasos mezclado con el rechinar de aceros desde el corredor, aproximándose a la sala.

Ocampo recogió las piernas y se enderezó.

Prieto salió al medio de la habitación.

Alguien volteó la mesa y se escondió tras ella.

Juárez, con varios diestros movimientos, se quitó la levita y la puso en una silla. Se acercó a la puerta y se plantó en el umbral, apoyándose con las manos en el marco y mirando por encima de las cabezas de la turba de soldados jadeantes, cuya primera fila ya había apretado los fusiles.

Morelos, después de la primera descarga, recibió cuatro impactos, pero todavía siguió con vida y hubo que rematarlo...

— ¡Apunten!

Juárez no veía a quien daba las voces de mando, pero no era la voz de Landa.

En esto sintió que alguien desde atrás lo había asido de la camisa, le arañaba la espalda y le apartaba las manos del marco de la puerta, y apareció delante de él Prieto. Su voz alta, casi chillona, se superpuso sobre las voces de mando.

— ¡Levanten esas armas! —gritó, echándose hacia atrás y cubriendo a Juárez con su cuerpo—. ¡Levanten esas armas! ¡Los valientes no asesinan!

Con los ojos destellando temeridad, agrandados por los vidrios de los lentes, ubicó en la primera fila el rostro oscuro y arrugado de un viejo soldado indio.

— ¿Tú sabes a quien viniste a matar? ¡A tu hermano! ¿Tú eres indio, verdad? (El soldado, confundido, asintió.) ¡Pues él también es indio! ¿Tú en la niñez pasaste hambre y trabajabas sin descanso? ¡El también! ¿Tú quieres vivir libre y feliz? ¡El te prepara esa vida! ¿Por qué lo vas a matar? ¿Acaso los valientes

pueden ser asesinos? ¡Hermanos! ¡Hermanos! ¿Acaso un soldado dispara contra su hermano inerme? ¿Acaso el Señor nos enseñó a matar a nuestros hermanos? ¡Nos enseñó amar al prójimo! ¡La virgen santísima no contempla y llora! ¡Escuchen! ¡Y ustedes oirán cómo caen sus lágrimas! ¡Ella observa como el hermano mal al hermano y llora!

Dejó de hablar, y sintió nada más que el pesado respirar de los soldados. El viejo, turbado, sostenía el fusil con la punta del caño pegada al pecho de Prieto, con el dedo en el gatillo.

— ¿Quieres sangre? —inquirió despacio y claro Prieto, mirando en los ojos enrojecidos e inflamados del viejo. Y el soldado trepidó—. ¿Quieren sangre? ¡Bébanse la mía!

Con un tirón de la solapa se descubrió el pecho, los botones saltaron por el suelo.

El viejo bajó el fusil. Los demás también. Prieto vio como un joven soldadito que se encontraba detrás de aquél cerró los ojos humedecidos por las lágrimas.

— Juro por la virgen de Guadalupe que no dispararé contra ellos —murmuró el viejo. Cuando empezó a hablar pudo verse que le faltaban los dientes delanteros.

— Yo tampoco he de disparar —repitió el joven que se encontraba tras las espaldas de aquél.

Los soldados se acercaban a Prieto y le palmeaban en los hombros.

— Vámonos, hermanos —dijo el viejo—. A ellos no hay que matarlos.

Presurosos, tratando de no hacer ruido con los fusiles, abandonaron el salón. El oficial que los mandaba ya no estaba.

Prieto se dio vuelta tambaleándose. Juárez lo abrazó en silencio.

Prieto vio el pálido rostro de Ocampo, escultural en su potente fealdad: una frente saliente, la nariz redonda, arremangada, la boca grande; ese diseño de máscara lo miraba con una especie de indescifrable asombro.

Don Guillermo levantó dificultosamente las manos, y, con los dedos temblando, rozó el pecho de Juárez.

Puso la vista en el dolorido rostro de su Presidente. Y se puso a llorar...

Los liberales estrechaban cada vez más el cerco en torno del edificio. Landa sabía que Parrodi se acercaba a Guadalajara, y como no era un suicida entabló negociaciones.

Al otro día los presos, todavía bajo custodia, fueron trasladados a la residencia del cónsul francés. Pasada la noche, la custodia fue retirada.

El Quinto regimiento salió de la ciudad y acampó. Juárez apuntó en su diario: "El 13 se sublevó la guardia del Palacio y fui hecho prisionero por orden de Landa, que encabezó el motín. El día 15 salí en libertad".

Del manifiesto del Presidente de la República después de la liberación

"... Perdamos o no batallas; perezcamos a la luz del combate o en las tinieblas del crimen los que defendemos tan santa causa, ella es invencible. La desgracia de Salamanca no es más que uno de los azares, hartos comunes en la guerra. Pueden seguirse otros, puesto que apenas hemos abierto la nueva campaña; puede llegarse a ver de nuevo el país ensayando volverse pueblo de 1821, como lo pretenden sus mil veces reconocidos por ineptos tutores: la democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad, su indestructible arma; la perfección posible, el fin donde se dirige.

¡Pueblos de México! ¡Tened fe en la posibilidad de estableceros! Un poco de energía, una ciega sumisión a la justicia, la proclamación y respeto de los verdaderos derechos, volverán a la República la paz, no el sosiego; el espíritu de adelanto, no la sujeción servil; el reinado de la ley, no la aristocracia ridícula de nuestros vanos y mentidos redentores; el amor a Dios y al prójimo, no las hipócritas simulaciones de prácticas sin verdad ni sentimientos.

¡Levantaos, pueblos de México! Un sólo esfuerzo, la antigua lucha entre la luz y las tinieblas se decide a favor nuestro. ¡Levantaos, y la explotación infame de los muchos para beneficio de unos cuantos, quedará destruida! ¡Levantaos, y la libertad y su condición

indispensable, el orden, se volverán entre nosotros una verdad tan fecunda como lo ha sido en todos los pueblos que marchan en su senda y el hombre volverá el querido hermano del hombre y en la naturaleza bruta continuarán las creaciones del arte, y los pueblos todos de la tierra envidiarán, en vez de con padecer despreciativamente, nuestra suerte!

Las personas a quienes Dios ha impuesto por hoy el deber de representar vuestra voluntad en el sendero de la ley, están ya reconocidas como probas, sinceras, de sinceradas, firmes. ¡Ayudadles, y todo está hecho continuadles vuestra confianza y fuertes, entonces harán cuanto la posibilidad humana permita, en cumplimiento de su obligación y de sus aspiraciones a la senda gloria!

Guadalajara, marzo 16 de 1858

Descanso en Acatlán

El pueblo de Santa Ana Acatlán se hallaba al pie de la cadena montañosa que debían atravesar. Pero ante de eso decidieron almorzar.

Eran las tres de la tarde del 20 de marzo de 1858.

Doce horas antes habían salido de Guadalajara avanzado casi sin descansar. Sabían que Landa iba tras ellos.

En la víspera, por la tarde, estuvieron sentados en el Estado Mayor de Parrodi inclinados sobre el mapa resolviendo adónde ir. Para todos estaba claro que el gobierno debía abandonar Guadalajara. Parrodi, que había llegado a la ciudad el dieciocho, con sombrero desconcierto confirmó lo que el Presidente temía: el ejército estaba desmoralizado. El general varias veces trató de repetir como había muerto el coronel Calderón, hecho que lo tenía conmovido hasta más no poder...

Parrodi repetía: "La caballería se portó más que dignamente... ¡Pero la infantería! No podían soportar el fuego. ¡Ni que hablar de ataque! Y la artillería estaba sin municiones..."

Parrodi insistía en esta explicación con aire de reproche, como si Juárez hubiera tenido la culpa de que el general se haya dejado engañar y apartar de Silao.

Parrodi salía del juego: Juárez no dudaba de ello, aunque trataba de tranquilizarlo y animarlo.

El diecinueve llegó la noticia de que Doblado proclamó la neutralidad de su Estado. Había decidido no arriesgarse y conservar sus tropas para el futuro. No había dudas que, al tomar los acontecimientos un giro favorable, se pondría del lado del gobierno. Mientras tanto, esas esperanzas no aliviaban la situación.

Osollo y Miramón estaban ya cerca, y había que salir de Guadalajara que se hacía cada vez más insegura.

Ocampo propuso marchar hacia el norte, a Tepic. En general consideraba que había que apoyarse en los Estados del Norte. La experiencia de su lucha contra Santa Anna, cuando tuvo como base Brownsville, sobre la frontera septentrional, lo animaba también ahora. En aquella ocasión Vidaurri, que dominaba el noreste, brindó decidido respaldo a la revolución de Ayutla. Nadie dudaba que ahora tampoco iría a soportar los extravíos antifederalistas de los conservadores...

Pero Juárez asintió con la cabeza cuando Parrodi mencionó a Colima. En Colima hay una guarnición fiel a los liberales, Colima está cerca de Michoacán, donde Degollado ya está reuniendo a sus viejos adeptos, un poco más al sur se encuentra el indomable Alvarez...

Juárez asintió ahora también. Pero pensaba en otra cosa: en que en la zona de Tepic no hay un solo puerto al que llegaran con regularidad naves extranjeras. Mientras tanto, no muy lejos de Colima se hallaba Manzanillo.

No era que pensaba en huir. Todo lo contrario... Se pusieron en marcha hacia Colima.

Llevó mucho menos tiempo determinar la dirección que debían tomar que repartir los magros recursos que disponían. Había que adquirir caballos, una carreta y dejar todavía una reserva para el camino.

El mejor caballo, además con montura y riendas, lo consiguió Romero por dieciocho dólares. Y se sintió feliz. Su seriedad de importante funcionario oficial

desaparecía ni bien recuperaba el papel de persona privada.

También le alegraba saber que la escolta de setenta y tres infantes y treinta y cinco dragones iría bajo el mando de Leandro Valle, quien recientemente había regresado de París, donde estudió el arte militar y filosofía. El mero se deleitaba de antemano con las charlas que tendrían en el camino.

Se pusieron en marcha hacia Colima...

La posada en que se detuvieron era un bajo caserón de plano techo, sin vidrios en las ventanas, con una larga mesa en el medio y varios bancos. Los dueños vivían al lado en una casa pintada de blanco y con jardín.

Les sirvieron como almuerzo carne de vaca asada con bastante pimienta, frijoles cocidos con salsa picante y tortillas frescas de maíz. El dueño puso sobre la mesa un botellón de pulque, pero bebieron solamente un poco Valle y Romero; este último confiaba en que el pulque le haría bien a su estómago enfermo.

— Lo último que me quedó de aristocratismo —expresó Ocampo, cuando Valle le señaló el botellón—, es mi afición al buen vino. Espero que la historia no sea muy severa al enjuiciarme por esta transgresión del principio democrático.

— Sólo en el caso de que nosotros, los testigos, nos silenciamos —dijo Juárez—. Temo que para quienes sucedan sean mucho más importantes nuestras normas de vida que la acción pública, que todavía no se sabe adonde puede llegar. Por eso trato de portarme de manera que nadie pueda decir de mí nada en general.

Los soldados se ubicaron en un pequeño terreno verde detrás de la posada. Llevaban los alimentos consigo, y varias mujeres que acompañaban al destacamento se pusieron a preparar frijoles, café, tortillas, mazamoras.

Cuando los miembros del gobierno terminaron de almorzar, la escolta recién había empezado a comer. Valle no quería apresurar a los soldados.

Juárez salió a la plaza que había frente a la posada. Una vieja iglesia se alzaba a unos cincuenta pasos de ahí. El camino conducía por la izquierda hacia el paso cubierto por bosques, y a la izquierda se extendía

la calle del poblado; los techos planos aparecían revestidos con tejas rojas, los pájaros silbaban y gorjeaban en los jardines. Juárez, con las manos hacia atrás, fue caminando lentamente por la calle.

Valle hizo una señal al cabo que estaba sentado frente a la posada y ambos fueron detrás del Presidente.

— ¿Nuestros centinelas no se vendrán corriendo al sentir el aroma del café? —preguntó Valle.

El cabo se ofendió. Se detuvo, bajo y patituerto, y miró de abajo arriba al capitán. Y al momento su rostro se iluminó. Un hombre sorprendentemente agradable se hallaba al lado del cabo, mirándolo un poco de lejos por encima de la charretera. Tenía el rostro grande y facciones muy correctas: habrían sido demasiado correctas si no fuera por los ojos un poco desviados, los labios, verdecastaños; si no fuera por la boca que sonreía en forma asimétrica; más a la derecha; si no fuera por los cabellos cortados en extremo bajos y, por último, si no fuera por su extraña y estrecha barba sin bigotes. Y el cabo, maravillado ya por cuanta vez al observar un rostro tan nunca visto, se sonrió en respuesta a la benévola broma del capitán.

— Mis hombres no son novicios —dijo—. Saben lo que es servir en las filas.

El Presidente ya se había alejado bastante, y ambos aceleraron el paso.

“Es curioso”, pensaba Juárez, tratando de ir por el borde de la sombra en red que se proyectaba en el camino desde la reja de la derecha. “Es curioso. Estamos oyendo de unos insurrectos que nos persiguen como a fieras, y nosotros no podemos siquiera contestarles con un zarpazo; nosotros, el gobierno legal, tenemos que huir. Y, sin embargo, siento animación en el alma, no me siento derrotado. ¿Por qué? ¿Porque en los pueblos nos reciben con alegría, aunque con cierta timidez? Naturalmente, pero no se trata de eso. Desde el momento en que hui de Méjico estoy retirándome, huyendo de los tiempos idos. Con nosotros queda solamente aquello que deseamos llevar en esta vida. De lo demás nos alejamos. Si el pasado no nos alcance y no nos mata, habremos triunfado. El pre-

asiente que hufa de la capital siempre se daba por vendido: es una regla de nuestro oprobioso juego mexicano. Yo la he transgredido. El juego se terminó. Comienza la guerra y la revolución. Nosotros estamos huyendo hacia adelante. La guerra y la revolución... No alcanza con ganar la guerra; eso no daría nada. Guerra y revolución. Comenzamos..."

Al regresar a la posada, el Presidente y el capitán notaron que los soldados ensillaban los caballos, y las mujeres ataban los fardos con la vitualla y los enseres. Se podía reiniciar la marcha.

Valle se dio vuelta al escuchar cerca un ruido de cascos de caballo. En dirección a la posada venían galopando dos dragones.

— ¡Vienen! —gritó uno de ellos—. ¡Vienen muchos!

Valle se precipitó a dislocar a sus hombres en la posada, la iglesia, en las dos casas vecinas. Era importante que cada grupo pudiera proteger con su fuego a los otros, y que todos juntos tuviesen a tiro el espacio frente a la posada. La pared trasera del edificio era un muro ciego, y eso facilitaba la defensa.

Juárez, parado frente a la ventana, miró su voluminoso reloj, obsequiado por su suegro Antonio Maza, hombre rico y respetado que sin vacilar cedió a su hermosa hija como esposa a un no muy joven abogado y político principiante que un día vino a su casa siendo nada más que un niño harapiento y analfabeto...

Margarita, amada mía, espero que con los niños te encuentres en condiciones de mayor seguridad que tu marido. ¡Cuántas veces la muerte estuvo rondando cerca de mí! Una vez incluso ante tu presencia, mi pobre-cita. Pero ahora no se trata de mí solamente: si mi viejo amigo Landa consigue perpetrar lo que no alcanzó a hacer en Guadalajara, eso, naturalmente, no cambiará el curso de la guerra, pero puede cortar la revolución...

El reloj marcaba las cinco de la tarde. Habían pasado en Acatlán dos horas.

La patrulla de avanzada de Lando apareció en el extremo de la larga, desierta y soleada calle. La recibieron a tiros. Los soldados se arrimaron a las paredes, se lanzaron a los jardines. Los hombres del capitán Valle ocupaban una posición muy ventajosa, y los atacantes

tuvieron que envolver la plaza frente a la posada y la iglesia con un ancho semicírculo. Completar el cerco resultaba difícil, pues el terreno del fondo de la posada lindaba directamente con la maraña que cubría la ladera del pico.

La columna que Landa lanzó contra la posada a través de la plaza esperando desconcertar y aplastar a los sitiados, mal apoyada por los disparos desde lejos, cayó bajo un fuego cruzado desde tres direcciones y retrocedió perdiendo unos diez hombres.

El Presidente y los ministros se encontraban sentados a la mesa en un rincón del fondo de la posada que se hallaba fuera del impacto de las balas.

— ¡No había que dejar que nos alcanzaran! —dijo Prieto.

— Si no nos hubiéramos detenido, eso habría ocurrido en el camino, y entonces no quedaría ninguna esperanza —contestó Ocampo.

— ¿Y ahora la hay?

— Sí —respondió Juárez.

— Los sitiadores disparaban ininterrumpidamente. Tenían muchas municiones.

El soldado que se hallaba parado al lado de la ventana más próxima a la mesa expiró con ruido y su cuerpo cayó deslizándose por la pared. Valle se acercó rápidamente hacia la ventana y miró. Una bala golpeó al instante en la parte lateral de la abertura y, de rebote, pasó sobre las cabezas de los ministros.

El capitán corrió hacia la otra ventana, tomó el fusil del soldado que estaba allí y, sin acercarse mucho a la abertura para que la semipenumbra impidiera que lo vieran, empezó a observar. En la parte opuesta de la plaza, entre dos árboles de atrás del cerco, algo se movió. Mirando con atención pudo distinguir el débil brillo del caño de un fusil recostado, seguramente, sobre el cerco. Valle apuntó y quedó por un tiempo inmóvil. Todos lo contemplaban callados y sin hacer un gesto. La rama que colgaba muy baja sobre el cerco se levantó un poco y apareció una mancha clara: el rostro del tirador. Valle disparó; la rama cayó repentinamente, pero el capitán alcanzó a divisar como se alzó de golpe el caño del fusil para desaparecer luego.

— Ya —dijo Valle.

Ocampo se levantó y, acercándose, le tendió la cigarrera.

Valle tomó un cigarro. Ocampo encendió un fósforo. Valle paseóse con lentitud echando humo.

— Lo felicito —dijo Ocampo.

Valle se detuvo y, sosteniendo el cigarro verticalmente, se puso a examinarlo, por lo que la ligera desviación de sus ojos se hizo más pronunciada.

— Que raro —expresó—; usted, defensor de la justicia, apóstol de la democracia me felicita por haber matado yo a un hombre...

— Me reconozco a mí mismo venido de París —manifestó Ocampo—. Durante los dieciseis años transcurridos desde entonces aprendí a conjugar la idea con la realidad... aunque el señor Presidente dude de ello. Lo felicito a usted no por haber dado muerte a un hombre, sino, con el precio de una vida, por haber salvado varias. Y lo ha hecho por necesidad extrema y sin ningún agrado.

— La necesidad es una palabra dudosa —dijo Juárez—; puede ser interpretada de diferente manera.

Afuera disparaban. Los sitiadores, enfurecidos por la pérdida del mejor tirador, concentraron el fuego contra la posada. De vez en cuando les respondían desde la iglesia y el techo de la casa vecina. Había que ahorrar municiones.

Los sonoros impactos de las balas en las paredes de piedra, de diversos matices, creaban un ambiente no sólo nada inquietante, sino incluso en cierto modo animado para charlar.

— La necesidad es la palabra de más importancia para el político y, pensándolo bien, también para cualquier persona. La desgracia está en que no existe una interpretación única; eso es cierto, señor Presidente... —Ocampo calló por un instante—. ¡Guillermo, deja de tomar notas! ¡Si Landa llega a encontrar esos escritos junto a tu cadáver nos pondrá en ridículo delante de todo el país!

— Estoy escribiendo versos —dijo Prieto.

— Don Melchor —expresó Valle—, ¿y considera

usted que no hay manera de precisar este término para que adquiera un sentido universal?

— ¿Por qué no? Pero como parece ser esto un problema abstracto, no corresponde, naturalmente, comenzar por él.

— Ya que hemos llegado tan lejos —manifestó Juárez— es un poco tarde pensar sobre el comienzo.

— ¡De ninguna manera! Estoy refiriéndome a otro comienzo. Mejor dicho, al comienzo de otro proceso. Del proceso de interconexión humana que se iniciará después de la reforma económica.

— ¿Acaso usted cree que la gente se desprenderá con tanta facilidad de su acostumbrado modo de pensar y aceptará confiar unos en otros? —dijo Valle—. Un pensador al que usted, Don Melchor, según tengo entendido, aprecia, Proudhon, ha expresado hace poco en una conversación privada que me transmitieron en París, que el pueblo resulta capaz de hacer algo únicamente cuando la idea que lo atrae puede coincidir con su conciencia, cuando él solo, sin ayuda ajena, puede manifestarla, explicar su sentido y prever las consecuencias. ¡Mire a su alrededor, Don Melchor!

— Usted se acalora en balde, capitán. Espere. Mi idea principal es que el pueblo mexicano debe convertirse en una nación de pequeños propietarios iguales entre sí. Esto, como usted comprenderá, guarda relación con el filósofo mencionado. Y cuando cada mexicano propietario de un pedazo de tierra vea que todos se encuentran en igual situación, comenzará, lógicamente, a confiar en los otros. Mi democracia es la democracia de los iguales. Soy un discípulo de los hombres de mil setecientos ochenta y nueve. Por eso, capitán, considero como piedra angular de nuestra causa la ley Juárez, con el permiso del señor Presidente. Cada uno debe formarse la conciencia de que es igual a otros en lo que se refiere a los derechos jurídicos y económicos. Entonces comenzarán a ponerse de acuerdo. Y llegarán a ponerse de acuerdo en lo que es "necesidad".

— Todo eso es muy bello —replicó Valle—, ¿pero acaso usted no comprende que la naturaleza humana soporta con dificultad la propia idea de la igualdad? Y muy pronto aquellos de los iguales que se empiecen

a sentir... En suma, piense en las enseñanzas de la revolución misma que usted ha mencionado, del ochenta y nueve.

— ¡Correcto! Las enseñanzas, precisamente. Y la primera de ellas es que el estado debe desempeñar un papel regulador. La idea de la igualdad, jurídica y económica, debe estar asegurada por la legislación.

— ¡Pero por favor, Don Melchor! ¡Si los mismos que se erijan como los legisladores ya con eso aparecerán encumbrados en comparación con los demás!

Afuera disparaban. Los soldados apostados en las ventanas daban vueltas las cabezas, observando la plaza y tratando de entender de lo que era que hablaban estos hombres.

— Claro está, el período de transición será sumamente complejo —dijo Ocampo—. Pero paulatinamente el mecanismo democrático quedará ajustado de tal manera que los legisladores, y con más razón el Poder Ejecutivo, serán totalmente controlados por el pueblo.

Juárez notó que el soldado apostado en la ventana más próxima, estirando el cuello envuelto con un pedazo de paño, miraba asustado hacia afuera.

El Presidente se le acercó y observó por encima de su hombro. En el extremo alejado de la calle se estaban emplazando dos cañones. Los conductores habían procedido a desatar los caballos que los arrastraban.

— Pido perdón, señores, pero debo interrumpirles por un minuto —manifestó Juárez—. Tengo motivos para pensar que nuestros futuros pequeños propietarios iguales entre sí se proponen cañonearnos. Por lo visto, consideran que precisamente esto es una necesidad.

Valle se lanzó hacia la ventana...

El coronel Landa observaba como se hacía el emplazamiento de los cañones que habían llegado con retraso. Ahora Juárez y toda esa compañía de charlatanes estaban en sus manos. Bastarán unos cuantos disparos para que la pared de la posada se venga abajo, y los que queden vivos —que no serán muchos— pasen a ser sus prisioneros. Los que se encuentran en la iglesia se verán obligados a rendirse... El, coronel Landa, a quien con tanta porfía se le ha retenido hasta ahora el grado de

general, acabará con esta banda de sediciosos, con este nido de avispas...

No había pasado a retiro aquella vez, después de Oaxaca, porque Osollo le pidió quedarse en el ejército, aceptar la nueva designación y esperar la señal. **Veremos como va a cumplir su promesa ese mozalbete engreído.**

El odio y la excitación que lo invadieron en esa ocasión, después de la conversación con Osollo, pronto se esfumaron. La intentona de Guadalajara, la tentativa de acabar con todo de una vez que por extrañas razones no resultó, agotaron sus energías. Fue en persecución del destacamento gubernamental sin esperar que lo podía alcanzar. Y cuando le informaron que Juárez se había detenido en Acatlán, sintió una rabiosa desazón. Ahora se veía obligado a actuar.

Unos cuantos disparos y todo acabará...

El capitán que estaba al mando de los cañones reportó:

— ¡Señor coronel, estamos listos para abrir fuego!

Landa miró con indiferencia el cielo. El sol ya se había ocultado detrás de uno de los macizos, una ancha sombra se extendió sobre la aldea, la plaza, el largo edificio del otro lado...

— Si usted hubiese llegado a tiempo, capitán —dijo haciendo una mueca de enfado, y su enjuto rostro hidalgo se arrugó imprimiéndole un aspecto senil—, si usted se hubiera dado prisa ya estaríamos de regreso. Con prisioneros y sin pérdidas...

El capitán, turbado, guardaba silencio.

— En cambio ahora ya es tarde. Pronto será de noche. A usted, tal vez, no le ha tocado combatir en la oscuridad, pero a mí sí... Terminará en que todos esos ministros escaparán, y no los podremos encontrar... Lleve los cañones al jardín. Iniciaremos el ataque al amanecer.

— ¿Y si se van?

— ¿Adónde? El camino por el paso está cortado. Ellos también esperarán la madrugada. Haga lo que le ordené.

Cuando por la mañana le informaron que la posada y la iglesia se hallaban vacías, sintió un triste alivio.

Hay algo en este Juárez que obliga a la providencia a brindarle protección, hay algo que yo, coronel Landa, no puedo comprender, pero presiento. ¿Puede ser porque es un indio y tiene derecho a esta tierra, a este país? ¿Pero acaso mis antepasados, que lo conquistaron con su sangre y erigieron sobre las ruinas de un imperio bárbaro la magnífica Nueva España, acaso ellos no tenían derecho? ¿Qué es lo que hay entonces en él? ¿Qué es lo que sabe y qué le da esa serenidad y esa indulgente firmeza? ¿O nosotros, los hombres como yo, nos hemos cansado y perdido el espíritu, y ha llegado el tiempo de otros, como él, como Osollo, como ese majó de Miramón? ¿Puede ser que su tiempo sea el de matarse unos a otros, y a nosotros nos toca apartarnos a un lado? Puede ser, puede ser... ¡Pero qué doloroso es reconocerlo! ¡Señor! ¡Dame fuerzas para sobrellevar dignamente mi cansancio y mi impotencia como antes me dabas fuerzas para combatir, amar y tener fe!

*Carta de Juan López, mestizo, al clérigo
Luis Valdovinos de Guadalajara*

“Maestro y amigo:

Estuve en Guadalajara, pero no pude verlo, y por eso me remuerde la conciencia pensando lo que usted pudo haber imaginado de mí. ¡Oh, padre mío, lo que me tocó pasar estos días! Delante mío cayó en la infortunada batalla de Salamanca nuestro valiente coronel Calderón, y no le pudimos ayudar en nada. Yo mismo recibí un lanzazo en el cuello, pero, felizmente, nada grave. ¡Padre mío, eso fue un infierno!

Cuando regresamos a Guadalajara —los que quedamos vivos— supimos del motín que casi no acaba con todo el gobierno legítimo, y todo el tiempo nos tuvieron bajo armas. No pude liberarme ni por una hora, créamelo.

El señor Parrodi me designó a la escolta de caballería que acompaña a nuestro Presidente. Marchamos con rapidez, pero tiempo para pensar no me falta. Ahora le referiré sobre mis reflexiones, pero antes sepa usted que su alumno estuvo otra vez a punto de per-

der la vida. ¡Son seguramente las plegarias vuestras que me protegen!

Ayer al mediodía nos detuvimos para almorzar en un pueblo por el camino. Hombres y bestias, fatigados por la larga travesía, necesitábamos descanso. Pero pese a lo corto del mismo, nos dieron alcance los insurrectos del coronel Landa de Guadalajara. Eran varias veces más que nosotros, y le diré francamente que no tuve dudas en que no nos quedaba otra cosa que morir o rendirnos. Y habríamos perdido los ánimos si no hubiéramos tenido delante nuestro un ejemplo magnífico de valor y serenidad. El Presidente, el señor Ocampo (Ministro de Gobernación), el señor Prieto (Ministro de Hacienda) y todos los demás se comportaron como si nos hubiéramos escondido de la lluvia, y no de las balas. Mientras nos estaban tiroteando furiosamente en nuestra vieja posada, ellos se pusieron a discutir sobre toda clase de cosas abstractas; tal es así que yo recordé vuestros relatos, padre, sobre el concilio de Efeso (¡excúsceme la comparación!). No podía atender mucho a lo que se decía, porque tenía encomendado observar los movimientos del enemigo, pero pude comprender que se trataba de la igualdad futura de las gentes. Entonces pensé que la prédica de los puros, en esencia, está mucho más próxima a las del Hijo del Señor y sus apóstoles que los mandamientos de nuestra iglesia. Estoy imaginando vuestro rostro disgustado, padre mío; siento mucho disgustarlo, pero ¿acaso la iglesia cumple con su deber ante los pobres y desheredados? ¿Por qué nuestros obispos se pronuncian con tanta furia por los fueros, por la desigualdad? Recuerde, padre, lo que usted me relataba sobre San Francisco. ¿Acaso él procedería como los obispos, entronizando la riqueza cuando los pobres no tienen ni pan ni techo?

Aquella vez, ese triste día, usted no me preguntó por qué yo renunciaba a recibir los hábitos e ingresaba a la brigada de dragones. Usted no me preguntó, maestro, y yo no le dije. Ahora le digo: porque, pese a los muchos vicios propios de mi ser, mi fe es fuerte y pura. Tendría vergüenza, padre mío, de llevar la palabra de Dios cuando la iglesia se ha desviado a tal extremo del camino apostólico.

Pero seguiré el relato de lo que pasó. Cuando rechazamos el primer ataque, quedó claro que teníamos muy pocas municiones para una defensa prolongada. Y aunque las tuviéramos, no podríamos permanecer eternamente en esa posada, sabiendo además que no contábamos con la ayuda de nadie. Al atardecer el enemigo emplazó contra nosotros dos cañones, y la situación se nos hizo totalmente desesperante.

Aquí fue donde se manifestó toda la grandeza espiritual de nuestro Presidente. El enemigo, no se sabe por qué, aplazó el ataque y el cañoneo de nuestra fortificación hasta el amanecer. Escuché como el capitán Valle le decía al Presidente: "A la madrugada no tendremos ninguna otra salida que la de morir o entregarnos. Yo estoy dispuesto a perecer, pero usted, señor Presidente, y los miembros del gobierno no tienen para ello derecho. Dígame que debo hacer para salvarlos. Espero vuestras indicaciones precisas". El señor Juárez, que todo el tiempo conservaba impasibilidad absoluta, le respondió con una expresión que jamás olvidaré por lo sabia y bondadosa a la vez: "No sé hacer milagros, amigo mío; puedo proponer sólo una cosa simple y sensata: los miembros del gobierno salen uno por uno y procuran encontrar refugio entre los moradores del pueblo o en los sembrados. Con la oscuridad eso es posible. Yo me quedo con ustedes. Soy el Presidente de la República, y ustedes, mi ejército. No los puedo dejar. Al amanecer haremos un intento de abrirnos camino hacia el paso". Eso fue dicho de manera tan sencilla y natural, padre, que me brotaron lágrimas. Estaba dispuesto a morir por este hombre y siempre lo estaré. En ese instante comprendí su altruismo y que no es el poder, ni la riqueza, ni la gloria lo que lo atrae. El quería compartir nuestro destino, el de los soldados que en la República son muchos miles; eso quiere decir que nos ama. ¡Todos los que han recorrido con él este camino desde Guadalajara le serán fieles eternamente!

¡Y si hubiera oído usted como se indignaron los ministros cuando él les propuso eso! Rechazaron ese modo de salvarse y decidieron que nos abríamos paso todos juntos. Empezamos a prepararnos para el

combate, abandonamos todo lo que teníamos de más. El capitán mandó a llamar a los nuestros de la iglesia. Esperamos el amanecer. Pero aquí vino el dueño de la posada y nos dijo que entre los matorrales que cubrían nuestra retaguardia había un sendero conducente hasta el paso, y que él estaba dispuesto a llevarnos eludiendo a los vigías...

Comprendí, padre mío, que la Providencia estaba poniendo a prueba a nuestros jefes. Ellos resistieron esa prueba, no se dejaron llevar por la tentación de salvarse abandonando a sus hermanos. ¡Y el Señor nos mandó la salvación!

Estoy convencido, padre, que eso fue un signo. El Señor dos veces puso a nuestros jefes al borde de la muerte: en Guadalajara y aquí. Y ellos resultaron dignos de su amor. ¿Podemos nosotros, entonces, traicionarlos?

Padre mío: ¿acaso los sacerdotes Hidalgo y Morelos no se sacrificaron por amor a los humildes?

Salimos en la más completa oscuridad. Por cuanto nuestro cabo perdió la vida, el capitán me designó en su lugar. Estuve al mando de la avanzada. Tras nuestro iban el Presidente y los ministros y, después de ellos, el capitán con la retaguardia. Marchamos toda la noche. Traspasamos el macizo y, al amanecer, aparecimos en un pueblo cuyos moradores nos recibieron con gran alegría. Dos hombres montados fueron enviados hacia atrás, hacia el paso, y no notaron ningunas señales de persecución.

Le estoy escribiendo de un magnífico valle tropical. Hoy es 21 de marzo, fecha del natalicio de nuestro Presidente. Cumplió 52 años. Ahora le está saludando toda una muchedumbre de indios que vinieron trayendo ramos de magníficas flores rojas y azules. Ellos bailan en torno al señor Juárez y dando vítores: "¡Viva Juárez! ¡Viva Juárez!" El permanece parado y como si fuera un niño. Estoy sentado al lado de una ventana en una de las chozas, veo todo esto y lo describo. Me dan ganas de llorar otra vez, como entonces, en Acatlán. Amo a nuestro Presidente y a esta maravillosa gente que festeja con tanta sinceridad su llegada. ¡Si usted supiera, maestro, hasta que punto

varios días de travesía me han cambiado! Usted sabe que entre nosotros, los mestizos, hay muchos que miran a los indios con altivez. Y yo no era mejor que otros, usted lo sabe. Más de un pecado tengo para expiar. Pero si Dios me conserva la vida, retornaré a Guadalajara y volveremos a charlar con usted sentados en el balcón de vuestra casa, mientras Doña Inés nos sirve el café... Transmítale los recuerdos de su seguro servidor q. b. s. m.

Perdone padre, debo terminar la carta, aunque tanto hubiera querido seguirla. Es que ahora soy cabo y son muchas las preocupaciones que tengo.

Adiós, maestro, ore por mí, q. b. s. m.
Dios y Libertad".

Profesor de derecho

Tres días atrás el gobierno llegó a Colima recibido jubilosamente por los vecinos y con juramentos de fidelidad de los liberales lugareños.

Aquí Juárez fue informado sobre la catástrofe de Guadalajara: el general Parrodi había capitulado, entregó la ciudad y el ejército sin combatir.

En Colima había doscientos cincuenta infantes fieles al gobierno pertrechados con dos cañones. Junto con la escolta las fuerzas armadas del Presidente contaban, por lo tanto, con trescientos cincuenta bayonetas y sables.

Santos Degollado, profesor de derecho y discípulo de Ocampo, caudillo de los puros en Michoacán y Jalisco y que en los últimos diez años había combatido más de una vez contra los conservadores, fue llamado urgentemente a Colima desde Michoacán, y designado por Juárez Ministro de Guerra y Comandante en Jefe del ejército que todavía había que constituir...

Todo estaba resuelto. Quedaba actuar.

Degollado se levantó. Sus pómulos se oscurecieron. Hizo un movimiento de aproximación hacia Juárez queriendo abrazarlo. Pero Juárez no fue al encuentro. Permaneció parado con las manos detrás mirando al nuevo Comandante en Jefe con atentos y brillantes ojos.

—Tengo fe en vuestro desinterés, Don Santos —dijo de repente—. Tengo fe en vuestro desinterés y firmeza. Estas dos cualidades serán las más importantes para usted: desinterés y firmeza.

—Lo haré todo —dijo Degollado—. Pero me inquieta lo alejado que se encuentra el gobierno del centro de las operaciones militares, del ejército... Del futuro ejército...

—¿Usted aprueba la elección de Veracruz como residencia del gobierno?

—Sí. Los ingresos de la aduana, las sólidas fortificaciones, la guarnición bien armada y fiel al partido liberal, es todo positivo. Como Comandante en Jefe estoy satisfecho en el sentido estratégico: Zuloaga se verá obligado inevitablemente a lanzar el grueso de sus fuerzas al bloqueo o a la toma de la ciudad que no podrá ocupar. Ello brindará a nuestras fuerzas la posibilidad de atacar a la capital desde el norte y, en todo caso, recuperar los Estados centrales... Nuestro movimiento hacia Méjico significará el retorno del señor Doblado a la coalición...

La voz de Degollado volvió a tener la profundidad y el tono sonoro que había perdido al comienzo de la conversación. Cuando se ponía nervioso en la voz aparecían notas vibrantes y bruscas.

—Magnífico. Sólo queda organizar el ejército.

—Dentro de tres meses, Don Benito, iniciaremos las operaciones. Créame.

Estirando el flaco mentón, Degollado miraba al Presidente con una franca expresión de gratitud y cariño, como la de un niño, por haber tranquilizado y fortalecido su alma. Se sorprendió: ¿cómo es que no había reparado antes debidamente en Juárez? Sí, todo el tiempo recordaba que había un puro de procedencia india firme, seguro y esforzado, pero: ¿quién pudo haber pensado que hay en este hombre tanta fuerza y tanta capacidad para animar a los demás? Intentó imaginar en el lugar de Juárez a Don Melchor con su sonrisa burlona y sabia desconfianza en la mirada: No, no sirve. ¿Doblado? ¡No! Se imaginó el bello rostro de Miguel Lerdo de Tejada reflejando la altiva conciencia de su inteligencia y saber. ¡No! Únicamente este

hombre de baja estatura, simplemente pequeño, en comparación con él, Degollado, hombre de tez morena, con movimientos sobrios y precisos, con nada que sea desagradable, que moleste o que provoque desconfianza, y cuya sólo presencia tranquiliza como las montañas, como el correr sereno de un río, como la brisa fresca que viene de la sierra... ¡Sí, sí, sí! ¿Cómo es que él, Don Benito, rodeado por hombres tan brillantes, tan elocuentes, y tan fuertes, resultó, de repente, ser el primero? ¿Por qué había llegado su tiempo? ¡Incomprensible! Pero este tiempo llegó, y eso está claro. El conoce algo que otros no conocen, y por eso se mantiene tan sereno.

— Sobre la manera de mantener contacto permanente con el gobierno usted se pondrá de acuerdo con Don Melchor. El, como Ministro de Gobernación, sabrá como hacerlo.

— Sí, Don Benito, eso lo arreglaremos. Todavía debo tratar con Guillermo la manera de hacer llegar al Estado Mayor los dineros que nos podrá asignar el gobierno. No me inclino por la requisita sin necesidad extrema. Espero que podamos evitarla. Mucho espero que sea así, créame. La gente debe ver que allí donde están los liberales está la ley.

Juárez asentía casi imperceptiblemente.

Degollado salió. El general Degollado, ex rector universitario, comandante del ejército que debía crear, armar y dotar de mandos capaces... Claro, en todos los Estados surgirá para ayudarle la guerrilla, la guerrilla liberal. Pero se iniciará sólo después de surgir el ejército y de que haya a quién ayudar. No se imagina lo que le espera. Confío en mí, como un niño, porque quería confiar; él, tantos años que lucha por la causa liberal, un fanático de la democracia, cómo se parece a un predicador protestante con su cara pálida y ojos ardientes! Seguramente habría sido un niño flaco y desgarrado del que se burlaban los demás por su apego a la fantasía. ¡Ayúdale, Dios, e infúndele fuerzas! Para mí no pido nada. ¡Es tanto lo que de él depende! Comenzamos una guerra nunca vista, nuestra guerra.

El 4 de mayo de 1858 el gobierno del Presidente Juárez desembarcó en Veracruz bajo el tronar de las

salvas de artillería.

A fines de julio los amigos trajeron desde Oaxaca, cruzando montañas y recorriendo senderos, a Doña Margarita con los ocho hijos: la familia del Presidente. No comprende qué clase de camino era ese: trescientas millas por sendas que el mulo con la carga recorre con dificultad, precipicios, aluviones, después selvas, matorrales espinosos, jaguares, serpientes... La mayor, Manuela, tenía catorce años, el menor, Benito, menos de dos. Todos, a excepción de Manuela, iban en grandes carretas. Doña Margarita y Manuela, a pie. ¿Y cuántas eran las posibilidades de caer en manos de los reaccionarios o, simplemente, de los bandidos? Los acompañantes tenían armas: fusiles, revólveres, machetes. ¿Pero qué podrían hacer unos cuantos hombres si...? ¿Y las enfermedades? A veces dormían en la selva, a veces en las chozas indias, sobre esteras o en hamacas. ¡Mucho necesitaban los niños para contagiarse o enfermarse...? Pero todo salió bien.

Ahora, al leer por la noche los últimos papeles, Juárez, como en otros tiempos en Oaxaca (¡felices tiempos!), sabía que lo estaba esperando Margarita.

Muerte en la Colina del Bufo

El general Zuazua creció en el Norte, donde las discordias políticas cedían con frecuencia su lugar frente a hostilidades más crueles y cercanas: ante la guerra constante y agotadora contra los pertinaces yanquis o contra las tribus indias que peleaban tenaces y feroces porque se trataba de su misma existencia. El general Zuazua, un hombre de cabellos castaños y ojos celestes, fuerte, ligero y parco, se formó en esa guerra y vivió según sus leyes. Tenía poco en común con los oficiales vanidosos y románticos del Sur, para quienes tanto significaban las palabras, las formas y las tradiciones. Todo eso le resultaba cómico. Para él valía la acción, la conquista continuaba.

El 28 de abril de 1858 estaba esperando que le trajeran a los oficiales conservadores prisioneros que habían huido de Zacatecas con la guarnición y ocu-

pado posiciones en una altura que los pobladores de la zona denominaban Colina del Bufo y que ahora se habían entregado a la conmiseración del enemigo. Los esperaba tranquilamente, sin solemnidad o turbación alguna, puesto que sabía lo que iba a hacer con ellos...

Después de Guadalajara, Miramón avanzó hacia el norte, sobre Zacatecas. Tenía consigo tres mil bayonetas y sables y dos decenas de cañones. Al prepararse para la marcha, por primera vez había comprendido lo que les esperaba más adelante, qué enemigo. Los esperaba la extensión catastrófica de las comunicaciones. Cuanto más se alejaba de Méjico, más delgado se hacía el hilo que lo enlazaba con la posibilidad de asegurarse refuerzos, depósitos de armas. Al ocupar ciudades se veía obligado a dejar allí guarniciones. Ni Osollo, ni él mismo habían previsto tal giro. Era algo desacostumbrado, imprevisible y absurdo. Durante las pomposas fiestas que brindaban en su honor los conservadores en las ciudades donde entraban sus tropas, entre los fuegos artificiales, entre el vuelo blanco y rosado de los encajes de las damas y las voces de admiración de las niñas solía experimentar una extraña sensación: la de que se encontraba en un país ajeno, en un país ajeno conquistado. Procuró librarse de esta sensación, pero después comenzó a pensar: ¿de dónde apareció? y comprendió: de la inseguridad. No podía eliminar a todos los liberales y, con más razón, a quienes les simpatizaban. Los despidos, confinamientos y exilios se sucedían después de cada revuelta. Pero los ajusticiamientos no eran muchos. Demasiado inseguro se sentía cualquier triunfador para arriesgarse a afrontar una venganza tan severa como lo podían ser sus actos.

En las ciudades ocupadas los liberales se agazaparon, se fueron a los pueblos o a las montañas, pero seguían estando aquí, al lado, muy cerca. Y podían levantarse ni bien los batallones del ejército de restauración emprendieran la marcha.

Resultaba necesario dejar guarniciones. Y esperar, esperar con firmeza que, por cuanto los centros principales pasarían a manos del nuevo gobierno, los liberales

llegarían a comprender lo insensato de la guerra fratricida y resignarse...

Tomando Zacatecas sobre la marcha, Miramón dejó allí seiscientos hombres bajo el mando de Landa que recibió el grado de general. Miramón respetaba a Landa como a un viejo y experimentado oficial de una buena familia de militares. Pero últimamente le causaba extrañeza por cierta apatía en la voz y la mirada. ¿Habrá tenido la culpa de que Juárez pudo escapar? Juárez es astuto. ¿Y acaso todo radica en él? De todos modos **tenrá que escapar del país. Tanto mejor. Cuantos menos mártires tengan los liberales, tanto mejor.**

El 12 de abril Miramón salió para San Luis Potosí, al que protegía el ejército de los liberales del Norte equipado por Vidaurri. Lo mandaba el general Zuazua. El combate tuvo lugar el 17 de abril a siete leguas de la ciudad.

Miramón, después de recibir un pequeño refuerzo, disponía nuevamente de tres mil soldados. Zuazua tenía alrededor de cinco mil.

Los nuevos fusiles norteamericanos de los nortños, adquiridos en la frontera, eran de largo alcance y se cargaban muy pronto. Sus soldados se habían acostumbrado a la guerra. Por eso Miramón decidió evitar un ataque frontal contra las fortificaciones enemigas. Mientras su artillería destruía metódicamente los parapetos y trincheras, condujo a varios batallones por las hondonadas y atacó la retaguardia y el flanco de Zuazua. De haber estado en ese lugar Parrodi con sus novicios, después de semejante maniobra, se podía empezar la persecución de los que huían. Pero los nortños, expulsados de sus fortificaciones, se reagruparon y respondieron con fuego graneado. Al fin y al cabo fueron desplazados por la artillería y los ataques en los flancos sin protección, pero Miramón jamás había sufrido pérdidas tan enormes como ese día... Zuazua retrocedió vencido, pero no aplastado.

Miramón fue tras él y entró por la noche en San Luis Potosí recibido, pese a la hora tardía, con repique de campanas. Por cuanto el enemigo retrocedía hacia el sur y, por lo tanto, se alejaba de Zacatecas, Miramón

dio descanso a su extenuada tropa... ¡Cuántas veces se maldijo después por no haber previsto la astucia felina de Zuazua!

Los nortños, al alejarse de las patrullas de los conservadores, esa noche cambiaron la direccin de la marcha y, con una amplia maniobra envolvente, avanzaron impetuosamente sobre Zacatecas. Cuando pasado un día Marimn se enteró de ello, ya era tarde para tomar medida alguna...

Zuazua con cuatro mil guerreros y once caones expulsó el destacamento de Landa, lo persiguió hasta la cima de la Colina del Bufo y obligó a rendirse.

Y ahora, el 28 de abril, el general Landa era conducido por dos soldados, nervudos y flacos de la custodia personal de Zuazua, con uniformes y blandas botas indias.

El general Zuazua no le propuso al general Landa asiento, aunque en la habitacin haba varias sillas. Sólo él permanecía sentado, con las piernas estiradas y los brazos cruzados sobre el pecho. Landa haba escuchado mucho sobre la rudeza y el salvajismo de los nortños y estaba dispuesto a cualquier cosa: a que lo irían a insultar, a enviar junto con los oficiales al Norte, les exigirían prestar algún juramento... Se encontraba parado ante Zuazua mirándole indiferente en los celestes y malignos ojos.

— Me tiene cansado la gente como usted —dijo Zuazua—. ¿Cuándo dejarán que México viva tranquilo? A nosotros con el señor Vidaurri a fin de cuentas, nos importa un comino cuanto va a sacarles el cura a sus parroquianos allá en lo de ustedes, en el Sur. Tenemos preocupaciones más importantes. ¡Pero déjenos vivir y trabajar! Ustedes, los conservadores, quieren poner la mano en todo, siempre se meten en los asuntos de los Estados, quieren allá, en México, que todos se sientan sirvientes suyos. ¿No pueden estarse tranquilos? Peor para ustedes... Mire a estos muchachos. (Señaló con un ademán de la cabeza a sus guardaespaldas.) Cada uno tiene un buen pedazo de tierra. Conocen sus derechos. Son gente honrada y quieren vivir en el seno de sus familias y trabajar sus parcelas. ¿Por qué ustedes los obligan a trajinar centenares de leguas para exponer sus

cabezas a vuestras balas? ¡Basta! Terminaremos con esto. De una vez y para siempre. Y empezaremos por usted, general. Y por sus subordinados. ¿Qué perdieron ustedes en Zacatecas? ¿No pueden decir nada? Yo se lo diré. Ustedes perdieron aquí sus demasiado afiebradas cabezas. ¿Han comprendido? Doy la orden de fusilarlos. ¡Domínguez!

— ¡Vino el ayudante.

— ¿Cuántos oficiales capturamos?

— ¡Veintitrés con el general, señor!

— Fusílos a todos.

Landa sintió un frío vacío en sus entrañas. Una fina y penetrante voz se dejó oír en ese vacío.

Zuazua lo miraba. Landa pasó la lengua varias veces por el paladar y las encías para que su voz pudiera conservar el tono habitual.

— Si usted quiere fusilarme y lo considera acorde con el honor de un oficial y las tradiciones militares, yo no le pediré clemencia. ¡Pero no debe asesinar a mis oficiales! ¡Eso es un crimen!

— ¡Esa vez, en Guadalajara, yo no derramé sangre! Podía haber insistido... Podía haberlo hecho, pero no derramé sangre... No asesiné a Juárez, no hice fuego con los caones... aunque podía hacerlo... Yo no derramé su sangre”.

Le pareció oír de nuevo la exclamación plena de desesperación e impotencia, allá en el salón del palacio de Guadalajara: “¡Vienen a fusilarnos!”.

— Eso será un crimen...

— Domínguez —dijo Zuazua—, que los fusilen allí mismo, en la Colina del Bufo. Y después me presentas un informe sobre el estado del parque de artillería y de las cargas para fusiles. ¡Llévalo!

— Está cometiendo un error, general —dijo Landa venciendo el cansancio—. Está dando inicio a algo terrible. Usted irá tras de nosotros. Y Vidaurri también... ¡Recapacite!

— Domínguez, ordena todavía preparar los caballos y carros para los heridos. Hay que enviarlos inmediatamente a Monterrey. ¡Sácalo de aquí!

Cuando Miramón se enteró del fusilamiento permaneció varias horas en estado de estupefacción.

No fue la pérdida de seiscientos soldados lo que lo conmovió. Tales desventuras son inevitables. Pero ¿fusilamiento de oficiales...? ¿Qué significa eso? ¿Cómo responder? ¿Estás dispuesto a dar respuesta? ¿Estás dispuesto? ¿Estás dispuesto a una guerra así?

Del libro de notas de Andréi Andréievich Gladkói

"Hoy el señor Romero me relató la breve historia de las relaciones de México con su vecino del Norte. Por ahora me limitaré a lo que explica los sucesos actuales. Después de la desventurada guerra de 1846-1848, cuando los norteamericanos se quedaron con más de la mitad del territorio mexicano, entre los dos países no cesaba la mutua desconfianza y el enojo. Los Estados norteamericanos tomaban fuerza y deseaban nuevos territorios.

El señor Romero me enseñó las copias de varios documentos que me abrieron los ojos sobre aquellos objetivos que obligan al gobierno norteamericano a actuar tan insistentemente. Resulta que en Estados Unidos existía ya hace tiempo una compañía para la construcción de vías férreas que debía unir los océanos Atlántico y Pacífico. El ferrocarril, que se interrumpía en la costa del Golfo de México, en Nueva Orleans, en la mente de los jefes de la compañía tenía su continuación en tierra mexicana y atravesaba la parte más estrecha del territorio entre los dos océanos: el istmo de Tehuantepec. De esa manera las mercancías procedentes de los estados industriales, igual que el algodón de los del Sur, aparecían por el camino más corto en el océano Pacífico para ser cargados en los barcos y remitidos más adelante. Y la otra vía férrea debía partir desde Texas, pasando por los territorios del norte de México hasta el Golfo de California. Romero me mostró un periódico con el discurso de uno de los diputados del Congreso que decía: "Debemos vivir en paz con el pueblo mexicano. Cuando en su frontera norte pase una vía férrea norteamericana y una más atraviese el territorio por el sur, eso ejercerá una influencia magnética sobre la estructura social y política del país; los sentimientos, la energía y la inteligencia americana entrarán en contacto con él.

Suavizada por nuestra amistad, su rabia hacia nosotros se aplacará. Inyectará en sus venas nuestra saludable sangre. Se contagiara de nuestro espíritu, adoptará nuestras ideas, formará su carácter de acuerdo al nuestro, y entonces nuestras relaciones obtendrán una base bajo la forma de amistad recíprocamente ventajosa".

— ¿Usted comprende —expresó el señor Romero— que se trata de la desaparición de la Nación mexicana? Ese hombre, tal vez, abrigue las mejores intenciones, pero en su ingenua autosuficiencia no se le ocurre pensar que nuestras desgracias son para nosotros más caras que la felicidad comprada al precio de transformarnos en otro pueblo. Imagínese, señor Andréi —dijo— que le propongan una vida acomodada, el cumplimiento de todos los deseos, pero por eso usted debe renunciar a su personalidad, olvidar quién es usted, olvidar su pasado. ¿Aceptaría usted semejante felicidad? No lo creo. Nuestros vecinos no pueden entender de ningún modo por qué renunciamos a la ventura comprada a tal precio. Les asalta la furia y nos reprochan que somos tercos y salvajes. ¡Extraña gente! Su concepto de la vida es tan definido y tan claro que no alcanzan a comprender en absoluto el mundo que rodea a su país. Me dan lástima: algún día tendrán que pagar por eso.

Cuando el Presidente Comonfort llegó al poder, confirmó los derechos para la construcción de las vías férreas, pero se negó a vender territorio mexicano. Mientras tanto, los norteamericanos insistían en la adquisición de una franja de tierra a lo largo de la frontera septentrional, indispensable, como ellos afirmaban, para la obra. Comonfort se negó y no recibió subsidios.

El embajador norteamericano, Forsyth, que reconoció al gobierno de Zuloaga, confiaba en su condescendencia. Zuloaga estuvo vacilando mucho tiempo, pero tampoco se decidió a vender la tierra, temiendo provocar indignación. Recordaba que Santa Anna quedó definitivamente desprestigiado al vender territorio nacional para engrosar las arcas. Forsyth, defraudado en sus esperanzas, rompió decidida y

abruptamente las relaciones con Zuloaga. En este momento el gobierno revolucionario envió a Washington al señor Mata. Romero me mostró copias de los partes de Mata al gobierno: "Aquí hay el mayor deseo de adquirir por medio de compra una nueva parte de nuestro territorio... En vista de esta tendencia que raya en manía, me ha parecido necesario, en todas mis conferencias, manifestar que si bien estamos dispuestos a hacer concesiones justas y convenientes al desarrollo y seguridad de los intereses americanos, en ningún caso y con ningún motivo, convendremos en enajenar un palmo del territorio".

El gobierno de Juárez apareció en una situación muy difícil: los ejércitos en operaciones requerían dinero y armas, armas y dinero. Propiamente dicho, el gobierno, que se encontraba relativamente seguro en Veracruz, debía dirigir tanto la actividad general como proveer a las tropas de todo lo necesario. Para eso se necesitaba dinero. Los ingresos de la aduana no alcanzaban. De todos los países del exterior se podía recibir dinero y armas solamente en Estados Unidos. Y éstos exigían tierras. Las tierras no se podían vender. Pero entonces no había dinero y armas.

El señor Romero me explicó que al vecino del Norte no se le podían vender tierras no solamente por razones de patriotismo. Los estados sureños, a los que esas tierras pasarían, implantarían inmediatamente allí la esclavitud, y ello iría en contradicción con todos los principios liberales.

Por lo tanto, había que buscar otra salida para la situación creada.

Sin embargo, mucho dependía de la posición del gobierno norteamericano. Por eso las relaciones de Veracruz con Washington, como veremos, pasaron a ser una de las preocupaciones principales del Presidente Juárez y de sus ministros".

Carta a Manuel Doblado de su agente político en Méjico (10 de enero de 1859)

"Mi querido amigo:

Me apresuro en comunicarte las últimas noticias. Seguramente las conocerás, pero no creo que estés al

tanto de los detalles, que son aleccionadores.

Después que Guadalajara y San Luis empezaron a pasar de unas manos a otras y de que Blanco alarmó al señor Zuloaga con un tiroteo bajo las propias ventanas del palacio, nuestro Presidente comprendió que la raíz primera de sus desgracias no estaba en Degollado ni en Blanco, sino en el modesto señor Juárez, quien no anda disparando tiros ni corriendo a caballo, pero permanece en Veracruz y ejerce el Poder Supremo en el país, a pesar de encontrarse la capital en manos de Zuloaga. Nuestro avisado Presidente llegó a darse cuenta de que, mientras Juárez estuviera vivo y en México, él jamás podría ostentar el poder verdadero.

Después de haberlo entendido, el señor Zuloaga decidió formar un ejército más, el de Oriente, para marchar contra Veracruz, ya que las triunfales acciones del ejército del Norte, pese a todas las batallas ganadas, no aportaron la victoria. Pienso que no quiso que el nuevo ejército fuese capitaneado por Miramón no sólo por la atención que merecía el frente Norte, sino también porque la popularidad del "pequeño Macabeo" de por sí era muy grande en la tropa.

Zuloaga designó para el puesto de comandante al general Echeagaray, a quien consideraba un fiel seguidor suyo...

Hablando honestamente, no sé quién podía haber estado apoyando al régimen de Zuloaga. Desde los primeros días éste demostró su absoluta incapacidad para desempeñar el papel que se había adjudicado. Todos sus actos revistieron un carácter puramente negativo: derogó la ley Juárez, revocó la ley Lerdo, abolió la Constitución. ¿Y qué pasó después? El restablecimiento de los fueros durante la guerra civil no dio resultado alguno. No fue posible reintegrar a los monasterios las tierras de la iglesia vendidas, y los tímidos intentos de hacerlo sólo enfurecieron a los nuevos propietarios, y no dieron nada. El impuesto al maíz provocó ira entre la gente pobre, pero los ingresos que reportó al fisco fueron ínfimos. Los empréstitos fortuitos sembraron descontento entre los ricos, pero no salvaron la situación. Tampoco pudo el Presidente ponerse de acuerdo con Forsyth. Más aún, al

principio le había prometido los territorios, pero después se asustó y retiró la promesa. Esta brillante maniobra diplomática lo enemistó con Estados Unidos. La iglesia aportó tres millones que no alcanzaron para mucho, pero no quiso transformarse en pilar efectivo del régimen. Sospecho que no quiso porque ella misma no puede proponer nada positivo. Todo lo que pueden decir nuestros obispos el pueblo ya lo conoce de memoria. Sucedió algo insólito: para muchos la iglesia ya ha dejado de confundirse con la religión. ¡Esa es la desgracia!

Todo eso dio lugar a los sucesos totalmente lógicos que tuvieron lugar. El general Echeagaray salió de Méjico con el Ejército de Oriente, se detuvo y declaró a Zuloaga destituido de la presidencia. Me imagino la cara que habrá puesto nuestro sagaz Presidente y la cantidad de arrugas que se juntaron en su curtido garguero.

Sea como fuere, a Zuloaga no lo apoyó nadie, fui testigo de ello. La guarnición proclamó Presidente provisional al general Robles Pezuela. ¿Comprendes cuán significativa ha sido esta elección? El general Robles siempre estuvo en oposición a Zuloaga y Miramón, aunque tampoco apoyó a Veracruz. Es partidario de la conciliación y de la formación de un "tercer partido" que ocuparía el lugar de las partes contrincantes. Es algo muy sintomático: la guarnición de la capital apoya a un partidario de la conciliación! ¡Quiere decir que no creen en la victoria del "pequeño Macabeo"!

Me permitiré expresar, querido amigo, que en el mes de enero subvaluamos otra vez al señor Juárez. ¡Qué hombre sorprendente! ¡Es capaz de desorientar a todos! Según mis datos, que son totalmente fidedignos, la serenidad y confianza con que se comporta en Veracruz causan enorme impresión no sólo entre sus adeptos, sino también entre los vacilantes. Y eso ahora es lo más importante... Si hubiese lanzado sobre México desde su refugio un aluvión de decretos y manifiestos no respaldados por nada, mostraría su impotencia y desconcierto. Hablando sinceramente, yo esperaba que iba a suceder algo parecido. Pero él no

hizo ni un solo movimiento de más, sino únicamente lo necesario. Está esperando, y el tiempo trabaja para él. Comprende que lo más importante ahora es, precisamente, su confianza y serenidad.

Yo ya no hablo de que el plan estratégico de Degollado que, según lo que sé, puede ser denominado plan Juárez, resultó magnífico. Esos constantes ataques en diferentes puntos, que no le dejan a Miramón afianzarse en ninguna parte y lo obligan a correr de una ciudad a otra dejando sin resguardo ora un Estado, ora otro, le están preparando el fin al adversario. Muchos consideran que el asalto de Blanco a la capital fue una alocada ocurrencia. ¡Pero pregúntesele al general Miramón sobre eso! Y si le resta coraje para reconocerlo, dirá que ese asalto le estropeó todo el plan de su campaña contra el Norte, obligó a cesar la ofensiva contra Vidaurri y asestó un enorme golpe al estado moral de la tropa.

Observa un detalle: por más derrotas que sufre el ejército liberal, eso no hace más cercana la victoria de los conservadores. Pero ni bien Miramón sufra el primer revés en el campo de batalla, empezará a deslizarse cuesta abajo. ¡Recuerda lo que te digo! Y esa situación la creó Juárez. ¡La gente le ha creído! Y eso es lo que vale.

No es de sorprender que la Junta, reunida aquí el 1 de enero, eligiera a Miramón en el cargo de Presidente sólo por un margen de cuatro votos. ¡Nada más que cuatro, amigo mío! Miramón obtuvo cincuenta; Robles, cuarenta y seis. Es decir, la capital estaba al borde de la capitulación. La victoria de Robles habría significado negociaciones sobre la base de las condiciones de Veracruz.

Miramón con el ejército está por llegar. Como Presidente tendrá que decidir sobre lo de Veracruz. Veremos qué se le ocurre...

Tu afectísimo y seguro servidor q.b.s.m."

Carta a Manuel Doblado de su agente político en Méjico (28 de enero de 1859)

"Mi querido amigo y señor:

Como siempre pasa en los momentos de crisis, los

sucesos se desarrollan de manera impetuosa y extravagante, y me apresuro en comunicarte sobre lo que ocurre en la capital. El 22 de este mes Miramón entró en la capital con repique de campanas y fuegos artificiales. Pero eso no fueron más que bellas decoraciones para un espectáculo nada atractivo. Ayer publicó una proclama en la que había dicho que no vino a ocupar la Primera Magistratura de la República, sino para devolver el poder al hombre elegido en conformidad con un plan político auténticamente nacional, y que la cosa estaba hecha.

Pero Zuloaga no gozaba ya de prestigio alguno, y Miramón lo comprendió de inmediato, de modo que todo su espartano altruismo no daba nada, y las expresiones grandilocuentes sólo podían provocar risa. Se vio obligado a aceptar el cargo al cual había renunciado cinco días atrás con tan solemne elocuencia. ¡Qué contraste con Juárez, quien mucho menos habla, pero se atiene a lo que dice!

Ahora Miramón se tiene que aguantar el lío que él y los otros como él promovieron en los tiempos de Comonfort. Recibe como herencia del gran político Zuloaga unas arcas vacías, la falta total de noción sobre cuales son las zonas que controla el gobierno, una población, residente en la capital, agobiada por los impuestos y, por añadidura, la irreductible Veracruz. No menciono ya los ejércitos de Degollado que, como el ave Fénix, van renaciendo de las cenizas de sus derrotas.

Para marchar contra Veracruz se necesita dinero, y el nuevo Presidente tiene proyectado imponer un nuevo tributo: el cinco por ciento sobre cualquier inversión, sobre todo bien mueble o inmueble y cualquier clase de ingreso. Casi nada ¿verdad? Sería interesante saber cómo se propone evaluar los bienes muebles e inmuebles y controlar los ingresos. Y a qué le llama inversión. Es una tarea no menos complicada que la de ponerle sitio a Veracruz. ¡Y el descontento que va a provocar el tributo ese!

En cuanto a Veracruz, Miramón no la va a poder tomar, y ese va a ser un punto crucial en su destino y en la guerra civil, recuerda estas palabras.

Mi caro amigo:

Pasaron casi cuatro años desde los tiempos de mis jeremiqueos sobre el general Alvarez y sus pintos. ¡Cómo cambió todo y cómo hemos cambiado nosotros! La iglesia, que antes parecía omnipotente, está desconcertada. En modo alguno desea seguir subsidiando al gobierno de la capital. Los obispos son lo suficientemente inteligentes como para comprender que, si Zuloaga y Miramón al fin y al cabo llegan a perder, la iglesia, por cuanto la guerra se haría con los dineros de ella, aparecería comprometida y totalmente indefensa ante la opinión pública.

Mientras tanto aquellos a quienes con fundamento se puede catalogar como conservadores, seguidores de Lucas Alamán y que tienen sus teorías económicas y políticas conservadoras, pero sólidas, esos quedaron en la sombra. Su lugar lo ocuparon aventureros como Zuloaga y aprendices en la política como Miramón. Ahora la seriedad y la reflexión en los hechos y en las palabras son particularmente importantes, y eso precisamente es lo que tiene Juárez.

Se ha convertido, amigo mío, en un serio adversario tuyo en caso de elecciones constitucionales. ¡Sí, sí, hay que pensar ya en eso también! La guerra está llegando a su fin, te lo dice un hombre que durante los últimos treinta años no hizo otra cosa que observar y reflexionar. Juárez es ahora cien veces más peligroso porque se ha transformado en una figura legendaria. Después del incidente en Guadalajara donde, según dicen, mostró una entereza a toda prueba, se ha convertido en el ídolo de la gente del pueblo. El valor demostrado ante el pelotón de fusilamiento suplió la ausencia de gloria militar. Relatan sobre él las historias más inverosímiles...

En una palabra, mi querido amigo, es tiempo de que entres otra vez a participar en el juego y actuar con decisión, pues de lo contrario se hará tarde.

Tu seguro servidor y amigo q.b.s.m."

Dios hizo a todos iguales

Miramón salió de Méjico el 17 de febrero de 1859 al frente de siete mil bayonetas y sables y cuarenta

cañones de campaña. Para asediar una fortaleza como Veracruz el ejército no estaba preparado. El general Presidente ordenó a sus ministros, después de reunir el tributo del cinco por ciento, enviarle tras suyo alimentos, pólvora y artillería pesada.

Habría sido más sensato llevar todo eso consigo, pero Miramón no podía esperar. Se sentía alarmado. No podía permanecer más en la capital, en el enorme Palacio Nacional, recibir los informes desesperanzados del Ministro de Hacienda, leer los partes del Ministro de Guerra sobre las acciones de los guerrilleros liberales que daban vueltas por los alrededores de las ciudades, pensar en el rencor injusto de Estados Unidos, de quien tanto dependían las cosas... Debía actuar, conducir los batallones, poner fin a esta absurda indefinición... Notaba como por momentos le asaltaba la rabia, cuando se le ponía frío el rostro y las cosas en derredor se veían tan contrastadas y brillantes que daban ganas de cerrar los ojos. Cada vez le resultaba más difícil mantener la hidalga objetividad que se había impuesto y que contraponía a la encarnizada manera de proceder del adversario. A Juárez, al que antes había decidido despreciar, ahora lo odiaba. ¡Víbora de cascabel, calentándose al sol escondida entre las piedras, al lado de la cual se puede pasar diez veces y, a la vez siguiente, recibir con la velocidad del relámpago una picadura mortal! Así sucedió con la ley sobre los fueros... Juárez... Está en su Veracruz y, como una araña, espera... ¿Qué espera? ¿Qué golpe estará preparando? Sabe que el tiempo trabaja para él, que la gente ignorante y cansada culpa al gobierno de la capital por los horrores de la guerra, por cuanto Juárez hace alarde de estar con la Constitución. No, no hace alarde; simplemente hace de cuenta que su presidencia es algo que no puede ser discutido ni puesto en duda. Está tranquilo... Y eso influye de manera asombrosa en la conciencia infantil del pueblo... ¡El sabe esperar!

El general Miramón, descendiente de caballeros de Navarra, no sabía esperar.

Marchó sobre Veracruz sin artillería de asedio, sin reservas de víveres y pólvora. En los adentros de su alma tenía la convicción de que los batallones de línea

que componían la mitad de la guarnición de Veracruz, al enterarse de que frente a las murallas de la ciudad se encontraba el caudillo militar, se sublevarían y desarmarían a la Guardia Nacional. Que Juárez emprenda la fuga: tenía a su disposición toda una flota... Que huya en cualquier buque extranjero... No deseo su muerte ni martirio. Quiero que el país vea su insignificancia. Entonces desaparecerá esa obsesión...

No tenía fuerzas para esperar...

Puebla y Orizaba recibieron al general Presidente con estruendos de campanas y multitudes jubilosas en los paseos. Calculaba estar dentro de unos días en Veracruz.

Los pasos de las montañas en las inmediaciones de Huatusco lo recibieron con asaltos de los guerrilleros. La brigada del general Cobos, a la que había enviado a limpiar los pasos para evitar un ataque a la retaguardia, fue derrotada. Hubo que detener el ejército, desplegarlo y arrojar a los atacantes. En cualquier momento, empero, estos podían volver.

Ya más cerca de Veracruz empezó algo inesperado y horrendo.

Pueblos en llamas, un pardo manto de humo sobre los pastizales recibieron a las columnas en marcha... Los destacamentos móviles de Veracruz incendiaban todo. El humo no dejaba respirar, las maldiciones y una tos desgarradora cundían en las filas. Ni vituallas, ni forraje...

El viejo puente de Atoyaca con estruendo y un prolongado aullido voló por los aires cuando la avanzada apareció a unos cien pasos del mismo. Los soldados fueron barridos por la onda explosiva. Sobre los que venían detrás cayeron pedazos de piedras y vigas.

El hombre que encendió la mecha fue apresado por efectivos de la caballería que vadearon el río. Había abandonado el refugio inmediatamente después de la explosión y trató de esconderse en la maleza.

Ahora estaba ante Miramón. El general Presidente se encontraba sentado a caballo, muy por arriba del prisionero, y observaba con los redondos ojos fríos la cara pecosa, con asomo de barba rojiza dirigida hacia él.

— ¿Por qué hiciste eso? —preguntó Miramón en inglés.

— Necesidad militar, míster —respondió el prisionero, entrecerrando los ojos por el sol y dando un paso hacia la derecha para aparecer en la sombra del general.

— Vandalismo inútil es eso —dijo Miramón, sintiendo que se le hacía difícil la respiración por la rabia que lo invadía y tratando de llenarse los pulmones de aire para tranquilizarse—. Podemos vadear el río, cruzarlo así. Pero el puente fue construido cien años atrás... Estuvo cien años en pie hasta que viniste tú no se sabe de dónde...

— Ustedes lo cruzarán —replicó el prisionero moviendo los hombros y arrugando la cara, pues había recibido vainazos por la espalda cuando le hacían atravesar el río, y ahora la sangre se había adherido a la camisa—. Ustedes podrán cruzarlo, pero los cañones no pasarán...

Miramón expiró despacio el aire que había retenido.

— ¿De dónde te trajo el diablo?

— De Michigan. ¿Ha oído nombrar? En la parte más norte de Estados Unidos... Hay una ciudad que se llama Anne Arbor...

— ¿Para qué viniste aquí? ¿Tienes poco lo que hacer en tu casa?

— Hay lo que hacer, naturalmente... ¿Ha oído hablar usted del viejo John Brown, míster? Yo combatí junto con él en Kansas... Allí esos muchachos que quieren que trabajen para ellos los negros esclavos empezaron a disparar contra nosotros... Yo había venido a Kansas con otros... desde el Norte... y trabajaba en una hacienda... Pues, les dimos una lección... El viejo Brown encabezó nuestro destacamento... Yo antes de eso había servido en el ejército... Soy artillero, míster...

— ¿Por qué me cuentas eso?

— Usted me preguntó para qué vine yo aquí, míster... Y yo estoy explicando. Usted está del lado de ellos... A mí, en cambio, no me gusta la esclavitud. Pienso que no debería existir en ninguna parte. Supe que en México había una guerra contra la esclavitud, y

yo quería hacer mucho combatir contra esta última. Después comprendí que aquí no todo es así, pero que míster Juárez quiere el bien, eso está claro. Una Constitución como la de aquí hay que defenderla, eso es cierto, míster. Y nosotros somos vecinos... Si aquí, en lo de ustedes, habrá una república libre, aquéllos, los de nuestro Sur, no tendrán donde meterse... Soy contrario a la esclavitud, míster...

Hablaba haciendo movimientos con la espalda y los hombros y mirando con ojos pálidos y confiados en el tenso rostro de Miramón. Hablaba sin detenerse y sin saber por qué decía todo eso, pero ya no podía dejar de hablar.

— ¡Dios hizo a todos iguales, míster! Es malo cuando a una persona, aunque sea negra o lo que sea, la transforman en un esclavo. El esclavo no es una persona, míster, siempre que, claro está, se haya conformado con su condición de esclavo... El hombre debe combatir por su libertad, no puede conformarse... El capitán me ordenó volar este puente, y yo pienso que es una necesidad militar... ¿Usted habría procedido de la misma manera, míster, no es cierto?

Los ojos de Miramón, por el polvo, el humo y la ira se cubrían de lágrimas. Miraba el apoltonado cabello rojizo de este yanqui, con manchas de polvo blanco, su camisa azul de tejido rústico...

— ¿Dónde está el uniforme?

— Lo tiré, míster, cuando escapaba. En México hace mucho calor, aquí no es como de donde soy yo, aunque en Kansas...

Miramón no tanto vio como percibió que pasaba algo. Al instante alcanzó a apartar la vista de la cabeza pelirroja echada hacia atrás del prisionero que seguía mirándolo. Cobos, que estaba al lado de éste, en una mueca que dejaba ver sus anchos, acanalados y temibles dientes desenvainaba el sable...

— ¡No lo toquen! —gritó Miramón con voz alta y quebrada y tirando sin querer de la rienda. El caballo se agitó moviendo las patas y el hocico y desplazándose en dirección al prisionero y a Cobos—. ¡No toquen al prisionero!

Giró la cabeza tan bruscamente que sintió una

puntada en la nuca, y vio los huraños rostros de los oficiales. Cobos siguió en la misma pose, mostrando los dientes y sosteniendo la empuñadura del sable a medio sacar...

— ¡Fusílenlo! ¡Aquí mismo! ¡Al lado del puente! —exclamó Miramón—. ¡Fusílenlo no como a un soldado, sino como a un bandido!

El prisionero lo miraba con una expresión de niño ofendido y de sorpresa. Lo sujetaron por los codos y lo arrastraron hacia el río.

Miramón vio las columnas de sus soldados, esperando impacientes y sombríos en el camino, las ruinas del puente adelante, aspiró el aire cargado de olor a quemado, sintió el susurrante crujir de la arena y, cuando la despareja descarga de unos cuantos fusiles le hizo saber que su orden había sido cumplida, una solemne frase que hace tiempo no había recordado le irrumpió en la conciencia con tanta nitidez que pudo distinguir sus brillantes símbolos negros sobre el plano transversal a las parduzcas crines del caballo cubiertas de hollín: “Los que más cerca quedaron de la catástrofe fueron aquellos que estaban venciendo...”

Es mejor estar sentado en el fondo del precipicio que caminar por el borde del mismo

Esos días pudo haberse venido abajo todo lo que se había hecho en el transcurso del pasado año de 1858.

Las escuadras inglesa y francesa estaban en la rada de Veracruz listas para abrir el fuego contra la ciudad. Inglaterra y Francia reclamaban el pago de los intereses de la deuda pública. Los gobiernos de México que en los últimos decenios se sucedían sin parar uno detrás de otro hacían préstamos en Europa. Cada uno de ellos recibía como herencia una gigantesca deuda y la volvía a incrementar con nuevos préstamos...

Las grandes potencias se portaban de modo inconsecuente. En su tiempo habían reconocido al gobierno de Zuloaga y luego al de Miramón y, por lo tanto, correspondía cobrarle los intereses a Méjico y no a Veracruz. Pero de los conservadores ya no se podía

obtener nada, sólo se les podía dar.

Los europeos sabían que únicamente la aduana de Veracruz proporcionaba un ingreso estable, y exigían descuentos.

Propiamente hablando, el gobierno revolucionario no había llevado de Europa ni un solo centavo. Pero se carecía tanto de tiempo como de posibilidades para entablar discusiones jurídicas: Miramón se hallaba camino de Veracruz. Un ataque desde el mar significaría la catástrofe.

— ¡Estoy seguro que se han confabulado! —exclamaba Prieto tirándose de la barba—. Veo detrás de esto al padre Miranda, a esa araña de Jecker y a toda esa compañía. ¡Es una maniobra para distraernos! ¿Acaso no lo ven ustedes? ¡Nos están preparando un golpe por la espalda, y esto es una maniobra para distraernos!

— No —dijo Juárez—, no. No hay que caer en el pánico, Guillermo. Ellos quieren recibir su dinero. Mejor dicho el dinero que consideran como suyo. Si fuese una maquinación ya habrían puesto en acción la artillería de los buques y abierto el camino a Miramón. Quieren despojar a un pordiosero, nada más. ¡Qué le vamos a hacer, Don Melchor! Le tocará a usted taponar los cañones.

En el transcurso de una semana de fatigosas negociaciones, el ministro de Relaciones Melchor Ocampo, luchando él solo con el comandante Dunlop y el almirante Penaud, logró convencerlos de que se conformaran con el ocho por ciento en vez de los quince que reclamaban.

— Son insondables las profundidades de la diplomacia —expresaba Ocampo, cansado, pero contento—. ¡Un océano de juicios divinos que nadie entiende! Como decían nuestros rancheros de Michoacán: “¡Los altos juicios de Dios, ni el diablo que los entiende!”

Un viento sofocante y lento inflaba las cortinas blancas. Doña Margarita ciudaba que en el despacho del Presidente estuvieran siempre blancas y limpias.

No era una reunión de gobierno. Juárez, Ocampo y Prieto se encontraron separadamente para formular una posición común. Romero, en una mesita aparte, se

preparó para hacer un apunte de la conversación.

Las derrotas militares alternaban con las victorias, y no era en los campos de batalla donde se decidían ahora los destinos de la revolución y de la reforma.

—Se están agotando —dijo Ocampo—. Todo ese ajetreo en torno a la destitución de Zuloaga significa que no tienen fe en la victoria. Miramón, por su parte, no sabe otra cosa que pelear, y de ahí su tenacidad.

Prieto apretó la barba con el puño.

—Pero a Guadalajara la perdimos otra vez. San Luis lo perdimos. Vidaurri está derrotado, y nosotros dentro de poco lo tendremos al “pequeño Macabeo” en las puertas de Veracruz. No sólo ellos están agotados.

—Comprendo, Guillermo...

—¡Cómo para no comprender! ¡Estos vaivenes de la balanza volverán pronto loco a todo el país! ¡Y a mí en primer término! ¡En todos se forma la impresión de que las cosas las hacen los militares, mientras que el gobierno no hace nada sentado en lugar seguro!

—¿Acaso no es así? —preguntó Ocampo.

Prieto saltó.

—¡Termina con eso!

—Continuemos —expresó Juárez y puso las manos sobre el borde de la mesa.

Prieto, huraño, tomó asiento.

—¡Tenemos que dar el siguiente paso! ¡Un empujón! ¡Un empujón es lo que se necesita que demos hoy! ¡Hay que terminar con la situación de equilibrio!

Juárez apretó con los dedos el borde de la mesa, vio como las puntas de los mismos se pusieron blancas y recordó que así siempre hacía Alvarez antes de comenzar a hablar sobre algo importante. Don Benito se cruzó de brazos.

—Empujón... —repitió—. Lo que está pasando ahora, Guillermo, es como la calma que suele preceder al huracán: ambiente de sosiego, sofocante, la respiración se hace difícil y los nervios se excitan. En esta guerra triunfará quien tenga los nervios más fuertes. Miramón muestra que se le están acabando: no tenía que venir para aquí, para Veracruz. No la podrá tomar.

—Es que no tiene otra salida —manifestó Ocampo.

—Pero esto tampoco es una salida. Sí, hace falta un empujón. Pero únicamente a su debido tiempo. Si no adivinamos el momento oportuno tumbaremos nuestro bote, que es bastante flojo. No dudo que ganaremos la guerra. Una sola cosa puede obstaculizarlo: la intervención. No podemos dar el paso siguiente...

—¡Debemos darlo! —exclamó Prieto—. Precisamente para demostrar a las grandes potencias nuestra decisión.

Se levantó, se quitó los lentes y, apoyándose en la mesa, se inclinó hacia Juárez mirándolo con ojos encefaleadores.

—¡Es hora, Don Benito! ¡Es hora! ¡Hay que nacionalizar la propiedad de la iglesia! ¡Toda y sin compensación! ¡Debemos asestar este golpe precisamente ahora! ¡Todo el mundo verá que nosotros determinamos el curso de los acontecimientos en el país! Y obtendremos, por fin, dinero. Soy el Ministro de Hacienda y le manifiesto: ¡no tengo ni un centavo! No tengo nada para enviarle a Degollado, quien no tiene con qué pagarle a los soldados ni con qué comprar harina de maíz. ¡Amigos, la propiedad de la iglesia debe ser nacionalizada! ¡Inmediatamente!

Juárez escuchaba tratando de conservar en el rostro una expresión de atención complaciente. Cuando Prieto se sentó y se puso con mano temblante los lentes, el Presidente volvió la cabeza hacia Don Melchor. El Ministro de Hacienda también fijó la mirada en el Ministro de Relaciones.

Frente a ellos se encontraba otro Ocampo: sus mejillas salientes se hincharon, la piel bajo los ojos se arrugó al entornarse éstos.

—Es muy cansador ocuparse de política exterior —dijo—. Y en general debo decirles, señores, que la gente me tiene algo cansado. ¡Qué bueno es estar entre las plantas!

—Por ahora no, mi amigo —expresó cariñosamente Juárez.

—Sí, sí, naturalmente...

Ocampo hizo un esfuerzo y su rostro volvió a su expresión de siempre. Se recostó en el respaldo del

sillón, estiró una mano y empezó a hacer rodar el cigarro por la mesa.

— En Colima —dijo Juárez— nos sentíamos como si estuviéramos sentados en el fondo de un precipicio. No teníamos adónde caer. Por eso podíamos permitirnos cualquier clase de movimientos bruscos. Ahora salimos del precipicio y andamos por sus bordes. Es una posición más honrosa, pero tiene una desventaja: obliga a ser cuidadoso. Tú dices, Guillermo, que hay que nacionalizar la propiedad de la iglesia. Claro está, ello traería prestigio político y recursos para el ejército. Eso es así. Pero es nuestra carta principal en este juego, y tenemos el derecho de ponerla sobre la mesa sólo en el momento decisivo. Sabemos que Miramón está en camino hacia un precipicio mucho más profundo del que salimos nosotros. Pero en apariencia existe la impresión de que estamos metidos en Veracruz como en una trampa. Todas las ciudades más importantes están en manos del enemigo. Nuestras tropas sufren derrotas en todos los combates más grandes. Sabemos que para nosotros una batalla perdida es una batalla perdida. Para Miramón, en cambio, un combate perdido es una catástrofe. Es que nosotros somos el gobierno legítimo, elegido por el pueblo, mientras que él es un usurpador entronizado por la fuerza de las armas. Pero no todos han comprendido esto. Y si nosotros decretamos ahora mismo lo que tú exiges, corremos el riesgo de aparecer en una situación irrisoria. Decretar la reforma sin tener el poder moral y físico para llevarla a cabo equivale a un suicidio político. Esto en primer lugar. En segundo lugar, un paso semejante provocaría la indignación de los clericales europeos, que empezarían a presionar a sus gobiernos para organizar la intervención. La defensa de la iglesia frente a los asaltantes jacobinos es una consigna bastante apropiada para ello. Mientras tanto, provocar en nuestra situación una intervención extranjera equivale a un suicidio. Don Melchor tapó las bocas de los cañones de las naves. Pero no hemos sido reconocidos por una sola potencia, Guillermo, por una sola. Nadie nos apoyaría si mañana España o Francia llegasen a efectuar un desembarco en la costa de

Veracruz. Don Melchor está por entablar negociaciones con los norteamericanos. Y sería otra cosa si Washington cesara su apoyo a Méjico y reconociera a Veracruz. En una palabra, amigos míos, cuando Miramón se estrelle contra nuestras fortificaciones y el Presidente Buchanan se transforme en nuestro aliado llegará el momento de decretar la nacionalización de las propiedades de la iglesia.

— Nos exigirán la entrega de Baja California —indicó Ocampo—. Comprenden bien la situación.

Juárez se enderezó.

— Sí —dijo—. Reclamarán la entrega de Baja California.

— ¿Y qué haremos? —preguntó Ocampo.

— Si aceptamos, echamos a perder todo lo que hemos alcanzado.

— Llegamos a un atolladero —consignó Ocampo.

— Estoy enterado —puntualizó Prieto quitándose despacio los lentes y mirando concentradamente a los demás— que en México un grupo de nuestros agiotistas se reunió con representantes del gobierno y les ofreció tres millones de pesos, tomando como garantía los bienes del clero. El padre Miranda, alma del negocio, concurrió a esta junta y dijo que el dinero sería devuelto por una de las dos maneras: o bien por las ventas a Estados Unidos de Baja California por parte del gobierno o, si ello por alguna razón no se llega a realizar, el clero mismo nacionalizaría parte de sus bienes para devolver el empréstito a los acreedores. En México no existen actualmente otros métodos de obtener recursos para el fisco: o vender territorios o nacionalizar bienes... Tanto lo uno como lo otro nos están arrebatando, ganando de mano.

— Sí —acotó Ocampo—, será una lástima...

Con la palma de la mano seguía haciendo rodar el cigarro sobre la mesa. Juárez lo miraba. Ocampo no levantaba la vista.

— Todo es así —dijo Juárez con voz pareja y casi indiferente—, otros modos no existen. Pero ninguno de ellos podemos utilizar. El primero no lo podemos utilizar nunca, y el segundo no podemos utilizarlo ahora. Comprendo que la tardanza hoy conlleva un

enorme riesgo. Pero es un riesgo justificado, mientras que el apresuramiento no tiene justificación. No es política, sino un juego a los dados.

— Existe un tercer modo —indicó Ocampo—, es el de obtener un préstamo de los yanquis. Pero si me niego a discutir la cuestión territorial, las conversaciones ahí mismo terminan.

Juárez alzó las cejas.

— Pues no se niegue, Don Melchor, proponga discutir esta cuestión más tarde y comience con el problema del ferrocarril.

Ocampo hizo una mueca de desagrado.

— Sería un engaño.

— No, sería el estilo de la diplomacia que nos imponen. Estamos en la miseria y el infortunio, pedimos ayuda, ayuda no desinteresada, mientras que ellos, aprovechándose de nuestra desgracia, nos exigen tierras. Pues, que nos reconozcan. Repito: sólo cuando Miramón demuestre su impotencia frente a Veracruz y cuando Estados Unidos nos reconozcan podremos iniciar la nacionalización. Pero entonces no nos limitaremos a ella. Iremos mucho más adelante.

Prieto dio un mordiscón a la montura de los lentes.

— ¿Y si el sitio se prolonga y la situación queda sin definirse?

— El sitio no se prolongará. Degollado me prometió iniciar una ofensiva contra la capital.

— ¡Si no está preparado para ello! —exclamó Prieto agitando los lentes—. ¡Sufrirá pérdidas injustificables!

— No podrá tomar Méjico —expresó pausadamente Ocampo con la mirada fija en Juárez.

La tensión de la pausa que se produjo fue tal que Romero dejó de escribir y levantó la vista observando al Presidente.

— Sí —manifestó—. Sí, no podrá tomar Méjico. Y estamos en una guerra, Guillermo, en donde las pérdidas son inevitables. Pero son pérdidas que se justifican. El pueblo escogió la guerra, el pueblo está dispuesto a sufrir las pérdidas. La aparición de nuestras tropas en los accesos de Méjico obligará a Miramón a levantar el sitio, quedará demostrada nuestra decisión y su impotencia. Surgirá una nueva situación. Y entonces adop-

taremos resoluciones irreversibles.

Luego calló.

Romero puso la pluma en la mesa y empezó a mover los dedos entumecidos. "Qué raro... ¿Quién habría podido a excepción de Don Benito? ¿Don Melchor? ¿Don Guillermo? ¡Oh, no! ¿Será posible que en la historia se den situaciones cuando todo depende de una persona? Qué raro... ¡Y qué evidente es!"

De la carta de un agente diplomático norteamericano a su amigo del Departamento de Estado

"...Te prometí explicar qué es lo que me dejó asombrado en México esta vez. Trataré de hacerlo aunque yo mismo no entiendo del todo lo que está pasando. Tengo en cuenta lo que está pasando en las cabezas de los mexicanos. Los sucesos en sí son totalmente comprensibles. Pues bien, sólo puedo presumir que así sea, pero parece que este pueblo retornó a los tiempos de su guerra contra los españoles, guerra que sostuvieron los sacerdotes Hidalgo y Morelos. Están luchando por una idea. Antes, por lo que sé, el ejército aquí existía mientras los generales tenían dinero para pagar a los soldados el sueldo. Los soldados del ejército derrotado se pasaban de buena gana del lado del vencedor. Ahora es diferente. Los efectivos de los liberales, sin recibir sueldo, mal armados, mal vestidos y sin provisiones siguen igual luchando bajo sus banderas. Algo pasó con México si un ejército, en el que los oficiales superiores reciben dos pesos por día, los subalternos un peso, y los soldados, como regla, no reciben nada, si este ejército después de cada derrota vuelve a agruparse y a seguir combatiendo. Esto puede tener una sola explicación: el pueblo tiene fe en el gobierno constitucional, espera que éste cambie su suerte y está dispuesto a sacrificarse hasta obtener el triunfo final.

Por eso me tomo el atrevimiento de recomendar al Presidente, sin perder un instante, reconocer al gobierno de Juárez. Es el único camino correcto. Precisamente este camino nos llevará al objetivo deseado. En lo que pude entender, ellos, experimentando ahora una necesidad extrema de obtener préstamos, están

dispuestos a tratar incluso la cuestión de transferirnos Baja California. Pero pienso que no es eso lo más importante. Actualmente, tal vez, se nos presenta la última oportunidad de establecer con México unas relaciones con las que este país, tan rico en recursos minerales, decida aceptar voluntariamente nuestra influencia. Las ventajas que puede reportar tal situación son mucho más que la adquisición de territorios y el derecho de construir una vía férrea. El resultado sería que México pasaría a ser nuestro protectorado sin guerra, sangre ni odio. No se puede perder ni un minuto. Cuando los liberales obtengan la victoria serán mucho más difíciles de complacer.

En este momento me han comunicado que las avanzadas de Miramón aparecieron ante las fortificaciones de Veracruz”.

El giro

El 19 de marzo de 1859 el general Miramón inspeccionaba la línea exterior de las fortificaciones de Veracruz. Y lo que vio no le causó alegría. La fortaleza había sido preparada esmeradamente tanto como para resistir los asaltos, como para el cerco. Los muros de ladrillo de los bastiones, protegidos por potentes parapetos de tierra, estaban fuera del alcance directo de los cañones de la artillería. Frente a los bastiones, a centenares de pasos de distancia, se extendía ahora un llano arenoso totalmente liso: los defensores habían talado todos los árboles y arbustos y alisado cada montículo. Los ciento sesenta cañones de Veracruz podían llenar ese espacio con una metralla que barrería con todo.

Desde el mar la ciudad estaba protegida por la potente fortaleza isleña de San Juan de Ulúa, y en la rada se encontraban un barco con artillería y diez cañoneras, cada una de las cuales portaba seis o siete piezas de alto calibre.

Por primera vez en la vida el general Miramón observaba el campo de batalla sin saber lo que haría.

El general Miramón, “el pequeño Macabeo”, vence-

dor en decenas de combates había envejecido mucho durante el último año. Seguía siendo el mismo jovenzuelo con uniforme: siempre el mismo cuello de adolescente, los hermosos ojos de color café y el conmovedor lunar en la mejilla, pero el cabello se hizo más ralo, los ojos perdieron su brillo y la tersa piel se volvió más opaca y ruda. Ahora era un joven envejecido. Tras de sus espaldas se extendía ese gigantesco hormiguero revuelto llamado México. Ya hace tiempo que había dejado de ser ese bienaventurado y bello país por el que había luchado contra los yanquis y al que tanto quería devolverle su magnífico pasado. Legiones de hombres armados llevados al salvajismo se movían en diferentes direcciones, matando con facilidad y sin sentido. Unos odiaban a los otros y a él, Miguel Miramón, descendiente de caballeros de Navarra, hombre de honor que les deseaba a todos bien. Sólo sus soldados y oficiales le eran fieles y lo querían. Y él no podía traicionarlos y alejarse de ellos.

Mientras tanto, delante se alzaban parapetos de tierra que cubrían los bastiones marrones de ladrillo reforzados con cañones listos para disparar, y allí, en los adentros de la blanca e inaccesible ciudad se encontraba y esperaba impasible un diminuto indio disfrazado con un traje negro de gente bien. ¿Qué es lo que hizo este hombre para que miles, no, decenas y centenares de miles de hombres luchan por él y por las vulgares y destructoras ideas que de tiempo en tiempo lanzaba al mundo? ¿Qué ha hecho? ¿Con qué los ganó? ¿Por qué no se va en un barco extranjero como Comonfort y libra a México desdichado de su presencia, dándole la posibilidad al Presidente Miramón de devolverle al país la paz y el orden? ¿De dónde proviene esa serenidad diabólica por la que lo tildan de impasible? ¡Dios mío, por qué no lo castigas con la misma desesperación insondable con la que me martirizas a mí!

Por la tarde del 21 de marzo Miramón mandó varios batallones hacia los bancos de arena costeros. Quería ver cómo reaccionaban los sitiados. El resultado no fue alentador. Ni bien las columnas fueron localizadas, las cañoneras abrieron fuego, empezando a

remover con el característico chasquido la húmeda arena. Los batallones retrocedieron.

Esa fue la única acción notoria de los sitiadores.

A los tres días en el ejército hambriento apareció la disentería. Pasado otro día estalló la fiebre amarilla, enemigo mortal de todos los que venían a estos lugares desde el altiplano.

El general Miramón horas enteras pasaba recorriendo a caballo el borde alejado de la maldita zona muerta. ¿Decidirse? ¿Sembrar este infértil suelo de cadáveres? ¿Y qué saldrá de ello?

¿Por qué vino aquí? ¿Acaso no comprendía qué era lo que le esperaba en los accesos de Veracruz? ¿Cómo se dejó llevar a esta trampa? Nadie lo había llevado, sólo la lógica de los acontecimientos. Por razones oscuras y misteriosas no se podía permitir esperar como esperaba Juárez. Debía actuar, actuar y actuar. ¡Cada día debía confirmar su derecho al poder! Este desventurado y maldito país no le dejaba otro camino: sólo hacia el Oriente, hacia Veracruz, en dirección a las selvas malolientas que exhalaban fiebre amarilla. ¡Cuántas veces había conducido sus batallones hacia el Norte! Vencía, rechazaba al enemigo, lo destruía. ¿Y qué? Todo volvía a comenzar de nuevo. ¿Cuántas veces se puede ocupar y perder las ciudades? ¿Cuánto se puede golpear a ese loco de Degollado para que, con una tenacidad maniática, vuelva a reunir sus huestes en fuga y comience todo de nuevo? Así ha de ser, así será mientras Juárez esté en Veracruz, al acecho como una araña sigilosa, con los hilos de su nido proyectados hacia todos los extremos de México. Destruir el nido, expulsar a la araña... No hay otra salida.

Pero este liso campo muerto, al que noche y día miran las vacías pupilas de los cañones, impasibles como el que los enfiló contra Miramón, contra todos para quien es tan caro el magnífico y puro México de los tiempos idos... Alegre coronel Miramón, Don Miguel, audaz cadete de la escuela militar ¿cómo fuiste a parar a este campo muerto que no se puede cruzar...? Durante horas recorría Miramón los lindes de la zona al alcance de la artillería.

A lo lejos, a la derecha e izquierda de la fortaleza, brillaba el mar.

Los ministros que quedaron en Méjico no pudieron reunir los tributos ni suministrar al ejército pólvora y provisiones.

Los guerrilleros fustigaban las comunicaciones.

Los soldados morían de la disentería y la fiebre amarilla. No había lo que comer. En la retaguardia se extendían espacios cubiertos de cenizas.

Los enviados de Francia e Inglaterra en la capital y el agente diplomático norteamericano en Veracruz esperaban los resultados de la campaña del Oriente.

Y llegó la noticia de que Degollado marchaba sobre Méjico...

El 29 de marzo, a los diez días después de iniciado el cerco, el ejército del general Presidente abandonó sus posiciones frente a Veracruz y se puso en movimiento hacia Puebla.

A los seis días el representante norteamericano en Méjico, McLane, con el consentimiento de Washington, reconoció al gobierno de Juárez.

Nota de Matías Romero entregada a Andréi Andréievich Gladhói

“El 12 de abril el Presidente discutió con el señor Lerdo la nacionalización de los bienes de la iglesia. Propiamente hablando, esta cuestión está decidida. Mas el Presidente por razones que no alcanzo a comprender está aplazando el inicio de la acción. El señor Lerdo insistía esta vez en la urgencia de esta medida, insistía ostentando el refinado desprecio cortés hacia el interlocutor que le es propio. El señor Lerdo, con todas sus indudables y harto conocidas virtudes —educación, inteligencia, fidelidad a la causa liberal— tiene algunos rasgos no muy agradables. Por ejemplo, sabe decir lo que su interlocutor conoce perfectamente, pero decirlo de tal manera como que estuviera planeando algo totalmente inédito y nuevo. En este caso con acentuada simplicidad y en detalle explicaba al Presidente el sentido y la necesidad de nuevas reformas. Pero yo conozco la minuciosidad con que todo eso fue pensado por Don Benito y cuánto habló él sobre los detalles

más pequeños de la reforma con Don Guillermo y Don Melchor. No podía no haber conocido esto también el señor Lerdo. Pero incluso lo que suele repetir obviamente tras de su interlocutor se convierte en su exposición en ideas y propuestas suyas. Tal vez yo sea injusto respecto a este destacado, indudablemente, y sabio hombre, pero hasta el momento de su llegada las relaciones en el gobierno eran algo distintas... El señor Lerdo repitió todos los argumentos en favor de las reformas inmediatas: nuestra total bancarrota financiera, el peligro de que la nacionalización podría ser emprendida por la parte contraria o, en todo caso, la posibilidad de un nuevo empréstito de la iglesia a Miramón, el descontento de nuestros generales por la falta de ayuda de parte del gobierno, las alusiones de muchos liberales a la "inmovilidad fatalista" de Juárez, según gustan expresarse. Comienzan a recordar el inexplicable comportamiento de Don Benito en vísperas del motín de Comonfort. ¿Fatalismo genético? ¡De ninguna manera! Durante su último desempeño como gobernador de Oaxaca Don Benito, con mano de hierro, revolvió, sometió y reestructuró todo. Lo pude ver en Guanajuato, en Guadalajara y en Colima. ¡Estuvo en acción cada minuto! ¡Cuántas cartas, circulares, órdenes oficiales y no oficiales fueron escritas o dictadas por él! ¡Su decisión se hizo sentir en todos los Estados, y eso era tan importante en aquel momento! Tengo la impresión que no se trata del fatalismo indio, sino de otros rasgos de este antiguo y, por qué no decirlo, hasta ahora misterioso para nosotros pueblo. Todos somos mexicanos, pero lo somos de diferente manera. Además de poseer una lúcida inteligencia, Don Benito vive, pienso yo, guiado también por una intuición ancestral. Con lo pulcro, educado y sabio que es a veces me parece ser como el jaguar que acecha su presa: puede esperar horas enteras, confundiendo en su inmovilidad con el árbol hasta que el fino oído le permite percibir que la presa se acerca. Y hasta el momento fatal seguirá inmóvil y mudo. Pero después...

Don Benito, luego de escuchar la tirada del señor Lerdo, contestó respetuosamente que consideraba

necesario esperar, en primer lugar, que terminen las negociaciones con McLane y, en segundo lugar, el resultado de la ofensiva de Degollado. Ahora la opinión pública de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, expresó, se encuentra en la encrucijada. No hay que asustarla, sin extrema necesidad, con actos que puedan parecer injustificables. La victoria frente a Miramón, manifestó, es una cuestión de tiempo. Lo único que puede terminar con la revolución y las reformas es la intervención extranjera, a la que hay que evitar a toda costa. En cuanto a la ofensiva sobre la capital, en caso de éxito, las reformas serían apoyadas por una ola de entusiasmo, y en caso de derrota, justificadas por la gravedad de nuestra situación.

El señor Lerdo objetó que las habladurías sobre las reformas ya están cansando a la gente, que los Estados en lucha dejan de tomar en serio las intenciones del gobierno y están dispuestos a tomar ellos solos la decisión. Don Benito respondió que eso no está mal, ni mucho menos. El gobierno no será visto por los vacilantes y las potencias extranjeras como quien derrumba las bases a su arbitrio, sino que todos verán que va al encuentro de los anhelos de la mayoría de los Estados.

El señor Lerdo insinuó la posibilidad de su renuncia, pero Don Benito aparentó no haber entendido esa insinuación.

De cualquier manera la situación del gobierno, pese al fracaso de Miramón, es sumamente grave. No hay dinero. Las escuadras inglesa y francesa están en la rada de Veracruz y pueden, en cualquier momento, asestarnos un golpe por la espalda. El país está agotado por la guerra. Juraría que muchos de nosotros seríamos presas de la desesperación, si no fuera por la serena convicción de Don Benito. Pero algo pasa también con él. Varios días atrás, al entrar en su despacho, lo vi sentado pálido y con la boca entreabierta, aunque generalmente sus labios se mantienen fuertemente apretados. Miraba fijamente hacia adelante. Pude notar una cosa muy peculiar: Don Benito puede soportar cualquier calor, nunca lo había visto transpirado. Entretanto, en esta oportunidad me di cuenta que todo su rostro estaba cubierto por grandes gotas de sudor.

Al verme se sonrió, sacó el pañuelo y con la mano derecha se secó la frente. La izquierda sujetaba inmóvil la solapa del fraque. Le relaté esto a Doña Margarita y ella se puso muy alarmada."

Inmolación en Tacubaya

El 11 de abril de 1859 por la mañana temprano el general Ignacio Zaragoza le dijo al comandante de las tropas constitucionales, general Santos Degollado:

— Si los datos son exactos y Márquez realmente cuenta con nueve mil soldados y noventa cañones, a nosotros nos queda sólo una salida...

— No me iré de Méjico —desclaró con presteza Degollado.

— No hablo de eso, Don Santo. Si pudiésemos penetrar en Méjico y recibir a Márquez tras las defensas de la ciudad...

A finales de marzo los regimientos formados por reclutas movilizados por Degollado en Michoacán y una brigada de nortños mandada por el general Ignacio Zaragoza, cumpliendo la orden del Presidente Juárez, se aproximaron a la capital de la República. La mayoría de los soldados estaban mal entrenados y todo el parque artillero constaba de veinte cañones.

Las fortificaciones de acceso no pudieron ser tomadas sobre la marcha.

La escasez de fuerzas no le daba a Degollado la posibilidad de llevar un asedio como correspondía. Se limitaba a emprender ataques cortos en distintos sectores para mantener a los sitiados en tensión y distraerlos de las actividades internas de la ciudad. Se hallaba a la espera de una insurrección que estaban preparando los puros de la capital. Pero los conservadores, practicando arrestos en masa, desbarataron la sublevación, y los seis mil soldados de Degollado y Zaragoza aparecieron en una situación sumamente grave.

— Si pudiésemos hacer eso —puntualizó con voz reflexiva y clara Zaragoza, mirando de costado el rostro pálido y fatigado del comandante— recibiríamos no

sólo un apoyo representado por las fortificaciones, sino también nuevos reclutas. Ni bien los primeros batallones entren en la ciudad comenzará la insurrección. No hablo ya de que caería en nuestras manos toda la artillería de la capital. Si no conseguimos irrumpir en la ciudad inmediatamente habrá que pensar en una sola cosa: como sacar el ejército de la trampa con pérdidas mínimas.

Degollado, alzando la cabeza, observaba la línea delantera de los parapetos de tierra. Los generales se encontraban en una de las colinas que rodeaban Tacubaya.

— Hay que tomar una decisión, Don Santos —expresó con mesura Zaragoza.

Desde el norte se escuchaban disparos. Eran las patrullas del general Márquez que entraban en contacto con las guardias de los efectivos liberales.

Degollado se volvió hacia Zaragoza y se plantó frente suyo, irguiéndose y alzando aún más la cabeza, por lo que los bigotes y barba color carbón, con la palidez de cera del rostro, le imprimían a éste un aspecto casi irreal. Zaragoza intentó captar la mirada de sus dolientes ojos, agrandados por los lentes, y no pudo. Degollado tenía la vista puesta por encima de la cabeza del morrudo interlocutor.

— ¡Tomar una decisión! —exclamó Degollado con voz sonora y vibrante—. Ya hace más de un año que lo único que hago es tomar decisiones que conllevan el derramamiento de sangre para mis soldados. ¿Por qué Dios tanto tarda en dar la victoria a la justa causa? ¿Cuál es nuestra culpa? ¿Cuál es nuestro pecado ante Dios aquí en México?

La cara redonda de Zaragoza se puso roja.

— No sé como será ante Dios, pero nuestro pecado ante México es que peleamos mal —exclamó con tono entrecortado.

Degollado posó sobre él su mirada.

— ¿Por qué Dios tarda tanto en mandarme la muerte en combate?

— En su lugar, Don Santos, yo no entraría en controversias con Dios en un momento tan inoportuno. Jub disponía de mucho tiempo libre.

Degollado suspiró.

— Está bien, Don Ignacio. Atacaremos por el lado de San Cosme.

— Yo quisiera...

— No. Su brigada va a contener a Márquez mientras nosotros irrumpimos en la ciudad.

Con un amplio gesto de la mano llamó al ordenanza...

El ataque no tuvo éxito. Carentes de un fuerte respaldo de artillería, los bisoños combatientes de Degollado retrocedieron a sus posiciones iniciales. Y aquí, en las colinas de Tacubaya, recibieron el golpe de los numerosos y bien entrenados batallones de Leonardo Márquez.

Este incluso no tuvo necesidad de poner en acción a su artillería, que llevaba una abrumadora ventaja por la cantidad de piezas disponibles. El enemigo, bajo la presión de los ataques de la infantería, retrocedía mezclando sus filas...

El general Degollado, quien, como acontecía siempre al iniciarse el combate, había recobrado la serenidad, iba al galope de una colina a otra, de un batallón a otro. Su potente y profunda voz se superponía al ruido de la fusilería. Pero con cada minuto la situación se tornaba cada vez más desesperante.

Al ascender a la cima, Degollado vio como el batallón que había ocupado posiciones al pie de la colina era diezmado por una densa metralla y como decenas de soldados enemigos, atravesando a la carrera la hondonada expuesta al fuego, se concentraban en el flanco derecho para atacar simultáneamente con la ofensiva frontal. El aniquilamiento de este batallón dejaba al descubierto el flanco del batallón vecino. Era el comienzo de la catástrofe. El despecho y la desesperación le desgarraban a Degollado el alma. El rostro de Juárez instantáneamente, como un disparo sin ruido, surgió en una explosión blanquinegra del humo de la pólvora que flotaba denso sobre las filas que estaban siendo aniquiladas y desapareció casi al chocar con el rostro del general. ¿Por qué este hombre imperturbable ejerce tal dominio sobre todos? ¿Por qué a raíz de esa feroz orden sucumben estos hombres que

confiaron en él, Degollado? ¿Quiere Juárez con su sangre apagar la guerra? ¡Que lleve también, entonces, la sangre de él!

Con la palma de la mano dio un sonoro golpe al caballo en la crinera mojada y caliente y lo lanzó abajo, al espacio entre las compañías. Los rostros desconcertados de los combatientes se dirigieron a él con expectativa y esperanza.

— ¡Hijos míos! —gritó Degollado parándose en los estribos, a raíz de lo cual su flaca, estirada e impelida hacia arriba figura se alzó muy alta sobre las filas—. ¡Hijos míos! ¡La revolución demanda nuestra sangre! ¿Quién está dispuesto a morir conmigo por la libertad? ¡México nos llama a redimir sus pecados y justificar con nuestra hazaña nuestra sagrada causa! ¿Quién va conmigo, hermanos?

Su voz no tronaba, sino resonaba melodiosa como un trompetazo de arcángel.

Estupefacción y alegría vio Degollado en los rostros de los soldados. Rompiendo filas se agruparon en torno suyo. Con el característico son del silbido metálico salió de la vaina su sable...

— ¡Que me lleve el diablo si no es un santo! —gritó un mestizo de alta estatura, arrancándose de la cabeza el quepis.

De improviso los soldados se tiraron a un lado, y Zaragoza plantó su corcel al lado del comandante.

— Me podré mantener no más de media hora —dijo bien claro y miró agudamente a través de sus lentes en derredor—. Después vendrán el cerco y el exterminio. Debemos conservar a los soldados. ¡Ordene la retirada, general!

Tendió la mano, sujetó de las riendas al caballo de Degollado y se inclinó hasta muy cerca de éste.

— Don Santos, me siento admirado por su coraje, pero no tengo derecho a sacrificar mi brigada. El ejército no hará falta para alcanzar la victoria. Ordene retroceder.

Hablaba entreabriendo apenas los labios; su rostro redondeado se puso flácido y chato, la frente estaba sucia de lodo.

Zaragoza soltó la rienda y se dirigió a los soldados.

— ¡A formar! ¡Ahora iniciaremos la retirada! ¡Esta batalla está perdida, pero tenemos por delante otros combates! ¡La libertad no puede ser ultimada con las balas! ¡Retrocedan bordeando la colina por la derecha! ¡Capitán, cuide que nadie deje los fusiles! ¡Soldados! ¡No dejéis las armas, mañana las necesitaremos!

Dio un brusco giro con el caballo y se marchó a la carrera.

La brigada de Zaragoza retrocedió en relativo orden por el valle del río Consulado.

Cuando la columna se alejó de los hombres de Márquez que presionaban sobre su retaguardia, Zaragoza vio dos decenas de jinetes que venían a galope al encuentro de los que se retiraban, en dirección a Tacubaya. Pasaron a unos cien pasos de Zaragoza, disparando con sus pistolas contra los soldados, quienes respondieron con algunos que otros tiros desordenados. Al ver al general que iba adelante, Zaragoza llegó más bien a intuir que a reconocer que era Miramón.

“¡Aventurero del diablo!”, pensó con burlona admiración. “¡Y todavía quiere aparecer como un profesional! ¡Si es un chico que juega a la guerra! ¡Pero cómo juega!”

Los jinetes desaparecieron tras las colinas. Zaragoza limpió los lentes, que se habían llenado de polvo, y marchó a lo largo de la columna dando prisa a los soldados...

Miramón, dejando atrás a la escolta y acompañado únicamente por su Estado Mayor, era ya el segundo día que venía galopando sin descanso desde Puebla. Quería llegar antes de que comenzase la batalla, de cuyo resultado no estaba seguro porque no conocía la verdadera correlación de fuerzas. Pero llegó tarde. En la entrada de Tacubaya, al aparecer las primeras casas del suburbio, lo recibió, triunfante, Leonardo Márquez.

El general Márquez, dado de baja y desterrado por Comonfort, había retornado al ejército no hacía mucho tiempo. Después del golpe de Zuloaga se mantuvo un poco a la expectativa observando la marcha de los acontecimientos. Y sólo después de

cerciorarse de la preponderancia militar de Miramón frente a Degollado ofreció sus servicios al gobierno conservador. Prefería combatir del lado del más fuerte.

A Miramón no le gustaba este hombre, cuyo rostro carnoso con ojos inflamados e inmóviles casi le asustaba. Y ahora, yendo con las piernas todas entumecidas por el largo viaje a caballo al encuentro de Márquez y mirando su cara sudorosa y sus ojos inyectados de sangre, tuvo que hacer un esfuerzo para no santificarse. “Seguro que estará poseído por el demonio...”

Miramón estrechó la mano calurosa del triunfador. Felicitó a los oficiales. La cabeza le zumbaba del cansancio, los ojos le cortaban, el sabor amargo del polvo le obligaba a escupir de tiempo en tiempo, aunque ello le resultaba desagradable.

Pasaron al lado de un grupo de prisioneros, sentados con expresión huraña directamente en la rojiza tierra rajada. Uno de ellos levantó la cabeza y detuvo la vista en Miramón. Este lo reconoció. Era el general Marcial Lezcano, quien se había pasado al lado de los liberales. Miramón lo conocía poco y no se acordaba en absoluto de su existencia. Pero ahora el aspecto de este hombre que había traicionado a los suyos y mancillado el honor de las armas y la pureza de la tradición, provocó inesperadamente en Don Miguel una rabia histérica. Recién ahora, al ver a Lezcano, llegó a comprender con toda claridad que había regresado aquí, hacia los accesos de la capital, a un campo de gloria ajeno. Había regresado vencido, y junto a él marchaba el vencedor con su cara repelente y vulgar; y ahora tendría que rendir honores a ese héroe dudoso y soportarlo al lado suyo...

— General —dijo—, Don Leonardo, ordeno que sean pasados por las armas todos los oficiales prisioneros que sirvieron antes en el ejército. Así lo establece la ley. Después me dará parte del número de los que les haya cabido esa suerte.

Después de alejarse Miramón hacia Méjico, Márquez llamó al ayudante.

— Transmite al comandante del Tercer batallón que hay un trabajo para hacer. Ya han descansado demasiado en la reserva. Prepara una orden indicando que,

en conformidad con la ley de lucha contra la conspiración, serán pasados por las armas todos los oficiales que hoy fueron hechos prisioneros.

El ayudante lo miraba perplejo.

— Pero el Presidente se refirió únicamente a los que habían desertado del ejército...

— He escuchado lo que dijo el Presidente. Pero también sé qué es lo que en realidad quiere. Basta de jugar a la guerra. Es hora de llevar una guerra de verdad. Que los señores liberales sepan que levantar las armas contra el general Márquez es lo mismo que cavar su propia fosa. Y me importa un comino de donde salió esa gente: del ejército o de un comercio de ferretería. ¡Quién se hizo bandido que responda!

— Pero varios oficiales están en el hospital... Están heridos...

— ¿Quién los puso en el hospital?

— Los médicos... Salieron al campo de batalla junto con los estudiantes de medicina y estuvieron sacando a los heridos...

— Pasar por las armas a todos los que prestaron ayuda a los bandidos, a todos. A los heridos también. Eso aliviará sus sufrimientos.

— Señor general, pero...

Márquez se aproximó al ayudante para fijar sus inmóviles ojos inyectos de sangre en los asustados ojos de éste.

— ¡Sí, señor teniente, sí! Eso precisamente es lo que desea el señor Presidente. Es hora de poner fin a la guerra. ¡Véte!

Giró con todo su cuerpo en dirección a sus acompañantes, parados un poco más lejos. Hizo una seña con la mano y le acercaron el caballo. Márquez aspiró con fruición con sus anchas fosas nasales el olor del cuero y del sudor de la bestia y puso la mano en la montura. Ese niño mimado, que ya más de una vez había fusilado a prisioneros, quiere hacer la guerra con guantes blancos. ¡Que se quede, pues, en su despacho o a danzar con su Concha! Hasta ahora había tenido suerte, pero en Veracruz le pisaron la cola, y tendrá que tragarse todo lo que haga el triunfador de Tacubaya, el salvador de la capital... ¡Que no me estorbe, y

así pondré fin a esta guerra! ¡Llegó el tiempo del general Márquez, señores!

¿Cuántos rubicones puede haber?

¿Qué es lo que pasó con la gente en México, con esa gente que salió jubilosa a las calles de la capital para saludar al general Márquez? ¿Qué pasó con las mujeres que galardonaron a ese asesino con una corona de laureles y una inscripción con letras de oro que decía: "A la virtud y al valor, la gratitud de las hijas de México"? Decir que eso es lo que hace el egoísmo de las clases acomodadas, en este caso, equivale a no decir nada. Entre los ajusticiados de Tacubaya había miembros de familias ricas. Las capas pudientes de Méjico sufrían el peso de los empréstitos forzosos. Entre sus miembros eran pocos los que apoyaban sinceramente a Miramón y a su gobierno.

¿Qué fue, entonces, lo que pasó?

Y lo que pasó es que todos se cansaron de esa horrible guerra. A esas alocadas mujeres les pareció que vino, por fin, un héroe poderoso e intrépido, que no se detenía ante nada, que iría a poner fin a la guerra. No importa por qué medios...

Juárez iba solo por las calles de Veracruz entre las casas blancas y polvorientas, con los vidrios brillantes al sol allí donde las ventanas no se encontraban cerradas con persianas. El viento soplaba del lado de la selva trayendo el pesado aire de los pantanos...

¿Había deseado el Presidente esa sangrienta tragedia de Tacubaya? No, no la había deseado ni pensado acerca de su posibilidad. Aunque había previsto la derrota. Pero la incursión había sido necesaria para marcar la culminación, la crisis de la guerra. Nadie pudo suponer que la crisis iría a expresarse de manera tan dolorosa y horrenda. La aparición del verdugo Márquez en la arena es un síntoma de aplastante fuerza. Si Miramón no lo comprende, quiere decir que, simplemente, es un necio. En la cumbre de los sucesos, en el momento de la más enorme tensión, cuando el peso de la balanza oscila, cuando las potencias extran-

jas se muestran indecisas, sacar de las camas a los heridos y asesinar, fusilar a los médicos, estudiantes —adolescentes, casi niños—, echar semejante peso para el lado del adversario era algo que podía hacer un tarado político.

El "tigre de Tacubaya", como había sido motejado Márquez, era un aliado peligroso. Miramón no podía no comprenderlo. Pero ya no se encontraba en condiciones de actuar libremente.

Nuestra fuerza radica en que, pese a la derrota, tenemos posibilidad de escoger; ellos, mientras tanto, ya no la tienen.

Delante mío tengo dos caminos. Uno y el más sencillo es el de vender al Presidente Buchanan el derecho a las concesiones ferroviarias. Ello significaría dinero seguro y seguras imputaciones de haberse traicionado los intereses de México. Es que quienes no cargan con responsabilidad alguna siempre se muestran sumamente celosos de los intereses y el honor de su país.

El otro camino es el de la nacionalización de los bienes eclesiásticos, medida económica a la que inevitablemente deberán acompañar medidas políticas. Me digo: nacionalización de los bienes eclesiásticos, y ante mí surge el pavoroso caos de nuestra vida económica, presiento la tormenta que provocará esa decisión. No, no la indignación de los sacerdotes y conservadores, no las imprecaciones a la herejía y al comunismo, sino el colapso económico que le sucederá. Mi amigo Guillermo cree sinceramente que basta con decretar la nacionalización para que los tesoros nos vengan solos a las manos. Pero yo no me puedo permitir ninguna clase de dulce ilusión. Es por eso que estoy dilatando la decisión, porque no me abandona la pesadilla de: ¿qué pasará si la nacionalización no nos da la salida? ¿Si las riquezas de la iglesia no son tan grandes? ¿Si una parte sustancial de ellas ya ha sido gastada? Para emprender la marcha contra la capital, Degollado tuvo que confiscar los valores de la catedral de Morelia. ¿Y cuántas confiscaciones análogas ya hubo? Estuve atento a que la gente misma comenzase la nacionalización sin esperar los decretos. El país debe acostumbrarse a esa

necesidad. ¿Pero si eso tampoco resulta una salida?

Sí, en lo financiero la nacionalización puede resultar un fracaso. Pero inevitablemente la han de secundar medidas políticas que se transformarán en otro Rubicón más. En un segundo Rubicón. El primero fue la abolición de los fueros. ¿Cuántos Rubicones puede tener un político? Cuántos se presenten, si es un revolucionario y no un demagogo.

La incursión contra Méjico y la matanza de Tacubaya marcaron la crisis. Este juego tiene sus reglas. Pero éstas cambian. Hoy es necesario impulsar los acontecimientos, espolearlos; hay que ir en andas del proceso, no permitir que la corriente se estanque y se cargue de algas. Empezamos a cansarnos. Degollado se cansó, eso lo veo pese a su neurótica energía: ayer, cuando conversábamos, sus ojos, de repente, parecieron muertos. Es bueno que haya dejado siquiera por un tiempo el ejército. Acostumbró a la tropa a las derrotas. Hacen falta hombres nuevos. Hombres nuevos...

Leonardo Valle ya es general. Con particular gusto lo ratifiqué en este grado. A él y a Ignacio Zaragoza, el norteno, al que no conozco personalmente, pero del que oí hablar muchas cosas buenas. Ambos pelean ahora en Jalisco. Tal vez sean ellos los hombres nuevos que terminen la guerra. Y Porfirio Díaz, mi Porfirio. Es halagüeño pensar que uno educó a un hombre así. ¡Tan bien que combate allí, en nuestro Oaxaca! Y el general González Ortega. Don Jesús González Ortega. Sí, lo recuerdo. Periodista, político, gobernador. Y, de pronto, todo un talento militar. ¿O es cuestión de fortuna? Pronto se verá. La buena fortuna no lo es todo para ser comandante. Sí, es buen general. Es muy probable. Pero tiene algo que no lo hace seguro.

Juárez extrajo el voluminoso reloj de plata. Tenía que darse prisa: Margarita se disgustaría. Y les había prometido a los niños...

De una carta de Matías Romero a Andréi Andréievich Gladkói

"Comprendo que usted, como historiador, desea obtener diversos datos y puntos de vista acerca de ese acontecimiento. El señor Mariscal está al tanto no

menos que yo, pero le diré francamente que es para mi un placer escribirle sobre todo eso. Es que el verano del cincuenta y nueve ya está pasando a la historia, nuevos sucesos lo están relegando al pasado...

Recuerdo como en la víspera de una de las importantes reuniones —seguramente, haya sido a comienzos de julio— nos hallábamos sentados en el despacho del Presidente los tres: el Sr. Juárez, el Sr. Ocampo y quien le escribe. Por mi hábito, como secretario, de tomar notas, hice unos apuntes y por eso puedo reproducir aquella conversación.

El Sr. Ocampo le decía al Presidente: “¿No suele sentirse usted a veces un pobre primo de la provincia que vino a visitar la casa de su rico e influyente pariente, el Sr. Miguel Lerdo de Tejada? ¿No? Pues yo últimamente todo el tiempo me siento más o menos así. Y eso no me gusta”. El Sr. Juárez alzó bien altas las cejas y expresó: “Qué se le va a hacer, Don Miguel gusta darse tono. Hay que ser tolerante con las pequeñas debilidades inofensivas de tu prójimo, Don Melchor”. Pero esa vez el Sr. Ocampo no estaba para bromas, y respondió: “¿No ha pensado usted, querido amigo, por qué Lerdo con tanta insistencia y en cada oportunidad recalca ser el autor de las nuevas leyes? ¿Por qué se empeña tanto en hacer de cuenta que a nadie antes de él se le había ocurrido algo semejante? ¡Como si nosotros no estuviéramos ocupándonos de enmendar sus terribles errores del cincuenta y seis! A diferencia nuestra, sabe perfectamente lo que es la intriga política. ¡Está preparando a la opinión pública, amigo mío! ¡Está acostumbrando a nuestros crédulos puros a la idea de que el verdadero propulsor y creador de las reformas es Miguel Lerdo de Tejada! ¡Es esa la esencia de la cuestión!” El Presidente manifestó: “Si tal es el precio de la unidad del gobierno, yo lo acepto”. El Sr. Ocampo se irritó: “Es posible, Don Benito, que desde las alturas políticas en que usted campea todo esto le resulte risueño, pero yo soy un simple mortal y aguanto eso con mucha dificultad y sólo por mi estima hacia usted. Rechazo el culto al líder que pretende ser el único portador de la idea. Es una forma de despotismo, y el despotismo me repugna en cual-

quiera de sus manifestaciones. Y si usted tomara por ese camino, yo de inmediato rompería con usted”. El Presidente le respondió con una pesadosa severidad: “Mientras yo no he tomado ese camino y usted no ha roto conmigo, le pido como a Jefe del Gobierno evitar palabras y hechos que pudieran afectar la unidad del mismo. Sería ahora el momento menos oportuno”.

No se trataba, naturalmente, del Sr. Lerdo como tal. Pero los jóvenes radicales de nuestro partido consideraban al Sr. Lerdo como líder suyo. Acusaban al Presidente de excesiva moderación e irresolución. Uno de los periódicos liberales había escrito entonces que “a todos los golpes de la fortuna opone la insensibilidad, el fatalismo, la inercia propia de su raza”. No tenían ni la noción de la manera minuciosa con que el Presidente sopesaba cada una de las circunstancias incontables antes de tomar una decisión. En aquel momento, mientras tanto, el Presidente estaba dispuesto a sacrificar su amor propio en aras de la unidad. La salida de Lerdo del gobierno significaría entonces una división en nuestras fuerzas, puesto que el papel de Lerdo se exageraba grandemente por sus múltiples adeptos, cuando en nuestras filas teníamos sin eso bastante división y extravío. No me pondré a describir las tempestuosas reuniones y discusiones interminables. En el gobierno de entonces no faltaban los aficionados a la discusión y los obstinados. Pero siempre todo lo decidía la serenidad del Presidente, quien era más obstinado que todos ellos juntos. Sus argumentos siempre eran sencillos y vívidos. Por ejemplo, su conocida sentencia que solía repetir en aquel entonces múltiples veces: “Mejor una guerra, que dos”. Esto significaba que las reformas había que llevarlas a cabo aprovechando la guerra por la Constitución, ya que de otra manera se tendría que combatir después también por las reformas. Ahora esto se presenta como algo que no provoca dudas, pero entonces había no poca gente que hubiera optado por aplazar las reformas hasta el fin de la guerra.

Al Sr. Juárez lo acusaban de estar dilatando por muchos tiempos las reformas. Pero yo conozco muy bien los motivos que estaban detrás de ello. Le habría

sido mucho más fácil acceder a la presión que se ejercía desde todos los lados. El Sr. Juárez posee un don poco común: el de percibir cuándo y qué se debe hacer. El momento que había escogido para impulsar las reformas fue el más propicio. Las atrocidades de Tacubaya habían indignado a las potencias extranjeras, y éstas se mostraban más inclinadas por Veracruz que por Méjico. En el interior del país los generales mismos empezaron a hacer las reformas allí donde combatían. El general Vidaurri ya procedió a la confiscación de los bienes eclesiásticos en los Estados del Norte, mientras que el general González Ortega, además de ello, permitió el matrimonio civil. En Michoacán, la fortaleza liberal, comenzaron a ser clausurados los conventos para varones. En otras palabras, el Presidente podía apelar a esos hechos frente a sus adversarios y proclamar las reformas como una expresión de la voluntad del pueblo. Era un argumento muy fuerte.

Recapacite, amigo mío, en el significado del primero de los artículos de la Ley promulgada el 12 de julio y que versa así: "Entran al dominio de la Nación todos los bienes que el clero secular y regular ha estado administrando con diversos títulos, sea cual fuere la clase de predios, derechos y acciones en que consisten, el nombre y aplicación que hayan tenido". Recapacite y piense, pues como persona educada en otro medio usted no puede comprender todo lo que esta cláusula representa. Es que en México el clero fue la clase más rica y más poderosa de la sociedad. Durante siglos estuvo imponiendo su voluntad en lo espiritual y material. Piense la revuelta que en todos los órdenes de la vida debió significar el hecho de privar a la iglesia no sólo del excedente de sus bienes, sino también del derecho, hasta entonces consagrado por la ley, de inmiscuirse en la existencia de cada uno de nosotros. Soy, amigo mío, un creyente, pero siempre ese estado de cosas me indignaba. El Presidente también es un creyente sincero, pero para un demócrata convencido la fe es algo voluntario. Por eso para el Sr. Juárez las cláusulas de las Leyes de la Reforma, relativas a los bienes, no eran las más importantes. No era lo más importante para él la circunstancia de que, a diferencia

de la ley Lerdo del cincuenta y seis, ahora la propiedad eclesiástica no era adquirida, sino confiscada. Lo más sustancial era —y eso lo sé perfectamente— que se había legalizado la independencia de la vida pública y privada respecto a la iglesia. Quien quería podía asistir a los templos, quien no lo quería, podía no asistir. Quien quería podía casarse en la iglesia, quien no lo quería podía registrar el matrimonio en la alcaldía. El registro de los nacimientos y defunciones también pasaba a ser un asunto civil. ¡Esto es muy importante, créamelo! Antes el sacerdote podía negarse a bautizar a un recién nacido o prohibir un funeral si no le pagaban o provocaban por una u otra razón su enojo. Había muchos casos de esa índole. ¡Y eso era una tragedia! Utilizando tales recursos la iglesia podía obligar a los fieles a hacer lo que quería. Y no se trataba aquí de religión, sino de política. Ahora, en cambio, la voluntad del creyente pasó a independizarse: no de Dios, sino del cura, quien, lamentablemente, con demasiada frecuencia resultaba ser un inescrupuloso.

Pues esa independencia y ese libre albedrío es lo que el Presidente consideraba como la conquista más grande de la revolución. Está convencido de que, al liberarse de esa agobiante tutela, el mexicano ha de experimentar una irreductible necesidad de libertad e instrucción. Está seguro que la democracia es una vocación de hombres con libre espíritu.

Mas, al recordar nuestros coloquios, presiento esta pregunta: "¿Y qué de las medidas económicas?" No entraré en detalles. Usted mismo podrá leer tanto el Manifiesto del 12 de julio, como las leyes que le acompañaron. Quisiera solamente que usted prestara atención al Reglamento para el cumplimiento de la ley de nacionalización, que prevé la subdivisión de la propiedad territorial en beneficio general de la Nación. ¿Ve usted que adelanto en comparación con la ley Lerdo que prohibía la parcelación de las tierras de la iglesia? Ahora incluso el más humilde puede, pagando un pequeño precio y sin alcabala, adquirir una parcela de tierra nacionalizada. El reglamento habla de las facilidades que se conceden para obtener las tierras fraccionadas. Piense en esto, querido amigo, en las

consecuencias de largo plazo que puede tener. ¡Es un paso hacia la verdadera justicia agraria, eso es lo que significa tal disposición!

¡Si usted supiera el revuelo que provocó todo lo expresado! Los generales y oficiales del "pequeño Macabeo", como denominábamos en ese tiempo a Miramón, emitieron una declaración especial en la que decían que a ese ataque impío y feroz consumado contra la iglesia sucedería, sin duda alguna, un asalto a la propiedad privada, y que esa intención, según sus palabras, se desprendía claramente de las ideas del Manifiesto que prometían obligar a los propietarios de tierras, como medida progresiva, fraccionar sus tierras en parcelas para ser vendidas.

Usted no estuvo en ese tiempo en México y no se puede imaginar lo que tuvo que soportar el Sr. Juárez. Es que lo atacaban no sólo desde la derecha, sino también desde la izquierda. ¡Qué era lo que no escribían los periódicos radicales! He aquí un ejemplo: "D. Benito Juárez ni ha sabido ni intenta moralizar la revolución para no hacerla odiosa, deja hacer tanto a los buenos como a los malos, sin preocuparse de los males que causa su apatía y completa ineptitud". El Club Rojo, de Guerrero, que congregaba a los más impacientes, por su parte declaraba: "D. Benito Juárez sabe esperar sin padecer, no sabe obrar sacrificándose; no es el hombre de la revolución sino de la contrarrevolución".

Y en medio de toda esta erupción el Presidente supo conservar la unidad en el gobierno, dictar las leyes de la Reforma y continuar la guerra.

Pero lo paradójico, amigo mío, es que cuánto más cercana se hallaba la victoria tanto más problemas se le presentaban. Las pruebas más duras estaban aún por delante. Yo me encontraba entonces en Washington, por eso le relatarán acerca de ello otras personas."

Inmolación en Veracruz

Juárez y Ocampo se encontraban sentados tras la mesa de sesiones. El Presidente y su Primer Ministro se

veían solitarios y perdidos tras ese enorme tablón calculado para el gabinete en pleno. El viento ardiente impelía con lentitud la cortina de la ventana dejando entrever un pedazo del deslumbrante cielo.

— Está cansado —dijo Juárez—. No debió haber regresado al ejército. Está demasiado cansado. Está enfermo.

— Si usted busca la manera de excusarlo —respondió Ocampo mirando con repulsa el borde en movimiento de la cortina— le diré que está intentando algo fuera de lugar en las presentes circunstancias.

El 12 de noviembre de 1859 el comandante de las tropas constitucionalistas, el general Santos Degollado, sin consultar la opinión del gobierno y por decisión propia entró en negociaciones con el general Miramón. En representación de Degollado, el coronel Benito Gómez Farías, hijo del Patriarca, había tenido un encuentro con el general Presidente proponiéndole discutir las condiciones para la paz. Pero, por cuanto Degollado insistía en mantener vigente la Constitución del cincuenta y siete, las negociaciones muy pronto quedaron interrumpidas.

Al día siguiente, en una cruenta batalla de cinco horas, el ejército de Miramón casi sufrió una derrota. Sus dos flancos fueron arrollados por un ataque de los liberales, y sólo la superioridad en el desempeño de la artillería le brindó a Miramón la posibilidad de reagrupar sus fuerzas y transformar la derrota en victoria...

— Es un precedente horrible, y no tiene justificativos —manifestó Juárez—. Lo único que me tranquiliza un poco es la fidelidad de Don Santos a la idea de la Constitución. Sobre esa base ninguna clase de compromisos resulta posible con Miramón.

— No es a usted que hay que recordarle la historia de Comonfort. Quien adopta la vía del compromiso es difícil que pueda detenerse...

— ¿Entonces?

— Hay que separarlo.

— No. Esas sutilezas en torno a los compromisos no van a convencer a nadie. Degollado defiende la Constitución. Y el que no haya consultado al gobierno... Siempre se puede decir que Veracruz se encuentra

demasiado lejos del campo de batalla.

— Pero la próxima vez puede...

— Sí, puede. Está sucumbiendo. Sus nervios no han aguantado. Podría salvar su honor pidiendo su regreso del ejército. Ha perdido la capacidad de evaluar la situación. Se sentiría humillado y pasaría a la oposición. Y esto ahora es intolerable.

Ambos guardaron silencio.

— ¡Pobre Benito! ¿Por qué el destino te ha puesto estas pruebas? ¡Si no has sido creado para ser implacable!"

— ¡Mi pobre Melchor! Veo que me tienes lástima, pero no comprendes lo que tendrás que afrontar tú!"

— "Estás sacrificando a Degollado, Benito... Mejor dicho, ya lo has sacrificado al mandarlo contra Méjico. Y ahora me inmolarás a mí. Inmolarás también a Guillermo... ¿Pero con quién podrás sustituirnos?"

— Perdone, Don Melchor, que reflexione en voz alta. Nada me saca más de quicio que la falta de seriedad y el despropósito de personas serias e inteligentes.

Ocampo con suma gravedad reprodujo su clásica sonrisa.

— En resumen, amigo mío —dijo Juárez tratando de distraerse de la apremiante pesadez que sentía en el lado izquierdo del pecho—, en resumen, pese al significado enorme de la reforma, hasta ahora ella no nos sacó de la crisis financiera. Esto es lógico: los bienes mayores están en territorio del enemigo, mucho ha sido confiscado y gastado ya en el curso de la guerra, muchas cosas fueron escondidas. Muchos futuros compradores de tierras están combatiendo. Mientras tanto nuestro Don Santos una vez más, el día trece, le ofrendó a Miramón un convoy entero de municiones y toda su artillería...

Ocampo hizo un gesto agrio.

— Tiene usted razón, Don Melchor, así no cabe hablar. Es un hombre desdichado, y siento por él una gran pena.

— Mándelo llamar.

— No. Sea como fuere, al ejército hay que pertrecharlo. Para eso se necesita dinero. Y lo puede dar

ahora únicamente América. La idea de la intervención europea no se ha extinguido. Todo lo contrario. Cada mes de guerra permite afirmar que México por sí mismo no puede salir de la crisis, y que necesita ayuda. Esto lo puede impedir una sola fuerza: Estados Unidos. Necesitamos un tratado, señor Ministro.

— Usted conoce las condiciones.

— Ya no exigen territorios. Por ahora...

— Exigen el derecho de enviar tropas a nuestro territorio para custodiar la vía férrea, después de que sea construida. Usted sabe todo el griterío que se está levantando a izquierda y derecha y de lo que se nos acusa.

— Por ahora de lo que se nos acusa es de incapacidad para abastecer al ejército. Todo lo demás no interesa a nadie. Por más grande que sea el significado de la reforma, su verdadera vigencia se iniciará después de la guerra.

— Nos acusarán de haber vendido la soberanía de la Nación...

— Si llegamos a permitir la intervención, la cuestión de la soberanía en general dejará de existir.

— ¿Y en eso radica la idea del tratado?"

— En eso mismo.

Juárez se levantó, acercóse a la ventana y, con un movimiento impaciente que antes Ocampo jamás había notado en él, arregló la cortina que el viento había plegado. Luego volvió al asiento.

— Pero si llegan a abusar del derecho de enviar tropas a nuestro territorio, el problema de la intervención...

— Es difícil que lleguen a gozar de ese derecho.

— No le entiendo.

— Usted conoce, Don Melchor, las cosas que están pasando en lo de nuestros vecinos. Los Estados del Norte están cansados de los presidentes del Sur. Allí comprenden que toda expansión hacia México significará un fortalecimiento de los esclavistas. La concesión y el derecho a enviar tropas son una carta de los Estados sureños. El Norte no lo querrá.

— ¿Usted considera que el senado no va a ratificar el tratado?"

— Espero que sea así.
— ¿Y si lo ratifica?
— El tratado debe ser ratificado por las dos partes.
Por el senado y por mí.
— Comprendo. ¿Por qué emprendemos este juego?
— Durante los meses en que se tardará para concertar el tratado habremos ganado la guerra, estando garantizados contra la intervención...
— Sí, yo eso lo entiendo. Simplemente quería escucharlo de usted, Don Benito...

— Y, tal vez, alcancemos a recibir un préstamo.
Ocampo inclinó su voluminosa cabeza, y Juárez tuvo la posibilidad de contemplar las canas en su espesa y rizada cabellera. Cuando Don Melchor alzó la frente, su rostro apareció liso, alegre y sarcástico como en los tiempos de antaño.

— Yo suscribo el tratado, el senado o, en todo caso, usted no lo ratifica y México, sin arriesgar nada... Pues, yo siempre sentí repulsa por la actividad política. Por fin se me presenta la oportunidad propicia de convertirme en persona privada. Esto por una parte. Por la otra, tendré de qué ocuparme el resto de mi vida: demostrar que no fui sobornado por los yanquis. Así es que mis dotes de publicista tendrán un digno campo para desplegarse. Yo ya estoy listo, mi amigo.

Juárez callaba...

El lagarto anaranjado permanecía sentado sobre la piedra rajada por el sol, con la pesada cabeza inclinada para un costado, y el verdeamarillento campo de maíz susurraba y crepitaba no por el viento, sino por el calor. El lagarto parecía inmóvil. Luego empezó despacio, con gesto amenazante, a girar la morra...

— Lo que acaba de hacer Degollado es para nosotros un síntoma no menos peligroso que la masacre de Tacubaya para Miramón. Debemos darnos prisa, Don Melchor.

Cuando Juárez vino a la casa, Doña Margarita, al ver su rostro, se asustó.

— ¿Qué pasó, Juárez? ¿Estás enfermo? ¿Malas noticias? ¡Juárez!

— No, querida. Simplemente mi cargo es cansador. Voy a ver a los niños.

"Malas noticias, Margarita, malas noticias. Estoy llevando a la perdición a mi amigo. Es muy mala noticia esa..."

Ese mismo día y a la misma hora, a las dos de la tarde del 19 de noviembre de 1859, en el gran salón del palacio episcopal de Guadalajara rendían homenaje al general Miramón.

El titular de la Corte Suprema de Justicia del Estado pronunciaba un discurso.

— ¡Excelencia! ¡Acaba usted de sumar una corona de laureles más a las muchas que adornan vuestra victoriosa frente! En nombre de la Corte Suprema felicito a Su Excelencia con la mayor sinceridad. Implante la paz en esta desgraciada tierra, y la Patria agradecida inscribirá su nombre en sus anales de gloria!

Sombrío, flaco, con hondas entradas en la frente, Miramón permanecía de pie tratando de no mirar en dirección al general Márquez. La despreocupada ferocidad y el irónico éxtasis que reflejaba ese carnudo rostro le colmaban de furia. Los datos recibidos por Miramón en la víspera sobre el comportamiento del general Márquez, comandante permanente de las tropas de esta zona, requerían medidas inmediatas. Sus actos de injustificable crueldad, saqueos directos eran cosas bien conocidas. Márquez, que de por sí gozaba de mala fama en el extranjero, se incautó para suplir las necesidades de su ejército de seiscientos mil pesos pertenecientes a propietarios ingleses de minas de plata. Eso era posible de comprender, aunque el incidente amenazaba con un aislamiento total. Pero Márquez sostenía conversaciones derrotistas cuyo objetivo era bien claro: había pruebas irrefutables de que el "tigre de Tacubaya" preparaba el retorno de Santa Anna. Eso no se podía perdonar.

El 24 de noviembre el general Márquez con una pequeña escolta que cumplía a la vez la función de vigilarlo salió hacia Méjico para presentarse ante el tribunal...

El 22 de diciembre Miramón destruyó en una cruenta batalla nocturna cerca de Albarrada o Tonila otro ejército liberal.

Otra vez en Guadalajara le rindieron honores. Un

coro de niños cantó: "Salve Dios a nuestro Presidente". Los oradores lo compararon con Julio César y lo señalaron como el hombre indicado por la divina providencia para alcanzar la victoria contra los demagogos.

Al regresar a Méjico fue recibido con un nuevo himno nacional...

¡Miramón! De la Patria doliente
Eres tú la esperanza más bella
Como luz que apacible destella
Anunciando feliz porvenir...

Escuchaba todo eso contrayendo la perilla; miraba los fuegos artificiales, pero su desesperación iba en aumento.

Todas esas loas no podían agregarle un solo peso a las arcas. Los recursos en efectivo de la iglesia de la región central estaban por agotarse. Se lo dijo el padre Miranda con una irritación inusual.

Sí, ganaba las batallas. Pero eso no cambiaba nada. El país no le pertenecía. Pero él también sabía que las victorias ya eran distintas. El también sabía que el trece de noviembre estuvo al borde de la derrota... El sabía que mientras Juárez se encontrara en Veracruz la guerra no terminaría. Mientras tanto, continuarla se hacía imposible. Había que hacer algo...

A finales de febrero de 1860 el general Miramón volvió otra vez a ponerle cerco a Veracruz.

El primero de marzo emplazó los cañones pesados para bombardear la ciudad.

Hombres decididos

El 1 de marzo de 1860 Andréi Andréievich Gladkói fue a visitar a un reciente conocido suyo, a Piotr Grigóievich Zaichnevski, estudiante de la Universidad de Moscú.

— ¿No quiere servirse? —le preguntó Zaichnevski al huésped, que había arrojado su abrigo sobre un gastado diván, y le tendió la pitillera.

— Gracias, Piotr Grigóievich, pero no fumo. Tengo

delicado el pecho. Dos años tuve que pasarme de vuelta en Chernígov. Tisis, señor mío... Un obsequio de vuestro clima nórdico...

Se sonrió, y Zaichnevski, al observarlo, notó la transparencia de su piel, así como el afiebrado e innatural rubor de sus mejillas que no alcanzaba a disimular la clara barbilla que pretendía trepar hasta ellas.

Zaichnevski mismo, con sus dieciocho años, tenía cubiertas las redondas mejillas y el mentón con transparente vello rizado. Pero era tan alto, ancho de espaldas y tan decidido que su extrema juventud de inmediato quedaba relegada al olvido cuando empezaba a hablar.

— ¿Entonces, tisis? La tisis, incluso, está bien si se mira desde un punto de vista correcto —comentaba a la vez que recorría dando grandes pasos la espaciosa y desarreglada habitación—. Hay que tener la plena conciencia de que nosotros, la joven generación, de todos modos estamos condenados: nuestro destino es servir de abono para el futuro. La tisis agudiza esta conciencia, hace del hombre un temerario a toda prueba. ¡Igual no hay nada que perder!

Gladkói lo escuchaba con perplejidad y satisfacción; no experimentaba ni un dejo de amargura, tan pleno de salud, juventud y seguridad en lo que decía era su interlocutor.

— Dejemos a un lado por un instante los destinos de las generaciones, Piotr Grigóievich —expresó sonriendo y tocando con los finos dedos la barbilla a la que todavía no se había acostumbrado—. Me han dicho que usted con Perikl Emmanuílovich están organizando una imprenta...

— ¿Quién le dijo? —en la cara redonda de Zaichnevski asomó por un instante algo parecido a la preocupación; cesó de andar.

— Yáschenko...

— Ah, Yáschenko... Bueno, entonces no es nada... ¿Usted necesita de ella?

— No es que necesite, sino que tengo una idea. En estos días leí un folleto, un análisis del libro de Korf sobre lo acontecido el 14 de diciembre...

— Lo he leído, sí señor, yo también...

— Pues pensé que no estaría mal litografiarlo, y cuánto más, mejor. Habida cuenta de que es poco lo que aquí conocen de lo que aconteció en la plaza de Pedro. El público instruido se forma mayormente su opinión leyéndolo a Korf.

Zaichnevski se plantó ante Gladkói, quien se encontraba sentado, separando las piernas calzadas con botas y poniendo las grandes y hinchidas manos en el cinturón. Sintió la posibilidad de una contienda.

— ¿Y qué? —manifestó de manera insinuante, como para no asustar a un potencial oponente—. ¿Ve usted en ello un gran mal?

Gladkói se sonrió advirtiendo la picardía. Los dientes entre los bigotes y la barba parecían particularmente blancos y grandes.

— No un mal tan grande, Piotr Grigórievich; hay males mucho peores. Pero lo que causa pesar es que se infame impunemente a los actores de la gesta. ¿Acaso se lo merecen?

Zaichnevski se apartó desilusionado.

— Naturalmente, se puede litografiar... Pero hay obras de más importancia. En cuanto a vuestros decembristas... ¡Ah, estos gruñones, tanto los de ayer como los de hoy! ¡Todo el mal viene de ellos, se lo juro, Andréi Andréievich! ¡Quién se metió en la revolución debe ir como un espolón, y no andar dando vueltas!

Volvió a plantarse frente a Gladkói.

— Toda revolución que teme llegar demasiado lejos no es una revolución.

Gladkói lo miraba pensativamente.

— Usted habla, Piotr Grigórievich, como si yo hubiera jurado organizar una conmoción en toda la comarca de Moskovia y ahora me fuera para atrás... Mientras tanto, yo no tengo nada que ver con tales cosas.

— ¡Es un extravío! Usted está listo para la acción, pero sólo no se percató de ello. Se ha empantanado en su lingüística. Suponga que llegue a aprender otro idioma más... ¿Cuántos ya conocé?

— Solamente cuatro, no hay de que vanagloriarse.

— Pues, que sean seis dentro de un año. ¿Y qué va a darle eso a Rusia? Mejor se hubiera ocupado usted de la historia, pero no de los decembristas, sino de algo más serio. Yo, por ejemplo, estudié la experiencia de las revoluciones europeas...

— ¿Y qué le refirió esa experiencia?

— Pues me refirió que las revoluciones terminaban mal por la falta de consecuencia de los hombres que estaban al frente. Eso es lo que me refirió. Y nosotros, Andréi Andréievich, seremos más consecuentes. De nada sirven los líderes fofos y débiles del año cuarenta y ocho. Iremos más allá también de los grandes terroristas de París: Marat y Robespierre. Brindaremos un ejemplo de consecuencia.

— ¿Con qué fin?

— ¿Con qué fin no le dan al mujik la libertad y la tierra? ¿Con qué fin le cortan el camino a la juventud desconsolada de realizar una actividad útil? ¡Nos provocan! ¡Y cuántos años seguidos! Nada se mueve de lugar... Nada... Sólo palabras vacuas.

— Las palabras suelen ser diferentes, Piotr Grigórievich. Por ejemplo, Herten...

— ¿Herten? ¡Magnífico! No empezó mal, sería un pecado negarlo. ¿Pero después? Delante suyo fusilaban a los republicanos franceses en el cuarente y ocho: ¡uno! El desastre de Milán: ¡idos! La caída de Praga: ¡tres! El desastre en Alemania, en Dresden, donde actuaba su amigo Bakunin:* ¡cuatro! Y del ímpetu revolucionario no quedó nada... Esto es Herten: un programa liberal. ¡Sí, Herten es un ejemplo aleccionador! La incomprensión de la necesidad de sacrificios, derrotas, sangre, que son el aire que respira la revolución. Hay derrotas que son más saludables que las victorias.

Recorría la habitación chirriando insoportablemente con las botas. Su enorme puño rompía el aire.

Gladkói miraba a un costado de él.

— Todo eso es muy hermoso y tentador, Piotr Grigórievich... Si no me hubiera empantanado, como

* M. A. Bakunin (1814-1876). Revolucionario ruso, teórico del anarquismo. Colaboró con Herten.

usted dijo, en la filología, le creería. Pero... Cada idioma tiene sus leyes. Y el idioma, vea usted, es el alma de un pueblo. Por lo tanto, también cada pueblo tiene sus leyes de desarrollo: inicial, primitivo. Y debe desarrollarse según estas leyes. Usted, mientras tanto, observa la capa superficial: así es que Europa, Rusia o China resultan ser una misma cosa. Ciertamente, Piotr Grogórievich, yo veo no menos que usted el hecho de que Rusia está excitada y adónde conducen las demoras del gobierno, lo peligroso que es hablar durante años y no darle al mujik la libertad, así como lo peligroso que es razonar sobre la imposición de una paga por la tierra que los mujiks consideran suya... Yo, perdone usted, soy un terrateniente... por lo demás, lo mismo que usted... y sé lo que piensan los mujiks. Espere, Piotr Grogórievich, déjeme decir... Otra cosa no sé: no sé si es acertado ahora —repito, ahora— llamar a los mujiks a empuñar el hacha. ¿Será acertado esto desde el punto de vista de las leyes del desarrollo? ¿Qué puede resultar de ello?

El redondo rostro de Zaichnevski ardía, el dorado vello de sus mejillas brillaba.

— ¡Aquí está! —gritó—. ¡Aquí está la manera como se pierden las revoluciones! ¡En vez de comprobar en la práctica lo sepultan todo en un mar de palabras! ¿Y qué es lo que se propone hacer usted, personalmente usted mismo? ¿Vacilar? ¿Sopesar? ¿Mimar su tisis?

A Gladkói se le nubló la vista y los labios se contrajeron en una mueca de furia. Se levantó y acercó su largo y delgado dedo al pecho cubierto con paño rojo de Zaichnevski.

— También hay otro tipo de personajes —sancionó— que no se extinguen en las vacilaciones, sino que se agotan en las frases, y de manera tan sentida que ya no les queda nada para la acción. ¡Espérese! ¡Yo lo escuché a usted! Y si empiezan a actuar, lo hacen perdiendo la cabeza y sin tener un resultado claro en vista... Remueva usted todo alrededor y ¿qué le dirá después al mujik? ¿Cuáles serán vuestras primeras palabras? ¿Qué leyes piensa usted implantar? ¿O echará este trabajo sobre las espaldas del campesino analfabeto?

Zaichnevski ya se había tranquilizado. Volvió a poner las manos sobre el cinturón y, lentamente e inclinando la cabeza, se paseaba frente a Gladkói.

— Hay dos bases, Andréi Andréievich, dos fundamentos: la comunidad y el principio federativo.

— ¿Y quién los sentará? ¿El espíritu santo?

— Inmediatamente después de la rebelión se reunirán las asambleas regionales que elegirán la asamblea nacional, la cual y será la encargada de decidir los destinos de Rusia...

— ¿Y quién convocará estas asambleas regionales?

— El partido revolucionario, el cual conservará por un tiempo su dictadura y se pondrá al frente de la dirección.

— ¿Y adónde está este partido?

— Este partido existe. Sólo que todavía no ha tomado conciencia de que existe. Soy yo y es usted, si se quiere. Para un principio no hace falta que sean muchos. Hay momentos históricos, Andréi Andréievich, cuando alcanza un puñado de hombres para despertar el entusiasmo de todo el pueblo. ¡Es como un fluido eléctrico! ¡Desgraciada la generación que no alcance a comprender su destino, no interprete el momento, deje pasar el instante! De todas maneras sucumbirá, pero lastimeramente y sin sentido... Andréi Andréievich, ¿estará usted con nosotros?

Su figura se cernía sobre Gladkói quien, pese a que no era de poca estatura, se sentía diminuto y débil frente a este gigante. El rostro de Zaichnevski reflejaba una esperanza infantil e impaciencia. Gladkói se retiró hacia la ventana y comenzó a observar el patio sombrío cubierto de húmeda nieve gris, un trineo con los pértigos vacíos apuntando hacia arriba, a dos niños que armaban, haciéndole rodar, una enorme bola de nieve, y ésta con cada vuelta que daba se hacía cada vez más grande, pudiéndose notar que pronto no les alcanzarían las fuerzas para moverla del lugar...

— Me voy, Piotr Grigórievich.

— ¿Adónde?

— A México. No se asombre. Es un viejo sueño mío. Además, ahora allí avanza la revolución. Algo me hace presentir que se nos parecen a nosotros... Allí se

puede extraer una lección. Estoy cansado de palabrerías. Quiero ver, probar... Vendo mi hacienda y me voy allí. Los periódicos franceses e ingleses escriben mucho sobre el líder, Juárez. Es un abogado de origen indio. Es curioso ¿verdad? Quiero entender qué es revolución. El idioma español lo conozco. Vendo la propiedad, y el dinero me alcanza. El clima allí es de montaña, caluroso, bueno para mí. Así es la cosa, Piotr Grigórievich. Cuando regrese le relataré...

Zaichnevski se acercó y se paró a su lado. Los niños dejaron la enorme y pesada bola. Se sentaron en la nieve y descansaban. El cochero sacó al caballo y ahora le hacía ir hacia atrás para amarrarlo a los pértigos del trineo.

—A cada uno lo suyo... —murmuró en silencio Zaichnevski—. A usted lo espera México, y a mí, posiblemente, Siberia. A cada uno lo suyo...

—Yo no huyo, Piotr Grigórievich. Necesito comprender. No puedo de otra manera. Yo retornaré...

Notas anónimas colocadas en uno de los libros de notas de Andréi Andréievich Gladkói (en dos hojas gruesas, amarillentas, texto en español)

“El “pequeño Macabeo” pudo esta vez hacer llegar cañones de largo alcance y bombardea despiadadamente la ciudad. En el curso de una semana fueron muertos treinta y ocho mujeres y niños.

El embajador inglés insiste en que nuestro gobierno entable negociaciones con el enemigo, amenazando en caso de rechazo con una intervención “para salvaguardar los intereses británicos”.

El Presidente y la mayoría de los ministros se pronuncian decididamente en contra. Hay dos que vacilan: Degollado, que ahora se encuentra aquí, y Lerdo. Pero están en minoría.

Ayer, 6 de marzo, intentaron penetrar en la rada dos naves armadas que Miramón compró a los españoles. Nosotros sabíamos que se estaban aproximando. Tenían la evidente intención de bombardear la fortaleza y el puerto. El Presidente las denunció como naves piratas, y los norteamericanos aceptaron este criterio y las tomaron al abordaje. Según los primeros

datos, había en esas naves mil bombas de catorce pulgadas, cuatro mil equipos íntegros de armamento de infantería y sesenta mil cartuchos. Es un golpe muy duro para “Macabeo”.

Degollado y Lerdo perdieron totalmente el dominio de sí mismos. Hablan abiertamente de la posibilidad de derogar la Constitución y convocar un nuevo Congreso. Están dispuestos a aceptar la propuesta inglesa de declarar una tregua de seis meses para que “el pueblo pueda expresar su voluntad”. ¡Como si un pueblo que está luchando el tercer año por la Constitución no ha expresado aún su voluntad!

El Presidente es indoblegable, aunque se ve que la posición de sus dos compañeros de filas le provoca dolor.

El 13 de marzo en una reunión de gobierno estos dos discutían y gritaban sosteniendo la necesidad de la tregua. El Presidente sentenció: “Es así como se pierden las revoluciones”. La mayoría de los ministros lo apoyó.

El 14 de marzo Degollado, llevando instrucciones precisas, celebró un encuentro con el representante de Miramón. Resultó ser Robles Pezuela, a quien después de los sucesos de Méjico el “pequeño Macabeo” mantiene constantemente a su lado. Por cuanto una condición indeclinable nuestra para cualquier negociación es el reconocimiento de la Constitución, el encuentro resultó totalmente inútil. El Presidente demostró ante los ingleses su disposición a negociar y la intransigencia del adversario.

Las acciones de “Macabeo” son cada vez más flojas. Está claro que con la pérdida de las naves y la imposibilidad de un bloqueo marítimo sus esperanzas de tomar Veracruz se han desplomado.

El embajador británico, el Sr. Mathew, envió una airada carta en la que acusa al gobierno de falta de sinceridad. Es que Degollado, no se sabe por qué motivos, le había comunicado que el Presidente estaba dispuesto a concertar la tregua. ¡Tanto quería que así fuese que terminó él mismo creyendo en ello! Cuando el gobierno se vio obligado a desmentir esa información, el embajador fue presa de la indignación.

El 21 de marzo "Macabeo" comenzó el retiro de sus tropas. Es difícil que pueda sobrellevar un segundo fracaso. Hay datos de que sus soldados empiezan a desertar.

Lerdo volvió a plantear la discusión sobre la posibilidad de derogar la Constitución como condición para las negociaciones de paz. Ahora los franceses proponen su mediación.

Pero Degollado ya se marchó al ejército, y Lerdo quedó solo. El Presidente rechazó con firmeza el intento.

Lerdo presentó su renuncia. Esta fue aceptada.

Es digno de admiración el hecho de que en ninguna de las sesiones del gobierno, por más acaloradas que hayan sido las discusiones, el Presidente no llegó a levantar una sola vez la voz."*

Una disputa con desenlace mortal

Cuando Degollado afirmaba que por más combates que se le presentaban siempre se sentía como un profesor de derecho y no como un militar, González Ortega quedaba asombrado. Al obtener, como gobernador, el grado de general, por su parte se sentía siempre como tal. La actividad política, a la que se había dedicado con pasión antes de la guerra civil y que le reportó el título de gobernador, ahora poco le interesaba.

Le gustaba combatir.

Muy pronto adquirió un porte ideal y acostumbró a sus rígidos bigotes a apuntar hacia los costados en una posición horizontal. Con su inteligencia tosca, pero fuerte y práctica, captó el abecé de la ciencia militar. Pero su mayor virtud como general radicaba precisamente en la porfía autosuficiente y el empuje.

Degollado estimaba a cada uno de sus guerreros. Y

* A juzgar por el nivel de la información de que disponía y, a la vez, por el hecho evidente de no haber participado en los debates del gobierno, el autor de las notas fue, seguramente, un colaborador técnico del gabinete de Juárez. Es posible que las notas hayan sido escritas después de los sucesos a pedido de Gladkói.

la muerte de cada uno de ellos era para él una desgracia. Los soldados sabían de ello, y su fidelidad hacia el comandante, la constancia con que volvían a él después de cada derrota eran determinadas por ese sentimiento de vinculación humana.

González Ortega no sentía lástima por la tropa ni le temía a la sangre. Quien había empuñado las armas tomaba sobre sí también la carga del deber y del peligro. La muerte forma parte del oficio del guerrero. Y la crueldad también. Lo uno y lo otro no pueden ser objetos de discusión.

Los soldados admiraban a González Ortega. Su rigidez y seguridad.

Con Degollado sufrían juntos por la libertad y estaban dispuestos a morir por ella.

Con González Ortega iban a matar y a vencer.

Esta mañana González Ortega había ordenado conducir a su Estado Mayor (el ejército se encontraba al sur de Guadalajara) al sacerdote Luis Valdovinos, quien venía de Guadalajara y había sido detenido por una patrulla montada.

Del sacerdote el general sabía una sola cosa: todavía no es viejo y, por lo tanto, se encuentra en condiciones de ejecutar el plan. La idea se le había ocurrido hace tiempo, pero mientras el comandante era Degollado, prefirió guardar silencio, sabiendo que Don Santos, con sus absurdos principios, jamás aceptaría. Ahora Degollado se había ausentado para Veracruz, el mando había pasado a sus manos y se podía hacer el intento... González Ortega sólo esperaba encontrar un candidato adecuado, y ahora había llegado el momento...

El oficial y los dos soldados de la escolta introdujeron en la habitación a un hombre alto, vestido de sotana, debajo de la cual podían verse unas pesadas botas de viaje. González Ortega pensó que este Don Luis era demasiado apuesto para ser un sacerdote. Pero después se percató de la irregularidad de sus rasgos: vio sus sobrecejas salientes, sus grandes orejas. Y, al advertirlo, el general no pensó más en la apariencia de este hombre. No se acercó para ser santiguado ni le tendió la mano. Con un gesto enérgico y despectivo le

propuso al clérigo tomar asiento. Con una mirada despidió a la escolta. El sacerdote se sentó en un mullido sillón al lado de una liviana mesa de fumar. Con un movimiento más suave el general le señaló una caja de cigarros que se encontraba encima de la mesita. El padre Valdovinos meneó la cabeza y tragó saliva como si algo le molestase en la garganta.

Para este encuentro González Ortega se puso el uniforme de gala con cuello duro parado y refulgentes bordados de oro. Caminó un poco por la habitación deslumbrando con sus botas de charol y repentinamente se detuvo. La ceja izquierda del general Jesús González Ortega aparecía un poco más arriba que la derecha, y eso le imprimía al rostro una expresión interrogante y altiva a la vez. Como si esperase escuchar de su interlocutor algo que conocía bien desde hacía mucho tiempo y que no revestía para él ninguna importancia.

— ¿Cuántos años tiene, Don Luis? —inquirió González Ortega.

— Cuarenta y tres, general —manifestó el padre Valdovinos tratando de leer en el rostro de González Ortega el sentido de esa pregunta.

— ¿Hacia dónde viajaba usted?

El sacerdote apretó con la diestra la mano izquierda.

— Venía para aquí... al ejército...

— ¿Para qué?

— Estoy buscando a mi alumno que sirve en vuestras filas... El cabo Juan López... Está en la caballería...

— ¿Usted se lo quería llevar?

— No. Simplemente quería verlo.

— ¿Es vuestro hijo?

El clérigo se sonrió sin separar los labios.

— No, es mi alumno. ¿Por qué usted no quiere creer? Vuestro caudillo, el señor Degollado, también es discípulo de un sacerdote de Morelia. ¿No lo sabía?

— Lo sabía. Es hijo de un sacerdote.

Valdovinos se encogió de hombros.

— Es posible. Pero Juan de verdad es sólo mi alumno. Lo recogí cuando era un mozuelo que se

moría de hambre pidiendo limosna... Creció en mi casa. Estudió como discípulo mío en el seminario. Pero no lo terminó. Se fue a servir al general Parrodi ni bien comenzó la guerra... esta desgraciada guerra...

— ¿Usted no aprueba la revolución?

— Yo no apruebo el que se derrame sangre.

— ¿Y los actos de la iglesia, que induce a la gente ignorante a la rebelión y que patrocina a asesinos como Márquez, los aprueba? ¡Nadie, a excepción de vuestros obispos, tiene la culpa de que se derrame sangre!

— La culpa la tienen las jerarquías, pero no la iglesia. Y no la puede tener.

— ¡Dejemos eso!

González Ortega frunció las cejas y se alisó en las sienes su frondoso y rizado cabello.

— Nos hemos encontrado no para mantener una disputa. Quiero proponerle un papel que expiará su culpa de pertenecer a una corporación delictiva. ¡Sí, sí! ¡No lo niegue! Yo soy un creyente, un buen católico, y le digo: nuestra iglesia es una corporación delictiva. Son unos delincuentes los hombres que la integran. Nuestro encuentro no es casual, Don Luis. El Señor lo ha escogido a usted para que expíe los pecados del instigador y subversivo Miranda y otros como él.

El eclesiástico se levantó. Se le pusieron blancos los labios, después las mejillas y la frente. El rostro se llenó de manchas rojas.

— No soy digno del martirio, general —expresó—. No estoy preparado para el martirio...

González Ortega, con las manos hacia atrás, se levantó en las puntas de los pies y bajó haciendo chirriar las botas.

— Pues yo no le propongo el martirio. Le propongo acometer un acto que ha de ennoblecer ante los soldados de la libertad la imagen de otros que llevan su misma vestimenta. Y, tal vez, salvará a muchos de ellos...

— ¿Qué quiere usted de mí?

— Quiero que usted, padre Luis Valdovinos, ingrese como soldado en mi ejército. ¡No se preocupe! Usted no tendrá que combatir ni derramar la sangre de nadie.

Para nuestra causa reviste importancia el hecho en sí, vuestra propia voluntad de incorporarse a las filas de los soldados de la Reforma y la Libertad...

— ¡No puedo hacer eso!

— ¿Por qué? El cardenal Richelieu llevaba espada. Siéntese.

El sacerdote era algo más alto que González Ortega, y esto irritaba al general.

Don Luis se sentó y apretó con la mano derecha la izquierda, recobrando la serenidad.

— No, general, no puedo hacer eso. Y no porque considere vergonzoso ser vuestro soldado. Mi hijo adoptivo, al que consagré una gran parte de mi alma, si es que está vivo, combate bajo vuestras órdenes... Y tampoco porque considere prohibitivo el oficio de soldado: Hidalgo y Morelos fueron sacerdotes... Pero preveo, general, en lo que va a terminar esta guerra que ustedes, claro está, ganarán. Preveo lo que vendrá después, y por eso no puedo prestar mi aporte...

— ¿Y qué es lo que, según le parece, va a ocurrir?

Luis Valdovinos miraba con sus desconsolados ojos verdes el bordado de oro en el uniforme rojo de González Ortega.

— Tanto en Guadalajara como aquí pude ver a vuestros soldados y a vuestros oficiales. En Guadalajara tengo conocidos que son puros. Confían en mí e, incluso ahora, en que tienen que esconderse, me vienen a visitar para confesarse...

— ¿Por qué me lo dice?

— No para inculcarle lástima, créame. Lo que quiero decir es que conozco bien las esperanzas y anhelos de vuestros adeptos, los futuros vencedores. Su deseo máximo es vengarse. Algo se hizo de manera indebida. Están esperando los días en que podrán vengarse de los vencidos como espera el hombre pío el juicio del Señor y la purificación de la inmundicia terrenal. Se sienten llamados a ser los jueces... En México, como usted sabe, la vida humana siempre valió poco. Y ahora en general dejó de valer algo. Todos se acostumbraron a matar. ¿Y qué fuerza, dígame usted, podrá frenar a esa gente que tiene motivos para vengarse? ¿Qué salvará al país de las horribles proscriccio-

nes y del terror, que harán la reconciliación imposible para siempre?

— En el país habrá un gobierno legal.

— Un gobierno... ¿Qué es lo que podrá hacer frente a ese mar de odio y pasión? Supongamos que el señor Juárez llegue a ser el Presidente...

— Supongamos —añadió González Ortega.

— ¿En qué formas podrá apoyarse para frenar las arbitrariedades que cundirán en el desenfreno de la venganza? ¿De dónde extraerá el bálsamo necesario para ablandar y curar a los corazones endurecidos y desgarrados por el odio? ¿Cómo hacer que estos hombres puedan retornar al trabajo, a la familia y a la paz del hogar, incluso en el caso de que se haya conservado? ¿Quién se atreverá a predicar la moderación y la piedad? ¿Y quién lo defenderá a él mismo contra las acusaciones de traición si llega a hacer un intento de frenar la anarquía de la venganza? ¿Usted me entiende, general? No puedo estar hoy con ustedes por ese futuro insoportable. ¿Me entiende usted?

— No —dijo González Ortega—, no lo entiendo. Usted está calumniando a quienes derraman la sangre por la libertad. Por lo demás, usted no tiene posibilidad de elegir. Mejor dicho, no la tengo yo. Si usted se niega, me verá obligado a pasarlo por las armas.

— ¿Pero por qué?

— Porque vuestro consentimiento me es indispensable. Un sacerdote que se enrola en el ejército de la Reforma y la Libertad es un argumento demasiado convincente para que yo pueda tranquilamente renunciar a él.

Dió un paso adelante haciendo chirriar ruidosamente las botas y se inclinó sobre Valdovinos. Los bigotes rígidos y enroscados mostraban unas puntas inflexibles. Pero empezó a hablar no de inmediato, pues tuvo que hacer un esfuerzo para dominar la voz.

— Usted quiere que yo lo comprenda, padre, pero entiéndame usted también. Esta guerra dura ya demasiado. Dura demasiado. Hay que ponerle fin, y para ello se necesitan decisión y nuevos recursos. Estamos atascados en las nociones del día de ayer. ¡Lo que yo propongo es indispensable! Por eso mandaré fusilarle si

usted se niega. ¿Me ha comprendido?

Luego se irguió, retrocedió y alisó en las sienes los húmedos cabellos rizados.

— Acepte, padre —dijo.

Luis Valdovinos volvió a levantarse.

— Le pido... —expresó, y empezó a frotar con fuerza las manos entumecidas—. Apelo a vuestra misericordia, Don Jesús... No puedo morir sin ver a mi hijo... Si está vivo yo le imploro...

De lo que más se arrepentía en este momento el general González Ortega era haberse puesto el uniforme de gala, toda una caparazón con oros. Se imaginó como mirando de un costado a este sacerdote compungido, vestido con una vieja sotana y unas rústicas botas de viaje, y a sí mismo llevando el uniforme de las grandes ocasiones con un brillante cuello que no daba la posibilidad de bajar el mentón.

— El cabo Juan López —murmuró sosegadamente Valdovinos.

— Está vivo y no es cabo... Hace poco, dos semanas atrás, firmé la orden que lo promovió a capitán. Es un excelente soldado: inteligente, valiente y fiel.

— ¿Cuándo lo podré ver?

— Nunca. Usted comprenderá que eso es imposible. Yo debo pasar por las armas al padre Valdovinos que se negó a contribuir a la causa de la Reforma y la Libertad. Pero yo no puedo fusilar al padre de un oficial mío. Usted no lo verá y él no sabrá nada.

— Sí —dijo Valdovinos—, sí, así será mejor. Tiene usted razón...

Del libro de notas de Andréi Andréievich Gladkói (10 de agosto de 1860, Veracruz)

“La guerra civil empezó por la Constitución. Eso fue inevitable y no cabe lamentar que así haya sucedido”, me dijo hoy el señor Mariscal. Estábamos sentados en un pequeño café de la costanera, llegaba el atardecer, el panorama que se nos ofrecía era maravilloso; hay algo en este fragante aire tropical que me hace recordar a mi Ucrania, pero a la vez todo es diferente. El mar estaba totalmente liso, y sólo lo encendían los rayos del sol que marchaba al ocaso. Las

siluetas de los barcos en la bahía se iban disipando cada vez más. En dos o tres de ellos se encendieron las luces de señal. Los coches con las elegantes señoritas, que de día aquí siempre hay muchos, ya se retiraron todos. Crepitan de un modo extraño en el aire caliente las hojas de las palmeras. Sólo el zumbido acorde de los insectos denota la presencia de la vida. Y uno no piensa ni en los fuertes de este mundo, ni en los débiles... Es como si se desvaneciera. Y en este instante es que Mariscal, dando respuesta a no sé que pensamiento suyo, mencionó a la Constitución y a la guerra civil. Después nos fuimos para su casa a fin de que yo pudiera ver con mis propios ojos el texto de ese documento fatídico.

“¡Paladión de la libertad!” ¡Qué epítetos! ¡Cómo les gusta a los españoles y a sus descendientes el estilo elevado! Quise decir los pueblos romances, pero no sería correcto. A los franceses los salva la ironía, y los italianos se expresan, más bien, de manera bella que pomposa. Ciertamente es que aquí, en México, abusan de ese estilo mayormente las personas de edad. El calificativo de “paladión de la libertad” le fue dado a la nueva Constitución por el “patriarca” de los puros, el señor Gómez Farías, actualmente extinto. El Presidente Juárez no gusta de tales palabras. Es sobrio, lacónico, práctico.

Estuvimos con el señor Mariscal unas tres horas trabajando con el folleto que contenía el texto de la Constitución. Mi amigo, además, me mostró algunas de sus anotaciones referentes a diversas opiniones emitidas respecto a la Ley Fundamental.

Por ejemplo, cuando el Congreso, después de muchos meses de agitados debates, proclamó el 5 de febrero de 1857 la Carta Magna que debía regir la vida del país, el señor Gómez Farías, que presidió el Congreso, calificó a la nueva Constitución como un verdadero paladión de la libertad, plenamente humano y llamado a contribuir de la mejor manera a la civilización. Expresó que al proclamarla se sacudían los viejos prejuicios y se alcanzaba el umbral del resurgimiento; se llevaba la verdad contra el extravío, se contribuía al reinado de la razón y se abandona-

ba el provecto camino anterior y que se podía fiar por entero en el patriotismo del pueblo mexicano y en su sano raciocinio.

Estuvimos examinando casi todas las cláusulas desde el punto de vista de su novedad y vigencia. Hice apuntes muy detallados y remitiré a su debido tiempo a alguna revista rusa un trabajo sobre este "paladín". Será de utilidad para nuestro lector.

Hay en la Constitución enunciados que, expresándose en el estilo del "patriarca", llenan el espíritu de admiración y esperanza. Soy un hombre de visión estrecha: indistintamente de lo que me ocupe o de lo que razone, todo lo sopeso aplicándolo a la realidad de nuestra desdichada Patria. Y también la Constitución de aquí. Aunque soy consciente de que todo es diferente, y los tiempos son distintos: nosotros, si se quiere, vivimos, según nuestra conciencia, en el feudalismo, mientras que aquí la parte activa de la población ya ha dado un salto a los tiempos nuevos. Y lo paradójico es que la parte pasiva, ignorante de la población es todavía más pasiva y más ignorante que en Rusia. Tales son, tal vez, los indios en las selvas o en las montañas. Pero son verdaderamente contagiosos los círculos instruidos: baste a ese hombre ignorante entrar en contacto con ellos para transformarse inmediatamente. Nosotros, mientras tanto, somos tan indolentes o tan soñadores que el mujik no se nos acerca ni a una legua de distancia. El mujik ruso tiene sus conceptos formados y arraigados en los siglos con tanta fuerza, que nos considera a nosotros unos necios con todas nuestras ideas. Aquí, en cambio, la ilustración despierta confianza. Estoy escribiendo todo de manera muy embrollada, pero es que lo hago, naturalmente, para memorizar y no para ofrecerlo al lector.

Así, pues, la Constitución. Como base de todas las instituciones se proclaman los derechos del hombre, los derechos de cada persona. Y se expresa: "Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio. El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno".

Es una idea conocida, procedente del siglo pasado.

También en Rusia más de una mente trató de recogerla. Mas para que de la esfera de los sueños pueda pasar a la realidad política hacen falta instituciones representativas. ¡Hace falta una experiencia de instituciones representativas! Permanentes, por lo demás. El pueblo no ha de aprobar o cambiar su forma de gobierno congregándose en una muchedumbre, sino a través de la inteligencia y el esfuerzo de sus representantes. Cuando, digamos, en Inglaterra todavía en las penumbras lejanas del siglo trece los barones supieron arrancarle al tarado de Juan Sin Tierra la Carta Magna de las libertades, vino el parlamento. Sea como fuere, pero apareció el parlamento, concepto de la representación de los estados. ¿Y quién empezó la revolución en Francia? ¿La muchedumbre? ¡De ninguna manera! ¡Fue el parlamento! ¿Y en nuestro caso? ¿Quién y cuándo tuvo aquí sus representantes permanentes que pudieran expresar, aunque sea a media voz, aunque sea de ródilas, las aspiraciones populares? ¿La дума de los boyárdos? Fue una institución oligárquica. ¿Los concilios del Estado? Posiblemente. ¿Pero cuántas veces en nuestra historia fueron convocados? Muy pocas. En cambio se necesita una representación permanente. Hace falta una experiencia, hace falta continuidad. ¡Eso es lo que hace falta, señores!

¡Caramba, estoy perdiendo los estribos... en el papel! Mostrando lo único para lo que alcanza nuestro espíritu... Pero retornemos a los hombres de acción.

Es fácil imaginar la sensación que experimenté yo, un ruso, al leer el segundo artículo de la Constitución: "En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional recobran, por ese solo hecho, su libertad, y tienen derecho a la protección de las leyes".

Esto, sin embargo, no me avergüenza sólo a mí al leerlo. Pienso que también al gigante del Norte que se cierne sobre México este artículo significa también un buen golpe. Es interesante observar, señores, que mientras en nuestra tierra y también en los Estados Unidos arrecian las disputas en torno a la cuestión de la esclavitud, estando la cosa al borde de una riña (es de extrañar que en estados con diferentes dimensiones

históricas y distintas costumbres esto haya madurado al mismo tiempo), México, que sólo cuarenta años atrás empezó su existencia como estado independiente, ya la haya resuelto*. ¿Tal vez precisamente en la brevedad de su historia radique el quid de la cuestión? ¿Por no existir formas viciosas perpetuadas? Pero ¿y el coloso norteamericano? También es relativamente joven, y los principios en los que se sustenta son de los más espléndidos. Pero la esclavitud aquí es una realidad. No, la vida social de México es para mí todavía un misterio. En Rusia, desde lejos, todo me parecía más claro.

Las cláusulas de la Constitución local, que proclamaron todos los derechos del ciudadano, nos servirían también ahora. Libertad de palabra, prensa, de reunión y asociación.

La estructura política, naturalmente, se parece mucho a la americana; a los Estados Unidos me refiero. "Es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una república representativa, democrática, federal, compuesta de Estados libres y soberanos en todo lo concerniente a su régimen interior". En nuestro medio esto habría sido interpretado como un retorno al sistema de los principados y provocaría alusiones al yugo tártaro. Aquí, adelantándome un poco, debo señalar que igualmente no es sencilla la cosa, por cuanto los dirigentes conservadores se pronuncian en contra de la autonomía debido a que los jefes de la mayoría de los Estados están a favor de los liberales.

En Inglaterra y en los Estados de América el parlamento consta de dos cámaras, mientras que aquí, de una sola. Aquí no hay una cámara alta, privilegiada, que limite a la cámara baja. Un detalle curioso: los varones casados obtienen el derecho de elegir a los dieciocho años, y los solteros, a los veintiuno. Es la primera vez que me encuentro con un caso de aplicación de la política para estimular a los jóvenes a fundar familias.

* Por lo visto, Andréi Andréievich no sabía que la esclavitud había sido abolida en México todavía treinta años atrás.

Hay otra particularidad de suma importancia: el Congreso tiene un gran poder sobre el Presidente, este no puede comportarse como un dictador, el Congreso no se lo permitiría; pero los mexicanos están tan alarmados con sus dictaduras que temen dejar al Presidente sin vigilancia incluso para el tiempo de las vacaciones parlamentarias. Para tal efecto el Congreso designa una comisión permanente que no deja de observar la actividad presidencial ni por un instante. ¡Hasta eso se llega!

Ni que hablar que la iglesia tiene asignado el papel que le corresponde y existe separadamente. La autoridad tiene ahora el derecho de intervenir en los asuntos eclesiásticos, las escuelas dejaron de pertenecer exclusivamente a la iglesia, los bienes inmuebles, enajenados conforme con la ley Lerdo, han sido apartados definitivamente. La ley Juárez que, según la expresión del señor Mariscal, desató toda la avalancha, ha sido incluida en el nuevo código.

¡Qué hermoso es todo en el papel y en las palabras! ¡Qué penoso es todo en los hechos!

Estoy escribiendo esto al correr el tercer año de una cruenta guerra civil, de una guerra por la Constitución. ¿Quién podría pensar que un código tan sabio y tan prudente podría provocar tanto derramamiento de sangre y tanta destrucción en la vida social y económica?

Aunque, a juzgar por lo que decía el señor Mariscal, tales augurios se hicieron. El Presidente Comonfort, muy desconforme con las leyes adoptadas, había expresado que la Constitución, en vez de resolver todos los problemas y poner fin al desorden, provocaría una de las tormentas más grandes de la historia de México. Se lo dijo al señor Juárez, quien se lo refirió a Mariscal.

¿Qué es lo que este hombre nada visionario y torpe político, como dicen que fue, advirtió en la nueva Constitución que le sugirió esta predicción?

Una pregunta ingenua, pero eterna: ¿por qué tan frecuentemente las buenas intenciones del gobierno provocan secuelas tan devastadoras?"

¿No es eso desde demasiado lejos?

Con las rodillas, pantorrillas, con todo el cuerpo percibía Miramón como se ponían en dolorosa tensión los tendones y los músculos del caballo con cada salto del desenfrenado galope. El pescuezo rígido, entumecido, y la cabeza echada hacia atrás de la bestia le hacían comprender que era la última, mortal y extrema velocidad. Como si su espíritu se le hubiese adelantado, veía los convulsivos movimientos de los músculos pectorales del corcel. Y este dolor del esfuerzo imposible agotaba a Don Miguel.

Escuchó atrás un grito sollozante y, echando una instantánea mirada en el segundo que pudo permitirse, vio allí como, doblándose y retorciéndose por el sufrimiento el cuello, caía lentamente del caballo el más joven de sus ayudantes. Un poco más atrás galopaba un dragón de González Ortega sin extraer (¿por temor a que se quiebre?) la lanza de la espalda del ayudante.

Como habían sido muertos los otros dos ayudantes detrás suyo, Don Miguel no pudo advertirlo: los caballos habían entrado a correr por un suelo rocoso, el estruendo de los cascos y los resoplidos apagaban todos los demás ruidos.

El corcel adoptó, por fin, un ritmo parejo y avanzaba a galope corto agachando la cabeza. Y Miramón también bajó la cabeza, se inclinó echándose hacia adelante para ayudarle al caballo. De repente se percató de que le estaban dando alcance, de que la punta de la lanza danzaba rozándole la espalda. Y comprendió que esa punta que a saltos se le aproximaba, esa sensación del golpe mortal que se avecinaba y esa tristeza habían vivido en él los últimos dos años. Y sabía que todo eso iría a reunirse, comprimirse, encarnarse en este tosco filamento de hierro, en este negro cono mortal, calentado por el sol matinal y de reluciente punta, afilada durante la noche en víspera del combate... Miramón veía la punta de la lanza, la sentía; se enderezó en la montura, replegó los omóplatos para quitar la tensión de la espalda, para que el uniforme en ella no esté tan estirado... Hace rato que

había arrojado los dos revólveres descargados. El sable lo había roto al iniciarse la retirada; el sable se rompió cuando intentó partir con él una lanza, y al dragón que lo acosaba lo mató de un disparo el joven ayudante que ahora yacía ya bien lejos. No había salvación alguna.

Miramón metió la mano derecha al interior del uniforme y extrajo una pesada cartera con pesos oro que siempre llevaba consigo para cualquier eventualidad. Casi sin tener conciencia de lo que hacía, Miramón se dio vuelta, viendo como la punta de la lanza se encontraba a unos dos brazos extendidos y el dragón, apretando fuertemente la lanza con el codo derecho, galopaba con el rostro concentrado y la vista fija en la punta brillante enfilada a la cintura del que huía. Se dio vuelta y arrojó la cartera a la cara del dragón. Este se sacudió, apretó la rienda enroscada en la mano izquierda; el caballo perdió el rumbo y se fue para un costado. Cuando volvió a tomar la dirección debida, Miramón ya se encontraba fuera del alcance...

El Presidente Juárez recibió del general González Ortega un mensaje dando parte sobre la victoria obtenida frente al ejército de Miramón en Silao. Dejando el parte a un lado, extrajo de una carpeta preparada por Mariscal el último manifiesto del "pequeño Macabeo".

"Yo estoy resuelto a establecer la más severa economía, a reducir el número excesivo de empleados... a reducir el número de generales, jefes y oficiales que hasta aquí han elevado a sumas enormes el presupuesto nacional, sin provecho..."

...Seguiré un camino enteramente distinto del que hasta aquí se ha observado. Quitaré la multitud de impuestos que hoy molestan a todas las personas... y estableceré uno solo de recaudación sencillísima..."

Pobre soldadito de plomo que se metió en cosas que no son de su alcance. Piensa que puede cambiar la vida económica del país sin tocar su sistema político. ¡Pero, Señor, si nuestro "Macabeo" es simplemente un tonto! "Poca política, mucha acción". Atrayente consigna para quienes son capaces sólo para una mala política. Caudillo, padre de la Nación... ¡Caballero que

manda a pasar por las armas a los prisioneros!

Juárez arrojó las hojas sobre la mesa, y su propio gesto de irritación le hizo recordar algo. Sí, claro... De la misma manera en el año cincuenta y seis Comonfort había arrojado las hojas en que estaba escrito el "plan de Sacapoaxtla". Y había dicho: "Jamás en la vida he leído algo más tonto", o algo por el estilo. Mientras tanto el "plan Sacapoaxtla" inspiró, con toda su ingenuidad, al joven y poco experto en política teniente coronel Miramón. Y ahora estamos viviendo un tercer año de guerra civil, estimado Don Ignacio.

Comonfort... ¿Serán ciertas las noticias de que piensa retornar? ¡Es lo único que me faltaba! No debes hacer eso, Ignacio. Deberé aprehenderte y entregar a la justicia por traición a la Patria y amotinamiento. No debes regresar. Debes estar allí donde estás: en el reino de las sombras políticas. La época de Santa Anna, la época de las partidas y regresos pasó. Ahora sólo se van, pero no regresan. No debes retornar, Ignacio, pues perecerás.

Juárez apartó las páginas del manifiesto hacia la derecha, hacia el borde de la mesa vacía. Se encontraba solo en el despacho. Había ordenado a Mariscal que no dejara entrar a nadie durante una hora. Estaba esperando un ruso (¡qué cosa sorprendente!), pero necesitaba permanecer a solas.

Después de la primera retirada de Miramón de Veracruz, Juárez vio claramente que se estaba operando un giro. Después de la segunda retirada tuvo la seguridad de que la guerra tocaba a su fin. Las leyes de la Reforma, aunque defraudaron las esperanzas en lo financiero, sacudieron, empero, de tal manera al país, crearon una convicción tan fuerte en la mente de los vacilantes de que no hay camino para atrás, conmovieron tanto al enemigo con la decisión demostrada por los jefes de los puros que el borboteante torbellino que tenía hipnotizado y abrumaba a Juárez se transformó en un flujo, en una corriente que se desplazaba persiguiendo su fin. El segundo sitio de Veracruz fue en grado aún mayor que el primero una locura y un acto de desesperación, pero locura y desesperación derivadas de una necesidad incuestionable. Miramón no

pudo proceder de manera distinta.

Cuando González Ortega y su jefe de Estado Mayor Zaragoza obtuvieron una tras otra dos victorias, aunque en combates de segundo orden, cuando en abril en los accesos de Guadalajara fue aplastado Rómulo Díaz de la Vega todos se percataron de que la velocidad de la corriente empezó a crecer.

"¡No puedo estar al mismo tiempo en todas partes!", exclamó Miramón al enterarse del desastre de Díaz de la Vega.

El general fue apresado con su Estado Mayor, toda la artillería y, lo que parecía increíble, con mil hombres que constituían la tercera parte del ejército. Nada semejante hasta entonces había tenido lugar. Y se debió no sólo al arte de los oficiales y el valor de los soldados de las tropas constitucionalistas, sino también al cansancio de los soldados del enemigo. Habían perdido la fe. Estaban dispuestos a rendirse quienes eran unos profesionales de la guerra, hasta ayer enamorados de su caudillo. Y Tomás Mejía conducía cada vez menos y menos a sus frenéticos jinetes...

Juárez encendió un cigarro. La gruesa cerilla ardía con ruido, y se extendía el olor característico del azufre quemado y el aroma tranquilizante del humo cada vez más abultado del cigarro...

Ya no puedo comprender a esta gente apelando a la razón, sólo los presiento y adivino. Pero no se puede gobernar así al país.

¿Qué necesitará el hombre que vino de Rusia, de la que tan poco conocen en México y en la que aún menos piensan? Mariscal dijo que el visitante quiere escribir un libro sobre nuestra revolución. ¿Qué podrá entender él, si yo mismo no lo entiendo todo?

Si hasta ahora, pasadas tres semanas, no alcanzo a tomar conciencia de la victoria de Silao. El combate se dio por disposición de Zaragoza...

Si alguien hoy me preocupa seriamente, ese es Degollado.

Juárez con brusquedad e irritación puso el cigarro en el cenicero. Y volvió a sentirse desconforme con ese gesto. ¿Degollado?

¿Y Ocampo, que firmó ese maldito tratado?

opacaron como si dejaran de ver y como si toda su fuerza vital se concentrara en la reflexión. Luego inquirió:

— ¿Y qué parte de vuestro pueblo, teniendo en cuenta no sólo a los campesinos, sino también a otras capas, deseaba las reformas del emperador Pedro el Grande y necesitaba de ellas?

¡Como para dudar de que se trata de una mente práctica!

Le respondí que las nueve décimas partes del pueblo no quería esas reformas, pero que en nuestro país ya era costumbre que el gobierno empujase a la sociedad por cierto tiempo hacia adelante para que después cambie todo, cuando la sociedad exige reformas mientras que el gobierno se resiste por todos los medios.

Le volvieron a brillar los ojos y expresó:

— ¿No cree usted, Don Andréi, que esa paradoja proviene del carácter forzoso de las primeras reformas? Cuando las reformas no han sido preparadas por la conciencia popular, las instituciones públicas creadas por ellas se parecen a una fina cáscara sobre una ardiente lava. Tarde o temprano esa lava se abre paso hacia fuera.

— ¿Acaso todos los mexicanos están preparados para el sistema republicano? —pregunté con cierto disgusto.

— No —respondió—, no todos, pero la mayor parte. ¿Le extraña eso a usted? Pues, no se extrañe. Claro está, nos falta instrucción y educación. Pero nosotros, los mexicanos, empezamos a luchar por la libertad, la república y la Constitución cincuenta años atrás. No me pondré ahora a entrar en razones sobre las causas que radican en nuestra historia, pero cuando en el año diez Don Miguel Hidalgo convocó al pueblo a sublevarse contra los españoles, resultó que el ansia de libertad era muy fuerte en diferentes capas. Tal vez eso se explique también por el hecho de que los criollos y los mestizos nuestros conocen bien lo que pasa en la república vecina, en el Norte, y en Europa. Y la conciencia indígena es tan virgen que en ella prenden con facilidad las doctrinas políticas de toda índole que le

parecen justas. Un ejemplo de tal susceptibilidad lo tiene usted delante suyo.

Esbozó una sonrisa e hizo una leve inclinación. ¡Cómo me agrada su rostro y su modo de conversar! Es preciso y cuidadoso en los giros lingüísticos y la brevedad de su discurso supone un conocimiento mayor del que se expresa en las palabras.

— Nosotros, los puros —siguió diciendo—, somos discípulos de Rousseau, los jacobinos y Jefferson. Ciertamente fuimos más allá de Jefferson: no reconocemos la esclavitud y ninguna de sus formas. Pero aprendemos de nuestros vecinos, aunque en los últimos decenios hay entre nosotros mucho descontento y sangre; pero aprendemos de ellos el sistema de las garantías democráticas. Me gustan los razonamientos sensatos de Benjamin Constant, con su amor a la libertad personal de los ciudadanos. Hemos pasado una dura escuela de lucha política en la que tomaron parte todos los ciudadanos nuestros que quisieron participar. La guerra de medio siglo por la libertad nos reportó muchas enseñanzas. Pudimos probar y evaluar en ese tiempo muchas cosas. Por eso considero que nuestro pueblo está preparado para la vida republicana.

Yo le dije que en nuestro país la lava irrumpía a la superficie más de una vez, y en breves trazos le relaté el panorama de la rebelión de Pugachov. Le hablé del deseo de nuestros campesinos de vivir libremente. Asimismo, recordé que los mujiks tomaban a Pugachov por el zar Pedro III* y querían vivir, con un zar bueno, pero de todas maneras con un zar, cosa que reconocí sinceramente ante mi interlocutor. El solamente asintió con la cabeza.

— Pero —pregunté— ¿por qué, en este caso, les toca combatir una y otra vez más por la Constitución, si el pueblo está ya preparado para ella?

— La iglesia —señaló brevemente—, la iglesia es la causa. Es una fuerza peculiar de la que en Europa ya se han olvidado. En ninguno de los países europeos la

* Emelián Pugachov (1740 ó 1742-1775): conductor de la Guerra campesina de 1773-1775, cosaco del Don; tomando el nombre de emperador Pedro III levantó una sublevación de cosacos en 1773; en 1775 fue entregado a las autoridades y ajusticiado en Moscú.

iglesia ostenta desde hace tiempo el poder que ejerce en el nuestro. Incluyendo a España. Entre nosotros la iglesia está por encima de la cosa pública, es más rica que el estado y más inteligente que él, le deja a éste sólo el gobierno mecánico, mientras que se adjudica el vínculo espiritual con la sociedad. Eso es malo porque el estado, sea como fuere, debe responder ante la sociedad para cuyo bien ha sido creado. La iglesia, en cambio, no responde ante la sociedad, sino únicamente ante Dios. Y cuando se desvía de la senda de la virtud, que es lo que pasó en nuestro medio, se transforma en un monstruo. Arrasa con todo: con las almas de los hombres, sus dineros y sus obras. Y no responde ante ellos.

En ésto, indudablemente, tiene razón. Entre nosotros no hay nada parecido. Desde el tiempo en que Pedro I, respondiendo a la petición del Sinodo de designar un patriarca, se golpeó el pecho, sacó el puñal y dijo: "¡Aquí tienen al patriarca!", desde ese tiempo la iglesia es en Rusia una sirvienta del estado y nada más.

— Tal vez usted haya escuchado —continuó el señor Juárez— que el primer decreto dictado por mí al hacerme cargo del Ministerio de Justicia cinco años atrás fue el de la abolición de los privilegios de la iglesia y del ejército. Los siglos de privilegio pervirtieron tanto a nuestros religiosos que éstos se sintieron inalcanzables para ninguna ley. Y esa gente se ponía a decidir la forma de gobierno y a determinar el sistema económico. Jamás habría levantado Miramón una rebelión en Puebla si detrás suyo no estuviera el padre Miranda.

Aquí apareció en la puerta mi amigo Mariscal dando a entender que la audiencia se estaba prolongando demasiado. El Presidente me preguntó cuánto pensaba quedarme yo en México. Le respondí que no me había fijado un plazo determinado. El señor Juárez señaló que quisiera preguntarme más sobre Rusia.

Me retiré. Mariscal quedó cumpliendo sus funciones, mientras que yo fui a la costanera, a un pequeño restaurante en el que, en una sartén llena de grasa derretida, fríen magníficas empanadas de pollo, cordero o cerdo con unas hierbas aromáticas. Y si se

hace el pedido, le traen un diminuto recipiente de arcilla con un espeso café tan aromático que en Europa no se consigue por ningún dinero.

En la rada de Veracruz permanecen las naves de guerra de las potencias europeas, pero Mariscal afirma que la amenaza de intervención en México ya no existe.

Ahora, por la tarde, al escribir esto, veo ante mí la figura no grande y bien plantada del señor Juárez, su rostro moreno, como si fuera esculpido en ébano, y brillantes ojos negros. Presté atención a sus manos: pequeñas, anchas, con dedos cortos y uñas de buena forma. Claro está, uno podía formarse la convicción de que se estaba ante un descendiente de Montezuma o de uno de sus altos dignatarios, pero dejemos esto para otros. Diremos que, positivamente, este hombre es una obra de la ilustración, del sentido del deber y de las ocultas cualidades de un pueblo otrora grande que durante mucho tiempo permanecieron en lo más profundo y ahora, removidas por las tempestades del mundo de hoy, afloraron a la superficie... Releí la última frase y me puse rojo, pero no la voy a tachar. Que me quede como un reproche.

Sorprendente criatura es el hombre. El señor Juárez se halla al frente de una de las revoluciones más tormentosas y sangrientas de la historia. ¿Y qué? Vi a un hombre modesto, rigurosamente vestido y discreto.

Historia: ¿dónde están tus truenos y relámpagos?"

¿Qué precio tiene la victoria?

El senado de Estados Unidos rechazó con los votos de los senadores del Norte el proyecto de ley de ratificación del Tratado McLane-Ocampo. Pero a Melchor Ocampo ya nada lo podía salvar.

Al suscribir en diciembre aquel maldito documento que concedía al vecino norteamericano no sólo el derecho de construir vías férreas en territorio de México, sino enviar también tropas en caso necesario para su defensa, al firmar ese tratado que encerraba la posibilidad de una intervención sancionada, pero que no se podía

dejar de suscribir en ese momento, Ocampo firmó su propia sentencia de muerte política y, según se comprobó año y medio después, también física.

Entonces, en diciembre, presentó la renuncia sin esperar la reacción de la opinión pública. Ya la reacción fue todavía más aplastante de lo que junto con Juárez se habían imaginado.

Las maldiciones y burlas del gobierno conservador podían no ser tomadas en cuenta, pero la indignación de los correligionarios liberales fue como el estallido de un volcán. Las acusaciones de incompetencia, cobardía y necedad palidecían ante las denuncias de traición y entrega. Los periódicos radicales sacaban chispas de ira.

El sentido real de este acto que excluyó la posibilidad de un desembarco europeo sin conceder de hecho ventaja alguna a los norteamericanos fue advertido únicamente por los políticos de mayor visión. Pero éstos eran pocos...

Ocampo se quedó en Veracruz esperando el fin de la guerra para regresar como persona privada a Michoacán, a su hacienda, y consagrar el resto de su vida a la educación de cuatro hijas huérfanas, a traducir a Proudhon y a ocuparse de botánica.

Permanecía largo tiempo sentado en los pequeños cafés de la costanera mirando con los ojos fijos y entrecerrados el resplandeciente golfo y los buques de guerra anclados en paz. Prieto venía a verlo con frecuencia y hablaba mucho para consolarlo. Don Melchor adoptaba la máscara del sátiro riante, pero sus ojos permanecían inmóviles. Por primera vez en estos años empezó a sentir una dolorosa nostalgia e inquietud por sus hijas. Pero eso para sus adentros. Por fuera se hizo más constreñido y lento.

Cierta vez Mariscal le trajo al café a un extranjero alto, rubio, pero no un yanqui, sino de algún lugar de Europa. El visitante lo observaba con sus ojos claros, llenos de curiosidad, y trató de hacerle preguntas: primero sobre el tratado, después sobre los tiempos de Santa Anna, de la emigración. Pero Ocampo respondía con tanta brevedad y lentitud que aquél pronto guardó silencio y se fue luego de saludar con evidente turbación.

Recordaba con frecuencia su disputa con el capitán Leandro Valle allá, durante el cerco en el poblado de Acatlán, sobre el tema de lo que era la categoría de la necesidad. Y se sentía desdichado por no haber sido muerto en Guadalajara o Acatlán.

Cierta vez le pareció que en el café había entrado Degollado y se aproximaba a su mesa. Se incorporó para salirle al encuentro, mas al instante comprendió que se trataba de un desconocido. Pero desde entonces pensaba constantemente en Degollado.

Con Juárez los encuentros eran raros y casuales...

Desde las minas del Centro y del Norte venían permanentemente hacia los puertos del Golfo de México caravanas de mulos cargados de plata. Las barras por un valor de centenares de miles de pesos pertenecían a los ingleses propietarios de las minas. Ahora, en otoño de 1860, las caravanas atravesaban un territorio controlado por los generales de Juárez. Hasta el presente nadie había seguido el ejemplo de Márquez que se incautó de una de esas caravanas. Se conformaban con el tributo que pagaban los dueños de la mina.

La guerra tocaba a su fin. González Ortega y Zaragoza reagrupaban sus fuerzas preparándose para el sitio de Guadalajara. Manuel Doblado, que había regresado al ejército, encabezó los batallones de Guanajuato.

Se necesitaba un último esfuerzo. Ahora no faltaban voluntarios, el nombre de Juárez era pronunciado por los rancheros y los peones con devoción, pero había que armarlos.

Y aquí resultó que los recursos se habían agotado.

Todos los bienes eclesiásticos que se pudo confiscar fueron ya utilizados. Todo lo que se pudo obtener en las condiciones de guerra mediante la venta de tierras de la iglesia fue gastado.

No había con qué armar las reservas y alimentar la tropa.

Mientras tanto, caravanas con plata por centenares de miles de pesos, pertenecientes a los ingleses, marchaban hacia los puertos del Golfo de México. Pertenecientes a ciudadanos del temible imperio británico,

cuyas naves de guerra podían en dos horas transformar en escombros a Veracruz con el fuego de sus cañones...

Ese pensamiento sacaba a Degollado de quicio hasta más no poder. Ante sus ojos desfilaban mulas y más mulas cargando plata mexicana y sustrayendo el dinero con el que se podía costear la victoria. Por fin, la victoria... Con esos dineros se podía adquirir la paz para el martirizado país... Iban para Tampico. La plata era cargada en los barcos. Y estos se alejaban hacia el oriente.

Márquez se incautó de una caravana. Lo sometieron a un juicio militar. Obligaron devolver el dinero a los dueños. Estuvo varios meses en prisión, y sólo la derrota en Silao obligó a Miramón a excarcelarlo e incorporar otra vez en el ejército. Miramón no se decidió a reñir con Gran Bretaña.

No había con qué armar y alimentar a los soldados. Los ayudantes observaban con alarma el extenuado rostro de Degollado.

De las minas de Zacatecas transitaban hacia el puerto de Tampico por el asolado país millones de pesos.

A comienzos de setiembre Don Santos le escribió a González Ortega: "Nuestros apuros horribles de dinero y la falta absoluta de recursos dentro de ocho días me hacen pensar que para salvar al país, nos es lícito echar mano de 200.000 pesos de algunas de las conductas de Zacatecas y Aguascalientes que van a salir para Tampico. Dígame V. a vuelta de correo, y con la debida reserva, su opinión sobre el particular".

Al escribir y despachar este mensaje, Don Santos comprendió que se metió en un callejón sin salida. No dudaba que los generales le contestarían afirmativamente. Y entonces tendría que tomar sobre sí la responsabilidad por lo que sería calificado inevitablemente de robo. Estaba dispuesto a cargar con esa responsabilidad por el bien del sufrido México, de la revolución y del progreso. ¿Pero qué pasará si esa acción llega a servir de motivo para provocar un desembarco inglés? ¿Qué dirá Juárez si él, Degollado, llega a provocar el fracaso de todos los titánicos esfuerzos del gobierno y desencadenar una intervención?

No había con qué armar y alimentar a la tropa. No había con qué terminar la guerra.

González Ortega no contestó nada. Respondió Doblado.

El 15 de septiembre, sin consultar al comandante, Doblado confiscó una caravana con plata por un valor de un millón ciento veintisiete mil pesos.

"Comprendo todos los inconvenientes —le escribió a Degollado— y todas las consecuencias de una decisión tan grave, pero también estoy penetrado íntimamente de que si no se apela a providencias de este orden, la revolución se prolonga indefinidamente y el país se hunde en la miseria y anarquía para perder después su nacionalidad. En la situación que hoy guarda el partido liberal, tenemos que escoger entre los extremos de este terrible dilema: o malograr tres años de sacrificios sangrientos, y esto cuando estamos tocando al término de ellos, o echar mano de los recursos que se encuentran, sea cual fuera su procedencia. La alternativa es dura, pero indeclinable. No hay término medio posible: o autorizamos el desbandamiento de las numerosas tropas que están a nuestras órdenes o les proporcionamos recursos de subsistencia que, conservando la moralidad y la disciplina, las pongan en actitud para concluir las operaciones de la guerra. Tres ciudades son las únicas que hoy conserva la Reacción en toda la extensión de la República. Un mes de campaña y ellas estarán en nuestro poder. ¿Perdemos una situación conquistada a fuerza de sangre, por no ocupar unos caudales cuyo reintegro para los propietarios es cuestión de unos cuantos días? Si aritméticamente fuera calculable lo que va a perder el país con la continuación de la guerra, se palparía sin dificultad que es una pequeñísima suma la que hoy se ocupa..."

Cuando Doblado escribía esta carta su bien cuidado rostro de tez blanca, larga nariz y ojos ubicados uno muy cerca del otro aparecía sereno y burlón. Degollado con sus permanentes sufrimientos espirituales lo irritaba. Doblado sabía que al capitular después de las primeras derrotas y mantenerse neutral durante largo tiempo le habían privado por cierto plazo de la posibilidad de jugar los principales papeles. Y el

percatarse de ello no lo hacía más bueno.

"Será curioso ver como ese predicador y asceta saldrá del entrevero".

Pero Doblado, con su fría lógica, no podía siquiera imaginar el infierno en el que vivía ahora Don Santos.

El dilema planteado ante Degollado lo llevaba a una desesperación extrema. No podía dejar que pereciera la revolución renunciando a la plata inglesa. Estaba dispuesto a aceptar la acusación de robo, pues como comandante respondía por los actos de sus generales, estaba dispuesto a comparecer ante el tribunal si eso podía satisfacer a Inglaterra y alejar las sanciones. Pero no podía aceptar que la revolución fuese mancillada, ni denigrado su buen nombre.

Estaba seguro que Juárez, al enterarse de lo ocurrido, lo único que podía hacer oficialmente era una sola cosa: devolver el dinero. Por eso él por su propia cuenta, sin esperar la orden, devolvió a los dueños de la caravana cuatrocientos mil pesos, invirtiendo inmediatamente la suma restante en los gastos más inaplazables.

Martirizado por el carácter irresoluble del problema, permaneciendo día y noche en un estado histérico, llegó a la maniacal idea de que había que poner fin a la guerra ahora mismo.

Y dio el paso irremediable que con horror esperaba Juárez.

*Del libro de notas de Andréi Andréievich Gladkói
(29 de setiembre de 1860)*

"Nunca antes tuve ocasión de ver a Mariscal tan apenado y abatido, aunque muchas de las cosas que habían pasado durante estos meses le provocaban pesar. El solo vino a decirme que habían ocurrido sucesos extraordinarios que pronto serían del dominio público y por eso podía no ocultármelos. Resulta que Don Santos Degollado (no olvidarme de corregir las notas anteriores sobre la incautación de la plata), por razones desconocidas, se dirigió al embajador inglés, el señor Mathew, y sin notificar al gobierno le propuso a él y a Gran Bretaña mediar como árbitros en la guerra civil. Inventó un plan contemplando su propia re-

nuncia, la de Miramón, la de Juárez y el que abandonarían la actividad política en general, que los ingleses ayudarían a celebrar nuevas elecciones y el nuevo Congreso derogar la Constitución y elegiría nuevo Presidente. Pero todo esto es un asunto de larga duración; por eso Degollado propuso que el nuevo Presidente sea elegido inmediatamente... por el cuerpo diplomático. ¡Tremenda idea! Quiere decir que desea entregar los destinos de la revolución mexicana a manos de los gobiernos extranjeros. Es la misma idea del protectorado que, como me decía antes Mariscal, abrigaba Zuloaga.

Ví a Degollado cuando vino a Veracruz. Me causó una impresión imborrable. Si algo se le podía reprochar era su apasionamiento, pero de ninguna manera decir que era poco fiel a la causa de la Constitución. ¡De qué manera extraña y terrible quiebra la guerra la conciencia de los hombres! ¡Qué potencia intelectual y fuerza de espíritu se necesita para conservar la mente clara y mantenerse limpio en este vendaval de pasiones! ¡Ah, Zaichnevski, que bien le vendría estar aquí para ver y reflexionar!

Mariscal dijo que, según datos que posee el gobierno, incluso sin mediar eso Inglaterra, Francia, España y Prusia se están poniendo de acuerdo para arreglar los asuntos mexicanos según su criterio, pero no pueden conseguir la conformidad de Estados Unidos que no quiere permitir que se metan en su continente. Empero, al congregarse todos juntos pueden atreverse a hacerlo. Por eso el paso dado por Degollado resulta ahora particularmente peligroso. "En el rostro del Presidente rara vez se puede leer lo que él piensa", expresó Mariscal. "Pero hoy veo como pasa de la pena a la furia. Está perdiendo uno tras otro a sus colaboradores más cercanos".

*De la carta del Presidente Juárez al general Degollado,
de octubre de 1860*

"Como hasta ahora no es la opinión pública, sino la de usted y la del Sr. Mathew la que me indica que debo abandonar la bandera constitucional, dejando el arreglo de la administración pública, no ya al arbitrio del

pueblo mexicano que ha cerca de tres años derrama su sangre para defender su Ley fundamental, ni siquiera en manos de los reaccionarios que al fin son mexicanos; sino en las de una corporación extranjera que por haber auxiliado a los rebeldes de Tacubaya, desde la funesta traición de don Ignacio Comonfort se interesa en que la revolución termine con una transacción en que se sacrifique la Constitución vigente para evitarse la pena de reconocer al Gobierno Constitucional existente; como yo no puedo traicionar mis juramentos y lejos de eso "estoy obligado, como usted mismo lo ha manifestado en comunicación del 17 de marzo último, dirigida al Sr. Capitan Algham, a conservar en depósito del Poder Supremo de la Nación no sólo en cumplimiento de la ley, si sólo porque el artículo 81 de la Constitución ordena que el cargo de Presidente de la Unión sólo es renunciable por causa grave calificada por el Congreso, sino porque el patriotismo ha exigido de mí el sacrificio de mi reposo y abnegación para servir de centro de unidad legal, del fiel custodio del derecho, órgano de la justicia... y de protesta viva contra los abusos consiguientes al desencadenamiento de las pasiones de los partidos". La convicción de usted era tan profunda sobre este particular que en la misma citada comunicación aseguró usted "que aun cuando consultando a mi comodidad personal cometiese la ingratitud de abandonar a los defensores de la Constitución, y aun cuando conviniese en un armisticio basado en la pérdida de la libertad civil y religiosa y en la supresión del sistema representativo bajo el cual está constituida la República, mi complacencia no serviría para poner término a la guerra civil, sino para desnaturalizar las tendencias civilizadoras y humanitarias del partido liberal, para diseminar los elementos de reglaridad que todavía existen, para romper el freno a todas las pasiones, dejándolas empeñadas en una lucha más desastrosa y trascendental que la que hemos tenido hasta hoy, y para aumentar los elementos de discordia que subdividirían al partido liberal perfectamente unido hasta ahora bajo la bandera constitucional". Dijo usted más y es "que ni Dios ni los hombres me perdonarían la deserción de mi puesto, que

debía conservar mientras tuviera la conciencia de que tal era la voluntad de mis comitentes, mientras viera que la mayoría de los Estados me reconocían y respetaban, mientras no hubiera otro Presidente legítimamente electo, o mientras no hubiera un Congreso que me pudiera admitir mi renuncia". Como estas razones subsisten y las circunstancias no han variado, sino de un modo ventajoso para la causa constitucional, pues se cuenta ahora con un ejército numeroso y con victorias recientes: finalmente las proposiciones de usted son las mismas que me hizo oficial y particularmente el Sr. Mathew el 18 de setiembre próximo pasado y que contesté negativamente el 22 del mismo mes, creo excusado extenderme a disuadir a usted de su resolución tomada y sólo me limitaré a contestarle a usted que de ninguna manera apruebo su proyecto de pacificación, sino que en cumplimiento de mi deber emplearé todos los medios legales que estén en mis facultades para contrariarlo...

Deseo que se conserve usted con buena salud y me repito su amigo afectísimo q.b.s.m."

Mensaje del general Degollado a la Nación

"Cuando desde la altura de ese cadalso moral que prepara la opinión para inmolarse, implacable, a un hombre; se vuelven los ojos al pasado, y se percibe una vida oscura, pero sin mancha, una consagración a una causa santa, sin reservar la familia, ni el sosiego, ni los intereses de la fortuna, ni el amor propio, ni nada de lo que tiene más querido el hombre y en un instante, por una peripecia de la suerte, se encuentra con la pérdida de todo, filiado entre los malhechores; entonces ese suplicio es más que el martirio, porque en el martirio consuella la mano generosa de la gloria. Con los ojos fijos en mi causa, con el corazón henchido de esperanza y de fe, después de cada derrota me he levantado como una promesa de triunfo y mi queja ha sido una invocación al combate y un llamamiento al patriotismo... Yo todo lo había dado a mi patria; me había reservado, tocando para mí y para los míos hasta la severidad mezquina, un nombre puro para legarlo a mis hijos, ya que a algunos de ellos los he dejado sin educa-

ción, privándose algunos hasta de mi presencia en sus últimos momentos; la necesidad vino, sin embargo, a llamar a mi puerta, pidiéndome, en nombre de mi causa, mi reputación para entregarla al escarnio y a la maldicencia, y yo, después de una agonía horrible, maté mi nombre, me cerré el porvenir y me declaro reo. En ese conflicto que en la soledad de mi alma me ha servido de tortura, me preguntaba: ¿y el nombre y el honor nacional? La razón fría me ha contestado y me repite ahora que el nombre nacional sufre infinitamente más con la prolongación de la lucha, que el extranjero tendrá como el nacional que sufrir sus consecuencias, y que todo se pierde con la pérdida de la independencia. Se me presentaba también como contraste doloroso la conducta de Miramón con Márquez; y me respondía que esos malvados han hecho de los bienes que llaman de Dios su erario, y de su clero cómplice, un banquero poderoso, y nosotros no tendríamos más que abrir las venas del pueblo para pedirle su sangre... Y por esta razón presenté mi nombre y asumí la responsabilidad que hubiera podido eludir por la generosa resolución del señor Doblado de reportarla. Yo no he querido formar una vindicación ni eludir mi destino con subterfugios de ningún género, ni siquiera conquistar simpatías de los que luchan: estoy acostumbrado a que mi propia consagración a la causa se repunte como una obstinación funesta, y que mi mala suerte se califique como delito, hasta el punto de no haberme permitido morir por mi causa en el campo de batalla”.

De una carta de Benito Juárez acerca de la decisión sobre Degollado (20 de octubre de 1860)

“A un Gobierno que tiene la obligación de dar el más cumplido ejemplo de moralidad, que debe en todo caso obedecer y hacer se obedezcan las leyes, no le toca más que juzgar conforme éstas a todo el que delinque, sea quien fuere. Así es que, sin embargo de los servicios prestados por el Sr. Degollado; sin embargo de que era una de las personas en quien el Gobierno General tenía depositada su confianza y aun le había conferido gran parte de sus amplias facultades;

hoy que esa persona se ha separado de la senda marcada por el espíritu de la actual revolución; que ha querido nulificar una ley, se le llama, para que se le juzgue como es debido.”

Premio a las virtudes cívicas

— La iglesia no tiene más dinero —dijo el padre Miranda. En la mirada con que solía a veces fustigar el rostro excitado de Miramón no había el interés anterior—. La iglesia no tiene más dinero. La iglesia mexicana está arruinada.

Miramón iba de un lado a otro recorriendo el despacho presidencial con las mejillas encendidas y los ojos furibundos. Ya no parecía un niño avejentado. Era simplemente un hombre viejo.

— ¿Ha visto usted lo que escribieron esos canallas en su proclama? —inquirió sofocándose y con los labios temblando—. ¡Esos pilares de la sociedad, flor y nata de la burguesía mexicana! ¿Ha visto usted?

Recogió con ímpetu una hoja que se encontraba sobre la mesa.

— “Por cuanto las bases de las finanzas públicas están desquiciadas y los gastos de guerra crecen incessantemente, no quedan más que los ominosos impuestos totalmente injustos: las exacciones y préstamos forzosos afectan solamente a una pequeña parte de la sociedad”. ¿Oye usted? ¡Les interesan únicamente sus capitales! ¡Pequeña parte de la sociedad! ¿Y las decenas de miles de hombres movilizados por nosotros y por nuestros enemigos? ¡Como si esos miserables pesos que necesito para defenderlos puedan equipararse con la sangre de mis soldados! ¡Canallas! ¡Me van a pagar!

— No van a pagar, Don Miguel —pensando en algo distante expresó desganado Miranda—. Se van a esconder, huir o algo por el estilo. No le tienen fe y no van a pagar.

Miramón se detuvo frente al sacerdote. La palma de su mano derecha se cerraba y abría pausadamente.

Pero usted sabe, padre, que yo no tengo la culpa de nuestra derrota. Yo no podía estar al mismo tiempo en

todo México. El país no me apoyó. Y mis esfuerzos personales, por más grandes que hayan sido, resultaron insuficientes. No tengo de qué culparme. Estoy convencido que la felicidad se le brinda al pueblo sólo por sus virtudes cívicas...

Miranda callaba. Consideraba que era inútil discutir.

— Me resultaba difícil combatir —exclamó Miramón dirigiéndose hacia la ventana que daba a la plaza del palacio—, me resultaba difícil combatir esperando cada instante un golpe por la espalda. Yo no pretendía ocupar este puesto. Pero Zuloaga mismo me designó. ¿Y después?

Zuloaga de verdad se portaba de manera inconsecuente. El 9 de mayo de 1860 anunció que separaba al general Miramón del puesto de Presidente Provisional y retornaba al gobierno. Para todos estaba claro que su retorno agravaría las dificultades. Y Miramón procedió con decisión. Mandó arrestar a Zuloaga. Y entonces pronunció una de sus frases históricas: "¡Yo le voy a mostrar como se debe portar un Presidente!" Poco antes de la batalla de Silao, cuando Miramón marchó con las tropas hacia el norte al encuentro de González Ortega, Zuloaga huyó hacia las montañas de Michoacán.

El gobierno se desplomó. Los oficiales volvían la cara cuando chocaban con la mirada de su caudillo. Después de haber puesto González Ortega en Silao dos mil prisioneros en libertad, la deserción se transformó en una calamidad.

González Ortega, después de la renuncia de Degollado al mando del ejército constitucionalista, cayó enfermo. El 17 de octubre asumió la jefatura el general Ignacio Zaragoza.

El 30 de octubre tomó Guadalajara.

Márquez, puesto en libertad por Miramón, marchó con los batallones de veteranos para romper el bloqueo de la ciudad. Pero llegó tarde.

Zaragoza le salió al encuentro, lo ayudó de los refuerzos y, de manera metódica, asestando una serie de sucesivos golpes desde diversas direcciones, terminó por aplastarlo.

A comienzos de noviembre el general Zaragoza, al frente del ejército liberal unificado, se puso en marcha hacia Méjico.

Porfirio Díaz limpió de reaccionarios a Oaxaca amenazando a la capital desde el sur...

... Miramón comprendía que la guerra estaba perdida. Pero el furor que lo embargaba, el rencor hacia aquellos que se apartaron de él, que no lo apoyaron con la pasión con la que él estaba dispuesto a luchar por su ideal obligaron a Don Miguel a buscar nuevos y nuevos medios.

Vendió en remate los bienes de todas las instituciones de enseñanza de la capital. Obtuvo sumas insignificantes.

Acompañado por varios oficiales, fue a la residencia de la embajada inglesa abandonada ya por Mathew, y confiscó setecientos mil pesos que componían los intereses de la deuda mexicana a Gran Bretaña. Mathew lo declaró saqueador.

El ejército de Zaragoza se acercaba. El dinero inglés no alcanzaba para equipar nuevos batallones: demasiados veteranos cayeron o se dispersaron después de Silao, demasiada artillería se había perdido durante el último año.

Entonces el general Presidente se dirigió al banquero Jecker, un suizo que había adoptado poco tiempo atrás la ciudadanía francesa.

Los defensores de la libertad volvieron a sus hogares

A las diez de la mañana del 22 de diciembre de 1860 el general Miramón comprendió que había perdido el último combate de la guerra.

Al comenzar la batalla lanzó las dos terceras partes de sus fuerzas contra el flanco izquierdo del adversario con la intención de batirlo y salir a la retaguardia de las divisiones del centro. Pero el enemigo disponía de reservas demasiado poderosas.

González Ortega asumió el mando un día antes de comenzar la batalla. Aún no se había restablecido del

ahora más: la alegría o el pesar. Miraba los jubilosos rostros de los soldados —demacrados, despreocupados, confiados— y sabía cuantos desengaños les esperaban mañana, cuando pase el arrebató de la victoria.

¿Quién tendrá la culpa de ello?

Tienen ellos leyes justas, un gobierno sincero y honesto. Tienen, por fin, la voluntad de ser libres y felices.

Y hay una carga terrible que pesa sobre el país durante decenios, carga agravada por la guerra. Hay un laberinto de intereses internacionales y un juego feroz de ambiciones e intrigas.

Y hay un enemigo artero como la serpiente escondida: la casualidad...

Miraba los rostros de los soldados y pensaba: ¿quién de ellos habrá estado en Guadalajara cuando se lo intentó fusilar? ¡Como mezcló a todos el torbellino de la revolución...!

El majestuoso González Ortega, con uniforme bordado en oro, iba a caballo acompañando a la carroza. Bigotes apuntando horizontalmente a los costados, altanera ceja alzada: la imagen de la fortuna militar.

Juárez salió del carruaje frente a la entrada del palacio presidencial. Subió lentamente las escaleras. Antes de entrar al despacho pasó por la pequeña piecita donde, por orden de Comonfort, estuvo detenido desde el 17 de diciembre del cincuenta y siete hasta el 11 de enero del cincuenta y ocho. Estaban la misma mesa y el mismo diván. Es posible que desde aquella vez nadie se haya asomado a este cuarto.

La primera reunión del gobierno la convocó para las 9 horas de la noche.

El general Miguel Miramón se alejaba, tratando de evitar los poblados y grandes caminos, hacia la costa oriental, por la senda de Santa Anna, Comonfort y demás desterrados. Iba a las selvas de Veracruz para montar varias semanas después en una nave francesa y abandonar México...

La vía crucis de los vencedores (I)

*Carta a Doblado de su agente político en Méjico
(25 de marzo de 1861)*

“Mi muy estimado amigo:

Quien sabe, tal vez sea esta mi última carta. Soy viejo y, pese a mi condición de mero observador de las cosas, los acontecimientos de estos seis años me han envejecido como por un cuarto de siglo.

Nuestra historia de los últimos cincuenta años fue bastante agitada; estos años abarcaron sucesos de tal importancia que, según pienso, alcanzarían para llenar otros cincuenta años más. No logro captar todos los acontecimientos por la rapidez con que se desenvuelven.

Trataré, sin embargo, de referirte lo que está pasando actualmente en la capital para que, cuando vengas, no pierdas tiempo en averiguarlo todo.

Nuestra bancarrota financiera es evidente. Si el gobierno pudo pagar con dificultad los sueldos al ejército, de ninguna manera habrá dinero suficiente para saldar la deuda con el exterior.

Es asombroso, pero el gobierno de Juárez y el Presidente mismo, que ganaron la guerra civil y salvaron a la democracia, se han convertido en el blanco de ataques más furiosos que los reaccionarios que todavía quedan, como Márquez, quien junto con sus bandidos se dedica a la depravación en las cercanías de Méjico. Simplemente, de ellos se olvidaron.

Murió Lerdo (¡un caso, lo que se dice, de muerte repentina!) y en los periódicos todos estos días cunden los gemidos y el llanto. Te juro que muchos de los desconsolados que lanzan quejidos de dolor por Don Miguel se habrían olvidado de él si cada una de sus palabras no estuviera dirigida, como una piedra lanzada al aire, contra el señor Juárez. “El gigante de la reforma”, “la inteligencia más vigorosa y más práctica con que contaba la revolución progresista”, “el autor de las Leyes de Reforma”, “la personificación de la iniciativa progresista”, “el más trascendental de los hombres políticos”, etc., etc. Y detrás de todo esto hay una sola

intención: ¿Por qué murió el gigante Lerdo, mientras que el pigmeo Juárez sigue viviendo y ocupando el primer puesto?

Claro está, si las arcas estuviesen llenas y las cosas marchasen sin contratiempo, la opinión de los periódicos sería distinta. Anhelan un milagro y piensan que Lerdo podía haberlo producido. ¡Cuán acertadamente escogió el momento de su alejamiento para sustentar su reputación!

Todos quedaron estupefactos al ver que las riquezas de la iglesia, que parecían inagotables, casi se agotaron en tres años de guerra. Y la gente ingenua que apostaba a esos misteriosos caudales y no a los recursos económicos del país, quedó presa de la desesperación y la rabia. Quienes pagan ahora los platos rotos son Juárez y sus ministros.

¿Hace mucho que el intachable señor Ocampo cayó víctima del tratado con América? (tú sabrás que se fue para Michoacán y se niega a retornar a la actividad política). Ahora le llegó el turno a su amigo, al señor Prieto. Este asumió el Ministerio de Hacienda y, claro está, se convirtió en el toro para los matadores periodísticos. No pudo realizar el milagro de la resurrección financiera, no mostró dotes de alquimista, cosa que reconoció honestamente, y fue acusado de sembrar el pánico, de contrarrevolución y antipatriotismo. Su reputación política está perdida.

La cuestión de Degollado volvió a encenderse como una antorcha. Es que éste sigue bajo juicio, pese a que tiene de su parte la simpatía y congratulación general. Pero Juárez desea que todo se haga según la ley. El juicio se aplaza por la falta de materiales que todavía no han llegado de Veracruz. Los nervios de Don Santos no han aguantado, y éste armó un grandioso escándalo político acusando al Presidente de todos los pecados que se pueda imaginar.

“¿Cómo es posible que el Exmo. señor Presidente permanezca expectador frío de tantos vituperios contra el que fue su fiel servidor...? ¡Qué! ¿No merece algún respeto la desgracia ni consideración ni amparo, el desvalido?... Bien o mal, yo he servido a la causa nacional y he probado, hasta en mis desaciertos, mi

buena intención y el anhelo por ser útil a mi país. Todo esto me destroza el alma y exacerba mis sentimientos a tal grado que, a pesar de mi natural prudencia y de mi organización con temple de acero para el sufrimiento, prorrumpo en estas quejas y lanzo al viento mis gritos de dolor, aunque seguro de hallar y recoger desdenes y acaso mofas y silbidos. No busco, señores, ni la gratitud ni el aprecio público por mis servicios, porque ya sabía antes de ponerme al frente del ejército constitucional que en todos los países y en todos los tiempos, los servicios a la patria no han encontrado más que almas envidiosas y corazones desagradecidos. A grandes merecimientos mayores ingratitudes: tal es el flaco de la humanidad. Pero creo que tengo derecho a pedir que se aguarde el fallo de mis jueces, que se me deje vivir en paz, que se me olvide y que se me haga la gracia que solicitó Diógenes: que no se me quite el sol”.

Esta carta abierta la publicó Don Santos en la prensa pensando que hablaba sobre sí mismo y reprochaba a Juárez. Pero, en realidad, Juárez podría quejarse aún con más fuerza si tuviera los nervios más flojos. El Presidente, empero, crea la apariencia de que todo está en orden y trabaja día y noche.

Pero no todos ni mucho menos, son de la misma pasta. El general González Ortega no supo sobrellevar con dignidad un instante en que se hizo impopular. Después del éxtasis que lo rodeó las primeras semanas del triunfo, apareció en la sombra común del desprestigio gubernamental que recayó en él como Ministro de Guerra. Y sus nervios tampoco aguantaron. Demandó al Presidente separar del gobierno a los señores Zarco y Ramírez por falta de confianza de parte de la sociedad. El general estaba seguro que el reclamo del héroe de Silao y Calpulalpan sería satisfecho inmediatamente. Nada de eso pasó, mi amigo. El Presidente rechazó con serenidad esas exigencias, y nuestro triunfador presentó la renuncia. Esta fue aceptada. Todos saben que González Ortega tiene el firme propósito de ser presidente el mismo y no le asigna a Juárez la menor importancia como adversario. Hace poco le preguntaron si consultaba sus órdenes con Juárez. A esto

respondió en público: "Acabo de entregarle sus cien pesos diarios, es lo único que le importa".

Tú comprenderás, amigo mío, el tenso silencio que se produjo en las primeras horas que siguieron a este incidente. Todavía unos cuantos años atrás semejante conflicto habría derivado en un golpe militar. González Ortega goza en el ejército de suma influencia... Y hay que decir en honor de nuestra actual sociedad que la mayoría de la misma se puso de parte de Juárez. Incluso aquellos que ayer lo vituperaban se pusieron de su parte. A González Ortega lo incitaba a pronunciarse sólo un grupo de muchachos que no hicieron a tiempo de distinguirse en la guerra pasada y deseaban por eso otra más. Pero el general mismo se apresuró por apartarse de ellos y asegurarle al pueblo que guardaba plena fidelidad a la democracia.

Así es que en los momentos de crisis la mayoría orienta su mirada a Juárez y a nadie más. Juárez es confiable, infunde seguridad.

Tal vez todavía no sepas que en lugar de González Ortega fue designado Ministro de Guerra el general Ignacio Zaragoza. Tú que combatiste con él, lo conocerás. Pero para el público de la capital es un enigma. Dicen que el Presidente lo aprecia por su sangre fría indolegable y su fidelidad a la democracia. Algunas malas lenguas afirman también que González Ortega, no siendo más que un aficionado del arte militar, le debe agradecer sus últimas victorias, en gran parte, al plan dispositivo elaborado por el profesional Zaragoza. Pero es algo sobre lo que yo no puedo opinar.

La campaña electoral llegó a su término. Los adeptos del señor González Ortega baten los tambores glorificando a su caudillo y prometiéndole a México la felicidad bajo la dirección de su jefe.

El señor Juárez en general no hace nada para ser elegido. Cumple, simplemente, sus obligaciones de Presidente.

¡Sorprendente espectáculo!

Aquí termino esta carta, querido amigo mío. Necesitaría formularte un pedido muy particular: ¿no habría allí, en Guanajuato, un médico que cure los males de la columna vertebral? Me han aparecido en las

vértebras, por sobre la cintura, unos nudos que me molestan horriblemente al caminar. Ni que hablar de andar a caballo.

Si no me llegas a encontrar vivo al regresar a Méjico, no dejes de seguir mi último consejo: no te niegues a ocupar el puesto de ministro en el Gobierno de Juárez, ya que éste triunfará en las elecciones.

Y recuerda a tu afectísimo amigo q.b.s.m."

La vía crucis de los vencedores (II)

Cuando en la madrugada del 29 de mayo de 1861 Gladkói descendió del caballo en la entrada de una espaciosa casa rodeada de canteros, Don Melchor lo recibió con sorpresa que se transformó en frialdad cuando Andréi Andréievich empezó a hablar cosas sobre la inapreciable experiencia de una personalidad como el señor Ocampo.

—Tengo una sola experiencia digna de la atención general —manifestó éste mirando al huésped— y es la del cultivo de coles.

Y únicamente cuando Gladkói, recordando las recomendaciones de Mariscal, relató sobre su libro y estudios científicos, Don Melchor se hizo más afable.

Las hijas del señor Ocampo habían partido a la cercana villa de Maravatío para una fiesta. En la casa, además del dueño, estaban solamente la vieja ama de llaves y dos niños sirvientes.

Una mitad del día Ocampo estuvo mostrando al visitante sus campos e invernaderos y por la tarde se sentaron en la terraza. Ocampo se acordó como Mariscal le había traído una vez a Don Andréi al café.

—Mis recuerdos de Veracruz son bastante extraños —comentaba—, todo parece un sueño. Todo lo que había pasado antes: el exilio, la revolución de Ayutla, el motín de Comonfort y Zuloaga, los veo con tanta nitidez que dan ganas de cerrar los ojos... Veracruz, mientras tanto, parece rodeada por una neblina. Pero una cosa se aclaró en Veracruz con evidencia absoluta, y usted, Don Andréi, debe escribir acerca de ello en primer lugar, y es que en Veracruz se vio que podía

salvar a México un solo hombre: Don Benito Juárez.

Gladkói sacó del bolsillo del fraque varios recortes de periódicos.

— ¿Cómo explicar, en este caso, lo siguiente? “El Presidente es una roca, nada lo conmueve, nada lo obliga, nada escucha y de consiguiente de nada sirve. Quítese el señor Presidente de firmar indultos, de apoyar a los empleados de la reacción, de platicar en familia con sus ministros, de extraviar cuanto le es posible a su gobierno, y ya no se encuentra para otra cosa Presidente de la República. ¡Ay! que triste es ver soportar todo el pueblo la pesada carga de un Magistrado Supremo, que no tiene más títulos para estar hoy en el poder, sino los que le ha dado la representación de la Corte de Justicia; nosotros habríamos cambiado mil presidentes de esa Suprema Corte por un solo hombre de la Revolución”. Esto fue publicado en marzo, en la víspera misma de las elecciones.

— ¿Es una opinión de los clubes revolucionarios?

— Precisamente.

— Pero inmediatamente después de esto fue elegido Presidente, de todos modos, Benito Juárez y no González Ortega. Al Presidente, según yo considero, lo elige el pueblo, y no los miembros de los clubes revolucionarios para los cuales la revolución es un valor en sí mismo...

— Y sin embargo...

Ocampo parecía más fresco y animado que en aquella ocasión, en Veracruz, pero había algo de fatiga y lentitud en su voz y en sus gestos.

— Sí, naturalmente, los jóvenes radicales tienen mucha más ilustración que los indios que usted vio por el camino cuando venía a verme. Pero nuestro desdichado pueblo tiene una magnífica virtud: sabe esperar.

— ¿Acaso es una virtud en tiempos de revolución?

— Sí, efectivamente. Por más raro que parezca... Usted conoce que los mexicanos empuñan las armas con facilidad... Decenas de revoluciones en medio siglo. Usted ya sabrá, seguramente, que un viejo sacerdote al que conocían sólo en su parroquia, el padre Hidalgo, llamó al país a sublevarse por la libertad, y el país se sublevó... Pero cuando el pueblo siente que hay que

esperar, espera. Mientras tanto esos arrojados muchachos que demandan el retiro de Juárez, un juicio contra mí, maldicen a Prieto y sueñan con la presidencia del magnífico González Ortega, esos muchachos no saben esperar. Anhelan un milagro. Juárez no es de aquellos que se dedican a dar funciones de magia. Sabe hacer solamente una cosa: lo que hace falta. Y no prometer aquello que no puede suceder... Le aseguro a usted, Don Andréi, que no me fui por ese absurdo tratado que nosotros no podíamos dejar de firmar, no por las calumnias ni por enfermedad... No... Se lo aseguro: me fui porque me cansé de mirar de frente a la realidad. Soy un hombre de idea. Amé y sigo amando a mis ideas que son para México... Pero me cansé de su desajuste con la realidad.

A Gladkói le pareció que Don Melchor podía con dificultad mantener erguida su pesada cabeza de espesa melena, que hacía un constante esfuerzo para no dejarla caer sobre el pecho, no cerrar los ojos.

— Dígame, Don Melchor, existen leyes únicas de desarrollo político, o...

Ocampo levantó la mano. Gladkói calló. Ocampo aguzó el oído.

— Alguien se acercó a la entrada —consignó, y redujo la mecha de la lámpara.

Únicamente ahora Andréi Andréievich notó que había salido la luna y las paredes de la hacienda despedían una opaca luz. La galería que rodeaba el patio interior estaba toda iluminada, no quedaba en ella un solo rincón oscuro. Gladkói también puso atención tratando de captar los sonidos. El canto de los grillos ora arreciaba, ora se hacía más alejado.

— No, me pareció...

Andréi Andréievich se extrañó por el alivio con que Don Melchor pronunció estas palabras.

— ¿Si son únicas las leyes del desarrollo político, dice usted, Don Andréi? —manifestó Ocampo, pero su mirada, que escudriñaba por toda la galería bañada con la luz de la luna, permanecía retraída—. Sí, claro está, hay tales leyes. ¿Pero cómo identificarlas? Bueno, en suma todo es sencillo. Comparando la revolución inglesa, francesa y la nuestra me detuve ante un enigma

indescifrable: ¿cómo comienza todo? ¿Quién es el iniciador: el pueblo o los héroes entusiastas? ¿Quién conduce a quién? De esto depende mucho...

Repentinamente interrumpió la frase y con expresión adusta y lastimera miró directamente en los ojos de Gladkói.

— ¿Usted se extraña por mi alarma? Es que hace poco me advirtieron que pulula en las cercanías la banda de Márquez...

¿El "tigre de Tacubaya"? A Gladkói las manos se le pusieron de plomo. "¡Dios mío, pero es que está totalmente desprotegido en su hacienda!"

— Dos noches atrás varios jinetes se habían acercado al muro, pero en seguida desaparecieron... No es por casualidad que despedí a las hijas. Tengo cuatro hijas, Don Andréi, unas hermosas niñas... Yo nunca viví como la gente. No estuve casado, pero fui padre de cuatro hijas... Y su madre, Ana María, falleció... No viví como la gente... Así se dieron las circunstancias. Pero terminaré, según parece, de manera bastante acostumbrada para los tiempos de hoy...

Se sonrió alegre y despreocupadamente.

— ¡Don Melchor, tiene que irse usted inmediatamente! ¿Por qué no se va a Méjico o siquiera a Maravatío?

— ¿Huir? No, no. No soy culpable de nada ni ante nadie... No, por voluntad propia jamás volveré a abandonar mi casa... Mañana le mostraré la colección botánica que he reunido durante los últimos meses. Tengo de qué ocuparme, Don Andréi.

A la madrugada, cuando uno de los niños les sirvió el café, Gladkói dijo:

— Usted tiene que irse a Méjico, Don Melchor.

— ¿Para dar cuentas al Congreso sobre ese infeliz tratado? No, no, yo no tengo miedo, todo eso son tonterías... Pero cuando me pongo a reflexionar me da una pena... No. Además, todavía no está sembrado el maíz. En nuestras tierras, ni bien se termina de recoger el trigo, se empieza inmediatamente a sembrar el maíz, pues comienza la temporada de las lluvias y, una semana más tarde, ya no se puede... Yo mismo debo ver el trabajo...

Pasaron al tema de las costumbres mexicanas, de la religión y los seminarios...

— No piense que el papel del clero es una cuestión muy sencilla. Miranda es un sacerdote, pero también lo fueron Hidalgo y Morelos. Juárez estudió en un seminario, y nuestro servidor también. Ingresó a la facultad de derecho en Méjico después del seminario. Entre los párracos rurales hay hombres buenos, magníficos. Es una de nuestras paradojas: sin la iglesia y los seminarios no habrían aparecido quienes después combatieron tan ardientemente a la iglesia.

Hablaron sobre Juárez, sobre Degollado.

— Si Don Benito es la severa razón de la revolución, Don Santos es el alma poética doliente. Su caída es un triste signo. Juárez no quiere ver esto. Si, nosotros tres: Degollado, Prieto y yo somos el día de ayer de la revolución. ¿Pero cómo serán los hombres del mañana? Juárez no es eterno...

Almorzaron. La silenciosa ama de llaves y el niño servían la mesa. Las persianas cubrían las ventanas abiertas, y en la habitación con piso de ladrillo reinaba una relativa frescura.

Tomaban té añadiéndole un vino del lugar de uva del campo que le daba un fuerte sabor a frutilla. Y Andréi Andréievich recordó la despensa materna con la fila de frascos tapados con blancos pedazos de tela...

Ocampo se portaba de manera alegre y casi tierna con el huésped.

Luego pasaron al despacho, y miles de libros rodearon a Andréi Andréievich que permanecía atónito. Gladkói extendió la mano para sacar al azar un grueso volumen encuadernado con cuero oscuro, y en ese momento Ocampo exclamó:

— Vienen.

Se acercó a la ventana del despacho que daba a la ladera de la montaña y al camino. Gladkói se ubicó a su lado y, a través de las rendijas de la persiana, vio la cuadrilla que avanzaba a trote largo por la colina. La polvoreda rojiza hacía imposible contar el número de los jinetes. Eran no menos de diez.

— Tengo un revólver en el dormitorio —dijo Gladkói.

— Déjelo, Don Andréi —respondió Ocampo mirándolo cariñosamente—. Los revólveres no ayudarán. Esperemos... No sabemos, además, para qué vienen... Le pido a usted que diga que es un gringo. Usted parece serlo. Ellos, de todos modos, tienen miedo de tocar a los americanos...

El primero en entrar fue un oficial muy apuesto de alta estatura.

— Capitán Lindoro Cagiga —dijo con voz vibrante—. ¿Quién de ustedes es el señor Melchor Ocampo?

Ocampo inclinó ligeramente la cabeza.

— ¿Y el otro?

— Es mi huésped, el señor Andrew Gladki, ciudadano de Estados Unidos de América, que viaja con fines científicos.

Cagiga miró a Gladkói. Andréi Andréievich asintió secamente.

— Lo invito a usted, señor capitán, y a vuestros acompañantes a la mesa —expresó Don Melchor con un ademán de afabilidad y espera.

Cagiga meneó burlonamente la cabeza.

— No, señor Ocampo. Es posible que vayamos a cenar juntos, pero no aquí. Por orden del Presidente de la República, el general Don Felix Zuloaga, y del comandante de las fuerzas de resistencia a los usurpadores, el general Don Leonardo Márquez, yo lo arresto por delito de lesa patria.

Hizo un chasquido con los dedos, bronceados y fuertes, y en la habitación entraron tres hombres: uno de ellos con un uniforme azul de soldado que tenía una larga y espesa hilera de botones sin lustrar y los otros dos con rústicas y cortas cazadoras y anchos sombreros.

Ocampo hizo un gesto de resignación con las manos.

— Es difícil negarse a una invitación de esta clase —expresó mirándolo a Gladkói—. Lo siento mucho, Don Andrew, pero tendré que dejarlo por cierto tiempo solo en esta casa... ¡Qué se le va a hacer!

Gladkói dio tres ligeros pasos y se plantó ante el oficial. Sus ojos estaban a un mismo nivel que los de Cagiga, de color oscuro. Andréi Andréievich notó la inseguridad.

— Mi gobierno, capitán, el gobierno de Estados Unidos reconoce a un solo Presidente de México: a Don Benito Juárez. Yo le prevengo: si usted le llega a hacer daño a un hombre tan conocido y respetado en todo el mundo civilizado como el señor Ocampo...

— ¡Basta! —gritó Cagiga y se apartó un paso de Gladkói. ¡Como no lo van a defender ustedes, si le ataca México a vuestro Presidente! ¡Y por eso pronto voy a responder!

Ocampo vio como temblaron los claros bigotes de Gladkói, dejando ver los dientes apretados en un gesto de furia.

— ¡Déje usted, mi amigo! —exclamó apresuradamente tocando la mano de Andréi Andréievich—. Usted ve la indignación patriótica que embarga a estos defensores de la soberanía mexicana. Hay que estimular tales sentimientos...

Cagiga rasgó con la uña la pistolera. La piel bajo los ojos se le puso oscura.

— Yo sé que usted es un conocido cuentero, señor Ocampo —dijo— y no me propongo discutirle. Usted tiene sus cosas y yo las mías. A este gringo dígame que no lo vamos a tocar y que por eso debe ponerse contento. ¡Marche adelante! ¡Es hora ya!

Cagiga extendió la mano hacia la puerta.

— ¡Qué se le va a hacer, Don Andrew! —manifestó Ocampo—; sus labios se contraían como si estuviera reprimiendo una sonrisa. Yo siempre sabía que para ser un político se necesita cierto ingenio, mientras que para ser considerado un hombre basta con conservar el ánimo...

Después de eso salió. Cagiga y los otros tres salieron detrás de él.

Gladkói vio a través de la persiana como partieron para dirigirse a trote largo hacia las colinas marrones del oriente...

A la media hora marchó detrás de ellos.

Los peores días del Presidente

Doña Margarita se le acercó por detrás, le puso las manos sobre los hombros y le dio un beso en el cabello

liso y brillante. Juárez estaba sentado tras la mesa en su despacho doméstico.

— Juárez: ¿ellos no se atreverán a matarlo?

— No tienen lo que perder.

— Pero si les dijeron que entonces matarían a sus adeptos de aquí.

— En primer lugar, ellos no creen que yo voy a dar semejante orden y, en segundo lugar, si esto llegara a suceder, Márquez se sentiría muy feliz. Nos habríamos equiparado los dos...

— ¿Y tú no los puedes detener?

— No, Margarita, no puedo.

— Pero me han dicho que fueron aprehendidas esas mujeres... la madre de Márquez y la esposa de Zuloaga.

— ¿Y qué? Incluso si decidiéramos transformarnos en fieras, eso no nos reportaría beneficio, querida. Por fortuna, Margarita, el mal no reporta beneficios a quienes profesan la virtud. Miles de enemigos están ahora en nuestras manos. Pero, si los matamos sólo haremos daño a nosotros mismos y a nuestra causa... Eso no tiene remedio. El mal reporta beneficio sólo a los malos. No tenemos ley alguna por la que se pueda acusar a estas dos mujeres. Su participación en el rapto de Don Melchor no ha sido probada por nadie. Al causarles daño, nosotros mismos nos transformaríamos en delincentes...

— ¿Qué hacer entonces? ¿Qué hacer?

— No sé. Si quisieran un rescate, se lo pagaríamos. Pero ellos quieren sangre. Responder con sangre de inocentes por la sangre de un inocente nosotros no podemos.

Don Melchor, Don Melchor... Si no fuera por ese desventurado tratado estaría ahora en Méjico.

En aquella ocasión en Guadalajara, cuando fue anunciado que los irían a fusilar, Don Melchor, sonriendo melancólicamente, se puso a escribir el testamento en su libro de notas... En Acatlán, bajo las balas de los soldados de Landa, entabló una discusión con Valle sobre la categoría de la necesidad. ¿De qué se pondrá a hablar con sus verdugos?

Zaragoza y Valle se desesperan por reunir varios miles de soldados para cazar a Márquez. Pero no hay

dinero, no hay dinero... Hubo que remitir de Veracruz de vuelta a Nueva Orleans una gran partida de armamentos. No había con que pagarla... El gobierno acudió a los usureros para obtener un préstamo de un millón...

Las dos terceras partes de las recaudaciones de aduana son destinadas para pagar los intereses de la deuda externa... Ese dinero daría la posibilidad de sanear las finanzas. Pero Inglaterra, Francia y España... ¿De dónde salió esa leyenda sobre las riquezas de México? ¿Sigue conservándose desde los tiempos de Hernán Cortés? Necios...

Asesinarán a Melchor. Sí, lo asesinarán. Saben lo que hacen. Esperan que nosotros fusilemos a los rehenes. Es lo que quieren. Así se produciría una nueva explosión de odio y venganza. Otra vez acudiría a ellos la gente...

Dolor en el pecho y pesadez en la nuca.

— ¿Dónde está mi fraque, Margarita?

— No, Juárez, ellos no se atreverán a hacer eso. Juárez, ¿verdad que no se atreverán?

La vía crucis de los vencedores (III)

Tres días estuvieron marchando hacia el oriente. Iban por una región vasta y despoblada, donde hace poco Don Melchor recolectaba sus herbarios. A veces encontraban gente que reconocía a Ocampo. ¿Quién no lo conocía en Michoacán? ¿Pero qué podían hacer ellos?

En la tarde del 2 de junio de 1861 llegaron al pueblo de Tepeji del Río, a cuarenta millas de Méjico.

Ocampo fue encerrado en una pequeña habitación de la hostería local. Se sentó en la cama de hierro, estiró las piernas doloridas por el cansancio, se apoyó con la espalda en la pared y trató de no pensar en nada.

La ventana estaba cerrada con persianas. Las ranuras de las mismas aparecían iluminadas de rojo: la ventana daba al poniente.

Las interminables tierras vacías por las que estuvieron viajando pasaban ante sus ojos envueltas en una

aureola pulsante, reseca, a la espera de prontas lluvias, o cubiertas por tupidas hierbas y matorrales allí donde corrían los ríos de las montañas. ¡Cuántos rancheros libres podrían alimentar aquí a sus rebaños, cuántos tenaces y laboriosos indios podrían sembrar el maíz! Si todas las tierras pudieran ser repartidas... ¡Qué gran pueblo libre podría crecer en ellas si llegaran a ser repartidas con justicia! Un pueblo de labradores y pastores libres. Y nada de grandes haciendas. Propietarios distintos, pero pequeños...

Juárez eso lo comprendía. Juárez sabrá como hacer para que los sueños se transformen en realidad... Y en eso radica la diferencia entre Juárez y él, Ocampo, en que Juárez es el hombre de la realidad práctica y él, el hombre de la idea...

Pronto vinieron a buscarlo.

En la sala de la hostería, una habitación larga, rectangular y con bajo techo, tras una de las mesas —pesada y oscura— estaban sentados dos hombres. Uno de ellos tenía la cara larga, huesuda y rígidas arrugas bajo el mentón. El otro era obeso, tenía la frente que se le ensanchaba hacia arriba, los ojos inyectados y grandes labios. Ambos vestían uniforme de general. Un poco más allá estaba el capitán Cagiga.

—No puedo decir que me alegro de verlos, señores —expresó—. Pero ya que me han invitado con tanta insistencia, ofrézcanme por lo menos que me siente. Estoy cansado.

—Las bromas están de más —dijo con voz rechinante el primero—. No lo invitamos para agasajarlo. Pronto usted comparecerá ante el tribunal. Usted es un delincuente.

—¿Y de qué me acusa usted, señor Zuloaga? —inquirió Ocampo.

—De lo mismo, aunque le parezca extraño, que lo acusan sus propios correligionarios. Por circunstancias justificables usted no leyó los últimos periódicos. Puedo comunicarle que el veintinueve de mayo uno de los diputados del Congreso lo calificó de traidor y exigió una investigación exhaustiva de los hechos que rodearon la firma del tratado sobre las concesiones de la vía férrea y su llamado a la capital.

—Ahora comprendo por qué todo el tiempo estuvimos yendo en dirección a Méjico. ¿Se ha tomado el trabajo de hacerme llegar hasta la capital?

Zuloaga frunció sus ralas cejas. Márquez se rió doblando los labios.

—Usted se equivoca, señor gracioso. La autoridad legal en México somos nosotros. El señor Zuloaga fue y sigue siendo el Presidente legítimo. Y lo vamos a juzgar. El hecho de que sus actos han indignado incluso a esos usurpadores de Méjico es un testimonio de su indudable culpa.

Ocampo se encogió de hombros.

—Suscribí el tratado como ministro de gobierno, y no como una persona privada. Para juzgarme se necesita escuchar los testimonios de mis colegas. Por eso yo propondría trasladar los debates al Congreso.

—Yo preferiría —dijo Márquez entrecerrando los ojos, y su rostro se hinchó de sangre—, yo preferiría fusilarlo con mis propias manos por todo lo que usted y los que son como usted le hicieron a México. Eso es lo que yo preferiría. Y en el acto...

—No —dijo precipitadamente Zuloaga, mirando con cierto susto a Márquez—, todo debe ser como manda la ley. ¡La sentencia sólo la dicta el jurado!

Ocampo fue llevado por la guardia.

—Señor Presidente —dijo Márquez mirando al inmóvil Cagiga—. Tenemos todavía un preso más... Al que capturamos con el correo... ¿Qué hacemos con él?

Zuloaga se frotó el rígido gaznate.

—Se le puede fusilar sin juicio, por cuanto fue aprehendido portando armas.

—¡Muy bien! —Márquez se levantó, Cagiga también—. Buenas noches, señor Presidente.

La noche la pasó Ocampo durmiendo tan profundamente en la cama de hierro con gruesa estera en vez de colchón que, al despertar, no alcanzaba a entrar en sí. Una manta de niebla tenía ante los ojos, la cabeza pesada, las piernas flojas. Le permitieron lavarse: salió al patio y el centinela le echó agua de una jarra.

Entonces se le quitó definitivamente el sueño, la cabeza se le aclaró.

Le dieron una tortilla y un plato de frijoles.

Las persianas de su habitación fueron abiertas, y pudo ver los destacamentos a caballo que marchaban por la calle. En Tepeji del Río se reunieron no menos de varios centenares de los hombres de Márquez.

Vino el cura y empezó a decirle algo, mirándole con compasión. Don Melchor sólo recordó: "México está cansado de la sangre vertida". Pero no tenía deseos de entrar en conversación, y menos aún de comulgarse. Entonces expresó:

— Padre, le aseguro, estoy bien con Dios y Dios está bien conmigo.

El sacerdote se fue compungido.

Ocampo, sentado en la cama, pensaba en México, en lo que haría Juárez al enterarse de su muerte. "Basta que no lo obliguen a la venganza..." Pensó que si el cargo de Ministro de Guerra estuviera ocupado por Degollado, éste no permitiría linchamientos. ¿Y Zaragoza? A él no lo conocía.

Recordaba el rostro exangüe de Degollado cuando éste había venido a verlo allá, en Veracruz, después de la reunión del gobierno. "Quieren juzgarme como traidor... ¡Pues bien! Don Benito sabrá... El conoce si soy traidor o no. Solamente que sea más pronto..."

¿Para qué Zuloaga necesita la farsa del tribunal? Preferiría tener que tratar con este asesino declarado de Márquez...

Entró Cagiga.

— Vamos, señor Ocampo --dijo con indiferencia.

— ¿Los jueces ya están reunidos?

— Sí, están esperando.

— Yo no sé la rapidez con que ustedes ejecutan aquí las sentencias, y quisiera escribir mi testamento.

— Es derecho suyo.

Trajeron tintero y papel.

"Después de Guadalajara no escribí testamentos... Tres años y medio... Un plazo demasiado largo para los tiempos presentes..."

Enumeró a sus cuatro hijas y a la hija adoptiva, la quinta. Indicó claramente lo que recibía cada una de ellas. Expuso algunas recomendaciones y órdenes para su mayordomo. Escribía sin prisa.

Cagiga hizo un chasquido con los dedos.

— Ya estoy terminando, capitán --respondió Ocampo.

"Muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en conciencia que era bueno".

Dobló la hoja y la dejó sobre la mesa.

— Que se lo entreguen al sacerdote.

Le ordenaron montar en un rocín. Una decena de jinetes lo rodeó. Salieron del poblado y marcharon sin presura por el blando camino. Los cascos de los caballos se hundían en el rojizo polvo.

A la media hora se detuvieron frente a una pequeña hacienda.

Salíó un viejo asustado con canosas patillas.

— ¿Cómo se llama la hacienda, señor? -- preguntó Ocampo.

— Caltenango, señor --contestó precipitadamente el viejo—. Hace mucho que no me ocupo de política, y en general nunca me interesé mucho por ella... Soy un abogado en retiro de Morelia...

Y aquí reconoció a Ocampo.

— Dios mío, Don Melchor...

Miraba con horror a los hombres armados.

— Váyase a la casa --dijo Cagiga—. Nadie lo va a tocar.

Todos se apearon.

— ¿Tiene usted algún deseo, señor Ocampo? --preguntó Cagiga.

Don Melchor pensó.

— Posiblemente añadiría algo en el testamento.

En lo del viejo abogado encontraron tinta, pluma y papel. Ocampo se sentó en un banco emplazado bajo un vetusto cobertizo.

"Lego mis libros que ascienden a unos diez mil a mi querido Colegio de San Nicolás en Morelia..."

Luego, con expresión risueña, dirigió una mirada a los hombres de Cagiga que lo rodearon.

"...Claro está, después de que los señores encargados de fusilarme escojan aquellos que despierten su interés".

— Lo menciono a usted en mi testamento, capitán --le dijo a Cagiga—. Es de su interés hacerle llegar este

añadido al mismo sacerdote que recibirá el testamento.

Cagiga miró la nota escrita.

— No logrará humillarme, señor Ocampo —expresó con indiferencia.

Se alejaron a unos cien pasos de la hacienda de Caltenango.

Un retorcido árbol semiseco se levantaba en una pequeña colina parduzca.

Cagiga le ordenó a Don Melchor con un gesto colocarse al lado de la colina.

Los soldados se pusieron en formación frente a él.

— Esperen —dijo Ocampo—, me ha quedado un poco de dinero.

Sacó el portamonedas y se lo tendió al cabo. Este lo llevó...

Los soldados alzaron los fusiles.

Ocampo vio a Juárez de camisa blanca, la imagen que le quedó grabada de aquella ocasión, en Guadalajara. Que lástima no haber sido fusilado cuando al lado se encontraban Benito y Guillermo... Juárez, con el rostro levantado, pleno de decisión y orgullo, salió hacia adelante y, abriendo los brazos, los cubrió a todos...

*Del libro de notas de Andréi Andréievich Gladkói
(7 de junio de 1861, después de regresar a Méjico)*

“...El viejo que vivía en la diminuta hacienda me mostró adónde se habían dirigido. Fui hacia allí. Yo comprendía que los verdugos no gustan de testigos y podrían matarme. Pero pensé que le sería más fácil morir viéndome a mí, y no pude renunciar a brindarle este postrer auxilio. Sin embargo, no me vio. Y él, y los soldados, estaban parados de costado hacia mí. Un manto de polvo rojo apagaba el ruido de los cascos, y nadie se percató de mi presencia. Me detuve a la distancia de unos cincuenta pasos. Los soldados levantaron en ese momento los fusiles, y el oficial había desenvainado el sable. Y de repente Don Melchor, que se encontraba inmóvil, con la cabeza baja, la irguió y avanzó hacia adelante, directamente hacia los caños de los fusiles. El oficial, apresurado, bajó el sable. Vino la descarga. Ocampo cayó y empezó a

fustigar la tierra en sus convulsiones, apretándose con las manos el pecho. El oficial gritó una orden. Los soldados volvieron a cargar, nerviosos, los fusiles. Tres de ellos sin esperar otra señal le dispararon a Don Melchor a quemarropa, y éste enmudeció.

Yo no sentía miedo. En ese instante no pensaba y no experimentaba nada, sólo miraba y recordaba involuntariamente cada detalle. Ahora mismo, al cerrar los ojos, veo todo eso delante mío, siento el aire tórrido agobiante como una bóveda candente, el tono rojizo de todo el paraje, las desteñidas blusas azules de los soldados y los amplios hasta el absurdo pantalones de sus uniformes... Un indio de anchas espaldas con uniforme de cabo se quitó de la cintura una cuerda que llevaba enrollada, sujetando con ella el cuerpo de Don Melchor. Después, junto con otro soldado, lo arrastraron hacia la planicie donde estaba el árbol. Hicieron pasar la cuerda por encima de una rama, cerca del tronco, y alzaron el cuerpo en toda su estatura para que no toque el suelo. Ataron la sogá y se detuvieron para mirar su obra.

Luego se movieron en dirección mía. Yo estaba sentado en la montura y los esperaba. Me sentía totalmente vacío. Pasaron a mi lado sin reparar en mí. Únicamente el oficial, el mismo que prendiera a Don Melchor, me miró indiferente en la cara.

Dos soldados quedaron en el lugar donde estaba el ejecutado, se sentaron en el suelo y fumaban.

Yo me acerqué al árbol, me bajé...”

¿Cómo responder a esto?

Se aproximó al árbol. Los soldados lo miraban desde abajo con sorpresa.

Había un cansancio adusto en ese peso del cuerpo gravitando sobre la tierra. Andréi Andréievich tendió la mano y sumergió los dedos en los cabellos tupidos, calentados por el sol, de Ocampo y alzó su cabeza. La sangre de la herida que tenía en la frente le había inundado el rostro y, mezclada con el polvo, formó una húmeda máscara roja. Gladkói se asombró con pena de

la fuerza con que la cabeza de Don Melchor tendía a inclinarse otra vez sobre el pecho perforado por las balas. La mano de Gladkói temblaba por el esfuerzo que hacía, pero aquél seguía sosteniendo la cabeza y observando el desfigurado rostro.

¿Cómo responder a esto? ¿Cómo debe un hombre que se conceptúa como tal, y no una fiera inconsciente, contestar a esto? ¿Qué hacer? ¿Responder con las balas? ¡Sí, con las balas! ¡Con las balas! Llegado a esto, hay que responder con las balas.

Aflojó los dedos y miró en derredor: donde se divisaban los grises muros de la pequeña hacienda los soldados estaban montando a caballo.

Gladkói sujetó con la mano la cuerda entre la rama y el cuerpo.

— ¿Qué hace? ¡Está prohibido! —le gritó desde abajo uno de los soldados y pegó un salto. El otro siguió sentado.

Gladkói vio que el caño del fusil estaba dirigido contra él. Retiró la mano, se sentó en la montura y espoleó el caballo siguiendo al destacamento que se alejaba...

Juárez se enteró de la ejecución de Don Melchor a las siete de la mañana del cuatro de junio.

Movilizando en un instante su fuerza de voluntad apagó en su mente toda invocación y recuerdo. Ahora se necesitaba otra cosa: no permitir linchamientos, matanzas de presos políticos.

Don Melchor está muerto.

Márquez estaba provocando a los vencedores. No había que permitir que este asesino consiguiera matar también el honor de la revolución.

A las dos horas el Presidente estaba parado en su despacho frente a una representación de ciudadanos de Méjico que demandaban la inmediata ejecución de los reaccionarios presos en las cárceles de la ciudad.

Se encontraba frente a ellos erguido, con la mano derecha puesta tras la solapa del fraque negro, esperando que terminen de desahogarse expresándole su indignación, enojo, deseo de venganza y desconfianza con la actitud pasiva que le achacaban. Veía que la expresión de expectante excitación iba transformándose

se en sus rostros en una terquedad maléfica. Los comprendía. El crimen necesitaba ser vengado. Estaba de acuerdo con ellos.

Juárez esperó que se restableciera la calma. Lo habían dicho todo.

En el despacho se impuso el silencio.

— Yo los comprendo, señores —dijo calladamente—. Don Melchor, como ustedes saben, era mi mejor amigo. Igual que ustedes desprecio a los malvados que lo asesinaron. Y les juro que lo haré todo para que los criminales sean castigados.

Hizo una pausa. Todos esperaban.

— Pero me niego a convertirme en criminal yo mismo, y transformarlos en criminales a ustedes, señores. ¿Por qué hemos estado combatiendo tres años? Por la Constitución. Por que las leyes dictadas por los representantes del pueblo y aprobadas por él sean observadas al pie de la letra. En nuestra Constitución no existe cláusula que nos otorgue el derecho de ajusticiar siquiera una sola persona, aunque culpable ante el pueblo, pero no sentenciada aún por el juzgado. Ustedes quieren que yo imparta la orden de fusilar a nuestros adversarios presos en la cárcel. Pero es que ellos igualmente se encuentran ahora al amparo de la ley, hasta el momento del juicio, en que la ley ha de pronunciar su veredicto.

La terquedad maléfica no desaparecía de sus rostros.

— Ustedes me han elegido Presidente para que proteja la ley y la justicia, y no para que atente contra ellas. La legalidad y la justicia fueron la bandera de nuestra revolución, de nuestra guerra. Hemos triunfado. Pero si tomamos el camino de la arbitrariedad destruimos los frutos de nuestra victoria. No impartiré ninguna orden para fusilar a los presos y me resistiré por todos los medios a los intentos de hacer justicia por propia cuenta. Quienes asesinaron a mi amigo Ocampo son unos bandidos. Mientras tanto yo soy un jefe constitucional de una sociedad civilizada.

Los representantes se fueron huraños y decepcionados.

Varios minutos después ante Juárez comparecían

tres jóvenes hombres tremendamente diferentes: el Ministro de Guerra, general Ignacio Zaragoza; el comandante militar de la capital, general Leandro Valle, y el coronel Porfirio Díaz recientemente llegado de Oaxaca. Díaz se puso más ancho, macizo, pero siguió conservando la elasticidad gatuna de antes. Juárez no había visto a su discípulo más de tres años, y ahora lo observaba con satisfacción. Porfirio había reconquistado Oaxaca...

Pero esto también el Presidente se esforzó por olvidar.

— Las calles están llenas de gente, Don Benito —expresó Díaz con satisfacción—. Quieren respuesta a los crímenes de Márquez. ¡Y tienen razón! ¿No es hora de enseñarle a esa inmundicia que no se nos puede fastidiar?

Miraba con sus entornados ojos gatunos y se podía notar como bajo el uniforme poníanse en tensión y palpitaban los músculos. Juárez apartó la vista de él. La fijó esperanzado en el ancho, preocupado y huraño rostro de Zaragoza.

— En caso necesario mandaré a las tropas a ayudar a la Guardia Nacional. Si la muchedumbre empieza a asaltar la cárcel, las fuerzas de vigilancia no podrán hacer frente a la situación.

— He ordenado doblar la vigilancia —dijo Juárez.

— Es lo mismo señor Presidente. Pero, hablando francamente, la intervención del ejército no es deseable. Eso irritaría al pueblo...

Juárez se tiró para atrás en el sillón y se apoyó reciamente con las manos en el borde de la mesa, dando la impresión de querer voltearla.

— ¿Te acuerdas, Porfirio —exclamó sin mirar a Díaz—, como en el cincuenta y seis, en Oaxaca, tuve que salir a la calle con el bastón en la mano para alejar a nuestros radicales de la cárcel?

— Aquellos que usted salvó —puntualizó Díaz— apreciaron vuestra bondad... Después tuve que pelear contra ellos tres años seguidos sin descanso... ¡Cuántos puros de verdad, hombres fieles murieron!

— El señor Presidente tiene razón —manifestó Valle—. No hemos combatido para terminar siendo

iguales que nuestros enemigos. Para eso no valía la pena esforzarse...

— Si en contados minutos no resolvemos lo que tenemos que hacer, después será tarde —dijo Zaragoza—. Yo estoy en contra de la venganza sin mediar el juicio y en contra de la ley de Lynch.

Juárez se levantó.

— Ahora tomaremos una decisión. Y lo primero que haremos es poner en libertad a la esposa de Márquez. No tenemos contra ella la menor prueba.

Díaz, que observaba por la ventana, se volvió exclamando con furor:

— ¡Ella es la mujer de un asesino!

Juárez suspiró hondamente.

— Y este hombre —señaló con la mano a Valle— es amigo de infancia de Miramón. ¿Si no me han dicho mal, Don Leandro, usted y Miramón fueron compañeros de escuela? ¿Y al abandonar Méjico le dejó a usted el cuidado de su familia?

— Exacto, señor Presidente —consignó Valle con despreocupada sonrisa—. Me entregaron una carta de él ni bien entramos en la ciudad.

— ¿Y qué?

— Doña Concha y el niño se encuentran en completa seguridad, naturalmente.

Juárez miró a Díaz.

— ¿Qué hacemos con este colaborador de la reacción, Porfirio?

Díaz se defendió haciendo un dejo con la mano.

El Presidente se levantó de la mesa.

— Voy a la calle —expresó.

— No —replicó inmediatamente Valle—, eso lo haré yo. Soy yo quien responde por el orden en la ciudad, señor Presidente.

Reportaje del corresponsal de uno de los periódicos principales de Estados Unidos, fechado el 4 de junio de 1861

“Antes de iniciar el relato sobre la sesión del Congreso que no tuvo precedentes por las pasiones y nobles arranques que la caracterizaron, les referiré a los lectores dos hechos de los acontecimientos del día de

hoy que encierran toda una época.

Después de haberse difundido a las ocho de la mañana por toda la ciudad la noticia sobre la muerte del señor Ocampo, miles de personas de todas las clases y profesiones salieron a las calles profiriendo maldiciones a los asesinos y reclamando inmediata vindicta. ¡Todavía cinco días atrás al pobre Ocampo lo calificaban de traidor por haber suscrito el conocido tratado, y ya ahora todos estaban sumidos en la congoja y la ira!

¡Qué es lo que no escuché en las calles, donde en cada esquina oradores indignados exhortaban a las multitudes a la acción! Triunvirato, convento, terror: todas las reminiscencias de la revolución francesa, miles de ideas parecidas se discutían por todas partes.

Por último, la muchedumbre excitada, al enterarse que el Presidente Juárez, fiel a los principios de la legalidad, se negó a ordenar la ejecución inmediata de los reaccionarios reclusos en el presidio, se dirigió sola a la cárcel La Acordada, en la que se encontraban muchos de los partidarios del régimen depuesto.

Lamentablemente, vine tarde. Al llegar corriendo hasta la cárcel y después de abrirme paso con dificultad entre el gentío, vi al general Valle parado de espaldas a la entrada y con los brazos en alto. Ya estaba por finalizar su discurso: "¡Les juro que se hará justicia de manera rápida y estricta!", comentaba con voz sonora. "¡Pero eso será justicia, y no bandidaje! ¡Ciudadanos! ¡Nos vengaremos de los asesinos en combate! ¡Así proceden los hombres libres! ¡Sólo los esclavos pueden despedazar a sus víctimas para colmar sus pasiones! ¡Créanme, ustedes me conocen!"

Y aquí un enorme mestizo, con un costado del pantalón descosido casi a todo lo largo y la camisa desabrochada y que se encontraba parado al lado del general con un garrote en la mano, abrió su formidable y dientuda boca y lanzó un grito tan tremendo que el general, me parece, se asustó por primera vez: "¡Viva el pelado Valle!"

¡El general Valle había conquistado otra victoria!

¿Por qué "pelado", preguntarán ustedes? Ahora lo explicaré. Estoy seguro que la turba fue domeñada no

por el discurso del general, sino por su personal encanto y popularidad. Leandro Valle, el más joven de los generales de Juárez que le salvó la vida al Presidente al comienzo de la guerra civil, goza del cariño no sólo de los soldados que sirvieron bajo su mando, sino también de la masa ciudadana. Al público mexicano le gustan las personalidades originales. El general Valle es, precisamente, una personalidad de este tipo. Figura fuerte y esbelta, deslumbrante sonrisa bonachona en el rostro, tez blanca, minúscula barbilla y el cabello corto hasta el extremo —y de ahí el apodo de "el pelado Valle"— tal es el retrato de este general. No, no sería completo sin hacer mención de su consabido ingenio y de su pequeño sombrero redondo, nada parecido al de un general, que lleva puesto en la nuca. Es conceptuado como uno de los militares de mayor talento. El y Zaragoza son los astros emergentes del ejército constitucionalista que vienen en reemplazo de los generales políticos como Degollado y González Ortega.

Así es que el general Valle, que recorrió al galope la ciudad, evitó que la muchedumbre derramara sangre.

Y, sin embargo, los rumores sobre ejecución de presos llegaron hasta los diplomáticos extranjeros. Y todo su cuerpo se presentó ante el Presidente. Este los recibió junto con su Ministro de Relaciones Exteriores, el señor León Guzmán. Y el embajador ecuatoriano, el señor Pastor, en nombre de todos los enviados del exterior solicitó al señor Juárez aplazar las ejecuciones, sobre los que se tiene plena información, y no equipararse a los bandidos Márquez y Zuloaga.

Me relató este episodio una persona que estuvo presente en la ocasión. El hombre quedó maravillado por el comportamiento del Presidente Juárez. Bien sea por los acontecimientos de estos días que pudieron haber mellado los antes inalterables nervios del Primer Mandatario, bien sea por la ofensa que le significó la sospecha de que podría ser capaz de cometer algo semejante, lo cierto es que su famoso dominio de sí mismo esta vez le falló. Mi relator me refirió que, al escuchar la declaración, el Presidente se puso blanco, hizo un precipitado movimiento hacia adelante como si quisiera abalanzarse contra los gratuitos consejeros y

empezó a hablar después de prolongada pausa durante la cual trató de dominar la ira que lo embargaba. Dijo casi literalmente lo que sigue con un tono sumamente recio: "El gobierno mexicano sabe en qué consiste su deber y su dignidad. No tuvo siquiera en mente proceder de manera tan bárbara con personas que se encuentran bajo la protección de la ley y de la autoridad. Lamento profundamente, señores, que tengan una opinión tan baja de la República y la consideren capaz de tan vergonzoso acto. También me siento sorprendido ante el hecho de que representantes de potencias tan respetables hayan podido creer en rumores difundidos por toda clase de canalla. Yo exijo, señores, que ustedes retiren inmediatamente lo dicho, tan ofensivo para mí como jefe de Estado".

Todavía nadie había hablado de esta manera en México con diplomáticos extranjeros. Claro está, éstos se excusaron en el acto y se retiraron del palacio...

Pasemos ahora a lo que sucedió algo más tarde en el Congreso.

Las galerías para el público en la sala del mismo tronaban. Los presentes exigían medidas extraordinarias. Esta vez la presidencia no pedía orden y silencio. Yo miraba esto y recordaba las sesiones del año cincuenta y siete, cuando el Congreso discutía la Constitución. ¡Cuánta sangre había corrido desde entonces! ¡Y cuándo cesará de correr!

La presidencia leyó una carta. ¿De quién creen ustedes que era? ¡De Márquez!

Toda la sala prorrumpió en un rugido de ira al escuchar como este monstruo, que hizo del asesinato su profesión, vertía lágrimas de cocodrilo por su víctima y, en nombre del sentido de lo humano, exhortaba a terminar con la bárbara guerra. ¡De verdad que el cinismo suele no tener límites!

Puso fin al caos reinante en el recinto el Ministro de Guerra, el general Zaragoza. Este hombre de sangre fría a toda prueba no en vano sustituyó al general González Ortega en el puesto ministerial. Es un demócrata a carta cabal y totalmente fiel a Juárez, mientras que el brillante González Ortega mostró tener ambiciones al estilo antiguo. El general Zaragoza apuntó

que el tiempo no espera, y si el Congreso llegara a resolver el problema de las asignaciones, al otro día ocho mil soldados iniciarían la caza de los bandidos de Márquez. En este instante la presidencia anunció que pedía la palabra el señor Degollado.

Este, cuya dramática historia es conocida por los lectores, salió adelante bajo los aplausos y aclamaciones de la concurrencia. Manifestó que vino a pedir justicia: para los criminales que consumaron un vil asesinato, y para sí. Pidió ser condenado o absuelto. Solicitó al Congreso permiso para combatir: no como un general ni como un oficial, sino como un simple soldado. Juró por la memoria de Ocampo que jamás aspiraría al poder, sino que su único deseo era pelear contra los asesinos. Observando la sala, enfatizó con sonora voz que se sentía estupefacto por el hecho de que no se haya levantado toda la ciudad como un solo hombre para batir a los monstruos que ultimaron al más brillante de los ciudadanos de México. Y dijo asimismo: "No ofrecemos a Ocampo llanto de mujeres. Sus manos reclaman algo más, reclaman energía, justicia y sólo justicia". Le aplaudían. Lo sublimaban. Uno de los diputados llamó a los cielos y la tierra a testimoniar la inocencia de Degollado. El Congreso le permitió participar en las acciones de combate. El juicio fue postergado por un plazo indefinido."

La vía crucis de los vencedores (IV)

En el consejo de guerra de esa tarde Degollado y Juárez estuvieron sentados juntos. Zaragoza informó con voz uniforme sobre el plan de acción contra los destacamentos de Márquez y Zuloaga.

Aprovechando un momento en que todos estaban discutiendo el plan, Don Santos puso sus largos dedos sobre la manga de Juárez.

— Sí, Santos, sí —dijo éste en voz baja sin volver la cabeza.

Sí, amigo mío, sí... ¿Acaso yo no creo en tu honestidad y nobleza? ¿Pero qué hacer si no tengo derecho a apartarme del camino recto? Ustedes todos

— Naturalmente, un año atrás le propinó a usted la paliza en el llano...

— Con usted da gusto hablar, Don Leandro, usted es muy divertido. No es lo que ese cara de acelga de Degollado. No le causa a uno la menor satisfacción fusilar a tipos así...

Valle apretó la mano herida contra el pecho doliente para hacer más fuerte el dolor. Quería gritar de rabia y de impotencia. ¡Zaragoza, Zaragoza! ¡Esto no debe repetirse por tercera vez!

Siguió sonriendo.

— Debo felicitarlo, general. Ahora en Méjico ya no lo llaman más "tigre de Tacubaya". Ahora le dicen "el chacal de Monte de las Cruces"... Sí, chacal... ¡Cómo se enredó todo en México! ¡Simples rateros que estarían bien en las ferias hurtando carteras se han transformado en asesinos! Las cosas que pasan... Lástima grande que mi amigo Miramón no lo haya fusilado por robo...

Márquez observaba a Valle con los húmedos ojos repletos de sangre.

— No es nada, Don Leandro; por eso le será grato a su amigo saber que a usted lo fusilé precisamente yo... Vuestro maestro Ocampo fue sentenciado por traición a los intereses de México. Usted será ajusticiado por traición a nuestra santa iglesia a la que persigue y denigra...

Hizo con la cabeza un gesto dirigido a los soldados que se encontraban a cierta distancia y se fue.

Valle miró en derredor.

— Fusílenme allí, en el cruce.

Enfiló, tambaleándose, hacia un tupido árbol que se levantaba un poco más arriba de la ladera, al lado del sendero.

Lo mataron casi a quemarropa, despojaron del uniforme y colgaron el cuerpo en una gruesa rama del robusto tronco...

*Del libro de notas de Andréi Andréievich Gladkói
(23 de junio de 1861)*

"Logramos rescatar por paga que les ofrecimos a los bandidos el cuerpo del general Valle (el del general

Degollado desapareció sin que quedaran rastros). Yo fui junto con varios oficiales. Pudimos, por intermedio de los vecinos de un pueblo contiguo, entablar negociaciones con los verdugos. Estos exigieron quinientos pesos. No tuvimos otra salida, pues podían arrojar el cuerpo a cualquier precipicio. Entregamos el dinero, y los campesinos trajeron el cadáver.

Yo fui para el caso de que se tuviera que negociar con Márquez y su "presidente". Yo ya lo conocía. El me consideraba un yanqui.

Ese terrible día terminó de una manera sorprendente. Al regresar entrada ya la noche a casa, supe de la dueña que me habían traído de la embajada inglesa una carta. Hacía tanto tiempo que no recibía cartas de Rusia, que ya me había desacostumbrado de ello. Abría el sobre, muy grande, mientras ante mis ojos seguía presente la imagen del general Valle, perforado por las balas. ¿Y qué había en el sobre?

Si dos años atrás alguien me hubiera dicho de que el Altísimo Manifiesto* sobre la liberación de los campesinos rusos de la servidumbre yo lo leería en América, en México, llevando traje de campaña y botas con espuelas, botas cubiertas por el polvo de unos caminos que a cualquier ruso corriente ni en el más afiebrado de los sueños le podían venir en mente, ¡a ese alguien yo me le reiría en la cara!

Estando parado, me miraba en el enorme espejo que tenía enfrente y me reía como un beato repitiendo: "¡También en Rusia! ¡Reforma! ¡También en Rusia!"

Sólo después miré lo que decía la carta de Iván Gavrilovich**. En dos comarcas ya se tuvo que utilizar la fuerza armada para imponerles a los campesinos las condiciones de la liberación... Y eso que la carta estaba escrita en abril. ¿Qué pasará más adelante, si desde un primer momento hubo decenas de muertos y heridos?

* Se tiene en cuenta el Manifiesto sobre la abolición de la servidumbre en Rusia, promulgado en 1861.

** En el paquete de cartas adjuntas a los libros de notas hay solamente cartas (o copias de ellas) escritas por mexicanos. Algunas de ellas aparecen en el presente libro. No hay una sola carta de Rusia. Andréi Andréievich, seguramente, las destruyó antes de regresar por temor a un registro.

Quiere decir que nosotros también estamos dispuestos...

Es hora de ir para la casa, señores. Es hora...

Pronto será medianoche, y yo sigo sin poder recombrarme...

No, no es temor ni es alegría. Es una sensación diferente. Como si esa noticia proveniente de la tierra patria era lo que necesitaba para apreciar todo el panorama de aquí y comprender la disposición de Rusia. Si el pueblo ha respondido con rebeliones a la proclamación de la libertad ¿cómo será la indignación que lo embarga? Empero, hay que ser más cuidadoso en los juicios. Pasaron años desde que me fui de Rusia, y pudieron cambiar allí muchas cosas. O quizás, después de lo de aquí, vaya a mirar con otros ojos también los acontecimientos de Rusia. Pero una cosa está para mí clara: aquellos pueden hacer la cosa, quienes saben determinar la disposición del pueblo.

Volví a leer lo escrito y me avergoncé. Allí se está derramando sangre, tal vez comienza, hasta da miedo decirlo, la revolución, mientras yo aquí estoy con mis razonamientos."

Entre dos fuegos

Año y medio después de la victoria en la guerra civil, la situación del gobierno de Juárez se hizo mucho más inestable que el día de entrada en la capital. Las muertes de Ocampo, Degollado y Valle agravaron la crisis. Márquez asesinaba a los mejores hombres de la República, y lo hacía impunemente. Las sangrientas fechorías de los adversarios de Juárez obtenían como respuesta una observancia estricta de la ley. Ninguno de los adeptos de Miramón había sido ajusticiado. Los esperaba el juicio. Pero este era aplazado continuamente por falta de material acusatorio. Los puros de filas empezaban a pensar que sus jefes eran incapaces de poner coto a la furia vengativa que venía como una ola de los desfiladeros vecinos. A los ministros del gobierno revolucionario les estaba dando la impresión de que eran arrastrados cada vez más en el sombrío torbellino

de las promesas incumplidas, cambios no operados y esperanzas frustradas que amenazaba con una nueva explosión, con una nueva guerra civil, pues miles de ambiciosos interesados e incautos maximalistas estaban a la espera de su momento.

Después de la muerte de Valle, González Ortega en persona encabezó a los voluntarios lanzados al encuentro del destacamento volante enviado por Márquez. El combate se desarrolló en los suburbios de Méjico. Los soldados de González Ortega rechazaron a los atacantes. Pero, hecho inaudito y triste, mediante una resolución especial el Congreso mandó a llamar a Ortega del campo de batalla para que aquél no fuera a entusiasmarse demasiado con la persecución y no le pasara lo mismo que a Degollado y Valle... El "tigre de Tacubaya" infundía ahora a los constitucionalistas un miedo mayor que en los tiempos de la guerra. Entre la decisión del Congreso y el pánico no había más que unos pasos.

En definitiva, todo se explicaba por la falta de dinero.

Pese a los esfuerzos de Zaragoza, no había manera de equipar y armar a las tropas para emprender una operación decisiva contra Márquez.

Los ministros renunciaban uno tras otro. Era imposible formar un gabinete estable.

Parecía que hubiesen sido inútiles los sacrificios y pérdidas de tres años de guerra: todo se iba abajo.

Millones de pesos provenientes de los impuestos y contribuciones de aduana iban a parar al exterior en concepto de pagos por los empréstitos extranjeros...

A los tres días de haberse realizado el sepelio de los restos de Valle, Gladkói vino a entrevistar al Presidente. Ya era tarde, pero seguían sentados en el despacho oficial de Juárez, en el palacio.

Durante largo tiempo, con la lengua que se le enredaba y contrayendo el enjuto rostro, Gladkói relataba cómo había muerto Ocampo, refería el cuadro que presentaba el campo de batalla, lleno de cadáveres, donde había caído Valle.

Juárez hacía rodar entre los dedos un cigarro sin

encender. No lo observaba a Gladkói; tenía la mirada distraída.

— Cuando traíamos el cuerpo del general Valle por las calles de la capital —dijo Andréi Andréievich— nos encontramos con su madre. Ella nos hizo abrir el cajón...

En este instante se inclinó hacia el Presidente: la ancha mesa los separaba.

— Jamás podré olvidar eso, Don Benito —prosiguió Andréi Andréievich, dominando con dificultad un espasmo en la garganta y tragando una saliva con sabor a metal—. El cuerpo del general estuvo colgado durante largo tiempo en un árbol después de la ejecución... No puedo siquiera hablar de ello. Usted no necesita que le digan lo apuesto que era... En ese cajón yacía, en cambio... ¿Por qué no declara usted el estado de sitio, Don Benito? —gritó Gladkói—. ¡Todo se está perdiendo!

Juárez, pausadamente, golpeó con el cigarro el periódico que tenía frente suyo.

— Sí, sí... El cese de las garantías constitucionales para los enemigos políticos. Dictadura temporaria. Personas que me son muy cercanas escriben: "Se trata de que siete millones de hombres se defienden de dos mil asesinos. Con una semana de severidad se salvará la situación".

Dio un leve empujón a la hoja de papel en dirección a Gladkói como si lo invitara a comprobar si había leído correctamente.

— Yo también pienso igual —acotó Gladkói.

— Y yo pensaría de la misma manera encontrándome en su lugar.

Andréi Andréievich escuchó algo nuevo en la voz de Juárez. ¿Sarcasmo? ¿Despectiva ironía? Miró asustado al Presidente. No, éste lo observaba con expresión pensativa y bonachona. ¿O indulgente?

— A un hombre que se debate entre convulsiones —consignó Juárez— se le puede, claro está, encadenar a una pared, y quedará quieto. ¿Pero qué será de él cuando se le quiten las cadenas? Se requiere otro remedio.

— ¿Y usted conoce cuál es?

— Eso lo sabe cualquier político cuerdo. La cosa no

radica hoy en dificultades políticas. Unos cuantos millones de pesos nos darían la posibilidad de estabilizar la situación. Se necesitan medidas no políticas, sino económicas.

— ¿Por qué nadie las propone?

— Es difícil decidirse. Se requiere una prórroga en el pago de intereses de la deuda externa. Hay que cesar por un tiempo los pagos. En seguida aparecerán los dineros y, por lo tanto, batallones combativos, funcionarios solícitos y la posibilidad de incentivar las industrias. Pero cesar los pagos es provocar la intervención.

— ¿Y en dónde está la salida?

— Hay que correr el riesgo.

— ¡Pero México no puede combatir contra las potencias europeas! ¡El país está cansado de la guerra!

— Usted ha viajado mucho por nuestros caminos, Don Andréi, y, naturalmente, habrá visto como en los valles tropicales se estancan en el barro pesados carros. Es un espectáculo horrible, ¿verdad? Los boyeros se desesperan, castigan a los bueyes para sacar el vehículo del pantano... Eso aunque saben que dentro de unos cien pasos van a quedar atascados en el fango siguiente. ¿No es así?

Juárez, sonriendo, observaba el rostro perplejo de Gladkói.

— Todo el truco consiste, Don Andréi, en que ese ya va a ser otro pantano. ¿Usted comprende? Va a ser otro. Mientras tanto, para ellos es importante salir del primero.

— Usted bromea, Don Benito.

— No tanto. "Una semana de severidad" es una tontería. Es cosa pasada. Hay que salir del atascadero de hoy. Ninguna otra posibilidad existe a excepción del cese de pagos.

— ¿Por qué usted, entonces...?

— Estoy esperando que el propio Congreso caiga en la cuenta. Cuando comprendan que yo no implantaré el estado de sitio, sus reflexiones se orientarán en ese sentido. No quiero que la decisión les sea impuesta...

Al regresar a casa Gladkói anotó: "¡Qué hombre sorprendente! Después de conversar con él volví a

tener la seguridad de que todo andaría bien. ¡No puedo no creerle, y eso es sorprendente!”

El 17 de julio de 1861 a propuesta del Congreso Juárez expidió un decreto estableciendo una moratoria de dos años para el pago de los intereses de la deuda externa.

En un instante centenares de miles de pesos, destinados para efectuar la paga siguiente, fueron entregados al Ministerio de Guerra. Zaragoza no perdió tiempo. Varios días después las tropas gubernamentales, reorganizadas y reequipadas, se enfrentaron bajo el mando del general González Ortega y del coronel Díaz con las fuerzas principales de Márquez y las aplastaron.

Y esta fue la victoria verdadera y definitiva de la guerra civil.

Pasaron varios días más, y el embajador de Francia, M. de Saligny, rompió las relaciones con México, mientras el representante inglés, Wyke, las interrumpía. El embajador de España ya había sido expulsado por actos hostiles a la República.

La intervención se hacía inevitable.

¿Qué diremos el día del juicio?

El 15 de mayo de 1862 Juárez caminaba por una silenciosa calle de Méjico, alejada del palacio presidencial. Junto a él caminaba, tratando de no adelantársele, un viejo de alta estatura, muy bronceado, vestido con un fraque semejante al del Presidente, pero con botas que conservaban las impresiones dejadas por las espuelas recientemente desprendidas...

Diez días atrás el general Zaragoza, en un combate de muchas horas en los fuertes de Puebla, detuvo el ataque del cuerpo expedicionario francés. Después de sufrir fuertes bajas, los franceses retrocedieron hacia Orizaba.

Estaba claro, sin embargo, que eso no era el fin de la lucha, sino un respiro, después del cual los intervencionistas, luego de recibir refuerzos desde el exterior, volverían a la ofensiva...

El viejo con botas de jinete, Don Genaro, un

ranchero de Oaxaca, se sentía nervioso y no sabía como empezar.

Juárez conocía a Don Genaro desde hacía cuarenta años, desde aquellos tiempos de leyenda en que él, el muchachuelo indio Benito, estudiaba en el seminario, en tanto que el joven Genaro traía a la casa de la acomodada familia Maza, a lo de los padres de Margarita, las legumbres. Don Genaro era amigo de la familia, y es natural que Doña Margarita se haya dirigido a él cuando se decidió marchar atravesando las montañas hacia lo de su “amadísimo Juárez”. Y todas esas trescientas peligrosas leguas Don Genaro, arriesgando la vida, le acompañó a ella y a los niños...

Ahora había venido de improviso a Méjico solicitando una entrevista con el Presidente.

Marchaban por la calle desierta en silencio. En las alturas, allí donde terminaba la ciudad, planeaban varios pájaros de enorme tamaño. Los cóndores sobrevolaban los baldíos buscando avistar desde los cielos alguna carroña, algunos desechos.

Juárez recordaba la relación hecha por Zaragoza, precisa y prudente, y la narración excitada de ese joven ruso que quiso combatir bajo el mando de Zaragoza y, parece, lo hizo bastante bien.

Don Genaro tocó a su acompañante en la manga y le señaló las aves. El Presidente y el ranchero se detuvieron por un minuto y, acomodándose los sombreros para cubrir el sol, permanecieron mirando las oscuras y desparejas siluetas en el cielo, amenazantes e indiferentes.

— Quisiera decirle, señor Presidente, si me lo permite...

— Don Genaro, usted antes no me decía “señor gobernador”.

— Entonces yo conversaba con Don Benito, pero ahora, pido por Dios que me perdone si soy muy atrevido, quisiera hablar con el Presidente...

El mestizo, que se consideraba a sí mismo un criollo, trataba de observar toda la etiqueta que requería semejante conversación, pero su rostro se mostraba retraído. Seguía mirando las siluetas de los cóndores.

— Siempre me mantuve a un lado, señor Presidente.

Todas estas revoluciones y guerras pasaron alejadas de mi rancho. Pese a todo lo que acontecía alrededor; usted lo conoce mejor que yo, ¿no es cierto, señor Presidente? ¿Y después? Después de regresar yo de Veracruz, cuando con la señora habíamos llegado allí de Oaxaca ¿se acuerda?... Pues entonces no pasó una semana y yo con mis muchachos, con los que trabajan conmigo, como digo, yo con mis muchachos, señor Presidente, tuvimos que matar a cinco... Sí, sí... Yo puedo manejar el fusil y el machete nada peor que otros, sí, sí... Soy un varón. Pero por primera vez... Y cinco de golpe... No había aquí política alguna. Eran unos simples bandidos. Y si no los hubiéramos matado... No importa, no. Tuvimos que hacerlo...

Don Genaro sacudió frente al rostro su enorme dedo. Siguieron caminando.

— Pensé que sería la última vez. Pero una semana atrás volvió a suceder lo mismo. Nos vimos obligados... A tres... Totalmente jóvenes. Pero muy malos. De esta manera eso se puede convertir en costumbre. ¿No es así, señor Presidente?

Hablaba con un tono casi amenazante. Juárez callaba.

— Lo que es horrible, señor Presidente, muy horrible, es que nadie en nuestro tiempo no puede quedar a un lado. Dios, quien antes asignaba a cada uno su destino, nos dio las espaldas, y todo se ha revuelto en México. Nadie puede vivir como quiere. Aunque en la pobreza, pero como uno quiere. Los políticos han obligado a todos a pelear. Ustedes abrieron las puertas del país y dejaron penetrar a la muerte. Llamaron a la muerte para que sirva de árbitro en vuestras pendencias... Le ruego perdonar mi atrevimiento, señor Presidente, pero he venido a preguntarle: ¿cuándo va a terminar todo esto?

Don Genaro expuso todo eso mirando delante suyo. Ahora se decidió mirar también al Presidente. La sombra que le cubría el rostro por el sombrero encaquetado resaltaba la expresión de inmutabilidad y el brillo vidrioso de los ojos. "¡No me ha escuchado!" —pensó Genaro con desesperación y vergüenza. "Es lógico: ¿qué significado tienen para él mis discursos?

¿Para qué vine?"

Juárez volvió lentamente la cabeza hacia él. Su rostro se animó. Los músculos que lo tenían tenso se aflojaron.

— No le voy a mentir, Don Genaro. Podíamos haber evitado la guerra civil. Podíamos haber evitado también la guerra actual, contra los franceses. Para eso no teníamos que hacer nada más que una cosa muy sencilla: ceder, irnos. Es lo que hicieron muchos hombres dignos de nuestro partido. Se iban y esperaban que cambiasen las circunstancias. Y regresaban para irse de nuevo. Y así en el transcurso de treinta años.

— Y los hombres no se veían obligados a matarse unos a otros...

— Se mataban... Pero menos. El peligro, sin embargo, residía en otra cosa. Esas capitulaciones temporarias frente al mal, Don Genaro, también se pueden convertir en costumbre. ¿Y qué sucede entonces? La voluntad se agota y el alma se sumerge en el abatimiento. Y lo más terrible es que empieza a fastidiar ese orden de cosas sin sentido. Los descendientes nacen flojos y sumisos. Esto es lo más horrible que puede esperar a un pueblo que no desea luchar por sus derechos: la degeneración. Ni la sangre ni la muerte, sino la degeneración. Cediendo, querido amigo mío, pronto nos transformaríamos en una nación de esclavos. Tenemos que pelear: no existe ninguna otra salida...

— Es fácil decirlo —pronunció quedamente Don Genaro.

— Sí, es fácil decirlo. Pero no todo y no siempre. Lo conozco a usted casi toda la vida, Don Genaro. Conozco lo honrado y noble que es usted. Y le diré lo que no le digo a nadie. Ni siquiera a Margarita... Nos esperan pruebas tremendas, mi amigo. El enemigo recibirá refuerzos y se lanzará contra nosotros. No podremos salvar a la capital. Y tendremos que acudir a un medio terrible, pero inevitable: a la guerrilla. ¿Y cuánto ella durará? Sé que a mi familia le espera otra vez una vida errante, y posiblemente, el exilio. ¿Volveré yo a ver a mis hijos? ¿Y qué me espera a mí?

¿Acaso no es un milagro el que todavía esté vivo? Pero en cuanto mi corazón no reventó aún de pena y conmiseración, por cuanto no me mataron por la espalda ni me fusilaron, quiere decir que mi deber todavía no está cumplido. Créame, amigo mío, yo conozco mejor que usted la sangre que todavía será derramada, pero sé también otra cosa: ya hemos vencido, hemos hecho nuestra revolución y nadie puede arrebatar nos nuestra victoria. En cuanto a esta guerra, es una guerra diferente. Créame, nos redimirá, unificará el país... ¿Alcanzaremos a vivir hasta su término...? ¿Acaso eso es tan importante? El varón en México debe estar siempre preparado para la muerte. Particularmente el político y el soldado. ¿No es así?

Don Genaro asintió tristemente.

— Y no se lo diga a nadie... Que sigan creyendo que soy de hierro. Así todos se sienten más tranquilos...

— A los hombres se los puede engañar —replicó Don Genaro estirando su arrugado cuello color de bronce como si buscara ver algo en el horizonte—. ¿Pero qué le dirá usted al Señor cuando lo llame para el juicio final?

Juárez se detuvo y miró fijamente en la misma dirección a lo largo de la calle que conducía al baldío. Luego respondió:

— Le diré: has cargado en mí esta cruz, y no tuve el atrevimiento de abandonarla. Decide tú mismo si he recorrido dignamente mi trayecto. Esto es lo que diré el día del juicio, Don Genaro. A usted hoy le digo todavía lo siguiente: nos semejaríamos a los cóndores que viven de la muerte ajena si nos fuéramos y nos apartáramos de cargar con la culpa y la responsabilidad. Estamos dispuestos a responder con la vida y con el honor, Don Genaro, y exhortamos a ello a todos los demás... ¿El Señor nos ha dado las espaldas, dice usted? Es posible. ¿Pero no lo ha hecho para comprobar de lo que somos capaces de hacer nosotros mismos?

Las conjuras no valen

Un día de octubre de 1869 Iván Gavrílovich Prizhov y Andréi Andréievich Gladkói aparecieron sentados en la misma taberna moscovita en la que tuvieron ocasión de charlar por primera vez en primavera del cincuenta y tres.

La taberna misma cambió poco: las mismas anchas y oscuras mesas, los mismos gruesos vasos de té y el mismo aromático y poroso pan en platos planos. Cambiaron sólo los camareros. En vez de los regordetes mozos, desenvueltos y alegres, se desplazaban por el salón jóvenes dinámicos y complacientes, delgados y haciendo gala de refinados gestos. Esto a Gladkói lo divertía.

Una semana atrás, enseguida después de venir a Moscú, vio por casualidad a Iván Gavrílovich en la calle. Este iba con un hombre que no se distinguía en nada y en el que Gladkói no había reparado porque ni se había propuesto hacerlo. Iván Gavrílovich caminaba con la cabeza inclinada escuchando a ese hombre. Gladkói hizo un movimiento para acercarse, pero en ese instante el acompañante de Prizhov lo miró, sintiendo, por lo visto, que eran observados, y sus ojos centellaron tan malignamente que Andréi Andréievich se quedó en el lugar sin moverse. Pasaron a tres pasos, pero Prizhov no levantó la cabeza.

Al día siguiente Andréi Andréievich fue a la redacción de *Moskovskie vedomosti*, donde vio un artículo de Prizhov y averiguó allí su domicilio.

Tomaron dos tragos, y a Gladkói le causó desagrado la nerviosa presura con que aquél arrimó a la nariz una corteza de pan para aliviar la respiración después de tomar el vodka. Contemplaba a Iván Gavrílovich: tenía los mismos rasgos, pero con cierto desgaste, más redondeados, flácidos, con más surcos, y aire ensimismado. Prizhov hablaba y a la vez parecía estar escuchando a alguien. Incluso a veces asentía con la cabeza sin mediar motivo alguno.

— ¿Sabe usted, estimado señor, que casi me saca en dos ocasiones de México? —dijo Andréi Andréievich.

— ¿Y cómo fue eso?

— La primera vez, cuando me mandó el Manifiesto, pensé: bueno, es la hora.

— ¿Y qué le estorbó?

— Bueno, se dio allí todo un cúmulo de circunstancias... La invasión de las potencias marítimas, la guerra, el aventurero ese que se proclamó emperador Maximiliano.

— Nikolái Gavrílovich* escribió sobre eso en *Sovreménnik* antes de ser arrestado.

— ¿Chernishevski? No sabía.

— Un artículo grande, extenso, con un amplio enfoque. Fue escrito con mucha inspiración. De allí recuerdo los hechos. ¿Y cómo considera usted? ¿En qué radica la raíz?

— Todo es muy claro: se trata de una cosa sucia que tiene que ver con intereses creados. Los anteriores gobiernos venales habían llevado capitales de préstamo en Europa, particularmente en Inglaterra, que producían intereses; durante la guerra civil se sumaron otras deudas. Propiamente hablando, Juárez nada tiene que ver con ello. Su adversario, el general Miramón, se incautó de dinero inglés en la embajada, y cuando la cosa llegó al extremo acudió a un banquero, muy pillo, Jecker, recibiendo un millón de pesos en condiciones tan usureras, que el gobierno de México, formalmente, resultó que debía pagar cincuenta y dos millones. Miramón tuvo que huir a Francia, mientras que Jecker, que no era tonto, se unió a diversas personalidades poderosas, tales como el hermanastro de Napoleón III, el duque de Morny, prometiéndoles en retribución al apoyo político el treinta por ciento de esta "deuda".

— ¡Pero si eso es puro pillaje!

— Naturalmente. El actual emperador de los franceses es un tahur político. Sólo con él se podía hacer una cosa así. En resumen, primero desembarcaron en las costas mexicanas los españoles, ingleses y franceses. Pero los españoles e ingleses pronto se fueron, al comprender que la empresa no era muy ventajosa y costaba sangre, prefiriendo ponerse de acuerdo con los

* N. G. Chernishevski (1828-1889): revolucionario demócrata ruso, científico, escritor, crítico literario, uno de los dirigentes de la revista *Sovreménnik*.

mexicanos, mientras que Napoleón pensó hacerse aquí el gran negocio. A él no le pasó nada, pero el infeliz Maximiliano pagó la aventura con la cabeza.

— Usted, por lo que veo, no se olvidó de la manera rusa de explicar las cosas.

— Es que ya hace año y medio que estoy aquí. Viajé mucho... Pero antes me brotaban sin darme cuenta palabras españolas.

— ¿Pero quién es ese Maximiliano al que ustedes le dieron el pasaje para el otro mundo?

— Un señor absurdo. Napoleón comprendía que los ingleses no le permitirían poner a un francés en el trono mexicano, y por eso buscó a un príncipe desocupado en otra parte. Este Maximiliano era austríaco. Un hermano menor sin chances para ocupar el trono propio. Allí hubo toda una intriga: los aventureros mexicanos se aliaron muy cerca con los franceses. Hubo un personaje famoso, que para usted no es nadie, pero para mí sí que es un personaje, el padre Miranda, un sacerdote y un maestro consumado de la intriga. No había levantamiento contra la República en el que este señor no estuviese involucrado. Pues también en la selección de la candidatura real metió la mano... Los detalles importan poco. Al Maximiliano este lo convencieron de que el pueblo mexicano lo estaba esperando como al salvador que pondría fin a los disturbios y el despotismo de los demagogos con Juárez a la cabeza. Y él se lo creyó...

Prizhov miraba de reojo a Andréi Andréievich. "Hermano, como te has hecho... definido. En cambio entonces... al comienzo... no eras más que un corderito. Por lo visto, fuerte te han zurrado, pero no tanto como a mí; sin humillarte... Con rigor, pero sin humillación. Nuestra vida rusa, en cambio, a lo que conduce en primer término es a la humillación..."

— Así es que me quedé hasta que el caldo se cocine. ¿Quién iba a pensar que tardaría casi seis años en cocinarse?

Gladkói miró a Prizhov con su nueva expresión: los párpados inferiores se alzaban instantáneamente limitando el campo visual y la mirada resultaba recia, dirigida con precisión y capaz de abarcar en un

segundo todo el objeto.

— La segunda vez fue cuando, al regresar a Méjico, me esperaba un nuevo envío. Estaba allí esa proclama tan dura, donde se hablaba de una revolución sangrienta e inexorable, de cambios radicales y cosas por el estilo... * Bueno, pensé que es grande la presión en la caldera si la gente se decide a declarar tales cosas. Yo había visto lo que es la revolución, y ahora puedo, si no comprender, por lo menos hacerme una idea de sus paradojas, y por eso pensé que debía apresurarme para volver a casa, a referirlas. Pero otra vez se produjeron cosas de tal envergadura que me pareció una vergüenza abandonar a mis nuevos amigos... E hice bien. Allí fui útil, mientras que aquí... Viajé este tiempo por Rusia y me parece todo muy confuso. Por un lado, si se mide con el rasero mexicano, no se ve aquí revolución alguna: nadie dispara, nadie carga a caballo contra el adversario. Por otra parte, hay algo que se opera en lo profundo, pero no como allí, con el temperamento e impaciencia meridional característicos, sino a la manera rusa: pesadamente, despacio y sin retorno... A mí cierta vez Juárez me había dicho, si no era que bajo nuestro cascarón se estaba acumulando lava. Creo que eso es lo que está pasando.

Prizhov rodaba una bolita con un pedazo de pan y miraba por la ventana. Apparently estaban sentados en el mismo lugar que dieciseis años atrás. Otra vez al lado de la ventana. La lluvia que caía desde la noche de improviso cesó y la ventana se iluminó con luz tenue y cálida. Desde la calle llegaba ahora un tímido ruido: una especie de tintineo, el de las ruedas de algún carro y de voces. Después del aguacero Moscú salía con cuidado a la luz.

— A mí no me hace falta su Juárez para saberlo —replicó hoscamente Iván Gavrílovich—. Yo le digo: es a mucho a lo que se puede impulsar al pueblo, puesto que el pueblo está muy humillado.

Todo un rebaño de parejas bolitas de pan se arremolinaba en torno del plato de Iván Gavrílovich. El

* Andréi Andréievich tiene en cuenta la proclama de *La Joven Rusia* escrita en 1872 por Zaichnevski.

les hacía girar automáticamente con la mano izquierda.

— Iván Gavrílovich —dijo Gladkói sin responder al desafío—, el hombre al que yo ví la otra vez junto con usted... Que tiene la mirada tan penetrante... ¿El también piensa de la misma manera?

Prizhov se tiró hacia atrás, bajó la vista y se alisó con los dedos la barquilla.

— ¿Cuándo fue que usted me vio con él?

— Una semana atrás, cerca del pasaje Chisti... Un señor muy extraño.

— ¿Y por qué no se acercó?

— Me asusté.

— ¿Usted, un hombre fogueado, que ha derramado sangre ajena, se asustó?

— En el combate, Iván Gavrílovich, no es a una persona que se mata, sino, diría yo, a uno de los enemigos. A la parte de un todo que te amenaza. Pero llegar a matar a una persona, así, separadamente... Es muy difícil. Hubo que hacerlo. Pero es muy difícil...

— ¿Y si te han maltratado toda la vida? Y en esta cuestión sobre la que tratamos tampoco se trata de cosas por separado, sino de una parte de esa fuerza agobiante y feroz... Usted sabe bien a qué precio he adquirido mis conocimientos. Estuve trabajando como un condenado, tengo libros escritos. ¡Y qué libros! ¡Y todo en vano! No es de escribir sobre esto de lo que hoy se trata...

— ¿Y de qué se trata?

— Mejor dígame en qué consiste el secreto de ese salvaje México: cómo es que pudieron hacer allí la revolución y logró nuestro Juárez vencerlos a todos.

— Esos secretos no son como para poder revelarlos sentados a la mesa, Iván Gavrílovich, los explicaré en un libro. En cuanto a Juárez... Sí, mi Juárez ganó tres guerras. Una más terrible que la otra. La primera fue la guerra civil. La segunda, contra los franceses y Maximiliano. Y la tercera, que tuvo que sostener cada día y cada hora, fue contra todos los que le estorbaban comprender la vida. ¿Parece extraño? Pues en eso radica todo el secreto. Y fue esa su guerra principal. Si viera usted cuantos hombres de efecto y brillantes había a su alrededor. Con dotes verdaderos, y no

veleidades. ¡Qué oradores! ¡Si Juárez no podía competir con ellos! ¡Y qué mentes...! Pero cada uno veía solamente el propio campo, la franja delimitada por su propia vida. Y trataba de atraer a esta franja a todos... ¡Es lógico! Mientras tanto Juárez, este hombre modesto a quien injuriaban de mil maneras tanto desde el bando propio como del ajeno, posee, imagínese usted, el don de ver la vida en todo su conjunto. ¿Me entiende? Y cuando uno ve la vida en su integridad resulta mucho más difícil actuar. Estuve observando nuestra vida social y me di cuenta que a cualquiera que quiere actuar lo arrastran hacia dos extremos. O al estancamiento gubernamental, oprimiendo y apretando las mordazas para que la sociedad ni se mueva. O hacia el radicalismo frenético, haciendo rodar a Rusia por los baches con tanta furia que se le desprenden las ruedas. Y cuán pocos son aquellos que pueden resistir a todo esto y exhortar a la búsqueda de un tercer camino en el que convergen las corrientes fundamentales de la vida misma... Hablo no muy claro, pero tampoco es claro por ahora el problema mismo. Juárez es grande precisamente por no haber servido ni a unos, ni a otros, sino que marchó por el camino que indicaba la vida. Y luchó por este derecho suyo duramente y sin parar. Y como iba venciendo en esta tercera guerra, no pudo dejar de vencer en las otras dos...

Prizhov golpeó fuertemente la mesa. Con soltura, pero como si no pensara darse prisa, se acercó al camarero con una expresión expectante en el rostro. Prizhov pidió té caliente y roscas.

— ¿Y no cree usted, estimado Andréi Andréievich, que es hora ya de pasar de la teoría a la práctica? —inquirió Prizhov—. Usted puede observar con una mirada fresca, inhabitual, a Rusia y ver que el pueblo está humillado, oprimido, desengañado y enfurecido. ¿No es así? ¿Y qué es lo que usted, si se lo preguntaran, aconsejaría?

— Temo hablar de manera definida, Iván Gavrilovich, temo eso. Usted tiene razón que mi experiencia para Rusia es pura teoría. Pero una teoría coherente es cosa importante... Todavía antes de irme estuve hablando con Zaichnevski y le decía que para comen-

zar la acción se necesitaba un programa positivo. El afirmaba que tal programa aparecería por sí mismo.

— No está mal.

— Ya ve usted. Mientras tanto ahora yo estoy totalmente convencido de que empezar sin un programa significa perder el tiempo.

— Sin embargo hay hombres, y nada vacuos, convencidos de que al pueblo no se le puede imponer ningún programa desde arriba, que eso es una intención mala y nociva. Y que la tarea actual es la destrucción absoluta, total e implacable.

— Para hacer semejante planteo hay que tener la firme certeza de que el pueblo está dispuesto a mucho más que a un simple motín. Y de todas maneras hace falta algo central. Y tal núcleo lo puede constituir únicamente una cantidad grande y voluntaria de correligionarios. Como el partido de los liberales de México. Lo central fue la Constitución. ¿Y qué tenemos nosotros? Proponga usted ahora la libertad de prensa, que se elija el parlamento. ¿A quién llegará entre el pueblo con esa prédica? A muy pocos. Otra cosa es el reparto de la tierra y la igualdad entre los estratos sociales. Eso sería aceptado con entusiasmo. ¿Pero quién llevará eso a cabo? El mujik, como se ha podido comprobar, no le cree a nadie. En nuestro medio el programa de reformas del año sesenta y uno pudo haber sido el elemento central, la base para la renovación, si no hubiera dejado con hambre a los hambrientos y con sed a los sedientos. Y si se hubiera encontrado el agente encargado de llevar las reformas positivas al pueblo. ¿Qué mostró la pacificación de los mujiks por las armas? Que el mujik no les tiene fe a los dirigentes rusos... ¿Y dónde están aquellos hombres entre el campesinado y la capa instruida que van a entenderse entre sí como se entendieron en México?

— ¿Entonces qué? —preguntó de repente Iván Gavrilovich—. ¿Para qué sirve para el hombre vivo, mortal, animado la reforma si le sigue a ella el desorden, la humillación y la sangre? Tanto aquí como en vuestro ponderado México...

— ¡Ah, no, señor mío! No es así. Yo mucho pensé sobre esto y mucho estuve observando. Y discutí mis

dudas más de una vez con hombres prácticos. Digamos, con Juárez mismo, que es un gran práctico.

— ¿Y qué sacaron en limpio?

— Sacamos en limpio que todo depende de cuando se hace y de que clase es la reforma. Casi todo el sentido radica en la integridad o parcialidad de la reforma. Si a un hambriento usted le da este rollito de pan y empieza a convencerlo para que lo coma, diciéndole que con él se llenará, el hombre naturalmente, al quedar sin saciar el hambre y con la esperanza defraudada, es lógico que se rebele. Todo es muy simple, y en eso radica todo.

— No son más que teorías, amigo mío, puras teorías... Para Rusia el tiempo de las teorías ha pasado. Perdimos la oportunidad. Nos llevaron a la desesperación. ¿Y si un hombre ha llegado al punto de desesperarse cómo va a proceder? Como un desesperado... No sé como será allí, entre vuestras montañas y desiertos, pero entre nuestros bosques y pantanos se requieren medidas extremas. El pueblo no aceptará otras.

Iván Gavrílovich se inclinó por sobre la mesa, recostándose casi con el pecho en la taza con el té.

— Los recursos fuertes son buenos —dijo Gladkói— cuando hay fuerza para moverlos y, además, fuerza orientada en una misma dirección. El caos es un medio muy malo para la acción. Lo he visto demasiado bien.

— ¿Está seguro? —expresó Prizhov entornando astutamente los ojos y sin reclinarse—. ¿Y si entre el caos de fuerzas pequeñas en pugna aparece una fuerza firme, consciente e indeclinable? Entonces el caos se transforma en el medio, como ha tenido usted a bien de calificarlo, más óptimo para alcanzar el objetivo final. Nosotros no tenemos nada que reformar. Somos desesperados y por eso temerarios. Hay que golpear como un espolón en el mismísimo centro.

— ¿De dónde va a sacar usted ese espolón? ¿Quién y a quién va a organizar para asestar ese golpe?

Prizhov, entornando los ojos con maligno gesto, soplabla el té que había vertido en el platillo. Los lentes se le humedecieron por el vapor. La mirada nebulosa reflejaba enajenación, las manos con el platillo le temblaban.

— ¡Existe un espolón así, sí señor! ¡Hay hombres en Rusia que desde la misma fundación de la vida estatal no sacudían el aire con palabras, sino que se dedicaban a los hechos, a los hechos... a dar con la maza, si se quiere! Ahora mismo aparecieron hombres inteligentes que no le temen a la acción y que no sienten desdén por los auténticos revoltosos, sino que están dispuestos a aliarse con el mundo proscrito por la ley. Porque se ha dicho: el bandido es el verdadero y el único revolucionario en Rusia. ¿Qué, suena como cosa extraña?

— No, de ninguna manera... He conocido a un tal general Márquez. Agradézcale a Dios que le ha preservado de tener semejantes conocidos. Este general encaraba el asunto desde la otra punta, pero de una manera muy similar. Lo tenían que fusilar, claro está, pero pudo fugarse del país.

Prizhov, desengañado, se encogió de hombros.

— ¿Y qué es de usted ahora, Iván Gavrílovich? —preguntó Gladkói mirándole directamente—. Me doy cuenta que su vida se ha definido, pero no sé para que lado. ¿Quién es usted ahora?

— ¿Quién soy? —entonó malignamente Prizhov—. Se lo diré, a usted se lo puedo decir. Fui un puro hombre de trabajo, fui también un hombre honesto, por mi propia naturaleza no he sido agitador, aunque más de una vez hubiera querido serlo... Pero me exprimieron, me agotaron... ¿Comprende? Pues bien, hijos de perra, ya que es así les vamos a enseñar... El despotismo ha puesto un huevo y ahora se lo tendrá que comer. Nos han obligado, y por eso que no vayan a quejarse después...

— ¿Y el hombre con el que lo vi a usted...?

— ¡Deje usted a ese hombre! Aquí estoy yo delante suyo. Dígame: ¿no le ha llegado a usted la hora de obrar?

— Yo me di cuenta hace rato, Iván Gavrílovich. Y estoy dispuesto a responderle. No me invita usted a participar en una obra, en una causa, sino en una conjura. Y las conjuras no valen. Ya eso se lo había dicho...

— ¿Y adónde irá ahora? —interrumpió con indife-

rencia Prizhov—. ¿A viajar?

— A viajar, Iván Gavrilovich. Mi pecho maldito me duele otra vez. Pensé que se me había pasado con el calor de México. Pero no. Necesito escribir un libro, allí le contestaré a usted punto por punto. Pero para escribirlo necesitare estar con vida. Me iré al mar Caspio o, tal vez, más lejos, hacia los desiertos de arena... Soy ahora una persona mal acostumbrada, Iván Gavrilovich, no puedo estar donde no hace calor...

— Entiendo, entiendo... Yo también estuve escribiendo libros...

— Iván Gavrilovich, querido mío, ¿acaso yo no le comprendo? ¿Cree usted que soy un teórico? ¡El teórico es usted! ¡Yo estuve matando gente en aras de la idea! ¿Me oye usted? ¡En aras de la idea he matado a seres humanos! Pero eso fue una guerra por la idea y no una conjura, no una conspiración. A mí Juárez me había dicho: la conspiración no es política. Y es cierto. Sobre eso, precisamente, debo escribir. Acaso pude haber pasado tantos años en balde...

Prizhov, oprimiendo los labios entre la barba rala, observaba desconcertado como se movía bajo sus dedos el platillo haciendo correr de un borde a otro el líquido color ladrillo en su interior.

Gladkói se levantó.

Voces desde lejos

Juárez a su yerno Pedro Santacilia en Nueva York

“Mi querido Santa:

Escribo a U. bajo la impresión del más profundo pesar que destroza mi corazón, porque Romero en su carta del día 14 de noviembre próximo pasado, que recibí anoche, me dice que mi amado hijo Pepe estaba gravemente enfermo y como me agrega que aun el facultativo temía ya por su vida, he comprendido que sólo por no darme de golpe la funesta noticia de la muerte del chiquito, me dice que está de gravedad; pero realmente mi Pepito ya no existía, ya no existe, ¿no es verdad? Ya considerará U. todo lo que sufro por

esta pérdida irreparable de un hijo que era mi encanto, mi orgullo y mi esperanza.

¡Pobre Margarita!, estará inconsolable. Fortalézcala U. con sus consejos para que pueda resistir este rudo golpe que la mala suerte ha descargado sobre nosotros y cuide U. de nuestra familia. Sólo U. es su amparo y mi consuelo en esta imposibilidad en que estoy de reunirme con ustedes.

Adiós hijo mío, reciba U. el corazón de su inconsolable padre y amigo.

Benito Juárez

Dispense U. los borrones porque mi cabeza está perdida.

Juárez”

Doña Margarita desde Nueva York a Juárez en El Paso

“Te pongo esta carta para decirte que todos estamos buenos y por tu última carta de 29, hemos visto con gusto que tú estás lo mismo; yo estoy sin ninguna enfermedad, pero la tristeza que tengo es tan grande que me hace sufrir mucho; la falta de mis hijos me mata, desde que me levanto los tengo presentes recordando sus padecimientos y culpándome siempre y creyendo que yo tengo la culpa que se hayan muerto; este remordimiento me hace sufrir mucho y creo que esto me mata; no encuentro remedio y sólo me tranquiliza, por algunos momentos, que me he de morir y prefiero mil veces la muerte a la vida que tengo; me es insoportable sin tí y sin mis hijos; tú te acuerdas el miedo que le tenía a la muerte, pues ahora es la única que me dará consuelo*.

No culpo que muchas personas se maten cuando pierden la esperanza de volver a tener tranquilidad; si yo fuera de más valor ya lo hubiera hecho hace un año, ese tiempo llevo de llorar de día y de noche y de haber perdido la esperanza de volver a tener no digo gusto,

* De la muerte de sus hijos ella no se repuso más. Murió a los cuarenta y cuatro años de edad, año y medio antes que su esposo, el 2 de enero de 1871. En el sepelio de sus restos el “impasible Juárez” perdió el conocimiento.

tranquilidad de espíritu siquiera, de manera que si Dios no me remedia esto que no me lo remediará porque no me ha de volver a mis hijos, que sería lo único que daría la vida. Me queda otra esperanza y es que tú te reúnas con nosotros; será para mí un gran consuelo..."

De Maximiliano de Habsburgo, autotitulado emperador de México, al general Miramón

"Mi querido Gral. Miramón:

Os recomiendo muy particularmente de que si lográis apoderaros de don Benito Juárez, don Sebastián Lerdo de Tejada, don José María Iglesias, don Luis García y del Gral. don Miguel Negrete, que les hagáis juzgar y condenar por un consejo de guerra, conforme a la ley del 4 de noviembre último, actualmente en vigor; pero la sentencia no se ejecutará antes de haber recibido nuestra aprobación; al efecto, nos enviareis inmediatamente una copia de ella por el intermediario del Ministro de la Guerra. Hasta recibir nuestra resolución, os recomendamos que procuréis al prisionero o a los prisioneros un trato conforme a lo que exige la humanidad, sin omitir por eso de tomar todas las precauciones necesarias para impedir una evasión...

Estas medidas son de la importancia más grande y contamos sobre vuestro patriotismo y lealtad para ejecutarlas de la manera más exacta y eficaz.

Vuestro aficionado

Maximiliano"

De Juárez desde Monterrey a Maximiliano de Habsburgo, autotitulado emperador de México

"Me invita U. a que venga a México, ciudad donde U. se dirige, a fin de que celebremos allí una conferencia, en la que tendrán participación otros jefes mexicanos que están en armas, prometiéndonos a todos las fuerzas necesarias para que nos escolten en el tránsito, y empeñando como seguridad y garantía su fe pública, su palabra y honor. Imposible me es, señor, atender a ese llamamiento; mis ocupaciones nacionales no me lo permiten: pero si en el ejercicio de mis funciones públicas yo debiera aceptar tal intervención, no sería suficiente garantía, la fe pública, la palabra y el honor

de un agente de Napoleón, de un hombre que se apoya en esos afrancesados de la Nación mexicana...

Me dice usted que de la conferencia que tengamos, en el caso de que yo la acepte, no duda que resultará la paz y con ella la felicidad del pueblo mexicano; y que el imperio contará en adelante, colocándose en un puesto distinguido, con el servicio de mis luces y el apoyo de mi patriotismo. Es cierto, señor, que la historia contemporánea registra el nombre de grandes traidores que han violado sus juramentos y sus promesas, que han faltado a su propio partido, a sus antecedentes y a todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado; que en estas traiciones el traidor ha sido guiado por una torpe ambición de mando y un vil deseo de satisfacer sus propias pasiones y aún sus mismos vicios; pero el encargado actualmente de la Presidencia de la República, salido de las masas oscuras del pueblo, sucumbirá (si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba) cumpliendo con su juramento, correspondiendo a las esperanzas de la Nación que preside y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia.

Tengo necesidad de concluir por falta de tiempo, y agregaré sólo una observación. Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de sus bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la historia. Ella nos juzgará.

Soy de usted atento y seguro servidor

Benito Juárez"

El fantasmagórico nexa de los acontecimientos

El 13 de julio de 1870 Gladkói se hallaba a bordo de una barcaza comercial en la que pidió ser llevado como pasajero para cruzar el Mar Caspio de occidente a oriente: desde la vieja Bakú con sus sucias y torcidas calles saliendo de la ribera hacia arriba, y las candentes

piedras marrones y grisáceas de la fortaleza de los tiempos del khan, ubicada en la ~~misma~~ orilla.

Andréi Andréievich contemplaba la verde transparencia del agua que exhalaba frescura tras la borda y la brillante franja blanca de delicada espuma que despedía a un lado la proa en angosto ángulo a lo largo del costado. Se encontraba parado en la sombra proyectada por la vela y entornaba a veces la vista al levantarla hacia el resplandeciente azul del cielo. Se escuchaba el leve susurro del agua.

El pecho hoy le dolía menos que los días anteriores. Cuando de Astrajan había llegado a Bakú, su salud empeoró. Empezó a escupir con sangre, cosa que no pasaba mientras estuvo navegando por el Volga. Pero a los tres o cuatro días se sintió mejor.

Tenía mucha esperanza de que el calor seco de Turquestán le haría bien.

La madera de la borda y de la cubierta, bien lustrada, lavada, saturada de sal del mar y de sol, tenía el tinte acerado de las canas.

Andréi Andréievich se sentó en la cubierta, arriándose con la espalda a la borda, y extrajo de uno de los bolsillos de su ancha cazadora de lona, que le había cosido en Bakú un sastre armenio, uno de sus libros de notas sobre México con inscripciones del año sesenta y uno y recortes de periódicos pegados en las páginas del volumen.

Cuando dos meses atrás se enteró en Moscú, por fin, de la razón verdadera por la cual había sido arrestado Iván Gavrilovich Prizhov, cuando se convenció de que la participación de este último en un asesinato no era un embuste ni una casualidad se dijo, entonces, que debía escribir inmediatamente su libro. No, no, nada de analogías propagandísticas, nada de aproximaciones afectistas. Hay que relatar con claridad y precisión lo que ocurrió en ese remoto México, en el otro confín del mundo... Ahora, sentado con la espalda recostada en la caliente borda tras la cual chapoleaban y susurraban las verdes aguas del Mar Caspio, recordó como un húmedo día de otoño, en octubre, Iván Gavrilovich le había dicho: "Nos llevaron a la desesperación..." ¡Hasta qué punto de desesperación hubo que llevar a

un hombre de la talla intelectual de Iván Gavrilovich para que vaya a matar a un ser humano que, naturalmente, no tenía culpa de nada...!

Es indispensable relatar sobre lo que suele suceder cuando pueblos enteros, como en el caso de México, son llevados a la desesperación...

Andréi Andréievich abrió el libro. Hoy se propuso analizar los sucesos del verano de mil ochocientos sesenta y uno, tan enredados y terribles.

Al mirar los recortes, Gladkói comprendió que estos acontecimientos de casi diez años atrás no se le presentaban como una cosa del pasado, sino, por el contrario, los veía difusamente como proyectados hacia adelante, hacia detrás de esa costa del mar adonde se dirigía la barcaza. Ya más de una vez había notado que no podía asimilar el concepto, la noción del pasado. Nada se iba, nada quedaba atrás.

Cuando después de andar año y medio por Rusia, cosa que le consumió el resto de sus recursos y le hizo retornar la tisis que, según creía, había curado en México, cuando después de ese año y medio decidió que era hora de empezar el libro, comenzó a reflexionar sobre la categoría del tiempo. Y no se lo pudo imaginar como un flujo que siempre va en una sola dirección. Se le formó la idea de un enorme, abovedado como un cáliz espacio en movimiento, en el que se ubicaban los acontecimientos producidos simultáneamente, que se entrecruzaban, que se precipitaban unos sobre otros. Ahora sabía perfectamente bien que el orden en que se combinaban no era el que aparecía a la vista. Sabía que su arribo a Veracruz en el sesenta y uno tenía que ser ubicado no junto a su partida de Kronstadt o Liverpool, sino a la apacible charla del año cincuenta y tres que sostuvo en la taberna moscovita con Iván Gavrilovich Prizhov... Muchos otros acontecimientos también, que exteriormente se produjeron en un tiempo dado, en ese tiempo, en realidad, sólo afloraron a la superficie, habiéndose producido mucho antes.

Es muy diferente el nexo entre los acontecimientos al que nosotros le damos en nuestra mente, muy distinto...

Andréi Andréievich se irguió, apartando la espalda de la cálida madera de la borda, y por un instante se vio a sí mismo: un sombrío y cansado rostro con amarillenta tez tostada, unos ojos que de celestes se transformaron en cristalinos grisáceos y una mirada reflexiva, con un estrecho e intenso campo visual, capaz de abarcarlo todo en un instante. Su barba rubia, que al término de la estadía en México se puso totalmente blanca por el sol, la afeitó dejando solamente unos duros bigotes blanquecinos. Hizo un intento de recordar su aspecto de cuando era completamente joven, cuando había venido diecisiete años atrás a lo de Prizhov para hablar sobre Cortés, pero no pudo. Sólo cruzó por la mente la nebulosa imagen de alguien con una inocencia y credulidad de cordero, y nada más...

Andréi Andréievich contuvo la respiración para apagar el acceso de tos, pero no lo consiguió, tosió con ímpetu. Luego frotó los ojos y los posó en el libro de notas.

El agua detrás de la borda chapoteó y rumureó con más fuerza; la barcaza emprendió un giro.

— ¡Su excelencia! —gritó el timonel, un griego que servía en la tripulación—. ¡Mire usted! ¡Pronto estaremos en la costa!

Proa adelante apareció una oscura franja lejana.

Andréi Andréievich hojeó rápidamente varias páginas para recomponer la serie de los acontecimientos interrumpida por intervalos de tiempo. He aquí la nota del 20 de diciembre: "Desembarcaron. ¡Desembarcaron a sus soldados en Veracruz, canallas! Como me había dicho el presidente: "Decidieron asaltar a un pordiosero".

El viento dejó de soplar.

La baja marea del Caspio levantaba y bajaba a la barcaza, y ésta avanzaba hacia la costa con fastidiosa lentitud. Una especie de potentes fluidos venía desde la profundidad, donde había una vida propia, existía su propio movimiento ignoto, y hacía ondear la superficie del mar pese a una casi total ausencia de viento.

Andréi Andréievich seguía sentado apoyándose en la borda. El monótono movimiento vertical cansaba...

¡Qué guerra fue aquella! ¿Qué habría pasado con el país, si no fuera por la tenacidad de granito de Juárez? ¿Quién podría haber hecho lo mismo en su lugar? Nadie. ¿González Ortega o Doblado, que habían emigrado a Estados Unidos? González Ortega había exigido desde Nueva York que Juárez le cediera el puesto presidencial porque habían transcurrido cuatro años. ¡Estando en Nueva York le elevaba demandas a Juárez, quien se veía obligado a retroceder paso a paso, corriendo cien veces el riesgo de caer en manos de los franceses, cambiando seis veces la residencia del gobierno! Yo habría perdido los estribos. Pero él siguió siendo el impávido de siempre. "Por ahora no, amigo mío". Y nada más. ¡Los momentos que tuvo que pasar cuando los generales empezaron a tomar el lado de Maximiliano y acusarlo a él, Juárez, de no querer sacrificar su ambición de poder en aras de la paz en México! Cuando Prieto —¡Prieto!— llegó a insistir que cediera a los reclamos de Gonzáles Ortega, porque este último negociaría con los franceses, mientras que Juárez no lo haría...

Mientras tanto él retrocedía un paso tras otro, quedó con la espalda casi pegada a la frontera norteamericana, pero no abandonó ni por un momento el territorio de México. Y todos los patriotas sabían: Juárez está en el país, es el presidente legítimo, mientras que aquél, con frondosa barba rubia, descendiente de emperadores, es un usurpador y hay que pelear contra él.

Lo de Maximiliano es algo, verdaderamente, que da para pensar. Quería hacer el bien, tonto... Tenía de todo: deseo de hacer el bien, ejércitos, consejeros nada necios, el reconocimiento de Europa... ¿Qué más podía hacer falta? Terminó, sin embargo, frente a un pelotón de soldados...

Y qué podría, aparentemente, necesitar más México: le ofrecía paz y tranquilidad este buen emperador que había confirmado todas las reformas de los liberales, que invitaba a Juárez a colaborar con él... Pero no estaba él en la naturaleza de las cosas; era un extraño, un muñeco, y no un fenómeno vívido procedente de las profundidades de la vida... Juárez, en

cambio, vino desde lo más profundo, y Juárez triunfó.

Pobre dandy de rubia barba partida en dos, que inventó un uniforme tan bello para su guardia, todos esos cascos con águilas, trajes rojiblancos... Sus héroes de pacotilla, y no sólo de pacotilla, sino también los invencibles legionarios franceses no pudieron resistir la diaria presión de la guerrilla descamisada... Esta quería a su Juárez, de baja estatura, moreno, vestido con fraque negro y blanca camisa cosida por Doña Margarita... Y se salieron con la suya... Con qué severa serenidad se mantenía Don Benito cuando entraba ese día de julio del sesenta y siete, sentado en su carroza negra, en Méjico, en su capital, liberada por el frenético Porfirio Díaz... Juárez, impávido e ineluctable como el destino... Al término de las dos guerras, de tres y de cinco años, entraba en la capital en su vieja carreta...

¿Me alcanzarán las fuerzas, podré escribir sobre ese maravilloso movimiento subterráneo que le trajo la victoria? ¿Podré revestir con palabras ese sentir de su magnífica victoria, pero acaso es por las victorias esas que peleó Juárez? Se vio obligado a pelear, lo obligaron. El poder, como valor en sí mismo, le repugnaba. Combatía porque la reforma tuvo que ser defendida. ¿Surgía la guerra de la esencia misma de la reforma? ¿Podré explicar todo eso con las palabras? Cuánto más fácil es luchar por la reforma que hablar sobre ella... ¿Y qué dará eso a quienes mañana irán a pelear por la reforma aquí, en Rusia, por la gran reforma que desatará nuestros tremendos nudos? ¿Qué dará eso a aquel enjuto hombre de tan penetrante mirada, que con su despiadada pasión condujo al abismo a Iván Gavrilovich Prizhov? ¿Qué dará eso a los obtusos ambiciosos que se consideran políticos y llevan a sus conciudadanos hasta el extremo en que éstos se hacen seguidores de Necháiev?

Debo relatar sobre todo lo que vi y comprendí, sobre la tentación por la que pasó todo un pueblo. ¿Estamos en condiciones nosotros, al fin y al cabo, de sacar enseñanzas de algo o no?

Andréi Andréievich se levantó, puso las manos sobre la cálida borda. La barcaza, de todos modos, iba avanzando hacia la orilla captando con la vela algo

parecido a un viento. Por la izquierda se iba acercando un largo banco de arena, bien adentrado en el mar y cubierto de opacos montículos con pedazos de pálido verdor que bien podrían ser unos arbustos muy bajos o haces de alguna hierba dura y alta.

Adelante se abrió la bahía. El agua aquí era de un verde cálido y turbio.

Unos tupidos peñascos formaban un semicírculo, casi negro en su parte derecha y marrón grisáceo en la mitad izquierda. Todo candente, enceguedor, caldeado. En fin, un paisaje dantesco...

Anclaron casi en el banco de arena costero mismo.

Andréi Andréievich se encajó aún más su ancho sombrero mexicano de punta cónica, bajó las piernas por la borda y saltó. Luego con lentitud, puesto que las piernas se hundían en la arena hasta los tobillos, se fue caminando hacia la orilla.

La fina y recalentada por el sol arena de la costa no se parecía en nada a la mexicana.

El sordo dolor del pecho volvió a aparecer en el momento en que había saltado al agua, y ahora de a poco se fue acentuando. Siguió caminando por la ardiente playa. Levantó la cabeza, entrecerró los ojos y puso la cara frente al sol. Fue como si le hubieran puesto una máscara caliente. Una niebla rojiza flotaba ante los ojos cerrados...

Don Benito Juárez, vestido con su fraque negro, recorría las filas de los soldados formados en los accesos de Zacatecas. Caminaba y contemplaba sus rostros. Extasis y cariño veía reflejados en la expresión de las caras de indios, criollos, mestizos, de los mexicanos que dentro de una hora entrarían en combate...

Andréi Andréievich abrió los ojos y se volvió hacia la bahía, observando las turbias aguas verdes con deslumbrantes manchas de sol, el amarillo brillante de los islotes de arena. Tres marineros descargaban de la barcaza unos fardos, llevándolos caminando con el agua hasta las rodillas. Uno de ellos encorvado por el peso de un fardo, llevaba en la mano izquierda que tenía libre el maletín de Gladkói. En el maletín estaban los papeles y la ropa.

El sol no quemaba. Envolvía a la manera de una

pegajosa masa caliente...

¡Qué viento terrible y feroz se llevaba uno tras otro a amigos y enemigos! Ocampo, Degollado, Comonfort, Lerdo, Valle, Zaragoza, Prieto, González Ortega, Doblado... Unos fueron muertos, otros fallecieron, otros no pudieron mantenerse en pie frente al empuje de ese sabio e implacable vendaval que los hombres denominan revolución, vendaval que nace no se sabe en que profundidades del cielo y del mar... El viejo Juan Alvarez, el padre de la revolución de Ayutla, por última vez alzó su voz durante los años de la invasión, exhortando a los costeños, a quienes tantas veces condujo a batir a los tiranos, a levantarse, porque es mejor morir de pie que vivir de rodillas. Pero ahora se le han terminado las fuerzas, está muriendo... ¿Y dónde están los enemigos mortales? Miramón y Tomás Mejía terminaron junto con el gallardo Maximiliano, cuya ingenua presunción lo hizo culpable de la muerte de miles de seres humanos: los tres fueron fusilados por un pelotón de la infantería republicana en Cerro de las Campanas, cerca de Querétaro... ¿Y Márquez, el chacal que se alimentaba de sangre? Huyó a Cuba, donde estaban los españoles, para convertirse en un usurero... Unos están bajo tierra, otros en el exilio... Romero y Mariscal son diplomáticos, están lejos... Nuevos hombres, nuevos generales en torno...

La República triunfó, la República vive. La reforma prosigue... Y pase lo que pase dentro de un año, dentro de diez o dentro de treinta años, no habrá un retorno al pasado. Hemos sabido que existen la libertad y la democracia. Y no lo olvidaremos. No lo olvidaremos nosotros, ni nuestros hijos...

A la izquierda, allí donde terminaba el muro que formaban los peñascos, se sintió un golpeteo apagado por el calor. Andréi Andréievich dirigió hacia el lugar la mirada. Al interior de la costa se extendía un poblado: los bastiones de una pequeña fortaleza, una decena de casas, una iglesia no terminada de construir y las tiendas de una unidad militar. Gladkói sabía que un año atrás había venido un destacamento desde el Cáucaso y empezó a construir aquí una fortificación...

Varios soldados con camisa y pantalones blancos

(totalmente parecidos a los infantes mexicanos, sólo que los pantalones de estos últimos eran mucho más amplios, llevaban una especie de uniformes con una larga fila de botones, y no camisas, también sus quepis eran más altos que las gorras de aquí) venían desde allí hasta el lugar donde se hacía la descarga.

Uno de ellos se aproximó a Andréi Andréievich. Era pelirrojo y tenía pecas que se distinguían pese al bronceado de la piel.

— ¿Qué, su excelencia —expresó mirando a Gladkói alegre e indulgentemente—, acaba de llegar?

El sordo dolor del pecho casi se había pasado, como si hubiera quedado fuera del cuerpo. Una sensación de bienaventurada paz invadió a Andréi Andréievich. Aquí, en esta cálida arena blanca, frente a esa muralla negrogrieta de abruptos peñascos, tras la cual empezaba, como él sabía, el desierto, al lado de las verdes aguas del mar salpicado de ennegrecedoras manchas él comprendió que sus peregrinajes habían terminado.

— Sí, hermano, acabo de llegar, sí —le respondió al soldado y sonrió.

Un hombre de baja estatura y recatados gestos, presidente de la República Mexicana, recorría las filas de sus soldados que debían marchar al combate, ir hacia el sur, en dirección a Querétaro, donde se habían atrincherado los restos del ejército de Maximiliano, autotitulado emperador de México, ejército mandado otra vez por los generales Miramón, Mejía y Márquez... Recorría las filas y contemplaba los rostros extasiados de indios, criollos y mestizos que alzaban con la mano derecha sus viejos fusiles y, con la izquierda, sus quepis deshechos, a la vez que prorrumpían estridentes y desordenados gritos...

Andréi Andréievich no escuchó lo que gritaban. Vio arrebatos y fe en sus rostros. Despacio, como en un sueño, levantaban sobre las cabezas sus fusiles y quepis.

Observaba, y en su alma se mezclaban la zozobra con la alegría. El no poseía la magnífica cualidad de los que agitaban los fusiles y quepis, no sabía consagrarse al jubiloso arrebatos de un instante, no sabía separar el presente del futuro. Amenazantes sombras se habían

cernido ya sobre ese deslumbrante día, sobre esas filas de combatientes que proclamaban con vibrantes gritos su cariño por este sereno hombre de baja estatura, su amor por este sol, por esta ardiente tierra, su entusiasmo ante la cercana victoria... Pero una victoria él, Andréi Andréievich, ya había visto aquí... Todo eso era muy confuso: en ese entonces no podía adivinar que muy pronto Porfirio Díaz, quien quiso ser presidente pero perdió frente a Juárez en las elecciones, levantaría un motín contra su maestro, sería derrotado y se refugiaría en las montañas, y nadie podía saber que Don Benito, elegido otra vez Presidente, fallecería de un ataque cardíaco en julio de 1872, y que el general Díaz iría a ser un dictador, artero y cruel, durante treinta años hasta que en medio de la sangre y el fuego de una nueva gran revolución el México de Juárez se impondría frente al México de Díaz...

Pero todo eso estaba por delante, mientras tanto, ¡qué bien es vivir con el día de hoy! ¡Expulsa, echa del subconsciente la melancolía de tu alma rusa!

Un hombre de alta estatura y barba desteñida por el sol se encontraba parado junto a los oficiales de la escolta y miraba con ojos embelesados a Don Benito quien lentamente, como en un sueño, pasaba, ahora retornando a la posición inicial, frente a las jubilosas filas de sus combatientes...

Don Benito Juárez iba hacia él por la ardiente arena amarilla de la bahía del Mar Caspio.

Se le aproximaba.

Ya estaba muy cerca.